LA DIVINA
EUCARISTÍA

EXTRACTOS DE LOS ESCRITOS Y SERMONES

DEL

M. R. P. EYMARD

Fundador de la Asociación del Santísimo Sacramento.

CUARTA SERIE

La Eucaristía y la perfección cristiana

QUINTA EDICIÓN

MÉXICO
LIBRERÍA RELIGIOSA
HERRERO, HERMANOS, EDITORES
3, San José el Real, 3.

1896

11 de Diciembre de 1875.

Mi buen Padre y amigo:

Doy á Ud. gracias por su último envío; paréceme que el hijo menor vale tanto como sus hermanos y que completa dignamente la familia de las obras eucarísticas del santo P. Eymard, y no me asombraría el que también en este caso Jacob suplantase á Esaú; pues en estos tres retiros contiénese una doctrina firme y levantada, que es como substancia y coronación de todo lo que precede.

Nuevamente bendigo está publicación y á todos los buenos Padres y Hermanos de esta nueva Congregación, á la vez que me recomiendo á sus oraciones y á las de Ud.

† P. A.,
Arzobispo de Chambery.

Imprimatur:
† Carolus,
Archiepiscop. Turonensis.
Die 19 Martii 1876.

Cameraci
Die 9 Maii 1891.
C. J. Descombes.



PRÓLOGO

Por fin publicamos esta cuarta serie de las instrucciones del P. Eymard, con tanta impaciencia esperadas por los lectores de los tres volúmenes anteriores.

Aquí se volverá á oir hablar al mismo Padre, ya que no solamente sus pensamientos, sino sus expresiones son las que casi siempre se reproducen fielmente; pues importa saber que las notas que para esto han servido tomáronse al dictado del Padre, quien, habiéndosele presentado ocasión de examinar el manuscrito del segundo retiro, cuyas notas, así como las del primero, han sido recogidas por el mismo que publica este volumen, elogió su exactitud.

Creemos que este volumen logrará la estimación de los miembros de las muy numerosas Congregaciones que en estos últimos tiempos se han fundado para la adoración del Santísimo Sacramento y que, por consiguiente, hallar deben en

la Eucaristía el ejemplar á la vez que el alimento de su vida religiosa.

Dirígese también denominadamente á los agregados seculares de la Congregación de los Sacerdotes del Santísimo Sacramento; pues aunque las instrucciones en él contenidas fueron dadas en su mayor parte para los religiosos de este Instituto, los agregados, que si no practican las mismas obras sí deben animarse del mismo espíritu, encontrarán en ellas los preceptos de la perfección cristiana, es decir, de una vida cristiana cuyo principio, centro y fin es la Eucaristía.

Si los misterios todos de Jesucristo llevan en sí gracia de santidad tan grande que todo el que se aplica á vivir de alguno de ellos y á recibir por éste los divinos influjos de todos los demás, logra llegar á una perfección que muy visiblemente se revela y en la cual descuellan por superior manera el espíritu, el carácter y la virtud peculiar de aquel misterio; si Belén, Nazaret y sobre todo el Calvario, tienen sus propios discípulos, y hacen que en el Paraíso de la Iglesia florezcan Santos que muestran distinto perfume, belleza y eficacia, ¿cómo pudiera el misterio de la Eucaristía no tener también sus discípulos y dejar de formar Santos?

Siendo muy seguro que nadie llega á la edad perfecta de Jesucristo sino á condición de alimentarse fielmente con el sacramento de su Cuerpo y Sangre, todos los elegidos son por modo enteramente real los frutos de este árbol de vida;

pero es fácil comprender que si la Eucaristía es el objeto de una devoción excelente, de un amor principal y de una constante diligencia; si se le consagra un trabajo normal, único y exclusivo, tendrá que producir en las almas tocadas de esta gracia y fieles á ese atractivo, una especial perfección, cuya nota distintiva será la reproducción, en cuanto sea posible, de las virtudes y de los estados de Jesucristo en este misterio.

La gracia de la Eucaristía correrá por estas almas é inspirará su conducta en los mismos motivos que tuvo Nuestro Señor para instituir y perpetuar el Sacramento de su adorable presencia, y sobre todos el amor: *in finem dilexit!* La gracia de la Eucaristía las impulsará con preferencia á adquirir las virtudes que más evidentemente manan del estado sacramental de Jesús en la sagrada Hostia, de las cuales ninguna le será tan grata como la humildad profunda, que es su estado permanente y forma el extremo grado á que el amor puede bajar.

Por último, como el objeto supremo de Nuestro Señor es darse entero y personalmente en la Comunión á cada cristiano para vivir en él, apoderarse de su alma, corazón y potencias para conducirlos, levantarlos y santificarlos en una divina unidad, el alma, fiel á la acción de la gracia eucarística, se dará á Jesucristo, le entregará, con cuanta pureza le sea posible y más perfectamente cada día, su ser y su vida entera, á fin de que la sustituya, plenamente la posea y

dirija como dueño su conducta, y sus pensamientos, afectos y obras. Entonces es cuando el Sacramento consigue su objeto: Jesucristo vive en nosotros, habita en nosotros, y así como Él vive por su Padre, así vivimos nosotros por Él; es la cabeza, y nosotros los miembros; Él es todo y nosotros nada, ó, diciéndolo mejor, somos Él mismo.

El P. Eymard indicaba, con una expresión que nos parece sublime — aunque tengamos que pedir que se nos dispense por este juicio — el fin supremo del trabajo y de la perfección por medio de la Eucaristía: «¡No debéis ser —recordadlo bien—sino sombras humanas y como apariencias cuya substancia sea la Eucaristía!»

Harto se deja ver que esto no es obra de un día, pues son muchos los trabajos y combates, y grandes la generosidad y fidelidad que este noble fin reclama; mas si éste apasiona á algunas almas, el presente volumen les servirá de guía y ojalá que multiplique los adoradores en espíritu y verdad del Sacramento de amor y los mueva á crecer en el más digno servicio de la divina persona de Jesucristo, Rey nuestro y nuestro Dios en la Eucaristía.





RETIRO

predicado á los miembros de la Asociación

DE

HERMANOS DE SAN VICENTE DE PAÚL

ADVERTENCIA

LAS instrucciones de este primer retiro fueron dadas por el P. Eymard á los miembros de la Congregación de Hermanos de San Vicente de Paúl.

Este piadoso instituto hace pocos años que fué fundado en París por el Rdo. P. Le Prevost, de venerada memoria, y su objeto es procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas, abriendo para la clase obrera patronatos, círculos, casas é iglesias en que todas las noches, y todo el día del domingo, puedan los obreros encontrar un descanso bienhechor, recrearse honestamente y recibir buenas doctrinas.

El espíritu de la Obra es un celo ilimitado y un afecto absoluto á los obreros, á quienes hay que buscar, atraer, y guardar, valiéndose de cuantas

industrias pueda inspirar una caridad sobrenatural; allí, más que en todo otro puesto, es donde el sacerdote y el religioso de San Vicente de Paúl deben hacerse todo para todos, á fin de ganar para Jesucristo todos aquellos pobres corazones; y si se presenta la ocasión, también deben saber sufrir el martirio, pues el abate Planchat, martirizado por la *Commune*, era hermano de San Vicente de Paúl y director del Patronato, fundado por él, del arrabal de San Antonio.

Estas breves noticias servirán para entender muchos pasajes del Retiro en que el Padre alude al objeto de este Instituto, á su fundación y á sus obras.

No reproducimos las instrucciones según el orden con que fueron predicadas, pues destinadas ahora más bien á servir para lecturas espirituales que para meditaciones de retiro, se obtendrá más provecho viendo más próximas entre sí á las que tienen cierto enlace lógico común y que por lo mismo se ilustran y fortifican mutuamente.

Mas si alguno quisiera leer el Retiro tal como fué predicado, bastaríale restablecer el orden con que el Padre lo dispuso para cinco días, en esta forma:

Día 1.º
- I. Gracias del Retiro.
- II. Necesidad de la oración.
- III. Del estado religioso.

Día 2.º
- I. El servicio de Dios.
- II. La oración.—La inteligencia.
- III. ¿Dios me ama?

Día 3.º
- I. ¿Amo yo á Dios?
- II. La oración.—El corazón.
- III. El amor del perdón.

Día 4.°	I.	Jesucristo, modelo de humildad.
	II.	La oración.—La voluntad.
	III.	Jesucristo, modelo de dulzura.
Día 5.°	I.	La Eucaristía, principio de santidad.
	II.	La regla, ley de la santidad.
	III.	La Eucaristía, modelo de los tres votos.

Y, por último, el sermón sobre la profesión de los votos.





LAS GRACIAS DEL RETIRO

PARA EL RELIGIOSO

Estote perfecti, sicut Pater vester coelestis perfectus est.
«Sed perfectos, *como lo es vuestro* Padre celestial.»

Aquí tenéis, en pocas palabras, todo el Evangelio; aquí tenéis el objeto de la venida de Jesucristo, el fin de toda vida cristiana: lo que además de esto contiene el Evangelio, es para indicar los caminos y medios para llegar á este fin. Ser perfecto como Dios, santo como lo es Dios: he aquí el objeto á que todos los esfuerzos deben dirigirse, con el bien entendido de que nunca se le alcanza por manera que dé derecho para detenerse y descansar; pues aunque todo aquí abajo tiene su término, la perfección carece de él, supuesto que es una participación de la santidad de Dios, que es infinitamente santo.

Grandes dificultades hay para conseguir la santidad en el mundo, aun para los dotados de voluntad más generosa, y entre ellas figuran los tan peligrosos daños de estar uno abandonado á sí mismo y vivir absorbido por el trabajo, las necesidades de la existencia y las ocupaciones que impone la propia

condición ó la voluntad, aparte de que casi siempre se desconoce el camino que hay que seguir.

¡Felices aquellos á quienes Dios, por su misericordia, llama á la vida religiosa, los separa del mundo y de sus riesgos, les franquea una senda de seguridad, les da medios probados y eficaces, y emplea todos los recursos de la caridad más activa para facilitarles la perfección y santidad!

En la vida religiosa cabe tomarse tiempo para pensar en el alma; no hay temor de interrumpirlo todo, de apartarse de cualquiera obra, aun la más calificada, para dejar al religioso tiempo para que se reconozca y piense únicamente en sí y en el negocio magno de su salud y perfección. Gracia insigne es la de tener tiempo, medio y facilidad de dejarlo todo para encontrarse en presencia de Dios únicamente y de sí mismo: tal es la gracia del retiro, gracia de renovación con la cual se ponen las cuentas en limpio, escudríñanse los más íntimos repliegues de la conciencia, los más secretos motivos de las propias acciones para limpiarlas de toda esa herrumbre espiritual, denominada rutina, que se pega en las almas, sin que éstas se den cuenta, igual que ciertos moluscos en los costados del buque, agravándola y retrasando su marcha y vuelo hacia Dios. Ahora bien: tres son los principales medios de interna renovación que el retiro os proporciona.

I.—El retiro purifica al alma del pecado, y más que nada del hábito y afecto del pecado.

Viajáis por una carretera en que el viento levanta polvo sucio, que cae sobre vosotros, y sin que lo notéis se os pega y quedáis con él manchados.

Harto sé que cada noche nos examinamos dili-

gentemente; pero ¿es suficiente quitar el polvo más grueso y visible? ¿Acaso no es verdad que, si con atención se mira, encuentra uno en su alma pecados veniales, sí, pero antiguos é inveterados, y que allí se han hecho fuertes, no obstante los exámenes diarios?

En su mayor parte quedan olvidados hasta en la confesión, y no se piensa en obtener por otros medios el perdón de ellos que permanecer en nosotros en estado habitual, sin que siquiera nos llamen la atención, pues hasta nos parece que forman parte de nosotros mismos; estando uno tanto más expuesto á no librarse de esos acostumbrados pecados veniales, cuanto más regular aparece exteriormente la vida. Estudiaos á la luz del retiro y encontraréis ciertos hábitos de flojedad, amor propio, negligencia, ímpetus de carácter, intemperancias de lengua, tan arraigados en vosotros que reincidís en ellos constantemente, con facilidad, en la ocasión más ligera, como si fuese la cosa más llana y hacedera del mundo; pudiera decirse que desempeñáis una función de vuestra vida. Mas si no conocéis la causa de estos pecados, ni jamás descubristeis sus raíces, ¿cómo podréis libraros de ellos?

El retiro os provee de luz más viva, que os descubrirá ante vosotros mismos, os revelará vuestras propias honduras, y manifestándoos las causas, os permitirá cortar el mal por su raíz y, por último, sanar de él. La luz, la luz divina que penetra en nuestras más ó menos involuntarias obscuridades y que nos purifica, es el bien más notable del retiro, porque todo estriba en ser puro. Para el cielo no se pide más que pureza; pues aunque allí se entra con santidad más ó menos adornada de virtudes, y con

oración más ó menos realzada, sin la pureza nadie entra, y todos tienen bastante con la pureza del alma.

¿Cómo recibiréis la luz purificadora del retiro? ¿Internándoos en exámenes atentos, minuciosos, y reconcentrándoos en vuestra conciencia como el sabio que estudia con su lente los minúsculos insectos del agua ó del aire? Serios, sinceros y severos han de ser esos exámenes; pero yo os invito á que especialmente os pongáis, para efectuarlos, á la luz de Dios, á que entréis en el sentimiento de la delicadeza, del amor y de la piedad filial para con Dios; no os encerréis de manera que no podáis obrar ni removeros dentro de vosotros mismos, sino id hasta nuestro Señor Jesucristo, mirad qué es lo que su amor os pedía y lo que todavía quiere pediros, á pesar de vuestras obstinadas negaciones; escuchad con atención lo que os responde; ved á qué altura estáis en vuestras obligaciones de amor para con Él, pero haced todo esto con verdadero deseo de remover el obstáculo y de efectuar todo lo que sea menester para llegar á ser puro. Pensad bien en ello; porque en la hora de la muerte casi no se piensa en los propios méritos y virtudes, sino que con terror pregúntase uno si ha sido puro y si lo es en suficiente grado para comparecer en la presencia del Dios de la pureza.

II. La segunda gracia del retiro consiste en renovarnos en el espíritu de fervor.

Es un axioma seguro que el alma, por sí misma, va de continuo disminuyendo en piedad, como el fuego que á sí propio se consume y tiende siempre á extinguirse, aun cuando arde entre sus más vivas llamas; igual que sobre el campo de batalla, mien-

tras no matan á uno, éste tiene que fatigarse, hasta en el acto de vencer y allí consume fuerzas, al mismo tiempo que el vencedor se toma tiempo para rehacer sus tropas mientras descansan.

Los ejercicios y combates de la vida espiritual gastan las fuerzas del alma, y hay que procurarle reposo para que de nuevo se temple; lo cual es sobre todo necesario en una vida activa en que el alma consume mucho más de sí misma en difundir á su alrededor la caridad. Y con mayor razón valdrá para esto lo que es verdad que les pasa á los demás religiosos: que sólo por ocho días abandone un religioso sus ejercicios de vida interior, sus rezos, su oración, su oficio, en una palabra, su vida piadosa, y ya veréis lo que al cabo de este tiempo llega á ser, si es que por ventura no se ha perdido ya completamente.

¡Arcas de aguas somos nada más, y no muy hondas! No está la fuente en nosotros; por lo que si queremos derramarnos, hay que atender á recibir de otra parte, á menos de quedar muy pronto en seco. ¡Ah! Vosotros especialmente que dáis mucho á los demás, y os gastáis en tantas obras, principiad por llenaros bien; sed primeramente santos, y en seguida iréis á santificar á los demás; glorificad á Dios en vosotros mismos primero, y luego iréis á glorificarle en los demás!

Jesucristo oró mucho tiempo y ayunó antes de comenzar su misión exterior; y aunque los Apóstoles invirtieron cincuenta días en orar antes de esparcirse por el mundo, después de su primera misión, nuestro Señor los retiró al desierto, á pesar de que aquélla duró muy poco.

Miremos muy atentamente si, en vez de gastar

los intereses del capital, echamos mano á los fondos, comiéndonos á la par capital y rentas, lo cual es arruinarse.—¿Lleváis siempre la cabeza por encima de las aguas de vuestras ocupaciones habituales? ¿Domináis vuestros trabajos? ¿Váis llevados, arrebatados, ó bien conducís vuestras vidas bajo la mirada y el imperio de la gracia de Jesucristo?

Cuantas más cosas santas se hacen, mayor necesidad hay de reconcentrarse con frecuencia, de escudriñarse el corazón y de sondear uno su fondo.

Yo no os digo que pongáis ante vuestros ojos vuestras virtudes para complaceros en ellas, ni que las examinéis con orgullo, ni que enumeréis vuestros méritos; pero el temor de caer en la complacencia propia y en el contentamiento de vosotros mismos no ha de ser causa que os impida estudiaros y daros exacta cuenta de vuestra posición.—¿La domináis? ¿La sobrepujáis?—Si es así, ¡Dios sea loado! Todo va bien, sois un serafín; id, volad hacia Dios: ¿qué hacéis en la tierra? ¡Aquí ya nada tenéis que hacer!—Pero, de veras, ¿podéis decir que sí?

III. Por último, el retiro os prepara una gracia mayor que todas las expresadas, y que por lo general no se menciona bastante. ¿Y cuál es esa gracia?

La de gustar de Dios en comunidad, en familia, en la reunión de los hermanos, agregados todos alrededor de su padre. Un religioso hace profesión de inmolarse para Dios por amor: su perspectiva ordinaria es el sacrificio, la lucha, la muerte en la cima del Calvario: todo esto es sombrío y entristecedor: se trata siempre de nuevos esfuerzos, de nuevas fatigas.

Pues bien: el retiro llega para daros el tiempo y la gracia de gozar de Dios; de todas partes habéis

venido á reuniros aquí; estáis en familia; el retiro os hará disfrutar de la dulzura de la caridad fraterna, que en él encontrará nuevos lazos más íntimos y estrechos.

El religioso tiene sus gracias individuales, pero Dios le reparte todavía gracias de comunidad. Recibe las primeras como elegido por Dios para santificarse con la fidelidad personal; recibe la segunda como miembro de un cuerpo que Dios para sus designios ha formado en la Iglesia. Ahora bien: estas gracias vienen de Jesucristo á nosotros por el conducto del Superior. Las gracias siguen un orden establecido por Dios, cierto orden jerárquico: descienden del Jefe universal, que es Jesucristo, á los jefes secundarios, que las distribuyen entre los miembros. Así, las gracias de la Pentecostés detuviéronse primero en María, la causa más extensa de la gracia después de Jesucristo, y en seguida colmaron á los Apóstoles; las gracias que toda la Iglesia recibe le son transmitidas por el Papa, su Cabeza visible: de igual modo todas las gracias de una sociedad pasan por el Superior, para desde él propagarse por todos los miembros del cuerpo; esto es lo que constituye la unidad de espíritu, basada en la unidad de gracia.

Pues bien: el retiro os coloca en perfecta comunicación para recibir las gracias de espíritu, de vocación, de cuerpo y de sociedad, vuestras gracias religiosas, relacionándoos á todos con vuestro Superior y uniéndoos con él más directamente. Puede en general decirse que dentro de los cuerpos religiosos no se tiene bastante fe en la gracia del Superior; se cree desde luego que representa á Jesucristo, y por espíritu de fe se quiere en su persona obedecer y honrar á Jesucristo; pero además, hay que tener fe

en su gracia, es decir, en ese poder que tiene de comunicar la gracia á todo el cuerpo y de darle la unidad de espíritu en que están su fuerza y su santidad como cuerpo religioso.

En esta unión de los hijos en torno de la mesa paterna es donde Dios va á comunicarse á cada uno de vosotros con ternura, bondad y dulzura. Sí: este retiro debe ser la Pentecostés del amor. Para que de él salgamos fortificados y dispuestos á reanudar con alegría nuestro trabajo diario, es menester que en aquél hayamos gustado de Dios, y que en él Éste nos mime como en su ternura una madre.

¡Ay! ¡Triste es decirlo! Somos tan miserables, que tenemos miedo de la bondad de Dios; miedo de gustarla demasiado, miedo de dejarnos anegar y sumergir en ella. De buena gana quiere verse la santidad, la verdad, hasta la misericordia de Dios; porque todo eso deja todavía entre Dios y nosotros cierta distancia y nos da tiempo, por decirlo así, para evitarle y no dejarnos llevar de Él; todavía nos deja en poder de nosotros mismos, que tememos dejar de pertenecernos, porque ya entonces no podríamos entregarnos todavía un poco al mundo ó al amor propio.

¿Luego es que huimos de Dios, que en su bondad y ternura, en sus efusiones inefables, estrechándonos contra su corazón, nos hace gustar su amor en perfecta unión con Él? ¡Ah! Sí; pero contemos con que si Dios llega á entrar alguna vez en nosotros y nos llena de su bondad, si se deja bien sentir, si alguna vez nos hace romper en lágrimas de amor y reconocimiento, ya es cosa hecha, no somos nuestros, caemos en el lazo de su amor, sin que podamos ya salir de él: ¡es preciso entregarnos incondicionalmente!

Nos arroba en su ternura, llévanos en sus brazos, y heridos en el corazón, ya no tenemos más que estas palabras: «Señor, ¿qué queréis que haga? ¡Soy todo vuestro para siempre!»

El amor es arrebatador, da alas, incendia el alma. ¡Ah! sí: dejad que Nuestro Señor os haga dichosos! Con que una vez lo haga, seréis suyos por completo. Á quien en medio del mundo quiere preservar su corazón, se le dice: ten cuidado de no llorar jamás y de no dejar que se llore en tu presencia; porque entonces rendirías toda tu fuerza y dejarías ya de pertenecerte.

Mas aquí se trata de Dios, de Jesucristo; ¡ah! ¡Dejad que os embriague con su ternura y que con su amor os arrebate!

Poneos bajo la protección de María, si queréis que vuestro retiro resulte bueno: ella es la Madre de las almas interiores y administra los tesoros secretos de la bondad de Jesús: ¡que os los haga gustar con abundancia; que os consiga luz sobre vosotros mismos; una luz limpia, sana y viva, que sea capaz de enardecer el corazón y de encender la llama expansiva de la voluntad!

El servicio de Dios.

I. Debemos servir á Dios, porque somos su criatura y sus bienes. Aunque Dios nos da la libertad, no es su ánimo desprenderse de sus derechos en cuanto á nosotros, que le pertenecemos y somos bienes suyos, por lo que, si intentamos recuperarnos por la desobediencia, que es un verdadero robo de los bienes de Dios, una negación de sus derechos, equivale á declarar á Dios la guerra. Como Dios en-

tonces debe afirmar de nuevo su derecho de posesión, lo efectúa por el castigo; pues si dejase impune la rebelión, dejaría de ser Dios.

Nada hace Dios sin objeto: luego al darnos inteligencia, corazón y voluntad lo hace para ponernos en capacidad de conocerle, amarle y servirle. ¡Cuánto nos honran estos fines!

La grandeza de la gracia cristiana y el más brillante testimonio de la infinita condescendencia de Dios están en querer hacernos capaces de amarle y recibir nuestro amor. Porque el inferior no puede aspirar á amar al que se halla por encima de él, ya que el amor supone ó promueve la igualdad y liga á las dos partes; ¿y cómo podrá Dios consentir en ser nuestro igual, si no es por su amor de condescendencia? Dios lo quiere; quiere mucho que le amemos, con lo cual se obliga para con nosotros. Sí: ya es seguro, no temerá llegar hasta lo último en este camino de misericordia, y se hace verdaderamente nuestro igual encarnándose, enviando á su Verbo para que sea igual á nosotros.

Pero al mismo tiempo que en el Verbo se abate hasta nosotros, en la humanidad del Verbo nos eleva hasta Él; de modo que en JESUCRISTO nos ama infinitamente, y también nosotros podemos en JESUCRISTO, y por sus méritos, amarle infinitamente. Amándole, necesariamente le servimos, porque no podemos amarle sin conocerle, y este conocimiento produce la necesidad de servirle, porque nos le muestra como Dios nuestro Señor y Maestro, y nos coloca en nuestro rango de criaturas, que le deben tanto cuanto son y tienen.

Así es que la necesidad de servir á Dios dimana, como el efecto se deriva de su causa natural, del co

nocimiento de lo que Dios es y de la gracia de amar que nos concede.

Mas ¿cómo servir á Dios del modo que merece, y qué motivos deben animarnos á servirle bien?

II. Primeramente, un deber de justicia nos sujeta á la ley positiva en todo lo que pida, y esta ley se sobrepone á todas las voluntades particulares.

De suerte que, primero la ley de *Dios*, el Decálogo, luego las leyes de la Iglesia, todas sus leyes, y por último las leyes de nuestro estado: aquí tenéis el testimonio de la voluntad de Dios. Estas leyes tienen que sobreponerse á todos los deberes de supererogación que nosotros mismos nos hemos impuesto.

¡Ay! Con el pretexto de hacer más, ¡cuántos infieles hay que, aparentando consumirse pasando de los limites que se les han señalado, quebrantan realmente la ley! ¡Cuántos pecados contra la sencilla ley de justicia!

Fundad vuestra santidad sobre esta firme roca: el primer fundamento de vuestra vida religiosa sea la observancia exacta y rigurosa de la ley positiva y de la ley de justicia, porque la vida religiosa que sujeta á los consejos, no dispensa de la ley común. Vuestros deberes aumentan, pero también las gracias; es menester seguir los consejos sin omitir la ley.

El Señor, en su misericordia, ha prometido una recompensa para los que cumplan con la justicia; tiene derecho á que, por ser quien es, se le sirva sin retribución alguna; pero quiere multiplicar las formas de su amor, y después de poner en nosotros su amor para que podamos merecer, lo corona en nosotros por las obras que El ha hecho.

De esta manera amados y prevenidos, ¿no haremos

por Dios lo que haríamos por los hombres?—Luego si yo no lo he hecho, soy un miserable: ¡he preferido el demonio, la vanidad, al servicio de Dios! Acaso lo haríais sin advertencia; pero esa es una pobre excusa, porque la ignorancia no da derecho para insultar á Dios.

III. Hay que servir á Dios, porque en ello está nuestro interés; porque toda nuestra ganancia estriba en este servicio, y porque su recompensa será magnífica. — También aquí aparece la bondad de Dios, que hubiera podido exigir á su criatura un servicio absoluto, sin ninguna recompensa: pero no; quiere que su mismo servicio nos sea útil, y que, sirviéndole, trabajemos todavía más en provecho nuestro que para El. En efecto: sus leyes, al mismo tiempo que preceptos que cumplir, nos dan auxilios sobrenaturales, nos levantan y suplen nuestra natural indigencia. ¡Hácennos felices en este mundo y en el otro; aquí abajo nos constituyen en el orden, en la paz y en la ventura que de la paz resulta, ocasionan los bienes espirituales que entre estos dones florecen, y después de esta vida nos dan la divina bienaventuranza sin fin: tanto es verdad que el servicio que Dios nos pide nos aprovecha más que á El! Y á pesar de todo eso, ¡ni siquiera por interés se le sirve! ¡Se quiere á todo trance poder abusar de la propia libertad y menospréciase las magníficas promesas de Dios! Se corre para conseguir un beneficio, dice la *Imitación*, y ni siquiera levantar un pie se intenta para alcanzar el reino de Dios: ¡oh ceguedad de la ingratitud!

IV. Mas hay que servir á Dios por amor. Servirle por interés es bueno, pero no es perfecto.—Dios es nuestro Padre; sirvámosle como hijos, con amor

que no calcula ni espera cosa alguna, sino que se da por necesidad de su corazón, para pagar amor con amor. — ¿Se ha visto que los hijos pidan salario por los servicios que prestan á sus padres? El amor filial no quiere más recompensa que amar y sacrificarse por gratitud.

Cuando la guerra de Crimea vi acercarse á mí un soldado que deseaba confesarse antes de embarcarse; el alistamiento no le había comprendido, y marchaba de voluntario: se había vendido para mantener á sus ancianos padres; y tan natural le parecía todo aquello que, según me decía, no había hecho más que su deber, y partía lleno de tranquilidad. Ahí tenéis lo que puede el amor filial; y si tanto obtienen los padres y hermanos, ¿no haremos lo mismo por Dios? ¿No logrará ese Padre de absoluta bondad excitar en nosotros un amor filial, generoso y desinteresado?—¡Harto vergonzoso sería eso para nosotros!

Acaso digáis que todo lo habéis dejado por su amor; bien está, pero examinad si en realidad lo habéis dejado todo perfectamente.

Sirvamos, pues, á Dios, pues esto es de justicia; dispongámonos á reparar, y cuanto más le hayamos ofendido, más rigurosamente debemos observar sus leyes desde ahora.

Sirvámosle por interés, á fin de hacer por El, en adelante, tanto, por lo menos, como otras veces hicimos por nosotros.

Sirvámosle sobre todo por amor como á Padre, Amigo y Salvador nuestro, para darle un poco de nuestro amor á cambio del infinito amor que nos ha mostrado y de que aún nos colma cada día.

El estado religioso.

El estado religioso es, con el episcopado, el estado de perfección en la Iglesia. Entre ellos existe la diferencia de que el Episcopado supone adquirida la perfección, mientras que el estado religioso tiende esencialmente á ella, si bien por medios seguros y perfectos.

¡Feliz el religioso que puede no ocuparse más que en su salvación, reconcentrar sobre este gran negocio todos sus esfuerzos y gracias! El sacerdote secular se halla muy distante de tener estas facilidades, porque más bien es para los demás; es un ministro de Dios cerca de las almas, un intermediario; por consiguiente, la vida religiosa es una gracia de misericordia y seguridad.

1. Es, en efecto, la gracia mayor de la misericordia.—Nuestro Señor ve una pobre alma débil, cercada de enemigos, y que no acertará á defenderse y sucumbirá infaliblemente; la llama á la vida religiosa, la encierra en esta ciudadela en que evitará los grandes combates en campo raso; y aquí la rodea de gracias, luces, experiencias y medios de salvación.—La vida religiosa es un favor, un privilegio que la bondad de Dios concede á un alma. Si deseáis comprenderlo, examinaos vosotros mismos. ¡Ah! Si alguna vez bebisteis la mundanal ponzoña, si fuisteis cogidos en los lazos de la vanidad y del pecado; si, en una palabra, habéis experimentado vuestra flaqueza y pesado, en la balanza de vuestras obras lo que podíais, conoceréis cuán grande es la gracia que os lleva á la vida religiosa. No se piensa mucho en este punto de la vocación; es decir, en que es una señal de privile-

giado amor por parte de Jesucristo.—Por eso es menester que nos adhiramos á El, que á El nos aferremos como á la única tabla de salvación, pues tiene probabilidades de perderse el que se aparta de la vida religiosa á que se había abrazado. ¡Cuánta temeridad se contiene en salir de esta fortaleza para exponerse á peligros, de en medio de los cuales nos había sacado la previsora bondad de Dios, porque no podíamos afrontarlos! Desde la celda al cielo, es corto el camino: ¡no lo abandonemos!

Contemplad este favor.—A veces se juzga que es muy meritorio entrar en religión, y se piensa que con ello se ha efectuado una acción heroica. Mas ¡ay! que después de eso todavía salís debiendo á la misericordia, porque allí todo es para vosotros, y de vuestra vida religiosa recibís cien veces más de lo que le habéis dado, pues todo en ella cede en provecho vuestro. — Para vosotros es la ganancia; á vosotros se os sirve y no sois vosotros los que servís; el Instituto de que formáis parte, el superior, los otros miembros, sus gracias, virtudes, santidad y experiencia, la voluntad de Dios respecto á ella, todo eso se os ofrece, y lo usáis como cosa de vuestra propiedad. ¡Oh! Desventurado el que se tuviese por algo en una sociedad y creyera que le debe mucho por haber entrado en ella, y que se constituyese en término de los servicios que ella presta.—No, no; todos nosotros somos agraciados, entendedlo bien; lo que damos es nada en comparación de lo que recibimos, por lo cual debemos amar á nuestro Instituto con amor de gratitud, proclamar que todo se lo debemos, y dar gracias á Dios sin cesar por la misericordia con que nos ha favorecido llamándonos á él.

II. La vida religiosa es una gracia de amor especialísimo, de elección; una gracia extraordinaria, porque á sus discípulos, á los distinguidos de su amor, á los de su elección es á quienes Nuestro Señor dice: «id, vended todo lo que tenéis, y seguidme.»

Todos los medios de la vida religiosa participan de la nobleza de su fin; todas sus gracias son eminentes; sólo gracias extraordinarias recíbense en ella, y todo allí se resuelve en llevarnos á santidad poco común, á santidad eminente, por lo que se hace necesario ser allí santo, á menos de ser completamente infiel. No se da allí término medio: todo religioso está llamado á ser un gran Santo y recibe gracias proporcionadas á esta sublime vocación.

Además, todos los medios son allí seguros y probados; empléaronlos los santos y se santificaron usándolos fielmente: el camino está con toda claridad trazado; Dios mismo ó sus ángeles conducen por él; lo cual es, á la verdad, como en el desierto, el gobierno de Dios mismo representado en sus ángeles visibles. Allí os habla Dios por su ley, que es la regla, y por su boca en las órdenes de vuestros superiores. ¡Dichoso pueblo cuyo conductor es Dios, y en medio del cual reside, sin confiar su dirección á nadie más que á sí mismo y á sus ángeles!—Quisieron los judíos tener Jueces y Reyes, y fué para su perdición, por no haber permanecido bajo el régimen inmediato de Dios. ¡De Él disfrutamos nosotros en la vida religiosa; apreciemos debidamente esta gracia, que en el mundo no volveríamos á encontrar!

Además, en la vida religiosa cada cual se auxilia con las gracias de su hermano; se llevan unos á otros, centuplícanse los méritos y fuerza propios con la virtud y méritos de los hermanos. ¿Tenéis

esto en nada? ¡Ah! Si en el mundo se supiera lo que es la vida religiosa, por asalto se entraría en las comunidades y nadie se quedaría en el siglo.

III. Por último, la vida religiosa es una gracia de excedente y singular honor que nos dispensa Jesucristo. — El religioso es á Nuestro Señor lo que moralmente son los Cardenales al Sumo Pontífice; es príncipe de la sangre, familiar de Nuestro Señor. Confía el Padre su divino Hijo y María á los religiosos, como á San Juan quedó encomendada la Virgen; pone en manos de ellos la salud de las almas; sí, encarga á los religiosos la salvación del mundo; el salvar las almas; el ser víctimas de salvación y de vida para el mundo pertenece á la esencia de la gracia religiosa; erige á los religiosos en apóstoles y jefes de su pueblo escogido. — Y en particular á vosotros, mirad cuánto os honra confiándoos todos esos pobres niños. La educación de personas especialmente queridas no se encarga sino á maestros de confianza y experimentados. Pues bien, mirad cómo os da para que los salvéis, preservéis é instruyáis á los pobres, sus hijos más queridos, en tanto que la vida religiosa os da la plenitud de gracia de vuestro apostolado, el mas bello de todos en la tierra.

Ved si no deberíais ser santos: ¡ay qué triste es mirar la situación en que respecto á la santidad nos encontramos!

Por consiguiente, hemos de santificarnos, poniéndonos á ello seriamente, porque, en verdad, ¿cómo se responderá dignamente á esta expresión: «Dios me ha amado con privilegiado amor,» sino diciendo «Le amaré sin restricción»?

Es tanto mayor vuestra gracia, cuanto que habéis venido desde el origen y fundación de vuestro Ins-

tituto; no tendréis tanta gloria como los que vendrán después, pero tendréis más mérito; vuestros sucesores vivirán con el fruto de vuestros trabajos y sacrificios, mas vosotros vivid de puro amor á Dios é inmolaos por vuestra obra: ¡mejor es el Calvario que el Tábor!

Si todavía hay en vuestra congregación cosas indecisas, á medio brotar, poco ordenadas, humildes y pequeñas, amadlas; gloria vuestra será no haber sido nada, no haber figurado, y haber servido á Dios y á vuestra obra en las dificultades de la formación.

Tenéis la gracia del tiempo actual. Nuestro Señor, que se manifiesta en el Santísimo Sacramento para salvar al mundo, obrará sobre el pueblo por vuestra mediación. Sabed que el mundo tiene que ser reconstituído por los miserables; porque la mayor parte de los que figuran á la cabeza de las letras, de la ciencia y de los que descuellan por su posición social, están gangrenados por el vicio ó extraviados por el racionalismo y la indiferencia: casi tan poco sirve la fortuna como el vicio.

Por otra parte, el odio de los pequeños, de los que sufren sin Dios, amenaza devorarlo todo con un incendio espantoso, y urge extinguir ese odio, amasar nuevamente ese barro del pueblo é inhalarle el soplo de Jesucristo; es preciso reducir los pobres á Dios y hacer que Dios sea devuelto á los pobres: esa es vuestra misión. ¡Buscad, buscad á los pequeños y dadles á Jesucristo, su Hermano, su Padre y su Salvador!



EL REZO

Su necesidad y su carácter.

Oportet orare, et numquam deficere.
«Hay que orar sin cansarse.»

El rezo, el rezo incesante, ó, de otra manera, el hábito de rezar es necesario á todo cristiano; por lo cual todos han recibido la gracia de él en el bautismo, y el Espíritu Santo nos inspira que clamemos á Dios: *Abba, Pater:* ¡Padre, Padre!—Este es el don, la gracia y el poder de todos: por manera que nada bueno podemos hacer, ni practicar virtud alguna sin el rezo que nos consigue la gracia del bien y de la virtud; porque el rezo está en el fondo de todas las virtudes, y la misma fe, principio de la justicia, no es sino la práctica del rezo.

Por eso el Profeta daba gracias á Dios porque en medio de sus tribulaciones y caídas le dejaba la facultad de rezar, y decía: «¡Bendito sea el Señor que no apartó de mí ni mi plegaria ni su misericordia!: *Benedictus Deus, qui non amovit orationem meam*

et misericordiam suam a me, como identificando el poder pedir y el obtener misericordia. Comprendía la importancia del rezo y que rezar es poseer el corazón de Dios y la salvación del alma.

No hay más sino que es preciso rogar con confianza, y la confianza ha sido depositada en nosotros por el mismo Espíritu Santo; él es quien nos da el espíritu de hijos de adopción, esa confianza de hijos que nos mueve á dirigirnos á Dios como á nuestro Padre, y que ha sido depositada en nosotros como un don permanente y un hábito que debemos desarrollar.

Pasa en la gracia lo que en el orden natural; el niño es esencialmente pedigüeño, de modo que para él es una necesidad el pedir á su madre, el dirigirse á ella para conseguir todo lo que necesita, y lo hace confiadamente: es una de las manifestaciones de su amor. Desolada quejábase una madre de que su hijo nunca le pedía cosa alguna, de lo cual infería que no la amaba, y tenía razón.

Pedid, pues, á Dios infinitamente bueno; ejercitad su bondad: ¿en qué empleará las gracias de que están llenas sus manos, si vosotros no se las pedís? Aquí tenéis una idea buena y fecunda en resultados: conviene no dejar que descanse la bondad de Dios, ocuparla activamente en distribuir gracias, pidiéndoselas con confianza. Siempre queremos ir á Dios por medio de nuestras miserias; por más que en presencia de Dios nadie podría pasarse de humilde. Pero sin embargo, no permanezcáis demasiado en vuestras hondonadas, pensando que, aunque pecadores, sois siempre hijos, y que Él es Padre; no siempre, por lo tanto, hagáis el papel de los mendigos que gimen en la puerta manifestando sus mise-

rias: recordad vuestro título de hijos, el más hermoso y el más potente de vuestros nombres.

Fortalecidos con esta confianza, dirigíos á María: «Buena Madre, confiado vengo á Vos, porque me debéis el ser Reina de misericordia.»

Decid á JESUCRISTO: «Señor *mío*, que tanto habéis padecido por mí, no dejéis perder el fruto de vuestros sufrimientos, y Vos mismo aplicádmelos abundantemente.»

«¡Oh Jesús! Habéis adquirido tesoros de méritos y no tenéis deseo mayor que el de hacerme partícipe de ellos; dejaos llevar de la tendencia de vuestro corazón; salvadme, dadme á vuestro Padre; yo seré el trofeo de vuestro triunfo y brillará más y más vuestra gloria. Por vuestro nombre y vuestra gloria, escuchad mi ruego.»

El ruego en este caso es omnipotente; en vez de basarse en nuestra miseria. toma su punto de apoyo en Dios mismo; y en vez de ser una contemplación fatigosa de nuestras miserias, transfórmase en combate de amor. Tal es el don de rogar.

II. Muchos dicen: «Yo no sé rezar, y aunque haya recibido ese don en el bautismo, no sé ejercitarlo.»

En este pretexto hay mucha ilusión. No es el rezo una montaña que haya que repechar, sino que es mucho más sencillo que todo eso el procedimiento que hay que seguir. Rezad, pues, con vuestra gracia actual, con vuestra gracia de estado; rogad por vuestros títulos de religioso, de sacerdote; presentaos tales como sois, servíos de vuestros escasos medios, de las facultades, sean como quieran, que os ha dado la bondad de Dios.

Yo pudiera deciros que vuestro estado, como religioso, es un estado, una profesión de súplica; per-

feccionémonos, pues, en nuestro oficio. Los que viven en el mundo tienen un talento maravilloso para perfeccionarse en sus oficios, cualesquiera que sean; inventan sin cesar, abrevian el tiempo de la fabricación, tórnanla menos costosa y molesta, continuamente hermosean y aumentan la comodidad. ¿Seremos nosotros los únicos que siempre permaneceremos torpes en servirnos de los instrumentos de nuestra profesión? ¿Nunca acertaremos á decir más que *Padrenuestros* y *Avemarías?* ¿Se limitará de continuo toda nuestra meditación al examen de nuestra conciencia, á la cuenta de nuestras faltas, á mirar y recitar nuestras miserias?

Pero importa convertir el rezo en una virtud práctica, virtud de todos los momentos, cuyos actos nos sean fáciles y como naturales. Nada hay que supla á esta virtud. Á tal rogar, tal vivir: *ille recte vivere novit, qui recte novit orare.* Si rezáis mal, será pobre vuestra vida religiosa; nada marchará bien y no pasaréis de ser un obstáculo para vuestro superior. — Es menester que este ejercicio sobrepuje á todos los demás en el fervor y la constancia. Los rezos de regla, que son los primeros é indispensables, de ordinario no bastan á mantener el fervor de la vida interior, ni se practican sino á intervalos regulados; pero es el caso que nunca hay que dejar de rezar. Por eso, en la práctica, conviene siempre tener algunos rezos suplementarios, por ejemplo, alguna novena sobre la profesión; alguna devoción conforme al tiempo ó á los estados del alma: así proceden los Santos.— Además, es menester variar el mismo rezo, dirigiendo la intención, ya sobre un punto, ya á otro, porque lejos de ser ventajoso, fuera hasta arriesgado el querer añadir siempre nuevas

fórmulas de rezo á las antiguas. — Mas el variar la intención del rezo no habrá de hacerse sino en conformidad con las circunstancias. Almas sencillas hay que con su rosario consiguen todas las gracias, y son esclarecidas con singulares luces en todas sus situaciones; es que saben aplicar su intención.

Al rezar hay que tener un talento inventivo; importa adquirir la facilidad de formar uno mismo su rezo, el cual así hace milagros, porque sale de las profundidades del corazón, del corazón sobrenaturalizado por la presencia de la caridad, de la gracia del Espíritu Santo.—Veamos: vanamente nos atormentamos por encontrar medios de rogar, como si el rezo tuviera que ser producido por nuestro ánimo y nuestro corazón naturales. No sé qué orgullo es ese que intenta persuadirnos que nosotros somos los que debemos rogar, y por eso juzgamos que es preciso realizar extraordinarios esfuerzos. ¡Ah, no! ¡Es el Espíritu Santo quien quiere pedir en nosotros! Por nosotros mismos somos incapaces de ello, pero el espíritu de Jesucristo, que en nosotros reside, quiere ayudar á nuestra impotencia y rogar con sus gemidos inefables. ¡Haced, por consiguiente, que ese espíritu de amor hable y ruegue; el ruego que de él procede es la buena y verdadera plegaria del corazón, la que penetra en los cielos y todo lo consigue!— ¡No olvidéis, pues, que el rezo es mucho más sencillo que como el demonio nos lo representa! Callarse, destruir el obstáculo para dejar que el Espíritu Santo ruegue, y unirse al ruego que en nosotros hace: he aquí en qué consiste el ejercicio y la virtud de la súplica.

III. Ahora bien: sed constantes en rezar y en ejercitaros en esta virtud tan necesaria.

Rezos hay que no han de abandonarse fácilmente; viejas fórmulas de la niñez, cuya virtud consiste en la antigüedad: esas son en cierto modo parte de nuestra alma. Conservadlas siempre que no hagan harto pesado vuestro bagaje.—Con mayor motivo huid de adoptar todos esos rezos nuevos que por todas partes se multiplican y que todo el mundo se pone á componer; mas sobre todo tened cuidado con las oraciones compuestas por mujeres, pues invaden las avenidas de la piedad, no siempre están exentas de error, ni es de continuo perfecta su ortodoxia; tiene en ello harta parte la imaginación.—¿Consentiríais que vuestras oraciones, que constituyen vuestra conservación y medio de íntima unión con Dios, estuviesen formadas de errores sobre la fe? En la práctica enseñad y someted todos los rezos nuevos á vuestro Superior, cuya gracia discernirá lo verdadero de lo falso, y qué es lo que os conviene elegir en medio de tantas viandas insubstanciales y engañosas.

No pongáis toda vuestra confianza en los libros de oraciones, pues aunque sin duda son buenos y útiles y sé que ayudan, también fomentan mucho la pereza.—Os digo esto por el respeto que merecen cosas tan sagradas como son vuestra oración, vuestras relaciones íntimas con Dios. ¡Son tantos los iluminadosactuales que se tienen por alumbrados de Dios, á quienes únicamente la fascinación de su imaginación engaña y mueve á profetizar, sin haber recibido sus profecías del Espíritu Santo!

Rogad por vuestra gracia de fe, ¡ah! sí; pedid por la fe, por la sumisión á la voluntad de Dios, por la adoración de su ser, de sus grandezas, bondades y bellezas: ¡ahí tenéis lo que no está sujeto á ilusión!

Rogad por vuestro corazón y colocad bajo los rayos de la gracia y del amor vuestra súplica, vuestros *sentimientos, todo lo que* sale de *vuestro corazón*. Por los rezos vocales, nunca posterguéis los de la regla; mas no tengáis otros muchos.

Rogad también por vuestra mente, sometiéndola á la gracia del Espíritu Santo, del Espíritu de *oración;* formad en vosotros algo así como una creación perpetua de buenos pensamientos; pero agregad á *ellos el afecto, porque la mente sola no tardaría* en vacilar en su trabajo y pronto se cansaría.

Los Santos son admirables en sacar de *todo* y de todas partes afectos de oración, y la razón de ello es que están en Dios, lo ven todo en Él y todo los lleva *á amarle*; el ruego es su aspiración y su respiración; el movimiento de su afecto hacia Dios no padece interrupción; de este *modo* realizan el *oportet semper orare*.

No siempre se puede tener pensamientos nuevos; pero dirigid siempre el propio afecto hacia Dios, pues el corazón se alía con todas las facultades y se aplica á todas. Con su incesante ruego, los Santos hallaban tiempo para componer obras magníficas, recorrer el mundo y ser infatigables en su ministerio; orando con su corazón y con su afecto, convertían todos sus trabajos en deprecación.

Para llegar á ese punto, hay que desearlo y pedirlo con instancias á Dios, como la gracia de las gracias; hay que ejecutar en esta materia actos frecuentes, revistiéndolos de sanción exterior que nos recuerde nuestra resolución, y valerse de algunos signos exteriores que despierten nuestra atención.

El religioso que reza es un santo ó llegará de seguro á serlo: el que no, nunca hará cosa de prove-

cho. Cuando se trate de recibir á un postulante, estudiad atentamente si el rezo para él es causa de atracción y de amor; si es así, recibidle sin temor, aunque estuviese enfermo ó imposibilitado; porque esos imposibilitados que rezan son pararrayos á la vez que apóstoles que salvan al mundo; en cambio, nada se lograría con los otros, aunque les hubiesen tocado en suerte las más bellas cualidades naturales.





LA ORACIÓN

Don de nuestra mente.

La oración es el homenaje del hombre todo, de su ser y de todas sus facultades á Dios. Por consiguiente, debe empezar con una ofrenda de nosotros mismos á la Majestad divina, para penetrar así en el verdadero espíritu de la oración. La cual es una visita de homenaje, un reconocimiento de la grandeza de Dios y de nuestra dependencia; luego lo primero que hay que hacer es prosternarnos interior y exteriormente, para rendir á Dios el acatamiento de todo nuestro ser, de nuestra alma, de nuestra mente, de nuestro corazón.

Este homenaje debe ser profundo, silencioso; es el acto de la adoración anonadada: como en el cielo, donde, sin decirse nada, se declara todo.

Hay, pues, que callarse primero, adorar y anonadarse en presencia de Dios.

I.—Mas después de esto comienza la meditación propiamente dicha, que es un ejercicio de santificación de nuestras facultades, en que van á operar la mente, el corazón y la voluntad. Por lo que atañe al cuerpo hay que adormecerlo todo lo que se pueda,

ponerle en sosiego, pues si se le hace sufrir demasiado, dificultará la acción de las facultades.

La primera que debe ejercitarse en la oración es nuestra mente, la inteligencia, la razón, esa facultad que percibe las relaciones de las cosas, que las aprehende y forma en nosotros los conocimientos.

Ahora bien; es menester santificar la mente, sobrenaturalizar la inteligencia, cuya educación espiritual sólo Dios efectúa cuando en la oración se comunica con ella. La mente que no ha recibido la lección de Dios en la oración, que no ha sido quebrantada y rehecha por la oración, nunca tendrá más que una educación sobrenatural defectuosa; así es que no confiéis mucho en quien no se haya acostumbrado á entregarse á este ejercicio. Lo más que los libros y los maestros pueden enseñar es el método de la oración; ellos son los que introducen en el santuario; mas allí debe el hombre entregar su mente á Dios, pues sólo Dios puede llenarla con su divina luz y realizar su sobrenatural educación.

Unicamente esto puede formar almas fervorosas; por lo cual no deberían ser admitidos á Comunión frecuente sino los que hacen oración; pues sin ella, recibirán á Nuestro Señor, mas no sabrán conversar con Él; no penetrará en la mente de ellos, porque no se les descubre: permanecerá como en antesala y no ingresará en el fondo del corazón: no será alimento ni vida del alma, que nunca se transformará en Él, abandonando su propia vida natural, sus juicios y afectos para revestirse con la vida, afectos, pensamientos y virtudes del mismo Jesucristo.

Luego para meditar, y vuelvo á lo que iba diciendo, principiad haciendo consideraciones y formando pensamientos en vuestra mente; estudiad, meditad

con atención, recordad, comparad, golpead los pedernales para sacar la chispa luminosa. Este ejercicio de la mente es esencial, pues producirá el afecto del corazón; aunque es más importante que el mismo afecto que no podría encenderse ni durar si la mente, que es su foco, no estuviese bien alimentada. Ámase lo que se ve: así en el cielo, la visión de Dios es la que causa la unión, la transformación y la bienandanza; el conocimiento de un objeto produce en nosotros el objeto, y no podemos sentir el contacto intelectual de una cosa sin adherirnos á ella con nuestro corazón y nuestro amor: todo estriba, pues, en el conocimiento, que es el fundamento, manantial y foco de la oración. Ver es amar y es poseer. La causa de que la piedad en nuestros días sea débil y poco profunda, es que se atiende á muchas prácticas, con menosprecio de la principal; se acalora el sentimiento, pónese á hervir la imaginación, mientras que la mente no se fija mucho, ni se la obliga á reflexionar bastante, á estudiar, á profundizar, así es que se cae en las piedades rutinarias; yendo hacia ellas el corazón y la voluntad por costumbre, por una especie de instinto y de necesidad contraída, pero sin que por dentro haya ni solidez, ni profundidad, ni gran generosidad, en tanto que allí falta el alimento de la mente que proveería de nuevos motivos, los renovaría incesantemente, mostraría á Dios con más claridad y todo cuanto le debemos.

La mente es el asiento de la fe, y la fe es la que recibe la marca de Dios y la comunica al corazón, siendo en la fe donde reside Dios especialmente, mucho más que en el corazón y la voluntad. Los movimientos del corazón varían sin cesar, y la volun-

tad tiene más ó menos entusiasmo según muy diversas circunstancias; mas la luz de la fe es invariable, porque procede de la verdad de Dios y descansa sobre lo que Él es, sobre su palabra, y domina todas las disposiciones y los estados todos del alma.

Esta luz de la fe es la que mantiene, eleva y dirige el alma, y es la recompensa de la felicidad. «Si cumplís mis preceptos—dice el Salvador,—vendré y me mostraré á vosotros.» Lo que promete es la luz. Esta luz de fe jamás se apaga; no hay viento humano capaz de extinguirla, y es el faro que se percibe inmóvil en medio de las más violentas tempestades del corazón y de los sentidos, y grabada en nosotros, encendida en nosotros por el mismo Espíritu Santo, sostiénese allí á pesar de todos los trastornos.

No quiero decir que tan enteramente sea necesario separar del corazón la mente, que pueda uno contentarse con las luces de ésta, no; sino que por el contrario, la luz recibida en la mente, formada en ella, debe bajar al corazón y en él estacionarse para que la voluntad tome allí las nuevas fuerzas que necesita. Como hay unidad en nuestro ser, no podemos aislar nuestras facultades entre sí, que se sostienen, auxilian y son todas necesarias para perfeccionar nuestras operaciones vitales.—Mas sí quiero decir que hay que emplear con actividad la mente, llenarla de Dios por medio de la fe, porque es el principio de todo, y antes de digerir los alimentos y utilizar las fuerzas que dan al cuerpo, hay que recibirlos primeramente, tomarlos, y ésta es la función de la mente.

San Pablo, convertido por Jesucristo, es en el acto mismo de su conversión una imagen completa de la meditación. El Señor le derriba y se da á conocer:

Quis es, Domine? Al mismo tiempo le toca: «Soy Jesús, Jesús á quien persigues.» Su corazón se conmueve, porque ha distinguido á Jesús, á Jesús crucificado, é inflamándose su voluntad, exclama: «Señor: ¿qué queréis que haga?»

II. ¿De qué manera ejercitaremos nuestra mente? Primero hay que preparar asunto para la oración, siendo preciso saber cuál será; pues aunque no se necesite conocer de antemano todo lo que habremos de decir, es necesario saber determinadamente sobre qué cosa versará la meditación.

En seguida hay que marchar de lo conocido á lo desconocido, de lo natural á lo sobrenatural; es decir, que deberéis serviros de todo lo que sabéis para facilitar el estudio de la verdad que os habéis propuesto.

De fijo tenéis siempre algunos pensamientos, algunos recuerdos de lecturas ó lecciones sobre los misterios y las verdades de la Religión; pues bien, utilizadlos para principiar, aplicándolos á vuestro asunto; alguna luz más brillante saldrá de su acercamiento á la verdad que consideréis actualmente, la cual tiene la virtud de que, tocada, golpeada, producirá su chispa, y agrandándose poco á poco la luz, Nuestro Señor se manifestará á vuestra buena voluntad.

Á lo menos tomad como punto de partida vuestra miseria, ó cualquiera verdad negativa, si carecéis de dato alguno positivo tocante al misterio ó verdad que consideráis: mirad cuánta falta os hace, cuán lejos estáis de ella, qué grande es la fealdad del vicio opuesto; descubrid algo, estableced alguna relación que ligue vuestra mente á vuestro asunto; con lo cual se adhiere á éste vuestra mente y siempre

acaba por internarse en él más ó menos, porque la gracia responde con fidelidad á la buena voluntad humilde y recta.

Lo que no habéis de hacer es cosa que sobrepuje á vuestras fuerzas intelectuales, y así no intentéis meditar como Bossuet, si carecéis de su genio.

En cambio, asíos bien á estas dos llaves de la meditación, á estos dos procedimientos, para la verdad negativa el uno y para la positiva el otro:

Arranca el primero del conocimiento de la propia nada, de los pecados, tentaciones y miseria propios, en una palabra: el alma que parte de esta verdad y comienza por ella su meditación, tiene siempre en qué ocuparse, y cuenta en todo caso con un punto conocido donde poner el pie y desde allí lanzarse hacia las verdades divinas: éste, que es el método más fácil, es bueno porque nos asienta en la humildad, y siempre es provechoso retornar á la vista el fango propio, para no olvidarse uno de su origen.

Por el contrario, el método positivo éntrase inmediatamente en la verdad considerada en sí misma, en el amor del misterio, y sobre todo se dirige á exaltar á Dios, á reconocer su amor, sus atributos en tal misterio, sus perfecciones en tal virtud, la gloria que de ella le redunda, la perfección con que la practicó Jesucristo.

Si, por ejemplo, meditáis acerca de la muerte de Nuestro Señor, el método de amor positivo os conduce á pensar inmediatamente en el inmenso amor que en ella manifiesta, á ofrecer á Dios la gloria que su justicia y majestad obtienen de aquélla; en suma, os mueve á que contempléis el amor, la gloria, á Dios ó á Jesucristo en sí mismos.

Por el otro método, el alma no ve en esta muerte

sino sus pecados, que la han causado, y examinándose, indaga cuál de sus pecados ha sido la causa especial de los sufrimientos y muerte del Hombre Dios, sumiéndose entonces en el arrepentimiento y en la humillación personal.

Vemos, pues, que el positivo adora, exalta á Dios en sí mismo; el negativo se ve á sí mismo en Dios.

¿Cuál es preferible?—No conviene establecer comparación entre dos métodos que proceden del Espíritu de Dios y que conducen á amarle; además de que en la práctica casi no conviene separar el uno del otro.

Lo que se puede decir á vosotros que no sois convertidos de ayer, es que si deseáis llegar antes al recogimiento y uniros más íntimamente á Dios, os aprovechará más no reconcentraros tanto en vosotros mismos y no siempre levantar vuestras miserias entre Dios y vuestra alma.—Gústeos preferiblemente ver su bondad y amor y contemplarle en sí mismo y en sus razones divinas; después de eso podéis entrar con vosotros.—Complaceos en ver la virtud en Jesucristo, en estudiar la perfección é intención con que la practica; nutrid, en una palabra, vuestra alma de Dios mismo, pues esto os levantará progresivamente hacia Él, y os dará mayor fuerza de expansión; dejad á cargo de nuestro Señor el colocaros en el método negativo, mostraros vuestras miserias y sumiros en vuestra nada; que no dejará de hacerlo, como en el Tabor, entre los esplendores que le cercaban, mostraba á sus Apóstoles la exuberancia de sus humillaciones y sufrimientos.

Reservad el método negativo para las horas de trabajo, fatiga é impotencia, cuando vuestra mente carece de fuerza para subir á la altura desde donde

se contempla la verdad pura y se ve á Dios y las cosas en sus razones divinas.

Resultará de esta práctica que aprovecharéis más el tiempo en la oración; que tendréis más delicadeza con Dios, cumpliréis más decorosamente los deberes de la amistad y seréis menos egoístas; porque almas hay que jamás dicen á nuestro Señor una palabra tocante á Él, que le saludan apenas, ningún homenaje le rinden, ocupadas por entero en sus propias necesidades, presentándose únicamente para mendigar al punto, y desde la puerta. ¡Vosotros sed hijos, amad y conversad!

Complaceréis á nuestro Señor hablándole de Él, tratando algo de sus intereses; así tocaréis en su Corazón, como aquel leproso que, de diez, fué el único que volvió á darle las gracias por su curación, y al cual alaba por haber glorificado á Dios. Este pobre leproso es un ejemplo de amor positivo en la oración: veamos cuán sensible se mostró el Señor para con Él. ¡Pues vosotros también glorificad á Dios!



LA ORACIÓN

Don de nuestro corazón.

Hemos dicho que la meditación es el homenaje del hombre y de todas sus facultades á Dios y la santificación del hombre por Dios; ya vimos de qué manera habría de conducirse en ella la mente; hablemos ahora del corazón.

I. La mente se asemeja en su oficio á la aguja que introduce el hilo en el tejido para en él figurar el bordado; primero entra la aguja y lleva el hilo, pero el hilo se queda solo. Lo mismo pasa con el afecto del corazón; el cual afecto debe permanecer y si de tanta excitación es objeto la inteligencia, no es sino para calentar y mover el corazón por los motivos de fe y amor más capaces de conmoverle, pues el corazón sigue y abraza lo que la mente estima y le señala como bueno.

Por consiguiente, es necesario que el afecto se halle en relación con la reflexión, de la cual sea consecuencia natural y á modo de complemento; algo así como despliegue y florescencia. Basta un escaso número de pensamientos para una buena

meditación; y así como el afecto debe apoderarse del pensamiento bien concebido y reflexionado, retenerlo, complementarlo, extenderlo y nutrirse de él, el pensamiento debe pasar sin esfuerzo desde la mente al corazón. Precaveos de entablar una lucha y de zamarrear á vuestra alma en muchas opuestas direcciones, ni deis á rumiar á vuestro corazón sino los pensamientos pesados ya y masticados por vuestra mente, y contentándoos con desarrollar en el corazón el pensamiento que ya estaba en vuestra mente, convertidlo sencillamente en afecto.

Nazca, pues, del pensamiento el afecto con toda naturalidad, y sea conforme á la naturaleza de nuestro corazón; amemos á Dios en la oración como amamos á los que debemos amar; amemos con nuestro corazón, en conformidad con su naturaleza, fuerza y vida, más ó menos ardorosamente ó con mayor ó menor ternura; pues el tiempo, la edad, las circunstancias modifican indefinidamente nuestro *corazón* y *la gracia* sabe *conformarse con el temperamento* de cada uno; supuesto que no es el temperamento ni la naturaleza lo que Dios quiere que destruyamos en nosotros, sino el pecado y las inclinaciones y los hábitos que de él se originan.

II. El afecto debe dejar de ser natural, esto es, conforme con nuestra naturaleza individual, por cuanto que en nosotros lo formamos, para convertirse en sobrenatural por su unión con la gracia divina, que lo eleva y purifica, y por su correspondencia con los movimientos del Espíritu Santo.

Tres maneras hay de sobrenaturalizar el afecto, unirlo á la luz de la gracia actual, suscitada en nosotros por el Espíritu Santo; dejarle seguir la moción

del Espíritu Santo en nosotros; y cuando no se sienta ni el llamamiento, ni la moción interior de la gracia, es menester sobrenaturalizar el propio afecto por medio de la aceptación y ofrenda del estado en que uno se halla.—¿Nada sentís? Confesad entonces dentro del corazón vuestra miseria y parálisis, vuestra impotencia, y también vuestros pecados; así esta confesión del corazón humillado, que sustituirá á más suaves y levantados afectos, será acogida por Dios, que es el que envía esa impotencia para desasiros de las reflexiones á que quizá os adheríais demasiado. Os echa en tierra y os aridece para impedir que os extraviéis en el amor propio, pues aunque la inclinación de Dios sería estrecharnos contra su Corazón, nuestro bien exige que nos tenga bajo sus pies y que nos desocupe el corazón de todo sentimiento de amor.

En ese estado, humillad vuestro corazón hasta que nuevamente sea visitado por la gracia.

Es menester que el afecto descienda de lo general á lo particular y que se acomode á saborear el amor de Dios especial y particular para vos en el misterio que la mente le presenta.—Si habéis admirado la inefable presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, exclamad ahora en vuestro corazón: «¡Oh qué bueno sois permaneciendo ahí para mí!» Colocad el corazón delante de los beneficios personales que Dios os ha otorgado y enseñadle que todo en la vida y en los sufrimientos, en el amor y en la muerte de Jesucristo, todo es para vosotros, para vosotros únicamente; con lo cual, consumiéndose á vista de la hoguera del amor de su Dios, exclamará arrobado vuestro corazón: «¡Me ha amado, me ha amado!» Y el resumen de este amor se comprenderá en esta palabra;

«¿Quién podrá en adelante separarme de Aquel que me ha amado y á quien amo?»

Dije que no se necesitaba meditar mucho para llegar al afecto; aunque en este punto hay que precaverse contra la pereza, pues la mente es perezosa cuando se trata de la gracia; así es que no hay que permitirle pasar por la reflexión con excesiva facilidad, pues haría de buen grado lo que el tribuno Félix quien, temeroso de que San Pablo le iluminase con una verdad que aquél no quería comprender, despidió al Apóstol diciendo: «Otro día te escucharemos.»

No aplicarse el ánimo á meditar seriamente, pretextando conocer sus deberes desde mucho tiempo atrás, es un signo evidente de pereza; pues debe tenerse entendido que toda virtud que no sea consecuencia de la reflexión, no dura cuando la convicción no la sostiene, pues en tanto que los sentimientos transitan, van y vienen, únicamente la verdad es estable.

Con todo, como en ninguna cosa se debe exagerar, si á nuestro Señor pluguiese transportarnos sin dilación al afecto, seguidle, pues habrá hecho por sí mismo vuestro trabajo preparatorio.

Y de análoga manera, cuando vuestra mente no basta á enardeceros, necesitáis tomar un libro, pues aunque hay almas que poseen el raro don de amar tanto que baste con sus solas fuerzas para la meditación, hay que convenir en que son muy pocas.— Mas no creáis que con tomar un libro lo habéis hecho todo, pues hay que acomodar lo que dice á vuestras gracias y necesidades. Ningún libro contiene lo que conviene exactamente á cada uno, pues las gracias tienen infinita variedad y no hay una que

sea idéntica á otra. El mejor libro es el que la obediencia da, aunque con el bien entendido de que si hoy os es suficiente, mañana nada os dirá, pues ninguno basta para siempre. Vosotros mismos sois el libro que constantemente debéis abrir; aparte de que cuando se tiene buena voluntad, todos los libros son buenos, si bien hemos de precavernos contra el deseo de que nos den hecho el trabajo, antes por el contrario, amemos con nuestro propio corazón y con la gracia que el Espíritu Santo fomenta en nosotros.





LA ORACION

Don de la voluntad.

La oración es nuestra santificación por Dios; así es que debe producir la reforma de las costumbres, que es el fin inmediato de aquélla, su consecuencia práctica y necesaria tendencia. Sobre todo en esta materia no olvidemos que «no poseerán el reino de los cielos los que dicen: «Señor, Señor,» sino los que fielmente ejecutan la voluntad del Padre que está en los cielos.»

Mas ¿qué hay que hacer para corregirse? ¿Qué medios adoptar? ¿Qué reglas hay que seguir?

Arte de artes es esta ciencia, y más difícil que la de regir y santificar almas, pues no es obra para todos el ofrecer buenos principios y reglas seguras. ¡Cuántas almas hay sumergiéndose en el mundo y en su espíritu que llegarían á ser heroicas en santidad, si estuviesen bien dirigidas!—Mas se las deja entre los medios ineficaces, y viven al día, caminando paso á paso, sin progresión, porque desconocen los grandes principios que se aplican á todo y mueven á dar pasos agigantados.

El principio fundamental es que la santificación de un alma debe realizarse en conformidad con su naturaleza y gracia particular, no porque la gracia dependa de la naturaleza y le esté subordinada, sino porque la gracia no trabaja sino sobre la naturaleza, que es la materia de sus operaciones: por eso hay que asociarla á la gracia y tenerla en consideración. Sin embargo, es menester graduar el modo de santificación en vista de la gracia, á la cual, en último extremo, hay que ajustar las reglas prácticas de que se quiera hacer uso para dirigir el alma por la santidad.

Sírvannos de ejemplo dos hombres, el uno de los cuales no tiene más que su gracia de conversión, mientras el otro, que ya hace mucho tiempo que pertenece á Dios, es atraído á la santidad.

I. Al convertido hay que moverle á hacer oraciones de conversión que ataquen el mal directamente, que luchen y combatan en plena guerra.

Al hombre de los sentidos, al impúdico, comenzad mostrándole las infelices consecuencias de su estado en orden á la salvación eterna; ponedle frente á frente de los castigos sobrenaturales, de las postrimerías, de la muerte, del juicio, del infierno que merece, del cielo que él mismo se cierra, de la ira de Dios, de su justicia que hay que vindicar; hacedle sentir los tormentos de su conciencia y escuchar los gritos del remordimiento: ésta ha de ser su oración. Mantenedle aquí, y no penséis en convertirle manifestándole únicamente las consecuencias de sus faltas como perjudiciales para lo temporal y natural, como frecuentemente se hace ahora, pues esto equivale á corregir un vicio por medio de otro, é indica carencia de fe en el poder sobrenatural de la gracia.

El fruto de sus meditaciones, la conclusión práctica será el conducirse severamente y como un enemigo declarado de sus pasiones, las cuales tienen asiento en los sentidos y en el cuerpo; pero como el cuerpo nada entiende de razones ni de consideraciones, se requiere echar mano de la fuerza bruta contra él. —Tentado San Pablo, ora al Señor, pero esto no basta; la rebelión continúa excitando su carne, y entonces, para someterla, azótala y la castiga: *castigo corpus meum.*

El que tiene un esclavo, ha dicho un proverbio, y lo trata con dulzura, verá que rebelársele procura: *Sentiet contumacem.*

En la lucha contra la carne es donde el reino de Dios pide que se emplee la violencia; hay que usar de la fuerza contra los sentidos, y dominar el cuerpo con los golpes: ésta es la sola razón que le convence. Claro está que se necesita no infringir las reglas de la prudencia; pero el fijar esas reglas toca á los que nos dirigen, y no á nosotros mismos, porque, pese á esa prudencia, ciertas pasiones hay contra las que es forzoso luchar mucho tiempo sin tregua ni merced, pues aunque llegara el trance de sucumbir por cansancio en este campo de batalla y de dejar en él un poco de la vida, en esto no hay mal alguno.

Admírase la dulzura de los hombres mortificados, los cuales, aunque para los demás son suaves, no lo son consigo mismos, y no han logrado esta semejanza con Jesucristo sino por la mortificación y el azote; porque un Santo no es sino un soldado de Jesucristo que ha sostenido trabajos, fatigas y sangrientas luchas cuyos resultados se ven en las cicatrices con que se muestra.

Y como todo cristiano es lanzado á la pelea para

combatir primero consigo mismo y contra el mundo que en él y fuera de él se halla, *militia est vita hominis super terram*, todo esto reclama el empleo de la fuerza.

Nuestro Señor se muestra dulce y tierno al principio, pues sólo caricias tiene para la infancia de la vida espiritual; pero á los que quieren amarle, pronto los conduce al combate; su gracia es la miel en la boca del león: comienza en dulzura y acaba en fuerza; después de las caricias de su ternura, los golpes de su mortificación: es dulce y violento á la vez.

Si no podéis aliar, como él hace, la dulzura con el odio al mal, quedaos con este último y revestíos de fuerza, que se necesita mucho más.

Sin razón se moteja á los convertidos de austeros, rudos y severos, diciendo: «¡Cuidado que es duro!» ¿Cómo ha de ser? Ocupado en golpearse, escápansele algunos golpes que van á dar al vecino: hay que dispensar esto á la necesidad en que se encuentra de ser violento consigo: su tentación es la impaciencia.

Ahí tenéis la manera de efectuar la reforma de las pasiones que residen en los sentidos externos.

Si se trata de desarraigar del corazón un pecado, es diferente la táctica, porque tan delicado y sensible es el corazón como ciego y brutal el cuerpo. El corazón es todo afecto; se entrega, posee y es poseído por amor, obrando únicamente por simpatía. Es necesario retirarle su ídolo, cambiar su afecto, separar de su simpatía el corazón.

En su oración deberá considerar la nada de lo que adora, la vanidad de lo que ama y la vergüenza misma de su estado. Enfrente de los ídolos que se tiene

creados, ponedle la belleza del Bien increado; pero cuidad muchísimo de no retirarle jamás lo que ya ha visto, sin darle al mismo tiempo otro objeto para su amor, más hermoso, más digno y más suave que el primero. No puede quedar vacío; no le quitéis el mundo sino para darle á Dios; es menester que se aficione y ame; en eso consisten su esencia y naturaleza; por manera, que si le dejáis solo y desocupado, se volverá en seguida á su primer amor: dadle, dadle á Dios, amor de los amores, á Jesucristo, su Salvador, infinitamente bueno y amable infinitamente.

Las personas en quienes *predomina el corazón* tienen que ser regidas é instruídas en orden al corazón; hay que hacerles sentir blandamente su desdicha, y darles á entrever la ventura de unirse á Dios y de amarle.—No las sacudáis demasiado, pues pudierais quebrantarlas; usad hasta de ternura, pero tampoco os dejéis coger de ellas. ¡Mucho cuidado! Sabed que se inclinan á poner su apego en vosotros, cosa que no permitiréis, sin por eso rechazarlas ni alejarlas demasiado bruscamente; pues para comenzar es conveniente poner un poquito de bálsamo sobre el corazón. Apiadaos del corazón y nunca lo desechéis.

Así, pues, el procedimiento para la reforma del corazón consiste en persuadirle, con argumentos sacados de su pena y de su estado infeliz, en moverle á sentir rectamente, en mostrarle un bien mayor, una dicha más pura y perfecta, y, por último, en reemplazar su afecto á la criatura por el amor al Criador.

Pero si el alma, viendo su mal estado, reconociéndolo y declarándolo, titubea, se rodea de pretextos,

carece de valor para librarse, arrebatadla valerosamente; arrancadla sin dudar, hasta con violencia, si es preciso, porque camina á perderse. Urge arrancarla sin demora al peligro, y para eso no se necesita permiso, pues la inminencia del peligro es razón más que suficiente.

Con respecto á la mente hay que observar distinta conducta; pues mientras que el corazón se rinde al sentimiento, quiere la mente convencerse por razones, y sólo se supedita á la evidencia. Presentadle, pues, razones, aunque se requiere mucho tiempo para convertirla, y es difícil y raro conseguirlo por completo, sobre todo tratándose del orgullo.

Fórmese, por lo tanto, esta meditación de razón y de luz; iluminad intensamente para que sea viva la impresión que se produzca; convenced de sus yerros á vuestra mente; mostradle la injusticia del pecado, la fealdad y deformidad de éste, y el mal que obra contra Dios; imitad á San Ambrosio, cuando á Teodosio, que excusaba su falta con el ejemplo de David, Rey pecador también, le respondía: «Si le has imitado en su crimen, imítale también en su penitencia.» He aquí la razón, la evidencia que convence y á la que nada cabe objetar. Obrad de esta manera para convertir y reformar vuestra mente, que, convencida de sus faltas, la luz la obligará á someterse.

II.—Cuanto acabamos de decir respecta á los penitentes, á los que salen del mundo y del pecado; pues es distinto el camino que ha de seguirse en la reforma de costumbres de los que pertenecen á Dios por la fe y la caridad; cierto que por una caridad más ó menos intensa, pero que, como quiera que

sea, hállanse en vías de salvación: tal camino está representado sobre todo por la adquisición de las virtudes cristianas, mucho más que por la destrucción del pecado. ¿De qué manera habrá que conducirse en la práctica?

Dos maneras hay, buenas ambas, y cabe emplear una ú otra conforme al atractivo de la gracia. Por la primera, quiere enérgicamente el alma llegar á la virtud, cuyo bien moral, decoro y hermosura percibe por completo; ve que la virtud conviene al cristiano y que la falta de celo por las virtudes cristianas arriesga su salvacion; que la práctica del cristianismo perfecto produce frutos innumerables, aun en esta vida, aunque sobre todos está el fruto de la vida eterna. Como esta vida inflama su deseo, trabaja de día en día y hora tras hora, subiendo de grado en grado; aliéntanla sus progresos, que ella nota, y sostiénese con esto para trabajar más fielmente: este sin duda es un buen método, apto para conducir hacia la santidad.

Con que entonces, vosotros que sois religiosos, atareaos primeramente en practicar las virtudes de vuestro estado: la pobreza, la castidad, la obediencia, que son las virtudes esenciales en vuestro estado; antes que nada habéis de hacer las cosas que atañen á vuestro oficio. Por lo demás, como todas las virtudes son hermanas, una sola que se practique bien y sea excelente, atraerá á las restantes y hará fácil su ejercicio. Escoged la virtud más necesaria á vuestro estado, á vuestra necesidad, comenzando por acudir á la más apremiante y sin olvidar un momento la fiel observancia de las virtudes que son vuestra norma y esencial deber, pues más adelante podréis agenciar las virtudes de consejo.

Veis, pues, que trabajar en provecho de la virtud y por la recompensa que la sigue, así como por el resultado que da, es un principio saludable, un pro vechoso método que puede seguirse para la reforma de la vida y en el trabajo de que ha de ser objeto la voluntad; pero hay otro más excelente, y consiste en trabajar por amor, en no querer sino una cosa: amar, y en esta sola cosa querer todo lo restante.

No se trata ahora de adquirir virtudes ni de recoger frutos de santidad, sino de amar, de querer á Dios sobre todo, en todo, y todo quererlo por amor á Él. No se trata más que de penetrarse de esta verdad y de convencerse de este principio: es necesario amarle y santificarse por amor á Él. Amar: aquí tenéis el principio, el punto de partida y el fin; se adop tarán los medios, pero únicamente para aplicar ese principio y lograr dicho fin de amor. El primer método procede por análisis en la adquisición de las virtudes; mas éste, por síntesis. Aplícase este gran principio de amor en proporción á las necesidades y á los progresos de la gracia: lo que interesa es establecerlo bien desde los comienzos, partir de él y seguirle en todo, teniéndole como faro é hilo conductor.

Por lo demás, es un principio que corresponde admirablemente á nuestra naturaleza y á la gracia de Dios en nosotros.—Somos hijos del hombre, y sabido es que ante todo procura la madre encender en su hijo la llama del amor, con lo que luego le pide los sacrificios de la obediencia y sumisión, del estudio y, en una palabra, los sacrificios todos de la educación exígeselos, fundándose en el amor que á ese hijo tiene y que por tantas maneras le ha manifestado, para que sean como pruebas del reconocimiento y afecto del corazón de su hijo, el cual, si

es bien nacido, comprende aquel lenguaje y llega por amor filial á realizar heroicidades.

Pero también somos hijos de Dios, y en este concepto hemos recibido en el bautismo el espíritu de adopción de hijos, que consiste en el don y el hábito del amor; pues el Espíritu Santo, amor substancial y subsistente, reside en nosotros, llena nuestras facultades y nuestra alma disponiéndolas al amor por hábito y estado y excitándolas por sus movimientos á los actos del amor. Más aún que nuestra alma misma, el Espíritu Santo es quien está en ella, envolviéndola, elevándola, sobrenaturalizándola y transformándola en Él, que es amor, y amor esencial.—El amor es lo mismo que la gracia, por lo cual el espíritu de la gracia es el de amor; así es que el movimiento y la aptitud de la gracia están en obrar por amor, ya que todo ser obra según su naturaleza.

¿Comprendéis por completo cuán fielmente corresponde ese principio de amor á lo que en nosotros hay más íntimo, á nuestra naturaleza y á nuestra gracia de hijos de Adán é hijos de Dios? ¿Por qué entonces no partir del amor de Dios al marchar hacia las virtudes? Ea, pues, arranquemos de allí, que es donde está nuestra fuerza.

En la aplicación y en la práctica, ese amor tomará todas las formas de las virtudes, pues dice Santo Tomás que la perfección reside esencialmente en el amor, y según San Agustín, todas las virtudes se reducen á amar: lo mismo, antes que él, decía San Pablo, así como luego el Doctor Angélico añadía: «No es otra cosa ser perfecto sino amar suficientemente para separar cuantos obstáculos se oponen á nuestra unión con Dios, fin de toda perfección.» Entonces el amor vuélvese castidad, pobreza, obe-

diencia, paciencia, dulzura y humildad, sin que en todo esto se pretenda más que una sola cosa: amar, realizar un acto de amor, destruir un obstáculo que hay para el amor, ó favorecer el amor y la unión con Dios. ¡Admirable unidad y único punto de partida, principio luminoso, fuerza tanto mayor cuanto es más reconcentrada; punto de vista siempre el mismo, sin división, sin distracción de la fuerza, de la atención, del corazón ni del alma!

Observad, por último, que Nuestro Señor no vino al mundo sino para hacer que se amase á su Padre, de cuya belleza era figura, y que en último resultado una sola cosa nos recomienda: amarle sobre todo, y por Él todo lo demás. Este es el resumen de su doctrina: «Permaneced en mi amor.» *Manete in dilectione mea.*

Ese estado es el que pide: el único que recomienda como estado, como hábito, porque no es otro el centro, de toda la vida cristiana y sobrenatural, y desde el centro fácil y ciertamente se va á la circunferencia, porque sobre todos los puntos se hallan radios.

Por lo cual os aconsejo que os fundéis perfectamente sobre este principio, y lo erijáis en punto de arranque para la reforma de vuestra vida y para el trabajo de las virtudes y de la santidad; supuesto que (y así terminaremos en conformidad con lo que decíamos al principio) la reforma de las costumbres, la santificación de la vida, la adquisición de la santidad de Jesucristo es el fin de la oración y de la vida religiosa: *Estote perfecti sicut Pater vester coelestis perfectus est.*



¿ME AMA DIOS?

Pocas veces se hace uno esta pregunta, y no se hace bien en ello; porque si es bueno interrogarse acerca de si se ama á Dios, también es muy provechoso convencerse de que Dios nos ama.

I. ¡Sí, Dios nos ama! Nos ama con amor eterno, sin principio ni fin, ni sucesión, ni alternativas; en su amor somos eternos. Desde siglos y siglos eternos, antes que nosotros fuésemos, Dios nos había concebido en su pensamiento y querido en sus decretos, y estos pensamientos y decretos eran de amor!

¡Ah! Nunca le amaremos como nos ha amado: pues aunque dilatemos nuestro amor, le extendamos y llevemos más allá de todos los límites, siempre le debemos reconocimiento, continuamente le seremos deudores de amor. ¡Ay! ¡Ni siquiera le amamos durante los pocos instantes de esta vida que nos deja para mostrarle libremente nuestro reconocimiento, mientras que Él, sí, Él nos ha amado durante toda la eternidad! Ahí tenéis la causa de aquellas inconsolables lágrimas de los Santos en la tierra; porque si apenas basta el presente para res-

ponder á su amor actual, ¿cómo satisfacer tanto peso de amor acumulado durante siglos? Esta impotencia para amar bastante y reparar su falta de amor es el tormento de los Santos, que permanecen inconsolables, en tanto que el mundo nada entiende de sus lágrimas.

En cuanto á nosotros, estoy persuadido de que apenas lloramos nuestros pecados para lograr que se nos perdonen; mas los Santos lloran por no haber empleado todo su tiempo en amar, pues si es que han ofendido á Dios, sus lágrimas entonces no se agotan. Mirad á San Pedro, perdonado, confirmado en la gracia, Jefe de la Iglesia, cómo lloraba sin cesar, en términos que la aurora le encontraba de rodillas y bañado en lágrimas, que habían abierto doble surco en sus mejillas adelgazadas por la llaga incurable de su arrepentimiento. ¡Oh qué miseria la nuestra! Cuando más, algunos actos de contrición para reparar el amor perdido, las ofensas al amor. ¡Ay de mí! que el amor es quien enciende y alimenta el fuego de los condenados, pues su pesar más acerbo consiste en no haber amado!

El amor eterno de Dios se nos ha manifestado mediante los beneficios del tiempo, pues no existimos sino por una benévola creación del amor de Dios, y nuestra conservación la debemos á que nos lleva en sus brazos.

Al mismo tiempo, esta vida no se nos ha dado sino para amar á Dios, en lo cual consiste la perfección del hombre, el cual no es bueno si no ama á Dios, pues este es el fin que el Criador le fija en su liberalidad de amor; por eso parece que si Dios, al crear al hombre, no dijo que esta obra de sus manos era buena, como de todas las demás lo dijo, fué en razón

de que al hombre no se tendría por consumado y perfecto sino cuando hubiese amado á Dios y manifestado con obras ese amor.

Ahora bien: sepamos que tanta condescendencia hay por parte de Dios en querer ser amado de nosotros y en darnos la facultad y la gracia de amarle, como en amarnos Él mismo y en llenarnos de demostraciones de ese amor.

II. Creados en su amor, su amor es quien nos rescata; condesciende con nuestra naturaleza, según la necesidad de nuestro corazón, y como nuestro amor se ha materializado y solo ama lo sensible, Dios nos acepta como somos y se sensibiliza para reemplazar en nuestro amor los ídolos sensibles á quienes lo habíamos consagrado.

Asistid á este consejo de amor: «¿quién de nosotros irá hacia el hombre?» Esto es: ¿cuál de las tres Personas divinas, eternas, espirituales por esencia, se hará amor, amor humano, sensible y visible para ganar al hombre, ya que su corazón sólo por este medio es conquistable? — Y el Verbo se hizo carne; *Caro;* no se ve ni se oye más que amor; esa misma palabra lo indica; hubiera podido el Espíritu Santo decir *homo*, se hizo hombre: mas no, sino que dijo *carne*, que es un amor sensible y más conforme con nuestro corazón de carne: *Caro factum est.*

Y Jesucristo no es sino el amor de Dios humanado, comunicado al hombre por todas las maneras, bajo todas formas y en todos los estados para probarle el amor de su Criador. ¿Cómo dudar de que Dios nos ama, habiendo venido el Verbo á decírnoslo con su palabra, sus ojos, su corazón y con todo cuanto el hombre puede sentir y comprender?

Tan solo vino para decirnos esto: *Sic Deus dile-*

xit. «¡Tanto amó Dios al mundo!» Nos ama, sí, nos ama en Dios; es decir, infinitamente!

Acogió en su corazón todos los amores que nos conciernen, y nos dió muestras de ellos.

Como el amor de los padres es el más natural y poderoso, porque radica en la sangre y en los orígenes de la vida, Jesús se llamó Padre nuestro y se hizo nuestro Hermano.

Por ser una forma del amor la amistad que se fun da en la igualdad de posiciones y caracteres, hízose amigo nuestro. –Como el amor de los padres supone alguna desigualdad, cierta distancia formada por el temor y el respeto, nos amó como hermano y como amigo, para suprimir toda distancia y distinción; por consiguiente, igual condición, igual nombre, la misma mesa, la misma vida; por manera que si quiso nacer niño y pasar por todas las edades de la vida, fué para que en todos los estados y en todas las épocas de su vida tengan en Él todos los hombres un hermano y vean el amor de Dios humanizado y se mejante á ellos.

Mas no bastaba hacerse semejante á nosotros en naturaleza, sino que tambien era menester que parti cipase de nuestros sufrimientos, penas y miserias, para que nos oprimiese la evidencia y nos forzase á exclamar: «¡Sí, Dios nos ha amado!»

Y en verdad lo ha hecho; ha tomado sobre sí todos mis crimenes y los ha llevado solo, aceptando el castigo terrible de ellos: penas interiores, dolores en su alma, sufrimientos horribles en su cuerpo, su pasión interior y su pasión exterior: esas son las pruebas de su amor. ¿No es bastante? ¿Se rechazará un amor que se demuestra con el sufrimiento y la muerte? ¡Ah! ¿Pues quién hubiera hecho lo que Él?

¡Nadie, ciertamente, nadie! ¿Y habremos de ser injustos con Dios singularmente, rehusando declarar que nos ama?

III. Sí, nos ama, sin que le baste amarnos en general y en conjunto; pues aunque esto ciertamente fuera mucho y por demás suficiente para salvarnos, quiere, con todo, llegar hasta el extremo del amor infinito, y nos ama personalmente, particularmente, como si cada uno de nosotros estuviese solo en el mundo. — Si dijesen á cada uno de vosotros: Dios ha querido amarte entrañablemente, y para demostrártelo ha creado este mundo con sus maravillas, nada más que para ti, porque tú solo le bastas, que por ti mismo eres el fin de todas sus obras de naturaleza, gracia y gloria; y si á esto Dios añadiese: «por ti entregaré á mi único Hijo, que mo irá por tí, para quien establecerá la Iglesia y sus Sacramentos, así como también pa a ti permanecerá en el Santísimo Sacramento hasta el fin del mundo, continuando en él su vida de amor para ti, renovando sin cesar su pasión y su muerte de amor por ti, y todo esto únicamente por ti,» si esto se os dijese y os lo asegurase Dios mismo, ¿lo creeríais? Mas ¡ay dolor! ¿Qué responderíais si después de eso fuera preciso declarar que á pesar de todo no le amaríais, y que tanto esfuerzo no sería suficiente para conquistar vuestro corazón?

No; ya sé que no responderíais, sino que bajaríais los ojos y os avergonzaríais, sintiéndoos peores que los mismos demonios.

Pues bien; á pesar de todo, es así. El amor de Dios es personal en cada uno de nosotros, pues en todas sus obras sólo ha tenido en cuenta á cada uno de nosotros, y al servicio de cada uno ha puesto to-

das sus criaturas, todas las gracias, todas las maravillas de éstas y todos los tesoros de la santificación; por manera que cada uno de nosotros debe exclamar con San Pablo: *Dilexit me!* ¡Me ha amado, á mí, á mí solo, y para probarme su amor se ha entregado por mí, por mí solo, á la muerte de cruz! ¡Con cuánta mayor razón no habrá hecho para mí, para mí solo, todo lo demás, lo visible y las cosas invisibles!

¡Y todo ese amor de Dios viene á reunirse, á condensarse, á afirmarse en el don que Dios me hace de su Hijo, y que de sí mismo Jesucristo me hace en la sagrada Comunión; yo soy su fin, y en mí, á quien se dirige, se termina! Luego todo ha sido para mí, para mí solo todo cuanto desde el principio del mundo, y aun antes, ha preparado ese don de amor personal que me entrega, consistente en su cuerpo, sangre, alma y divinidad y en todo cuanto es y tiene, ya que todo viene á parar en mí, en mi corazón, en mi alma. Cristiano, ya sabes lo que vales: ¡lo que Dios! *Tanti vales, quanti Deus!*

Así es que, después de tanto amor, comprendo el infierno. ¡Y no amamos á Dios! ¡Fuera cosa de arrancarse la vida por vergüenza y desesperación para castigar en sí propio tamaña ingratitud!

¡Más el hombre no ama á Dios! ¡Le ofende! ¡Ay! ¡Ay! ¡Quién diría que por tanto querer cae Dios en menosprecio: no parece sino que lo procura! ¿Acaso permitiríais que de este modo os despreciasen ó insultaran vuestros hijos ó subordinados?— Pues Dios colma al hombre de bienes y le abruma á fuerza de mercedes, á pesar de su pecado, no obstante sus pecados de todos los días. ¡Todo para que retorne y se dé por vencido!

¡Si no amamos á Dios, por fuerza tenemos corazones de demonio!

Mas Nuestro Señor tapa á los ingratos, los excusa: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». ¡Y eso mientras ellos le maldicen! ¡No, Dios no tiene dignidad, ni honor; no tiene más que amor!

Por boca de un poseído gritaba el demonio un día: «Hombres, es mucho lo que Dios os ha amado!»

¡Cierto! Dios, bondad suma, se ha engañado. ¡Nos ha amado con exceso! *Propter nimiam charitatem qua dilexit nos...*





¿AMO YO Á DIOS?

¿Amamos á Dios?—Esto es lo único necesario; y hay que responder categóricamente, sin vacilación ni rodeos; sí ó no: ¿amamos á Dios?

Porque no hay término medio; se le ama ó se le aborrece: ¿le amamos?—Decir sin temor que sí, fuera proclamarse santo y coronarse á sí mismo; luego la respuesta consistirá en ver si no se le ofende, y mejor que en esto, en observar si se porta uno con delicadeza en cuanto á Él.—Amase á Dios cuando se tiene delicadeza respecto á Él; pues el amor no es más que la delicadeza de la fidelidad, de la generosidad y del honor.

I. ¿Tenemos la delicadeza de fidelidad de un buen doméstico para con su dueño?—Por lo menos, líganos á Nuestro Señor el deber de obedecerle. ¿Qué menos puede exigir? Le debemos una obediencia absoluta, sumisa, sin límites; una obediencia pasiva; lo que se da á los amos en la tierra. ¿No vale Dios lo que uno de éstos? Dícenos Dios que tal acción le hiere en su autoridad, se opone á sus designios, y sin embargo, la ejecutamos. ¿Hay aquí

fidelidad? ¿Es esto delicadeza? Por ello mereceríamos ejemplar castigo, porque Dios no puede permitir, sin dejar de ser Dios, que sus leyes se infrinjan impunemente.—*Morte morieris.* De muerte morirás; tal es el fallo que contra nosotros pronuncia la justicia siempre que violamos la autoridad de Dios. En cambio, si no le desobedecemos, nos recompensa: ¿qué dueño se contentaría con pedir tan poco como Dios, suma bondad?

¡Ay dolor! Escrito está que sus propios servidores y familiares serán los enemigos del hombre. Pues bien, no permitamos que estas palabras tengan cumplimiento en contra de Dios, y armémonos de aquella delicadeza de la fidelidad que guarda exactamente la ley, toda la ley, porque no es otro el deber que nos impone el título de criatura, y en su cumplimiento reconocemos antes que en nada si amamos á Dios.

II. Tambien hay que tener la delicadeza que para con sus padres tienen los hijos: ¿qué signo tan indudable del amor de un niño como su delicadeza filial que, sin contentarse con el deber, indaga y adivina lo que agrada ó disgusta para efectuar lo uno y evitar lo otro? Conforme crece el alma en piedad, adquiere mayor delicadeza, porque ésta florece y se dilata naturalmente en el amor; así es que un alma delicada logra evitar los pecados veniales con igual solicitud á la que otros emplean en huir de los mortales, y algún pecado que por su índole no exceda de venial, es mortal para su corazón.

Rehuye la filial delicadeza todo cuanto pudiera desagradar, aun cuando no fuese pecado. ¡Oh cuántos se evitarían, si hubiese delicadeza!

III. Más que esos hijos de familia somos nos-

otros por nuestra cualidad de religiosos, que nos une con Dios mediante una elección recíprocamente libre.—Nos ha llamado Dios, nos ha enamorado, desposado nos hemos con Él; luego las relaciones que con Nuestro Señor debemos tener son las fecundísimas en delicadeza del esposo con la esposa.

Mas esto pide una pureza incomparable, porque según el grado de ésta, es más ó menos íntima la unión con Nuestro Señor, que se niega á morar en una casa llena de pecados veniales, y con personas que se cargan de ellos sin notarlo y con tanta facilidad los cometen. Á más perfecta pureza que el sacerdote mismo está obligado el religioso, porque vive con Jesucristo, con quien sostiene relaciones continuas, y Nuestro Señor no puede sufrir la vista del pecado venial: ¿querriais convertir la cámara del Rey en un hospital de leprosos?

¡Ah, sí! Sed delicados en la pureza de vida, en pureza de conciencia, y no procuréis tanto adquirir esas virtudes que os coronan ante los hombres y á vuestros propios ojos como el ser puros. Trabajad en preservar y aumentar vuestra pureza, y ni aun la apariencia del pecado toleréis.

Ama Nuestro Señor á María, á San Juan, á los niños, con amor de complacencia, porque son puros; mas este amor es sólo para la pureza, pues á los demás muéstrales compasión y misericordia.

¡Ah, sí! Sed puros; huid de la más leve mancha como de una serpiente, y sed en la pureza delicados. Ahora bien; para ser delicado en la pureza basta amar á Dios, suma bondad, más que á sí mismo y más que á todo; pues es claro que no ofenderá quien ame de esta manera, y se horrorizará de contristarle; la pureza nace espontáneamente del amor

y no se aprende como una ciencia, sino que es inspirada; se la siente, y la produce el amor á manera de límpida y hermosa llama suya. — Cuando se ama verdaderamente se lleva la delicadeza hasta la severidad, hasta lo último, porque el amor delicado aborrece la mixtura, disipa lo nebuloso, sólo puede vivir en la pureza.

La luz perfecta fué la primera creación de Dios, y también es la luz lo que ante todo crea Dios en el alma; en la luz hemos sido bautizados, é iluminados llamábanse en otro tiempo los recién bautizados. Dios no trabaja sino en la luz, y la luz no es otra cosa que la pureza del amor.

El estado de gracia no es sino pureza, y obtiene el cielo para los revestidos de ella; en cambio, aunque tuviese yo todas las virtudes y llenase el mundo con mis milagros, si carezco de amor, es decir, del estado de gracia y de pureza, todo ello para nada me serviría.

La santidad, por consiguiente, no es sino el estado de gracia purificado, iluminado, embellecido por la más perfecta pureza, exento, no ya de pecados graves, sino de las más leves faltas; no es más que la pureza de la luz preparada para la gloria y la visión de Dios.

El mártir purificado por el fuego va al cielo derechamente, en virtud de su pureza perfecta. Pues bien: el trabajo de la gracia en nosotros consiste en purificarnos de continuo: mas no opera en nosotros sino después de habernos purificado, pues lo mismo que la llama, comienza por hacer que caiga el orín del hierro y luego, abrasando á éste, lo transforma en fuego ardiente por haber simpatizado por completo con ella, y de igual modo se observa que

antes de abrazarse al leño le seca y deja vacío de toda humedad. – Purificaos de continuo cada vez más, y la pureza os convertirá en santos, pues cuando estéis puros de todo mal, Jesucristo os llenará de todo bien y de sí mismo, supuesto que entra en nosotros y nos da su vida á medida del abandono que de la nuestra hacemos, y en la proporción en que nos sacudimos del pecado: *Dilata cor tuum et implebo illud!*

¡Si sois puros y sin cesar os purificáis, amáis de verdad á Dios, y todo consiste en eso!





EL AMOR DEL PERDÓN

Dios nos ama personalmente, porque nos ha creado y nos ha rescatado muriendo por nosotros, y ama todo lo demás por causa nuestra.

Mas hay prueba mayor que la indicada del amor de Dios por nosotros, y consiste en el poder que nos concede de conseguir que nos perdone cuando le hemos ofendido.

La bondad que en Dios excede á todas sus bondades, es la bondad que nos perdona.

¿Cuánto me ama Dios?—Tanto como os perdona, os ha perdonado y quiere perdonaros. Dios es bueno, me ama, supuesto que me perdona cuando le he ofendido, y no necesito de más prueba porque no la hay más convincente ni que tan á fondo nos persuada. En el amor que le había perdonado bebía San Pablo su amor de Apóstol, y en la misericordia que le había remitido tantos pecados se proveyó San Agustín del amor que inflamó y pasó su corazón, cambiándolo en corazón de un serafín.

El amor que Dios nos tiene es más misericordioso que benévolo, porque pecadores como somos por

naturaleza, necesitamos más que nada misericordia, y por eso, con preferencia á sus demás atributos, desenvuelve en la tierra, mientras vivimos, su misericordia, porque el mundo forma el imperio de ésta y su reino está en el tiempo.

La misericordia ha salido de los cielos, ha bajado y envuelve al hombre, y le cubre; constituye su atmósfera y su medio, el aire que respira y la luz que le esclarece: vivimos en la misericordia.

La cual sustrae al pecador de la justicia que tendría que castigar cada pecado, la detiene, la retrasa hasta la muerte, sigue al hombre, le acompaña por doquiera, nunca se aparta de él, ni siquiera después de morir, porque con él va al Purgatorio, que no es sino el último esfuerzo de la misericordia divina en beneficio del pecador, por lo que sobre la puerta de aquella prisión de llamas está escrito: *¡Misericordia Dei!*

La misericordia de Dios para el hombre es infinita: así es que nunca la agotaremos, ni podremos sofocarla con nuestras ingratitudes, pues no se la cansa ni desespera, antes perdona siempre y todo, y aun cuando el crimen salta á la vista, sigue clamando: «¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!»

Si se la rechaza ó maltrata, avívase y nos persigue; persiste en vencernos: ¡Judas... amigo mío, con un beso entregas al Hijo del Hombre! Nunca serán nuestros pecados tan grandes como la misericordia de Dios; aunque, sin embargo, hay uno que ésta no puede vencer, y contra el cual es impotente, y es el orgullo en cuanto á los dones sobrenaturales que á sabiendas rechaza la bondad de Dios y se da muerte.

II. Llenas están las sagradas letras de testimonios de la misericordia divina, que Dios multiplica de

intento, porque tenemos absoluta necesidad de ellos. El pecador se desespera como por necesidad: tal es el efecto que sigue siempre al placer del pecado, aunque mucho más cierto que el primero es este segundo efecto. Adán y Eva que huyen y dudan de la misericordia, y Caín que la rechaza, gritando: «Mi pecado es demasiado grande para ser perdonado,» son los tipos del pecador después de su falta. De haber sido infiel nace la desesperación, que es la que retiene al mayor número de los pecadores que retrasan su conversión: «¡Es imposible que yo sea perdonado, he ofendido demasiado á Dios!» Estos se convertirán el día en que lloren.

Y la piedad, ¿por qué sucumbe también? Lo mismo, por desesperación; desanímase por algunas caídas; no ha conseguido su objeto, no ha resultado lo que esperaba, y en su alma lanza el demonio la desesperación, en lo cual se contiene su más interesante secreto para entrar en el alma y arruinarla. Nunca os domine ese sentimiento. ¡Cómo! ¿Dudaríais de la misericordia de Dios? No, no. Si descendéis, remontaos por la confianza humilde y el arrepentimiento La humildad que quiere permanecer en su lodo no es sino orgullo humillado y despechado, pues la humildad vuela hacia Dios con las alas de la confianza. *Oratio humiliantis se, nubes penetrabit.*

Cuanto más piadosos y virtuosos seáis, tanto más sentiréis tentaciones de desaliento.—Nunca se desapega uno de sí propio; témese echarse en brazos de Dios; pero como á pesar de eso queréis hacer un buen acto de contrición, en vez de bajar al infierno para contemplar allí vuestro sitio, haced un acto de fe en la misericordia de Dios; cogedle por su parte flaca: su corazón y sus entrañas; ya sabéis que el

hombre á quien tocan en su lado débil dará todo su dinero y algo más.—Decid, pues, á Dios que su gloria consiste en su misericordia, y que ésta no puede aplicarse más aptamente que á vosotros, á quienes deberá su victoria y su más insigne obra: ¡apoderaos de Dios por su corazón!

Creía yo que con acercarse cada vez más á Dios acababa un alma por dejar de sentir las tentaciones de desesperación, y que con tal proximidad fundábase para siempre en una confianza perfecta; mas San Alfonso de Ligorio dice que las tentaciones que manda Dios á los Santos son contra la fe, la confianza, la castidad y el confesor, quien para el alma representa visiblemente á Dios; y es muy verdad, por desgracia. ¡Horribles tempestades son éstas! Suscítalas Dios para colocar la virtud del alma en el grado sumo de la confianza, en la nuda fe apoyada únicamente en su palabra. Al paso que se adelanta hacia Dios y que la vida se purifica y transforma, y sobre todo cuando se halla en vísperas de acabar para convertirse en vida celestial y de ventura, entonces todas las virtudes os acusan, agrándanse los pecados, no se ven más que defectos en los actos propios, y todo conspira contra la confianza y misericordia divinas. Al alma más santa que pudiera uno encontrar la vi yo sumida en desgarradora desesperación, y no ciertamente porque sus faltas la hubiesen reducido á aquel extremo, sino porque con lágrimas heladas por la desesperación se acusaba de no haber amado bastante! Dábanle miedo las gracias recibidas, pues tenía la convicción de que no las había suficientemente aprovechado. Devolverle la confianza era imposible, ni por exhortaciones, súplicas ni razonamientos; estaba como agobiada por la

desesperación y sofocada por su peso. No hubo más remedio que decirle: «¡Pues bien, acepto este estado; iré al infierno, pero Vos, Dios mío, tendréis que venir conmigo!» Y con este acto de heroica confianza halló de nuevo la paz.

¡Oh! Nunca guardéis en vuestra alma las tentaciones de desesperacion y desaliento, las tentaciones contra la confianza en Dios; decidlas á vuestro superior ó al confesor, y no las tengáis ni un minuto, porque inficionan las fuentes de la vida espiritual y hasta secan la vida corporea, porque el desaliento y la desesperación producen la tristeza, de la cual ha dicho el Espíritu Santo que es una tiña y que roe la medula de los huesos, así como la misericordia de Dios es la vida, el saludable sol de la vida: *Misericordia Dei super vitas!*

III. Pero notad cómo perdona Dios. En verdad ¡ay! que no lo hace como los hombres, pues éstos, al perdonar, causan vergüenza, y el miedo á ésta impide al niño pedir perdon; pero Dios, siempre bueno, perdona con bondad, y su perdon es una gracia que honra, purifica, santifica y embellece. En un acto mismo es uno perdonado y santificado, y se recupera la ropa de la niñez, la vestidura blanca; resultando que no se ha inclinado uno sino para ser en seguida levantado por la misericordia.

Los hombres se cansan de perdonar, pues son más severos en las reincidencias y exigen nuevas condiciones para el perdon; mas Dios parece que con cada uno que otorga se hace más misericordioso, á la vez que sus mayores amigos son los grandes pecadores vueltos á Él, que bajó para los enfermos y que deja á los ángeles por un pecador siempre que tenga humildad y confianza: con estas circunstancias, siem-

pre tendremos la seguridad de ser bien acogidos.

Perdona sin reserva y para siempre: hacia detrás de sus espaldas, como dice la Escritura, tira nuestros pecados, los sumerge en el mar, y en el baño de su misericordia truécase en la nívea blancura de la inocencia la escarlata de los crímenes que ya nunca aparecerán para acusarnos, pues simpatizo con el sentir de muchos teólogos, según los cuales aquéllos no se mencionarán siquiera en el juicio final, puesto que dijo el Señor: «Os los perdonaré, y nunca más volveré á acordarme de ellos.»

Lo único que falta es obtener el perdón perfecto de ellos y cuidar de no quedarse con las reliquias del *pecado*.

Hacen los hombres pagar el perdón con un castigo, á lo menos con pérdida de empleo ó de la consideración social; pero Jesucristo nos devuelve nues tros honores, restablécenos en todos nuestros derechos como antes del pecado, de igual manera que restableció á San Pedro y le confirmó después de su caída en su cargo de Pastor supremo.

Al perdonar ennoblece: á Magdalena pecadora conviértela en heroína del amor sobrenatural, y públicamente la elogia con la más hermosa alabanza que puede un Dios proferir: *¡Dilexit multum!* «Me ha amado mucho.»

Se inclina hasta el suelo para evitarle rubor á la pe cadora, y mientras nada le pregunta acerca de su crimen, acusa á los que la acusaban: «¿Dónde están los que te acusaban?—Ninguno te ha condenado.» Pónela sobre todos ellos: «Anda, y no vuelvas á pecar.»

Toma á los pecadores y los erige en príncipes, en príncipes de su misericordia y de su amor, como á San Mateo, San Pablo y otros muchos.

Y después de esto, ¿cabe desesperarse? Sépase además que para Nuestro Señor el perdonar es cosa necesaria; su corazón se oprime ante la necesidad en que se vería de condenarnos, por lo cual llora sobre nosotros, y cuando nos perdona se consuela y se dilata por la misericordia; por manera que si todavía pudiera sufrir Nuestro Señor, sería por vernos desesperar de su misericordia y no implorar su perdón.

Mas para quienes sobre todos brilla la misericordia de Dios es para nosotros, sacerdotes y religiosos; para nosotros, que por nuestros pecados mereceríamos ser degradados de nuestra dignidad, como se verifica en el mundo con respecto á los magistrados y oficiales del Estado, si no fuera porque entonces no habría sacerdotes que perdonasen á los demás pecadores.

Esto debe volvernos misericordiosos con los pecadores; pues siendo también nosotros, tantas veces perdonados, menesterosos de perdón en lo futuro, ¿cómo pudiéramos no perdonar?

Por consiguiente, tengamos fe en la misericordia de Dios, que no se cansará con tal que la imploremos confiada y humildemente, pues la eternidad no será bastante duradera para darle por modo suficiente gracias por sus misericordias infinitas, que tantas veces nos han devuelto la vida y que nos salvarán en el día de la justicia del Señor.





LA EUCARISTÍA

PRINCIPIO DE LA SANTIFICACIÓN DEL RELIGIOSO

Nuestro Señor Jesucristo, en el Santísimo Sacramento del altar, debe ser el principio de vuestra santificación, y es justo que sea así, porque habitáis en su casa: ¿no estáis en la casa de Nuestro Señor? Si el sirviente habita en casa de su dueño y por éste es alimentado, en beneficio de él debe trabajar. Ahora bien: contad con que Nuestro Señor os santificará si trabajáis según su inspiración, bajo su mirada y por amor á Él.

I. Hay que trabajar bajo la inspiración de Jesucristo, y no hacer nada sino conducido por Él. Me explicaré. Dos inspiraciones hay que pueden fijaros una tarea cualquiera; la primera es sensible, es la orden de vuestro superior ó la voz de la campana.— Obrar por esta sola inspiración puede no ser suficiente para hacer meritoria una obra, porque puede no ponerse en ello más que una obediencia material, semejante á la consigna que cumple el soldado al mandato de su jefe. Obedecer á una señal externa

no es sino el cuerpo de la virtud de la obediencia; requiérese un alma, que es la inspiración de la gracia, el llamamiento de Nuestro Señor; de modo que será perfecta una obra cuando juntéis la inspiración interior de Nuestro Señor con el signo que os impone la ejecución de aquélla.

¿Cómo conviene inspirarse en Nuestro Señor y de qué manera obedecerle en todo cuanto se hace?

Recordando su presencia en el Santísimo Sacramento y rogándole que os conduzca. No vayáis á buscar á Nuestro Señor al cielo, pues se halla más cerca de vosotros. Sin duda ninguna es bueno aspirar de vez en cuando á ir junto á su trono glorioso y desear ver su gloria; pero en la práctica ordinaria de la vida, es menester que le tengáis más cerca de vosotros, y por eso debéis buscarle y encontrarle en el Santísimo Sacramento. Pudiera Nuestro Señor deciros: «¿Por qué despreciáis mi presencia aquí? ¿La creéis sin importancia y de tal condición que podáis pasar sin ella? Sabed que si en el cielo soy el Dios de gloria para los elegidos, soy en mi Sacramento el Dios de gracia para los que combaten.» Inspiraos, pues, para todas vuestras acciones en su presencia eucarística.

¿De qué manera? – Por la adoración; prosternándoos en espíritu á sus pies, renunciando á vuestras luces naturales y á vuestros sentimientos para preguntarle el cómo en todas las cosas. En todo preguntadle cuál es el mejor medio, el mejor pensamiento, la mejor manera, confesando vuestra ceguedad é impotencia.—Nuestro Señor nada hacía sin la inspiración de su Padre, en quien leía cómo había de pensar, juzgar, hablar y obrar. Proceded lo mismo con Jesucristo, y entonces obraréis por su Espíritu, que

os enviará, porque de Él procede el Espíritu que os comunicará el pensamiento y la intención sobrenatural y divina de Jesucristo.

Esta primera inspiración es importantísima, porque da á la acción su carácter y movimiento.—Trabajemos, pues, con Nuestro Señor y á sus órdenes, ya que su voluntad es asociarnos á Él; dejémosle la dirección y sigámosla; seamos sus instrumentos dóciles y meritorios sometiéndole todas nuestras facultades y nuestra actividad completa, para que Él mismo dirija todas las aplicaciones, pues á Él, como órgano principal y cabeza del cuerpo espiritual, corresponde dar el movimiento y la dirección: no basta la fe, sino que se requiere la unión de las almas en el amor.

II. Necesitáis ejecutar vuestras obras á vista de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, para realizarla animosa y santamente y con agrado.

Contad con que la mirada inmediata de Jesucristo se extiende sobre nosotros.—¿Cómo á su vista osamos ofenderle, puesto que nos ve igual que le veríamos si se descorriese el velo de las santas Especies? Imitando á los ancianos culpables de la Escritura, para pecar volvemos la espalda á esa mirada de Nuestro Señor, sin lo cual no nos atreveríamos á ofenderle: tambien los judíos para insultarle en el Pretorio cubrieron su adorable rostro, porque su mirada los hubiese conmovido ó aterrado.

¡Ah! Si pensamos que Nuestro Señor, tan vecino nuestro en el altar y en su tabernáculo, supuesto que Él y nosotros moramos bajo un mismo techo, es testigo ocular de cada acción nuestra, y que al acabarse el día habrá que comparecer ante su augusta presencia para darle cuenta del día, ¡cuán fieles,

diligentes y santos seríamos en todas nuestras sendas! Por lo tanto, haced lo que Abraham y oid á Nuestro Señor decirnos desde su tabernáculo: «Anda en presencia mía y sé perfecto.»

Cierto es que Dios se halla en todas partes, pero necesitamos que se nos avecine con exterioridades perceptibles, que es lo que hace en el Santísimo Sacramento.

Por consiguiente, pensad que está allí; esta presencia es más dulce y se recuerda más facilmente que la de la Divinidad insensible é impalpable, y se la olvida menos. En cualquiera cosa que hagáis y en todas partes recordadla, sabiendo que es su mirada humana, los ojos de su cuerpo glorioso y resucitado los que os siguen á traves de los muros, sin perderos jamás de vista.

III. Obrad siempre por amor á Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, haciéndolo todo para Él y no más que para Él. No entrasteis en religión para lograr en ella una posición, ni sois asalariados ni jornaleros, sino que habéis venido por amor y para inmolaros á vosotros mismos; desde aquel día vuestra personalidad no figura ni puede constituir vuestro fin.

Amad también las cosas y á las personas de la religión, sus medios y gracias, porque forman parte de la familia y son sus recursos para el servicio de Nuestro Señor: mas no pongáis en ellas vuestro fin. ¿Querriais hacer consistir el fin de vuestro amor en cualquiera persona, ocupación ó trabajo? En tal caso, como todas esas cosas son creadas y finitas al par vuestro, querríais trabajar por el hombre y eso fuera faltar á vuestro objeto.

Solo Nuestro Señor Jesucristo puede ser fin de

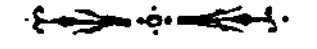
vuestro amor, y por eso trabajad por amor suyo, y sean todas vuestras acciones dictadas por este sentimiento: «Dios y Señor mío, yo os amo, y para demostrarlo ejecuto esta acción.» Y con tal que Dios esté contento, estadlo tambien vosotros: ¿qué os importa todo lo demás?

Pero donde Jesús debe ser el fin vuestro, es en el Santísimo Sacramento, y para eso hacedlo todo en orden á la Comunión, y sea ésta el eje de vuestro día, el centro de vuestra vida, de donde todo provenga y adonde todo vaya á parar, y sírvaos todo de preparación para recibir á Nuestro Señor Jesucristo, ó de acción de gracias por haberle recibido; y así como aquí abajo la Comunión es el fin de todos los misterios de la vida de Jesucristo, sea también el fin de toda vuestra vida, pues ella sola merece ser vuestro fin en que viváis y descanséis, ya que ella sola os da perfectamente á Jesucristo y os hace habitar en Él porque las virtudes y las buenas obras no pasan de ser medios de llegar á la unión perfecta con Él.

Teniendo este fin é intención, todas vuestras acciones se agrupan para formar el ramo que ofreceréis á vuestro Salvador la primera vez que venga á vosotros, pasado mañana, ó mañana mismo.—Vendrá Nuestro Señor para comunicar á vuestras obras su postrera perfección por su unión personal con vosotros, y su extrema eficacia á vuestros méritos; renovará todos vuestros hábitos de virtud, renovando vuestro amor y los aumentará, aumentando en vosotros el amor; estrechará la unión, fortificará y prestará más eficacia á la asociación y mutua acción; con Él obraréis en identidad de acto y de intención; no será vuestra vida más que una prolongada acción

de gracias durante la que Jesucristo será inspirador y conductor, sin que vosotros hagáis otra cosa que ejecutar y reproducir exteriormente, mediante vuestros miembros y facultades, y con vuestra vida exterior, la vida divina que llevará á vuestra alma, porque no seréis entonces vosotros los que viviréis, sino que Él vivirá en vosotros.

Observad estos principios de vida; no temáis vivir con Nuestro Señor, bajo su inspiración y mirada y en su amor, pues sólo esto puede tornar dulce y grata la vida religiosa, que sin lo dicho es una galera en que se condena perpetuamente á uno á trabajos forzados. Id directamente á Él, vivid de Él y en Él, pues la línea curva no conduce pronto al término, y no perdáis el tiempo en los medios: ahí tenéis el gran medio y el principio realmente fecundo. Amad á la Santísima Virgen y á los Santos; rogadles, auxiliaos con sus ejemplos, implorad su socorro, pero que todo esto os sirva únicamente de ayuda para llegar á Nuestro Señor, y entonces ofrecedle vuestras obras y vuestra vida, porque es vuestro centro y vuestro fin como es centro y fin de los mismos Santos.





JESÚS EN LA EUCARISTÍA

MODELO DE LOS TRES VOTOS

NUESTRO Señor es, en el Sacramento, el principio de nuestra santidad y además ejemplar de ésta. Porque no nos bastaría la ley, puesto que para comprender necesitamos ver la manera de obrar, y Nuestro Señor se presenta como dechado que debemos imitar y reproducir: *Veni, sequere me.*

Ahora bien: es preciso tomar á Nuestro Señor donde se nos manifiesta, que es en el Santísimo Sacramento. donde continúa el Evangelio á vista nuestra, por lo cual la Eucaristía debe ser nuestro Evangelio, pero Evangelio viviente. ¿Por qué razón habríais de privaros de la vista de su persona para leer su palabra, que llega hasta vosotros á través de diecinueve siglos? Aparte de que el mismo Evangelio sigue siendo un libro cerrado cuando Nuestro Señor no lo abre, mientras que en el Santísimo Sacramento es donde lo desenvuelve, lo comenta é ilustra con sus virtudes, renovándolas y continuándolas

ante nuestros ojos. Por consiguiente, el religioso debe escoger para modelo suyo á Nuestro Señor sacramentado: ahí le habéis de estudiar. Para *todos* los tiempos son estas palabras: «sígueme» y «mira y obra conforme al ejemplar que se te ha enseñado.» Por lo tanto, también á nosotros están dirigidas.

Mas un religioso, ¿qué es? Un hombre que se ofrece é inmola á Dios por la pobreza, la castidad y la obediencia profesadas para siempre.

I. Luego tenéis que ser pobres, pues hicisteis voto de pobreza, que consiste en no tener nada y en esperar de la caridad hasta las cosas más necesarias para la vida. —Cierto que á consecuencia de la inestabilidad de los tiempos y del mal espíritu de los gobiernos civiles, la Iglesia se ve obligada (1) á no admitir congregaciones de votos solemnes por los que el religioso renunciaba á toda propiedad de sus bienes, mientras que por el voto simple de pobreza sólo se renuncia á usar y disponer de ellos, conservándose la propiedad fundamental; pero en cuanto á la práctica de la pobreza, el voto simple no difiere del solemne.

Por consiguiente, todo lo que para vuestro uso tenéis, la Congregación os lo ha prestado; por lo que si lo miráis como vuestro, faltáis á la pobreza, y si decís: «esto es mío», hurtáis. Obligado se halla el Superior á quitar al religioso todo aquello á que parezca aficionarse, para impedir que quebrante su voto. Cuidad de que, habiendo renunciado á grandes cosas, no os aficionéis á las menudas; por manera que vuestro corazon que no se enredo entre la abundan-

(1) El autor parece referirse especialmente á Francia, en donde hablaba. *(N. del T.)*

cia de bienes y de la fortuna, no se prenda y sujete ahora á bagatelas.

Os presento una materia muy necesitada de examen: indagad si sois verdaderamente libres en todo.

Pero todavía es mejor, que contemplando á Nuestro Señor en su Sacramento, comparéis con la suya vuestra pobreza.

¿Qué posee? ¿De qué goza exteriormente? Ni gloria, ni majestad, ni atributo alguno de su divinidad, así como ninguna facultad de su humanidad santísima; sino que se ha dejado en el cielo todos sus bienes para que sean la alegría de los bienaventurados; se ha venido únicamente con su ser divino y humano para darse á nosotros y hasta despojarse de él en nuestros pechos por la sagrada Comunión.—Desnudos y sin poseer más que vuestra buena voluntad, sed como Él que recibe de los fieles todo lo que necesita, consintiendo en recibir la limosna del techo que le cubre, de los muebles que sirven en su sacrificio y en la Comunion, y hasta del lienzo blanco sobre que descansa; sin que de nada de esto tenga libre propiedad, pues se le puede retirar á cualquier hora, sin resistencia alguna de su parte. ¡Y cómo no, habiendo renunciado á su propia posesión, en términos que puede hacerse de él lo que se quiera sin que se oponga á trato alguno, sea el que quiera!

No se incomoda Nuestro Señor porque le sirvan pobremente, con tal que se haga con buena voluntad, y nada rechaza, muy dispuesto á utilizarlo todo. ¡Ah, sí! Con la santa pobreza se desposa, que es su inseparable compañera.

Si hay ocasiones en que la pobreza os resulta trabajosa, alzad los ojos y mirad en la Eucaristía á Nuestro Señor, todavía más pobre que vosotros y

teniendo mucho menos que vosotros, de forma que nunca llegaréis á igualarle en pobreza, pues tan sólo conserva las especies y no siquiera la escasísima substancia representada en una Hostia que siguiera siendo pan; no, tan sólo tiene las apariencias de pan y vino, accidentes sin substancia. ¿Hay algo que se acerque tanto á la nada? Pues esa es toda la propiedad de Jesús en la Eucaristía. ¡Ah, sí! Estudiad é imitad esa pobreza augusta hasta que lleguéis al día en que os separéis por completo de todo y de vosotros mismos.

Y sin embargo, entonces será cuando encontraréis la libertad, pues como dice la *Imitación*, para ser libre, antes hay que procurar tener menos que tener más. La pobreza es la independencia del liberto de Jesucristo, de su esclavo voluntario: téngase en cuenta que cuando se hicieron ricas, perdiéronse las Congregaciones religiosas.

El día en que un religioso dice: «Soy rico, ya nada necesito», deja de ser religioso y sobre las fundaciones de la Orden que así hablase, descendería la cólera de Dios; en cambio, la corporación que trabaja y de Dios espera confiadamente su auxilio, prospera y tiene asegurado su logro.

Lo cual no quiere decir que una asociación no pueda poseer cosa alguna, pues á la regla pertenece el proveer sobre esto.

II. Nuestro Señor es el modelo de la castidad, que es el segundo de los votos por los que se promete á Dios no amar sino á Él, ni amar nunca á nadie que pueda tener parte en vuestro amor, supuesto que entero se lo entregasteis mediante el hermoso prometimiento de la castidad.

En cuanto á la gracia de la pureza tan sólo viene

de Nuestro Señor; la Comunión la da, la aumenta, la fortifica, la preserva y la sostiene contra todos los asaltos del infierno, del mundo y de la carne; en ella bebéis la sangre virginal del Cordero sin mancha, y es absoluta verdad que sin la Comunión es imposible ser casto.

Él es en la Eucaristía la misma esencia de la pureza; tan puro es, que á ningún cuerpo se une, ni siquiera á la substancia del pan, pues la destruye para ponerse en lugar de ella, ni tampoco á los accidentes visibles, puesto que no se les une ni substancial ni personalmente y sólo quiere una forma sin fondo, que no pueda llegar hasta Él.

Esto os enseña que no debéis amar á nadie, ni uniros por ella misma á cosa alguna; por nuestro Señor uníos con las almas, pero por ellas mismas, jamás; nada de esas uniones substanciales en cierto modo en las que los corazones se confunden, y un alma se pierde, por decirlo así, y se absorbe en otra; no, nada de liga ni de mezcla: hay que conservarse virgen, así en el corazón como en el cuerpo.

Si es que en lo pasado perdisteis este bello tesoro, tened entendido que al abrazar la vida religiosa somos rehechos y creados nuevamente; pues así como el bautismo nos creó en Jesucristo, la profesión religiosa es un bautismo, en términos que algunos la comparan con el martirio, y en ella os habéis provisto, al par que de nueva vida, de una pureza nueva, que debéis guardar exactamente. ¿De qué modo? Comulgando: así vendrá á nosotros nuestro Señor para con nosotros practicar Él mismo la santa virtud de la pureza.

Cuando las tentaciones menudeen y se presenten amenazadoras, orad, suplicad que se os conceda la

sagrada Comunión con más frecuencia que de ordinario, y con el fuego del amor divino apagad aquel impuro fuego del infierno. ¿No es Jesucristo quien impera en los vientos y en las tempestades, que se calman á su voz? Recibid, por lo tanto, la pureza en su esencia que es Jesucristo, el Dios de toda pureza.

III. El voto de obediencia consuma el sacrificio del religioso, pues es el voto esencial de la religión y pudiera bastar él solo, ya que contiene á los otros por manera eminente, y ofreciendo á Dios la libertad, la voluntad, la esencia misma del hombre, su libre albedrío y su personalidad, acaba el holocausto que en los bienes de fortuna comenzó la pobreza y en los del cuerpo continuó la castidad.

Adorad, pues, la obediencia de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento.—¡Qué prontitud! ¡Qué pasiva sumisión, incondicional y sin restricción, ciega, absoluta! Su dueño es el sacerdote, á quien de continuo obedece, ya sea ferviente y santo, ora no lo sea; obedece á todos los fieles que le obligan á que en la Comunión vaya á ellos siempre y cuando se presentan; obediencia permanente, constante, siempre igualmente solícita, y sin embargo es el Hijo de Dios, y quien en todo el universo impera, y de cuya fuerza proceden la vida y su conservación en los mismos á quienes de este modo quiere obedecer con la absoluta sumisión del esclavo que carece de derecho sobre sus actos, respecto á su cuerpo y en cuanto á su propia vida.

Porque es su misma vida lo que entrega; y hay sacerdotes á quienes pudiera preguntarse si celebran el Sacrificio tres veces santo, ó si en vez de ello no es una parodia insultante la que efectúan: *Sacrifi-*

cat an insultat? ¡Mas Nuestro Señor no retrocede ni siquiera ante los sacrílegos que llegan á recibirle, á los cuales guardará obediencia, sí, obediencia continua hasta la muerte.

Probablemente vuestra obediencia no irá tan lejos; pero á lo menos, á fin de rendir homenaje á la de nuestro Señor, obedecedle en vuestros superiores y mandatarios suyos, y leed órdenes suyas en los preceptos de vuestra Regla. No miréis cuál persona manda, ni si es humillante ó glorioso el acto que habéis de ejecutar. ¿Os lo mandan? Pues id. No hay más que un solo principio de autoridad, que es Dios, que habla por distintos instrumentos; y cuanto más humilde sea el órgano de que se valga, mayor mérito tendrá vuestra obediencia.

Lo que habéis de hacer es no perder de vista á nuestro Señor en su Sacramento de obediencia si queréis tener fuerza para obedecerle siempre, en todo, pronta y alegremente. ¡Pues qué! Cuando nuestro Señor viene á vosotros siempre que queréis, á cualquier hora en que lleguéis, y sean cualesquiera las disposiciones que juzguéis suficientes para recibirle, en seguida que os presentáis, ya le tenéis, ¿rehusaréis ir adonde por boca de vuestro Superior os diga que vayáis? ¿Seréis capaces de no hacer todo lo que quiera? ¿Acaso vuestra grandeza es superior á la suya?

Nada de eso; obedeced militarmente, á la primera palabra partid, obrad con puntualidad, y sed como el soldado que no reconoce obstáculos para su consigna y á nadie escucha cuando se trata de cumplirla. Obedeced como los ángeles, cuyas alas desplegadas significan la prontitud y alegría con que cumplen los más leves deseos de Dios.

Obedeced como nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh! ¡Cuánto consuelo se contiene en poder decirse que por medio de sus votos hace uno lo mismo que nuestro Señor!

De esta suerte, nuestro Señor en su Sacramento será vuestro modelo para vuestras virtudes religiosas, de igual modo que es vuestro principio y fin.

IV. Y todavía es menester que haga más. Venir Él mismo á practicarlas en vosotros, pues interesa que por vuestra unión con Él no forméis más que una sola persona moral; por manera que sea Él quien dé la vida, la inspiración, la gracia y el mérito, y que vosotros no obréis sino como miembro y órgano suyo.

Penetraos bien de este gran principio – Nuestro Señor, que en el Santísimo Sacramento se ha revestido de todas las virtudes, al entrar en su gloria no puede ya servirse de ellas para obrar actos meritorios; mas como desea con ardor practicarlos para glorificar á su Padre, quiere vivir de nuevo y encontrar un alma capaz de merecer, facultades que puedan amar, trabajar y sufrir realmente. Con ese designio júntase con los fieles, que se convierten en miembros suyos, y de los cuales pónese como jefe, cabeza y corazón moral y sobrenatural; infúndeles su gracia y divina savia, los mueve y los induce á obrar y trabajar. Entonces produce en ellos obras meritorias y satisfactorias, recupera su vida transeunte, su encarnación comienza nuevamente, y el Padre le mira otra vez pobre, casto, obediente, dulce y humilde como en los días de su vida mortal. Revive en nosotros, y nuestras obras tanto son suyas como nuestras. Toda la vida sobrenatural reside en esta unión de compañía y de vida; entremos, pues,

en ella y conservémosla bien; estrechémosla cada día más, de suerte que nada lleguemos á hacer en ella, nada absolutamente, por nosotros mismos, por nuestra razón ó por nuestro corazón, por nuestras facultades y nuestros sentidos humanos y naturales, pues esto no puede ascender hasta Dios para cuya gloria nada produce, como tampoco en orden á nuestra eterna bienaventuranza; aparte de que es cosa harto insignificante para influir en los demás. Todos nuestros pensamientos, obras y vida hay que procurar que sean producidos en nosotros por Jesucristo, que se ha convertido en alma nuestra, en corazón, mente y pensamiento nuestros, que se ha hecho todo en todos y en nosotros, que desea reemplazar nuestra vida con la suya y nuestro ser natural, el de Adán, por su ser sobrenatural, el ser del Hijo de Dios; que, en una palabra, quiere poner su personalidad en lugar de la nuestra, á fin de convertirnos en otros Él mismo que no obren sino por el Padre, para el Padre, en Jesucristo, su Hijo y en su Espíritu Santo: entonces seremos verdaderamente religiosos y santos y Dios hallará en nosotros su gloria y sus complacencias.





LA HUMILDAD

¿Cuáles son los fundamentos de la santidad?—Con solo una palabra puede responderse: Jesucristo es el modelo, la gracia y el fin de toda santidad.

Es su modelo necesario, porque en Él hay que ver las virtudes para comprenderlas. — Una virtud no es más que la reproducción de una de sus acciones, la *imitación* de Jesucristo en uno de sus actos; y aunque en teoría es bueno querer definir la virtud en sí misma, hay que estudiarla en Jesucristo si se ha de comprender, y sobre todo si se ha de reproducir sobrenaturalmente; pues no siendo así, no se ven ni se realizan más que virtudes naturales.

Porque Él es la gracia á la par que el dechado de toda virtud: «Sin mí - ha dicho—nada podéis hacer.» Necesitamos, por consiguiente, su ayuda, pues el trabajo de la virtud no es más que una cooperación á la acción divina de Jesucristo en nosotros, que acude á ayudarnos y á impulsarnos á hacer lo que hace Él mismo.

También debe ser el fin de las virtudes y de la santidad; por manera que toda virtud tiene que hacerse suya para ser grata á Dios, y únicamente en

Él y por Él seremos coronados, como miembros subordinados á su única cabeza.

Sentado esto, estudiemos las virtudes de Jesucristo más necesarias al religioso.

I. Ahora bien, la gran virtud de Jesucristo es la humildad. «Aprended de mí—dice—que soy manso y humilde de corazón.»—Erige á la humildad en su virtud peculiar y más excelente; siéntala como fondo de su corazón y de su carácter divino y humano: es Dios, y se humilla; todavía se humilla como hombre, y en todo y dondequiera descúbrese esa humildad que es como nombre, sello y signo suyo, según dice San Agustín: «Nombrar á Jesucristo es señalar la humildad:» *Cum Christum nomino, maxime vobis humilitas commendatur.*

No pudiendo humillarse nuestro Señor por pecados suyos, puesto que no los cometió, abraza la humildad por amor, por elección y complacencia.

Por lo que toca á nosotros, debemos ser humildes, no sólo por nuestros pecados, sino por amor á Jesucristo humillado; la primera humildad es negativa, y positiva la segunda.

Ahora bien: Jesucristo manifiesta su humildad en la dependencia en que se muestra de su divino Padre.

Refiere á Él toda gloria, y declara que de Él recibe su ser, su acción, su palabra y hasta su mismo pensamiento. Si le proclaman bueno, contesta que sólo Dios es bueno; si le piden milagros, ora á su Padre, antes de realizarlos, como pidiéndole poder para ellos y declara que el Hijo nada tiene por sí mismo: *Filius a se non habet quidquam.*—Como hombre, su naturaleza humana es creada y dependiente de Dios y quiere conservarla en esa depen-

dencia á vista de todos, para darnos el más sublime ejemplo de humildad, supuesto que su misma humanidad, como unida al Verbo, era digna de obrar por sí misma y de recibir todo homenaje y toda adoración; mas nuestro Señor quiere inculcar la humildad practicándola por la dependencia voluntaria y absoluta con respecto á su Padre.

Al tratarse de penas y humillaciones naturales, las acepta con solicitud, las sufre hasta sus últimas consecuencias, padeciendo la humillación de la debilidad, del cansancio, de la tristeza, del abatimiento, del temor, del desaliento y del disgusto, y entonces habla y se lamenta como hombre.

Tal es la humildad de Jesucristo. — Cierto, la humillación no es amable, por lo que basta con sufrirla pacientemente; pero ¡cómo cambia de aspecto y se transforma mirada en Jesucristo y practicada con Él! No se trata ya de la humillación, sino de Jesucristo humillado, que en ninguna parte es tan amable como en sus humillaciones.

También importa contemplar la humildad en María, que es la más humilde de las criaturas, sin embargo de que no ha sido condenada á la humildad á causa de sus pecados, pues no los tiene, ni por el temor de caer en ellos, pues su amor la une indisolublemente con Dios; sino que es humilde por amor, por elección; su humildad es la positiva, que es renuncia y abnegación de todo el propio ser, para no recibir, ni vivir, ni depender en todo más que de Dios: por eso María, que enamoró á Dios por la pureza, llegó á ser Madre suya por la humildad.

II. Ahí tenéis la primera humildad que debemos imitar, aunque pecadores y condenados á humillarnos por necesidad de estado.

Refirámoslo todo á Dios. Devolvedle sus gracias, que os presta únicamente para que las hagáis fructificar para su provecho y gloria; no os enorgullezcáis por los dones de Dios; no os los apropiéis cual si de vosotros procedieran, sino confesad que vienen de Dios; no os fundéis en ellos como si formasen parte de cosa que naturalmente se os debiera, sino manteneos en dependencia de Dios continua y actual, como recibiendo siempre, sin poseer jamás, y reconoced que la misma gracia que subsiste y os parece connatural, se deriva actualmente de Dios y es sostenida en vosotros por positiva voluntad de su misericordia, pues vosotros mismos no tenéis sino la nada y la impotencia absoluta. — Meditad atentamente que no cayó Lucifer sino por haber considerado sus dones como provenientes de él, y haber pensado que se bastaba á sí propio, siendo así que no existía ni obraba sino por el divino influjo de la gracia.

Acaso diréis que pues obráis juntamente con la gracia, se os debe atribuir una parte del resultado, y que podéis participar de los frutos al menos como por derecho del colono que hace valer las tierras de su señor. ¡Nada de eso! Pues aun vuestro propio trabajo no vale sino por la gracia que lo acompaña, y que así como empezó continúa elevándolo y convirtiéndolo en sobrenatural y meritorio. Indudablemente Dios os recompensará; pero son sus dones los que coronará en vuestros méritos. Por manera que ni al principio, ni en medio, ni en el fin hay un solo instante en que podamos considerarnos como obrando por nosotros mismos, por nuestras fuerzas, sino que somos movidos, elevados, *operados* por la gracia, por Jesucristo, como dice la Teología: al igual de

un miembro que no opera sino bajo la dirección de la cabeza, juntamente con ella, por los ánimos, vida y movimiento que le comunica. Mas como nuestra cabeza, *caput*, es Jesucristo, ríndanse á esta cabeza augusta el honor y la gloria del triunfo, el fruto y resultado del trabajo, así como en el cielo se cantan honra, fuerza, poder y acciones de gracias á Dios y al Cordero que ha vencido.

¡Ay! ¡Cuánto se defrauda á Dios, bondad suma, en la vida espiritual! Así, pues, digamos con San Pablo: «¡Yo, nada; sino la gracia de Dios conmigo!»—Y guardemos vigilantemente las palabras de Jesucristo: «Sin mí, nada podéis hacer; nada absolutamente.»

Pero en la práctica, el hombre es naturalmente pelagiano; piensa que puede bastarse; acude en primer término á sus recursos, emplea sus medios, medita sus planes antes de pedir ayuda á Dios: ¡tan poco persuadido se halla de su propia insuficiencia absoluta y de la necesaria dependencia en que está respecto á Dios! Bien consentirá en ser auxiliado, y orará para superar el obstáculo; pero no principiará dirigiéndose á Dios antes de poner manos á la obra. Por consiguiente, renunciad á vosotros mismos; sabed de una vez con ciencia cierta y habitual que nada podéis nunca, ni aquí ni allá, ni hoy ni mañana, ni para esto, ni para aquello, y antes de hacer lo que quiera que sea, id á pedir á Dios su auxilio. Esta sería verdadera humildad, que evitaría muchas necedades. Prodigios realizaríanse si se obrase de esta suerte; siempre sería Dios el que en nosotros operara. Pero se hace todo lo contrario. ¡Cuánto tiempo se pierde en probar, dejar, vuelta á empezar y en faltar! ¡Cuántas torres de Babel! Se trabaja, se suda, se fatiga; no se retrocederá ante el

mal éxito, pues interviene el orgullo, y cuando se quiere muy positivamente, antes que retroceder, se sufriría la muerte; nada de este gran trabajo llega al término propuesto, pues como Dios no ha figurado en él para nada, lanza en él la confusión y la ruina. Mucho cuidado con esto. ¡Cuando no es la santa obediencia la que nos obliga á un trabajo, ser tenaces en él es producto del orgullo, y entonces se trabaja para el viento!

Por lo cual seamos humildes antes y después. Ser humilde es depender de Dios, conservarse bajo su mano, sin apoyarse en sí mismo, sino sólo en su brazo omnipotente.

III. Ahí tenéis en qué consiste la humildad positiva, en la cual para nada entra el pecado.—Mirad ahora la negativa á que venimos obligados por nuestro pecado original y el estado en que nos coloca ante Dios.—Aunque purificados de la falta por el bautismo, somos portadores de una naturaleza inficionada del pecado, quebrantada por el pecado y abierta por todos sus poros al pecado: una pobreza absoluta, una miseria lamentable. ¡Ay dolor! Una mísera inteligencia, un pobre corazón todo viciado: eso es lo que hay que saber, reconocer y declarar á Dios y á los hombres, y lo que debe inspirarnos un sentimiento innato y como natural de humildad, á manera de la ignorancia y debilidad del niño que dice con toda sencillez: «No puedo, no sé.» Es preciso; porque si no os hacéis, en esto especialmente, semejantes á los pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos.

Pero hay más.—Nuestros pecados personales son otra fuente de humildad y de humillaciones más profundas. Soy pecador, más pecador que todos

los hombres, porque hubiera podido hacer y aun podría hacer todo lo que han hecho, á la vez que ellos no hubieran sido tan malos como yo, si hubiesen tenido tantas gracias como yo. Y es verdad. El hombre verdaderamente humilde se pone en su estima bajo los demás, pues como sabe que merece el último sitio, colócase el último. Por otra parte, y sin necesidad de establecer comparaciones ni proporciones, ¿habéis una sola vez ofendido á Dios? ¡A qué más! Habéis por vosotros mismos crucificado á Jesucristo en vosotros. ¿No es bastante?—Mas si le hemos ofendido con frecuencia ¡oh! ¡en qué abismo de humildad no deberemos hundirnos y escondernos! Hemos multiplicado la Pasión, la crucifixión y la muerte de Jesucristo: *Rursum crucifigentes;* no apartéis esto de vuestra vista, y seréis humildes. Mas diréis que con semejante pensamiento no se puede vivir. Claro está que se debiera morir de vergüenza y de pesar.—Nuestro Señor nos perdona por lástima que le causamos y cubre por su bondad nuestras faltas como el padre del hijo pródigo; perdona, todo lo olvida y echa sobre los harapos de éste la vestidura del festín, mientras el hijo se acusa, se humilla y declara sus extravíos: ahí tenéis la verdadera humildad.—Pues bien; aunque Dios nos perdona, no nos perdonemos, aunque olvide, no olvidemos, y no temamos bajar, pues que Dios sabrá subirnos. Permanece el orgullo en la humillación y se glorifica en su lodazal como el cínico, en tanto que la gracia hace que se remonte el alma humilde y la exalta en proporción á sus abatimientos voluntarios, pues la humildad es fuente de agua viva que lanza su surtidor potente á la vida eterna. *Qui se humiliat, exaltabitur.*



LA DULZURA

La dulzura, como la humildad, es una de las virtudes características de Jesucristo, y por lo tanto una de las virtudes fundamentales de la perfección evangélica. —Toda santidad que no es dulce, no es verdadera. Nuestro Señor ha presentado la dulzura con la humildad como la virtud dominante en su corazón.

I. ¿En qué se basa su importancia y qué es lo que le conquista ese elevado puesto entre todas las virtudes? La explicación de ello está en que es el fruto del amor sobrenatural de Dios y palma de la victoria del hombre sobre su orgullo, así como renovación y transformación de todo el hombre natural. El antiguo Adán es cólerico por su naturaleza y tanto más cuanto es más orgulloso, y todo orgulloso es arrebatado, duro y colérico; la impaciencia aliméntase de orgullo, del cual es voz y ademán. La cólera se basa en el amor que el hombre tiene á sí mismo, á su reposo, á su bienestar natural; no es otra cosa que la resistencia que opone el hombre á quien intentan arrancarle lo que ama; es el grito del amor propio y del egoísmo, y todas esas cosas tienen hun-

didas sus raíces en el fondo del hombre, forman su misma naturaleza, por lo cual volver dulce á un hombre es reformarle radicalmente y sobrenaturalizar toda su naturaleza.

Todos están sujetos á la cólera; el impío no encuentra límites en sus arrebatos y se vuelve contra el mismo Dios, luego que la ha desencadenado enteramente contra sus semejantes; y en cuanto á las naturalezas piadosas, tan dulces y tranquilas, al parecer, si las inflamáis, serán más terribles en su cólera, que no se extinguirá sino después de mucho tiempo, durante el cual las cenizas calientes ocultarán carbones prontos á encenderse. No hay cólera tan difícil de aplacar como la del flemático, y no es tanto lo que para excitarle se necesita.

Luego la dulzura no es una virtud natural ni se alcanza por las propias fuerzas, ni únicamente con decir: «quiero ser dulce.»

Es virtud propia de Jesucristo, y del todo sobrenatural; de manera que para practicarla necesitamos su gracia, y por cierto poderosa; pues no se trata nada menos que de vencer enteramente el amor propio, y en verdad que no es cosa muy factible.

Pero cuando se consigue, agrádase á Jesucristo, que sólo habla con los mansos, se posee el reino de los cielos, gánanse almas para Dios y se merece reinar con el Cordero.

II. Hay que ser manso ante Dios.—El cual á veces es severo, oculta su bondad bajo apariencias coléricas y parece que suspende su ayuda y que paraliza los canales de la gracia.

Permite que nada de lo que se intenta prospere, ni aun las cosas que son para gloria suya; sufre uno contradicción y calumnia de parte de los malos y de

los buenos, de los enemigos y de los amigos, y es abandonado como el santo Job en su muladar.

Entonces se llega á la desesperación; todo se abandona por displicencia; la tristeza y la impaciencia os dominan, síentese hervir en el alma secreta irritación; entonces es cuando hay que ser dulce para con Dios, pues todo eso viene de Él, y la dulzura os moverá á decir á Dios: «Sé, Dios mío, que sois bueno al par que justo; de vuestra mano todo lo acepto, y os adoro en ese misterioso camino, así como en todo lo que respecto á mí queráis, pues me consta que todo procede de vuestro corazón paternal.»

Aunque sufriendo, permanece uno sumiso y sirve á Dios como en los días en que ostenta el radiante sol de su rostro; hasta que, vencido Dios por esta dulzura del alma que se le ha sometido, cede, puesto que ya está efectuada la experiencia que deseaba realizar en su deseo de ver si le amaríais más que á sus favores.

Es menester alcanzar esta dulzura ante Dios, pues de lo contrario se rechazarán sus designios y hasta se luchará contra Él; desde lo cual es rápida la pendiente por donde se rueda á la murmuración, á la blasfemia y á la desesperación.

Nuestro modelo es Job, á quien el Espíritu Santo elogia por su mansedumbre, y que triunfó de Dios soportando paciente su visita. ¡Y eso que Job no había visto á Jesucristo!

¡Oh! ¡Jesucristo! ¡Cuán dulce fué para su Padre! Para su Padre, que le había impuesto todos los sufrimientos con que se cargó, y le hizo rigurosamente padecer todo lo que Jesucristo había desde la eternidad aceptado. Nada le perdonó, y el mismo

Jesús decía: «Conviene que toda justicia se consume.» Y sin embargo, ¡el cáliz qué amargo era! Jesús no se abstuvo de pedir á su Padre que le dispensara de apurar las heces, pero á la vez añadía: «Padre mío, hágase tu voluntad.» Y ya en la cruz, ¡qué martirio para Él el abandono de su Padre, y cuán desgarrador fué este grito del Salvador: «¡Padre mío, Padre mío! ¿por qué me has desamparado?» Mas no se irrita; sigue siendo el cordero que degüellan y se deja degollar, y al terminar su vida puede con razón decir: *Consummatum est.*

Dios os dará á gustar de estas pruebas, porque el amor necesita pasar por ese punto: ¡oh cómo necesitaréis acopio de dulzura para con Dios! Cuando llegue ese caso, humillaos dulcemente, cimentaos en la confianza de su misericordia, y en su bondad, que no podría dejaros perecer para siempre; no consideréis vuestros pecados para buscar en ellos la clave de vuestros padecimientos, pues en ellos no encontraríais más que turbación y espanto.— No: manteneos en la misericordia de Dios y decidle: «¡Como queráis, Dios mío, aunque nada perderéis en ello, porque á pesar de la prueba, he de serviros!»

III. Hay que tener dulzura con el prójimo, y el principio de esa dulzura se encuentra en la caridad. Seréis dulces con él cuando miréis en él los dones de Dios, si amáis á Dios en él; pues amar á los hombres por ellos mismos, equivale á tiempo y trabajo perdidos. Sacos agujereados son los hombres, por lo cual, quien dentro de ellos ponga sus tesoros cuente con perderlos.

Si en Dios véis al prójimo, soportaréis sus defectos, y le reprenderéis sin acrimonia; le trataréis

como lo hubierais hecho con Jesucristo, caminando al Calvario, cargado con su cruz; os apiadaréis de su miseria, que no os irritará, y le serviréis con bondad y paciencia; mas para todo esto se necesita amar á Dios en el prójimo. — Fijaos, sin embargo, en que nada es tan necesario como esta dulzura para con el prójimo, especialmente si se vive en comunidad, porque sobre dicha mansedumbre reposan la paz y la unión fraterna, dado que el prójimo pone á prueba nuestra paciencia y hay que sufrirle suavemente, pensando que se trata sólo de un recíproco cambio de servicios, porque no dejaremos de ejercitar á nuestra vez su paciencia. La dulzura evita las contiendas y querellas, y fué recomendada por nuestro Señor á sus discípulos en la última cena que con ellos tuvo, antes de separarse de ellos, en la cena de la Eucaristía.

IV. Tambien hay necesidad de ser dulce consigo mismo; pues aunque esto parecerá quizá contrario á las palabras del Salvador: «Quien ama su alma la perderá,» no es así, excepto cuando se trate de evitar un pecado, de quitar una ocasión, de combatir una costumbre ó de castigar la falta, porque entonces ¡oh! ya no se trata de dulzura, sino que hay que echar mano de la energía y de la fuerza.

¿Y por qué nos hemos de irritar contra esa flaqueza que forma en nosotros la base de toda tentación? Si nuestra naturaleza es corrompida, ¿para qué atormentaros contra ella, á no ser que os impulse á cometer algún pecado? No fatiguéis inútilmente vuestras facultades ya tan enfermizas.

No es la lucha ni la violencia, sino la humildad y la paciencia de la dulzura lo que hay que utilizar contra la miseria nativa, contra esa flaqueza que se

arrastra, que se remonta muy poco, que sin cesar vuelve á caer sobre ella misma. Hay que tomar el propio estado tal como es y llevarlo á Dios de igual manera. ¿Alguno de vosotros es de ánimo débil, ó más débil aún de corazón? Pues ofrézcalo á Dios. Y si no ¿qué haréis? Con matarse no se transforma uno; por lo tanto, cosa por demás inútil será el que os irritéis contra vosotros y que os incomodéis á causa de no ser perfectos.

¿Aspiraréis á parecerlo á vuestros ojos y á persuadiros de ello no obstante la realidad? Seréis entonces como esos ignorantes infatuados, ó á manera de pobres orgullosos que respectivamente desean ser tenidos por sabios ó por ricos, dando lugar á un espectáculo odioso.

Se acerca un pobre á vosotros, y porque la necesita le dáis limosna, sin informaros de las causas más ó menos legítimas de su pobreza, pues ¿de qué serviría indagar y discutir? Es pobre, así lo consideráis, y le hacéis una obra de caridad.

Pues trataos de igual manera; y como vuestra debilidad é indigencia espirituales son para vosotros la condición de la humildad, aceptad con dulzura vuestra impotencia y en esto encontraréis cierta paz que os una suficientemente con Dios.

Lo perfecto en la dulzura fuera dar gracias á Dios aun por vuestra miseria, que glorifica sus grandezas inefables, y por sus menores mercedes bendecirle como si fueran favores inmensos los que Dios os concede, aunque sois por completo indignos de ellos.

Se requiere esta dulzura en el servicio de Dios; en todas las operaciones interiores, en toda la espiritual comunicación con Dios, y más que nada en la oración y en las relaciones directas con Él.—Si, por

ejemplo, al empezar vuestra meditación os faltan pensamientos, afectos y hasta el medio de producirlos, decid: «Dios mío, nada puedo, pero seguiré lo mismo á vuestros pies, supuesto que un niño no es echado de la casa paterna á causa de ser imbécil, y hasta el perro tiene derecho á tenderse á lo largo en la puerta y á recoger las migajas que caen al suelo.» Esto da pena, pero hay que aceptarlo, porque place á Dios, y no guardarnos rencor por ello, supuesto que por nosotros mismos nada mejor sabríamos hacer.

La irritación sería en tal caso el despecho del orgullo, el magullamiento del amor propio, que sueña con grandes cosas y se juzga capaz de realizar hasta las más difíciles.

Dios, bondad suma, nos mantiene en nuestro puesto y nos muestra nuestra nada; hay, pues, que mirarla con dulzura, y con hacimiento de gracias ofrecerla á Él, que no se desdeñará de fijar sus ojos en esa nada, enviándole algún benéfico rayo que la impulse á producir siquiera algunas florecillas, unas espigas cuando menos, que recogerán los ángeles y guardarán en los graneros celestiales; porque ha mirado al mísero en su muladar y ha exaltado al hombre dulce cuyo corazón estaba triturado.

Decía el Profeta, y el sacerdote repítelo todas las mañanas: «¿Por qué estás triste, alma mía, y qué razón hay para que así me conturbes?—*Spera in Deo*, ¡Espera en Dios!» Aquí tenéis el remedio: dulzura, esperanza y confianza en la misericordia de Aquel que no desprecia á criatura alguna de sus manos, porque á todas las ha criado en su amor, para sus fines de amor.



LA REGLA

SANTIDAD DEL RELIGIOSO

¿Qué ley os volverá santos?—La Regla; vuestra Regla de religioso; la Regla de la asociación á que pertenecéis.

I. En practicarla estriba vuestra santidad, porque para vosotros significa la voluntad de Dios, y os dice qué designio tiene respecto á vosotros, cómo quiere conduciros y qué gracias os concederá. — Sólo por su Regla puede santificarse el religioso; pues ya aquí, nada bueno puede esperarse de *los modos y prácticas de piedad particulares*, puesto que todo está concedido para todo el cuerpo, y de su reunión con el cuerpo deben recibir su vida los miembros; y como en religión nadie se salva sino en el cuerpo, esto es, en cuanto se halla unido al cuerpo, ved ahí por qué la Regla es el alma que forma la unidad de una religión. No reconocerá Dios vuestra santidad particular, pues á quien busca en vosotros es al perfecto religioso de determinado instituto; por lo cual importa que os fundéis en el vuestro, del cual seáis como viva encarnación: no

el hombre santo, sino el santo religioso es quien será galardonado en vosotros.

¿Comprendéis ya cuánto interesa que estiméis vuestra Regla y pongáis su práctica sobre todos los atractivos, por muy excelentes que fueren; que debéis animaros con su espíritu, juzgarlo todo desde su punto de vista, y que, en fin, debe convertirse en vuestra guía y en vuestro criterio supremo?

Estimadla, amadla, practicadla: de lo cual recibiréis tres grandes gracias contra tres peligrosísimas tentaciones.

1.° La Regla preserva de la inconstancia. — La cual es el mayor mal de la piedad en el mundo. ¿Estabais siempre á igual altura? Por el contrario, ¿no tenía vuestra piedad un perpetuo movimiento de balanza, ya hacia arriba, ya hacia abajo?—La Regla os sostiene é impide inclinaros á derecha ó izquierda, así como se opone á que retrocedáis; se apodera del religioso, le impulsa con movimiento constante y con la voz del reglamento, de los ejercicios cotidianos, y de la campana, le grita á cada paso: «¡Marcha, marcha!» — Y además, como todos hacen lo mismo, centuplícase cada cual por las energías de sus hermanos, siéntese arrastrado por los que avanzan, y se hace difícil rezagarse; el amor de Dios, y en caso necesario cierto amor propio, os obligan á proseguir; hay en ello un auxilio poderoso contra la flaqueza personal y la natural inconstancia.

2.° La Regla protege contra la negligencia y pereza. — Cuando se trata de trabajar sobre sí mismo, se experimenta dificultad siempre copiosa. Se abundará en abnegación para los demás, y se harán sacrificios por su adelantamiento; pero cuando trata uno de sí mismo procede con cierta holgura.—Con cuan-

ta mayor facilidad sale uno para servir al prójimo, tanta mayor dificultad encuentra en entrar de nuevo en sí para sacrificarse á sí propio.—Se piensa que basta la abnegación, é informa uno en ella su vida, como si á todo supliese; mas en esto hay grave peligro: el de perderse á pretexto de salvar á los demás.

Ahora bien; de este peligro os preserva la Regla, pues os fija ejercicios de santidad personal, os impone horas durante las que sólo en vosotros debéis pensar, sin trabajar más que en vosotros para Dios: sed fieles á esto. Tales ejercicios son el alimento de vuestra alma, pues vuestra vida espiritual sólo por ellos se sostiene, sin que nada los reemplace; por lo cual no olvidéis que no tienen equivalencia en cosa alguna. Unicamente excluyo el caso de evidente necesidad, que por lo tanto es rarísimo. ¡Cuánta ilusión hay en esto! Quiere uno trabajar, combatir continuamente; mas ¡ay! que la pelea no nutre, lo que hace es debilitar. Cuanto por los demás hiciereis, no valdrá lo que la Regla os mandaba hacer por vosotros, y que habéis menospreciado. En este caso, las más válidas razones no pasan de ser pretextos con que encubrir el amor propio ó la pereza; porque no habéis de olvidar que más virtud hay en combatir consigo mismo que contra todos los vicios del mundo, y que más fuerza y verdadera abnegación se necesitan para trabajar en la propia perfección que para sacrificarse en pro de la ajena.—Antes de ir hacia los hombres es menester ir á Dios.

Por consiguiente, los ejercicios de piedad de la Regla se anteponen á todo, á todo absolutamente. Así, nada de ejercicios de piedad personal si se oponen á vuestra Regla ú os llevan á descuidar los que

ella os impone; pues mientras en éstos encontraréis la gracia abundante del cuerpo á que pertenecéis, en aquéllos nada más que una gotilla de gracia individual.

Por lo demás, la fuente de todas las ilusiones se halla en dejar lo común por lo particular.

3.° También la Regla os precave contra el riesgo de la exageración, fundamento de la ilusión en la vida espiritual.—Uno es joven, tiene ardiente el corazón é inflamable la fantasía, y al leer las vidas de los Santos, se ven en ellas algunas acciones extraordinarias, que al punto se quieren imitar. Hállase en un libro la enseñanza de algún camino más secreto ó extraordinario de un *santo personaje*, y creyendo que la santidad reside allí, se desea penetrar. No se tiene en cuenta toda la vida ordinaria de tales Santos, encorvada bajo el yugo de la Regla, en la práctica de los deberes diarios, en la mortificación de las pasiones, y sólo se pára la atención en unos pocos hechos brillantes, dispuestos por Dios generalmente más bien que para aumentar la santidad de aquéllos, para ostentarla.

Mas antes de pasar adelante os digo: «¿Pertenecen á vuestra Orden esos Santos? ¿Han tenido igual gracia y la misma Regla que vosotros? — Si es así, imitadlos; si no, dejadlos, pues no tenéis las gracias de ellos. ¿Para qué pretendéis tornaros cedros, si os prefiere Dios violetas? En el solemne día de sus votos, el religioso abandona todas las reglas particulares que siguió hasta entonces, y sus votos reemplazan para él todas las obligaciones que antes contrajera; así es que si pertenecíais á una Orden tercera, ó habíais hecho votos particulares, conmutásteis sus obligaciones por las de vuestros votos

religiosos; por manera que si así lo preferís, conservadles vuestro afecto, pero abandonad su práctica.

Ateneos á vuestra Regla, suficiente para *todo*. Si queréis, impetrad penitencias secretas, pues la autoridad del Superior, intérpetre de la Regla, las santificará con permitirlas; aunque su deber es velar por que nada se introduzca contra el espíritu de la Regla, ya que en este caso todo sería malo, así las penitencias como lo demás.

Sed sobrios y modestos; tened espíritu de penitencia y mortificación, haciendo de éstas vuestras prácticas ordinarias; y mucho cuidado con lo extraordinario.

En último caso, sabed que es necesario ser Santo en el modo que Dios quiere que lo seamos, y no de *otra suerte*. *Pues bien*, la Regla os señala la voluntad de Dios; con ella estaréis seguros y en la divina gracia, y poseeréis el medio de glorificarle efectivamente. Todo lo demás será inútil, así para Él como para vosotros, si no es que para vosotros encierra también peligro; serán como grandes pasos, pero dados fuera del camino, lo mismo que los grandes hechos de los romanos, y aquellas sus tan levantadas virtudes morales, de que decía San Agustín: *Magni passus, sed extra viam.*

Un Santo decía de la Regla de San Francisco: «El que observe esta Regla se salvará de seguro.» Pues yo digo lo mismo de la vuestra; así como sin ella, será en vano que os matéis con el trabajo y la pena, pues nada conseguiréis.

No la apartéis de vuestros ojos, y cuando no hable expresamente, dirigíos á vuestro Superior, que es la *Regla viva y su intérprete autorizado.*

II. Además de vuestra santidad y de los beneficios á que acabo de referirme, debéis practicar vuestra Regla en bien de vuestra Congregación.

1.° Desde luego habéis de amar á esta Congregación con amor filial, en términos que vuestra vida sea de reconocimiento hacia ella, pues le debéis la dicha eterna y la paz de que disfrutáis, la facilidad de santificaros, la ventura de que aun aquí abajo gozáis. Dadle toda vuestra cooperación, lo cual haréis sumamente practicando su Regla. No se os olvide que jamás se paga, en el grado que merece, á una Asociación por las gracias que os concede; siempre resulta uno deudor para con su madre; así es que vuestros trabajos diarios no pasan de ser algo dado á cuenta de vuestra inmensa deuda.

Ella, sin embargo, no os pide, por todo lo que os da, sino que observéis su Regla, que es la condición esencial de su vida; por lo cual, si no la observáis, dais muerte á vuestra madre, ocasionáis la pérdida de vuestra familia adoptiva, y paulatinamente introduciréis la división, la amargura, la guerra civil, pues el que infringe su Regla promueve, en cuanto está de su parte, una revolución, y bate en brecha la ciudadela santa. Mas sobre todo, ¡Dios os libre de querer en caso alguno tocar á una regla para cambiarla ó modificarla! ¡Y cuenta con que si fácilmente faltáis á ella, de hecho la derribáis, ya que no de una manera formal. Por lo tanto, observad vuestra Regla, si habéis de conservar la vida de la Asociación, que es madre vuestra.

2.° Sois deudores á esta Asociación de extenderla, tornarla próspera y atraerle numerosos hijos.— Por eso tened en cuenta que si no practicáis vuestra Regla, los que vinieren á veros se irán diciendo:

«¡Aquí no hay más que desorden!»—De esta manera sécase en su raíz una Asociación que sin embargo tenía fuerza, abundante gracia, y estaba destinada á crecer; con no observar su Regla, atájanla y paralízanla, pues su Regla es el foco de su vida, y sólo tendrá expansión cuando este foco esté ardiente, muy nutrido y conservado.

Así, pues, que al veros digan: «Estos son verdaderos religiosos, pues observan fielmente su Regla.» Frutos sois de la Asociación, y de igual manera que un árbol se conoce por sus frutos, así juzgarán de vuestra Asociación, en conformidad con lo que vieren en vosotros; sus rayos sois vosotros; resplandeced con su luz, y vendrán á ella.

3.° Debéis, por último, concurrir al fin de vuestra Asociación, obrando de manera que lo consiga venturosamente, y ese fin consiste en glorificar á Dios por las obras de caridad entre las clases obreras.

¿Qué haréis para Dios si no tenéis en el corazón vuestra Regla?

Sólo podéis glorificarle dentro del espíritu de vuestra Asociación, y según la gracia de ésta, con el bien entendido de que Dios nunca concede más que una gracia de fundación.

El gran peligro de las Asociaciones nacientes se halla en la deficiencia de fe respecto á la primera gracia. Llegan algunos que dicen:— «Si se modificara esto ó se añadiese aquello... No ha habido razón para hacer tal cosa hasta ahora de este modo.» - Podrán éstos tener talento, experiencia, influjo; pero os digo que, voluntarios ó contra su voluntad, son traidores que dividen la gracia primera, la gracia de la fundación, el pensamiento del Fundador, y serán causa de que se pierda la Asociación que les dé oídos.

Nunca faltan quienes se crean llamados á reformar á su Fundador y á mejorar su obra; mas nunca Dios bendice sino al que eligió para fundar, y no á los que intentan ir contra éste, y muy sabido es el ejemplo de San Francisco y del Hermano Elías, quien deseaba añadir, suprimir, glosar; mas el Santo le decía siempre, por orden de Dios: «Sin glosa, sin glosa, sin glosa.» Elías se separó, se fué á Alemania, y murió miserablemente en el partido del emperador cismático, apoyando al antipapa.

No: Dios nunca da su bendición fuera de la primera gracia: desenvuélvese ésta, se saca de ella, con el tiempo, y según las circunstancias lo reclaman, todo su contenido, pero jamás es lícito cambiarla, ni introducir cosa alguna que la contraríe. Dios, que hará prosperar la primera semilla, nunca dará más de ella.

Por manera que si se ha alejado uno de aquélla, es preciso regresar pura y sencillamente: *Prima opera fac*: emprended nuevamente vuestros primeros trabajos, volved á la pureza de vuestra primera gracia, pues de lo contrario os dispersaré: *Sin autem venio tibi et movebo candelabrum tuum de loco suo* (Apoc., II, 5.)

Por lo cual, nunca permitáis que en vuestra Regla se introduzca nada nuevo ni extraño, y como aquel Santo Fundador responded: «¡Que sean como son, ó que desaparezcan de una vez!»—Como este peligro es grande, vigilad mucho para evitarlo.

Observad, en fin, vuestra Regla y cumplidla religiosamente, por respeto á Dios, suma bondad, de quien procede. ¿Creéis que el hombre pudiera ser capaz de componer una Regla?—No, pues ni virtud ni santidad bastan para ello, sino que se requiere

una elección y un llamamiento especial de Dios, que es quien la inspira, y luego el Fundador os la transmite escribiéndola entre lágrimas y sufrimientos.—¿Qué hombre pudiera poner en algunas líneas trazadas por su mano la luz y la santidad? La Regla es conductora de la gracia y santifica, y es claro que sólo Dios puede dar la gracia y la virtud de santificar.

La Regla es para vosotros lo que para la Iglesia el Evangelio; el libro de la vida; el libro de la palabra de Dios, lleno de su verdad, de su luz, de su gracia y de su vida: ¿os atreveríais, sin embargo, á cambiar una sílaba de este evangelio ó dejar que cayera de él una palabra siquiera? No; y lejos de eso, sean todas sus palabras sagradas para vosotros.

Oid estas amenazas de San Juan, escritas en el final de su Apocalipsis, las cuales podéis aplicar al libro de vuestras santas Reglas: «Yo protesto á todos los que oyen las palabras de la profecía de este libro: que si alguno añadiese á ella cualesquiera cosa, Dios descargará sobre él las plagas escritas en este libro.

»Y si alguno quitare cualquiera cosa de las palabras del libro de esta profecía, Dios le quitará á él del libro de la vida y de la ciudad santa.»





LOS VOTOS

Elegi *abjectus esse in domo Dei magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.*

I. Un día por su bondad, Dios amabilísimo tocó en la puerta de vuestro corazón y dijo con amor á vuestra alma, como á la Esposa de los Cánticos: «¡Ábreme, hermana mía, amiga mía; ábreme!» Reconocisteis aquella voz del muy amado, le abristeis y le rogasteis que entrara y fuese dueño de vuestra casa, de vosotros y de todos vuestros bienes.

En cambio nuestro Señor os prometía sus bienes, sus gracias, la posesión de sí mismo; pues bien, hoy se trata de firmar ese contrato divino con la profesión de vuestros votos.

Lo que aquí se verifica reprodúcese á la par en el cielo. ó, por mejor decir, no hacemos otra cosa que consignar las promesas que al mismo Dios hacéis, y que acepta en el cielo. Porque el Padre celestial es quien os acepta de parte de su Hijo, recibe vuestros sacrificios y vuestra persona, y en recompensa os promete la de Jesucristo, su Hijo, y al mismo tiempo sus gracias.

El notario de este contrato es el Soberano Pontífi-

ce, en cuyo nombre recibe vuestros votos el Superior que le representa aquí.

Vais, pues, á dar vuestra palabra; reflexionadlo bien, pues todavía os halláis en libertad para rehusar; mas luego que hayáis firmado, ya nadie anulará este contrato.

Ya sé que puede el Pontífice dispensaros de los votos, pero sólo con dificultad lo concede, y no sin repugnancia, pues conoce que no siempre se absuelve en el cielo de un voto que en la tierra se remite. El compromiso adquiérese con Dios, que es el único que ve el secreto de los corazones y sabe si son realmente como se manifiestan las razones que se alegan para desatar el vínculo de amor. La Iglesia no juzga más que de lo exterior, y la absolución no se recibe sino á condición de que las cosas sean así como se le muestran. — ¡Duda tremenda que el desgraciado eximido llevará consigo á todas partes!

Con la propia sangre firma uno el contrato de sus votos, y esta primera gota reclama y exige la efusión de todas las demás que hay en las venas. Al Señor no se engaña; exige la prestación de los votos que se le hacen, y es mucho mejor no prometer que dejar de cumplir lo prometido.

¿En qué consiste, pues, bien entendida, la profesión que vais á hacer?

II. Es, como acabo de deciros, un contrato de donación, un contrato divino entre el religioso y el mismo Dios. Mas un contrato exige de ambas partes una prestación: *¿qué váis á dar vosotros?*—Daos íntegra é incondicionalmente, pues á Dios no le gustan las condiciones, ya que envuelven restricciones y empañan la sinceridad del don; por manera que quiere, ó todo ó nada.

Daos, pues, de un modo cabal: el mundo y sus bienes, á que, si no los tenéis, pudierais por lo menos aspirar; renunciad á ese poder de desear y poseer; al deseo de toda posición, de todo porvenir; en una palabra: al deseo de cuanto pudierais amar, poseer ó recibir. Dadlo anticipadamente; haced donación hasta de la facultad y del poder de nunca poneros como fin de cosa alguna: este don los contiene todos.

Dad vuestro cuerpo, vuestra alma, vuestra mente y vuestro corazón para siempre, con la voluntad de no recuperarlos nunca.

Y por su parte, ¿qué pedís á nuestro Señor que aporte al contrato común? — ¡Ah! Creo acertar cuando pienso que no os contentaréis con el céntuplo prometido á San Pedro, no; sino que, con Santo Tomás de Aquino, diréis: «¡Vos mismo y únicamente Vos, Señor y Dios mío, sois lo que pido!» —El céntuplo lo recibiréis además.

¿Para cuánto tiempo firmáis este contrato?— La Regla, por prudencia, no os pide sino un compromiso por algunos años, uno ó tres; pero ¿os pondréis á decir interiormente: «¡Bueno! Haré entrega de mí por este tiempo, y durante un año veré si puedo continuar?» ¡Esto sólo faltaría! No: el corazón forma votos perfectos; así es que, si no queréis pertenecer á Dios, no sois dignos de pertenecerle un año; quedaos al lado de acá; no sigáis adelante, pues no es cosa de hacer pruebas con Dios. Si dudáis de Él, de su auxilio, de su gracia y de su amor, lo que hacéis es injuriarle.

Lo que constituye la grandeza y nobleza del amor es la entrega de la propia libertad presente y futura; es el ligarse para siempre y no admitir ni la posibilidad de una ruptura.

Ya no podéis decir: quiero recobrarme dentro de un año; yo no conocía tal cosa: no me figuraba esto otro. ¡Que Dios os libre de ello! Trazad un círculo, y dentro de él encerraos con Dios, por manera que nunca podáis ya salir de allí. El círculo es la imagen de lo infinito; ¡en todo, por lo tanto y para siempre, con Dios, para Dios!—Tal es el modo con que el amor habla y procede.

Por otra parte, ¡qué poco es lo que dais, y aun eso antes es de Dios que vuestro! Pues sin su gracia ¿qué vería?

Además, no os fijéis tanto en lo que dais; ya Dios lo verá, pues éste es negocio suyo, y concretaos á mirar únicamente la merced que os hace, la misericordia infinita, de que no érais merecedores.

¿Cuánto no será el honor que se os concede al ingresar en la familia escogida y privilegiada de nuestro Señor y de la Iglesia, cuando el Santo Rey David se consideraba más honrado y dichoso por permanecer confundido entre los últimos servidores de la casa de Dios, que por reinar en su palacio sobre un pueblo inmenso?—Si podéis, apreciad esta gracia en lo que vale.

Dad cuantos méritos y virtudes adquiristeis; dad cuanto de unos y otras adquiriréis en el porvenir por vuestros hechos y trabajos, así como por los sufrimientos de toda vuestra vida; y si es que nada tenéis, tomad prestado los méritos y virtudes de nuestro Señor y de la Virgen Santísima; pedid á esta *bondadosa Rebeca que os cubra con la vestidura de* Jesús, su Hijo amadísimo, para que podáis agradar al Padre celestial y recibir su bendición; que os revista del mismo Jesús, con lo cual vuestros desmerecimientos, miserias é imperfecciones lograrán

pasar bajo el manto de la infinita santidad de Jesucristo.

No hay más sino que tengáis presente que desde que seáis religiosos, ya nunca os dejarán las tentaciones, pues el demonio os solicitará de todas maneras á que recojáis lo que hubieseis dado; y si es menester, sembrará el oro bajo vuestros pies; mas vosotros, como San Antonio, ni siquiera le miréis, y con la punta del pié repeledlo.—Ya os habéis dado, y es asunto que no admite revisión: el amor da para siempre y sin arrepentimiento.

III. Además, la profesión religiosa es una consagración.

Las cosas profanas se ofrecen y consagran á Dios mediante los ritos y preces de la Iglesia, y desde que esto se verifica quedan exclusivamente destinadas á su culto. – De análoga manera apartábanse bajo la Ley las víctimas destinadas al Señor, pues salían del uso común, de la propiedad de los hombres, para ser cosa del Señor, cosa santificada y consagrada.

La profesión religiosa es la consagración de la víctima de la Ley nueva, porque el religioso se convierte por sus votos en víctima y holocausto del Señor.

Luego os separa del profano, os arrebata á todo empleo común, á toda propiedad de los hombres y aun de vosotros mismos. —No tenéis nombre, ni puesto, ni categoría, ni destino alguno en el mundo, sino que os tornáis cosa y propiedad de nuestro Señor, persona á Él consagrada.

Por esto os santifica y ennoblece, y os dignifica para servir á tan gran Señor. Lleva el doméstico la librea de su dueño, y la Iglesia os da la de Jesucristo;

esta misma recibe vuestros votos y los erige en votos públicos, que de su sola autoridad dimana, y luego que os convierte en hombres suyos os destina al servicio de su real Esposo.—Propiedad de la Iglesia y persona sagrada es cada uno de vosotros, y así, no podéis sin sacrilegio mancharos con el contacto humano.

Desde aquel instante honrad vuestra profesión y conservad la gracia que se os ha dispensado. Obligado se halla el criado á custodiar la honra de su Señor y la de la librea que viste; y por lo mismo, los que sirven á los Reyes son por éstos ennoblecidos y se ve en ellos como la dilatación y el reflejo de la dignidad real. Pues bien; los religiosos son la nobleza y la aristocracia de la Iglesia; pero de igual manera que la nobleza de un reino compone su fuerza viva y se manifiesta siempre en primera línea para defender la persona del Príncipe y el honor del país, y se la ve exponerse á todos los peligros con valor admirable, que demuestra que sus miembros en nada tienen su vida, así los religiosos deben figurar en primera fila para defender á la persona sagrada de Jesucristo y á la Iglesia, que es su reino; deben estar siempre á sus órdenes y en su mano para que pueda lanzarlos adondequiera; pues ¿qué pudieran temer los que ya lo han dado todo? Por eso, de los religiosos saca la Iglesia los misioneros y los apóstoles, los envía siempre á las avanzadas, los coloca en los sitios de más riesgo, por su medio realiza maravillas en las naciones y conquista y salva al mundo. — Y no hay que admirarse de ello, pues al poder del sacerdocio agregan el de la congregación religiosa; de antemano han abandonado todo cuanto pudiera retenerlos é impedirles volar á la conquista de las

almas. Así es que el sacerdote religioso es por esencia conquistador, en tanto que el sacerdote secular es más bien pastor, guarda del rebaño; mas ¡ay dolor! muchas veces es guarda de sepulturas.

IV. Por último, la profesión es un pacto de sociedad con nuestro Señor, que os asocia con El por lo cual no debéis tener sino un mismo fin y objeto en todos vuestros trabajos. Como se dispone á proveeros de gracia y de los fondos que tiene esa Sociedad, os pedirá en compensación el sacrificio y el trabajo. Es menester que, ligados á Él por modo indisoluble, os consagréis á sus intereses y á su empresa de todo corazón, con toda el alma.

La profesión es un juramento; juramento de trabajar continuamente por nuestro Señor, cueste lo que cueste: y ese juramento solemne é irrevocable debe constituir vuestra fuerza, para nunca retroceder: es un vínculo formado de por vida y para después de la muerte.

El juramento es la fuerza principal de las asociaciones que por doquiera se organizan para el mal.—Líganse unos con otros, entregan su libertad, córtanse toda suerte de retiradas por medio de abominables compromisos, y se dan recíprocamente derechos de vida y muerte.

¡Eso inspira pavor!—Cogidos están, sin que puedan salir de esos diabólicos engranajes; y es la causa que cuando no se vive del amor de Dios, hay que vivir del terror.

Pues bien: jurad vosotros también; dad á Jesucristo derecho de vida y muerte sobre vosotros. ¿No decís que le amáis? Pues demostradlo. La profesión es un compromiso por el que hay que ir hasta lo último de la inmolación por amor; de suerte que

si se interpone el martirio entre el servicio de nuestro Señor y vosotros, ¡enhorabuena! arrostraréis el martirio para permanecer fieles á vuestro juramento; hoy mismo, si place á Dios pedírosla por su amor, dad vuestra vida y ofrecedle la aceptación de la muerte.

Morir en el campo de batalla de la Iglesia es envolverse en la gloria de nuestro Señor. ¡Dichosos los que por Él son elegidos para que en cualquiera misión arriesgada den testimonio mediante el sacrificio de su vida! ¡Dichosos también los que por Él se gastan en su tarea diaria, pues nuestro Señor recíbelos en sus brazos.

Sea vuestra profesión la de ser mártir de pobreza, de castidad y obediencia. Recordad perpetuamente este día, pues en vuestra vida no lucirá otro más espléndido: ¡es el día de vuestro amor!



RETIRO

PREDICADO Á LOS RELIGIOSOS

DE LA

CONGREGACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO



ADVERTENCIA

Las instrucciones siguientes fueron predicadas á los religiosos del Santísimo Sacramento en 1867, en la capilla de su casa matriz, en la capital de Francia. Lo cual explica las constantes alusiones que en aquéllas hace el Padre á la Congregación del Santísimo Sacramento, á su objeto, á sus obras y á su Regla.

Hablaba el Padre á sus hijos, á puerta cerrada, así es que podía confiarse y decirlo todo, sin miedo de no ser comprendido; la familiaridad propia del que habla para dentro de casa permite insistir con mayor energía en ciertos puntos, tornar á ellos, exponerlos de manera más absoluta y cortada con intento de grabarlos más sólidamente en los ánimos.

Repite muchas veces que predica un retiro que tiene por objeto la conversión, la reforma de las costumbres, y no un retiro para descanso ó perfección. Por eso no deja de la mano un instante la lámpara encendida de los deberes y de las obligaciones, poniéndola cuidadosamente delante de la conciencia, abriendo sus replie-

gues más ocultos, descubriendo los secretos que se complace el amor propio en tener consigo mismo, y señalando la diferencia que hay entre lo que se es y lo que se debería ser: exhorta, estimula, apremia para poner manos á la obra, para que la vida responda á la vocación, y la fidelidad en la correspondencia á la grandeza de la gracia.

No hace el Padre objeto de su predicación al Santísimo Sacramento, y da las razones que tiene para ello; es decir, que no se ocupa, como hizo siempre en sus demás predicaciones, en hablar de la Sagrada Eucaristía, de los misterios de su vida y de las maravillas de su amor, y por eso dice: «Nuestro Señor se encargará de vuestro retiro eucarístico, pues por lo que á mí toca no me he propuesto ser ahora sino un Juan Bautista que clame: *¡Haced penitencia!*» Su propósito es sólo «preparar para la vida de nuestro Señor, conducir hasta la puerta de la Santidad,» y allí se pára.

Hay tiempo para todo.—No es posible que la vida cristiana siga el mismo procedimiento que los tratados de perfección, en que se parte de una definición y se va por principios, divisiones y subdivisiones hasta llegar al fin, sin que en ningún caso se torne al comienzo, ni se repita lo que ya se ha dicho: este es el camino lógico.

Pero el camino práctico es diverso; porque en él unas veces hay que purificarse y otras que excitarse; ya vivir de amor, ya de temor; tan pronto mantenerse muy bajo en la humillación como al punto elevarse cuanto más se pueda en la confianza, por temor de caer en el desaliento,

Después de pasar años, hay que tornar á una virtud que se consideraba adquirida, y fijarse en ella como si entonces se comenzara, porque el Espíritu de Dios cambia sin cesar los estados del alma y sopla donde quiere, sin que se conozca de dónde procede ni adónde se dirige el viento. Una sola seguridad se tiene, y es la de que siempre destruye y hasta el fin persigue todo apoyo que intente uno tener en sí propio, en sus virtudes, en su pasado ó en lo ya adquirido.

Así es que un retiro que nos reduce al *a b c* de la conversión es conveniente de vez en cuando aun á las personas de mayor virtud, á las más celestiales vocaciones y á las Comunidades que mayor retiro guardan; y proporciona la ocasión de que dando de lado cada cual á los motivos ordinarios de la vida, aun los mejores y á que está más habituado, se reconcentre en la ley y en el deber y examine en el dolor las omisiones y flaquezas, las miserias y pecados.

Ya se han leído muchas instrucciones del venerado fundador de la Congregación del Santísimo Sacramento acerca de la Eucaristía, de las virtudes eucarísticas, y de la vida de unión y amor con nuestro Señor, y también hemos dado á conocer muchos retiros eucarísticos, toda cuya enseñanza y cuyos medios y objeto están formados por el amor, por la bondad de Jesús; pues en efecto, el amor es la atmósfera de la Eucaristía, ya que nuestro Señor, amor de los amores, operando en ella la consumación de todo amor, no puede obrar sino en conformidad con la naturaleza de este misterio, es decir, por amor, y la gracia esencial de la Eucaristía con-

siste en alimentar y aumentar el amor, robustecer en nosotros este hábito y multiplicar sus atractivos y, digámoslo de una vez, en hacer vivir de amor.

En el retiro que ahora presentamos se verá cómo el Padre procede en consonancia con su manera habitual; sólo que completará el concepto de la ley del amor.

Y, en efecto, también aquí nos muestra el amor de nuestro Señor, pero como supremo motivo y medio verdaderamente eficaz de todo sacrificio, de toda conversión y santificación; el amor, como la única fuerza que mueve á abrazar la cruz con alegría y á llevarla con perseverancia.

Si exhorta á purificarse es porque el amor, ante todo, es delicado; si muestra la gravedad del pecado, es por el pesar que causa á Jesucristo, á quien hiere en su amor; si desea vernos luchar en el combate de la mente, del corazón y de los sentidos, basa toda la fuerza necesaria para ello únicamente en el amor de Jesucristo, Señor nuestro.

Pero, por buena que sea, no hay sin riesgo senda alguna en la vida espiritual, por causa de la miseria humana; pues la imprudencia y presunción instigan á la mente del hombre para que, apartándose del camino trillado, eche por los atajos al capricho de la imaginación.

Tampoco está exenta de este riesgo la vida del amor, y estriba el peligro en que se tome en ella la palabra por la cosa, el sentimiento por la realidad, y en olvidar que la prueba del amor es el sacrificio, la muerte para sí propio y para el

mundo, la vida de Jesús crucificado, en Jesús en el augusto Sacramento; así como también el indicado peligro se encontraría en olvidar que esta vida de Jesús no se realiza sino por la destrucción del pecado, del orgullo especialmente, por la práctica fiel de todos los deberes, por la mortificación de todas las concupiscencias de la carne y del espíritu y, para decirlo de una vez, estaría el peligro en tener presente el *dilexit me*, descuidando el *tradidit semetipsum pro me*.

Esfuérzase el Padre en conjurar este peligro y remediarlo, si alguno hubiese caído en él. La economía de las veintiuna instrucciones del presente retiro puede reducirse á estos dos términos:

Creed en el amor que Jesús os tiene en su Pasión, en su Eucaristía, así como en la vocación y en las gracias de que os hizo objeto: *Dilexit!*

Pero entregaos á Él enteramente, muriendo para vosotros mismos en demostración de vuestra fe:. *Tradidit!*

También se verá luego cómo el Padre desea que se rinda á nuestro Señor el don de la propia personalidad, que él denomina virtud característica del religioso del Santísimo Sacramento; y aunque se comprenderá mejor en qué consiste, cuando se haya leído el último retiro de este volumen, creemos que desde ahora puede decirse, reuniendo toda la doctrina espiritual del Padre, que para él, para el religioso del Santísimo Sacramento y para todas las almas llamadas por la gracia á santificarse por la Eucaristía, el motivo culminante de la santidad, el

alma y la razón formal de la perfección, están en el amor de nuestro Señor, en su amor eucarístico.

El medio más importante y esencial es el don de la propia personalidad.

Y la virtud práctica de este don es la humildad; la humildad de amor, esto es, no solamente la que se abate á causa de su nada y sus pecados, sino la que en todo renuncia á ser para sí misma su propio principio y fin, y no quiere vivir sino de Jesucristo, para Él y por solo Él, en el total anonadamiento de sí misma.





EL OBJETO DEL RETIRO

ES PURIFICARSE

El más importante objeto, el objeto esencial de este retiro, es examinar el estado de nuestra conciencia, á fin de purificarla; estudiar los motivos, las ocasiones, la frecuencia de las caídas, para aplicar el remedio.

I. ¿Nos hallamos en estado de gracia? ¿Estamos en él habitualmente? ¿Somos vivientes? Todo está en eso.

Investigar el grado de vida ó muerte en que nos hallamos; si cometemos, y en qué, por qué, y cómo, pecados mortales, pecados veniales, y sobre qué versan nuestras imperfecciones más frecuentes.

Pudiéramos hallarnos en estado de conciencia culpable mortalmente, pues cabe en lo posible; mas yo espero que no sea así, si bien nos hallamos expuestos á caer en ese tristísimo estado mientras vivamos en este mundo.

Para lograr que caigamos en él tenemos siempre la triple concupiscencia que nos combatirá encarnizadamente, y hasta el postrer aliento sentiremos en nosotros la guerra de los dos hombres; pues nunca

el hombre carnal aceptará el señorío del hombre espiritual, á la vez que éste será necesariamente subyugado por el otro, como no se sostenga por la guerra; guerra que, pese á nuestro deseo, durará lo que nosotros y que es tanto más penosa cuanto que en nosotros y por nosotros se verifica, por doquiera la llevamos y nos amenaza de continuo el peligro de sucumbir en ella.

¡Ay! ¡Qué bien entiendo que exclamase San Pablo: «Más vale la muerte que semejante vida!»

Por otro lado, ¿no tenemos al demonio que nos tienta, nos persigue sin tregua y con tanto mayor odio cuanto más somos de Dios? — Harto se comprende que sea así: los ladrones no atacan á los mendigos, y en la guerra llaman la atención los jefes. Por nuestra vocación estamos más próximos á Jesús, con Él vivimos en intimidad, y por eso, como Satanás no puede tocar al Señor, vuelve su rabia contra nosotros y por lo menos quiere que sirvamos mal á Dios, si es que no logra arrebatarnos á Él por completo.

De ahí procede que en la vocación eucarística se padezcan con frecuencia tentaciones que hasta entonces no se habían conocido, tentaciones más largas, terribles y abominables, aun al pie del Santísimo Sacramento!

Mirad, pues, de dónde procederá la tentación, con suficiente energía para rendiros: de vosotros mismos y del demonio que contra vosotros obra.

Y en pos de vosotros, ¿no van también la imaginación con sus recuerdos y el hombre natural, vendido á la iniquidad?

Pero diréis: ¡Tengo la fe! — Es posible, pero el hombre natural no la tiene; vuestro corazón carnal

no ama á Dios, sólo se ama á sí mismo. ¿Creéis que vuestro cuerpo quiera la mortificación, cuando no es otra cosa que un animal que ve los dos lados del camino orlados de lo que apetece, lánzase á ellos de continuo y, á pesar de los golpes, siempre torna á dirigirse á ellos?

Vuestro cuerpo no es sino el cerdo que se deleita en revolcarse en el cieno: *Sus lota in volutabro luti;* el perro que se empeña en comer lo que ha vomitado. ¡Oh qué fatiga la de tener semejante cuerpo de bestia juntamente con un alma de ángel hecha para Dios! — Mas tal es la condición: todos somos hijos de Adán pecador.

Otra ocasión de pecado es el mundo. —Cierto que lo habéis dejado; pero sin verle, se le ve todavía demasiado; no ya el mundo del escándalo, pero como quiera que sea, el mundo tiene siempre los peligros del mundo; por manera que si los mismos ángeles se tornasen visibles, yo os digo que también serían para nosotros materia de tentación. ¡Triste cosa que dimana de nuestro natural perverso, que todo lo corrompe! ¡Oh! No hay atrevimiento para creer — y fuera demasiado espantoso—cuán fácil es el pecado aun entre las más inocentes criaturas. ¡Pues qué! ¿No pecaron los ángeles en el cielo, delante de Dios, y Adán en el paraíso terrenal?

Bien se me alcanza la razón de que los Santos huyesen al desierto, y de que otros vayan á encerrarse en una Trapa con objeto de escapar de los peligros del mundo!

Nuestra vocación no nos ha llevado á una de ellas. ¡Si al menos durante el retiro nos encerrásemos en una Trapa!

Y con todo, por el hecho de huir no está todo

terminado, pues la tendencia al mal nos sigue por todas partes.

¿Y si yo fuera á encerrarme en la Cartuja?—Allí os llevaríais á vosotros mismos y os seguiría el demonio. ¿No tendríais siempre vuestra imaginación y vuestro cuerpo? Mirad á San Jerónimo, transportado todavía por su imaginación al centro de los bailes de Roma, cuando ya había pasado veinte años en la tan santa gruta de Belén.—No es la soledad la que forma los Santos, sino la voluntad; pues lo mismo frecuenta el demonio las ermitas que las grandes poblaciones.

¿Qué hacer entonces?—¡La guerra! Nunca más digáis: «Si yo estuviera en tal ó cual parte.» No: dondequiera tenéis en vosotros mismos á vuestro más cruel enemigo. Aparte de que la paz no consiste en no padecer tentaciones, sino en no ofender á Dios.

¡Ay qué miseria! Luego ¿qué somos, Dios mío?—¡Y se buscan algunas veces motivos de humillación! ¡Y hay quien se queja por no encontrarlos! Humillaos en vuestro lodo, pues nada hay como vosotros tan despreciable y bajo, ni aun los más repugnantes animales, porque siquiera no se degradan ellos mismos.—¿De veras buscáis motivos para humillaros? Pues hartos tenéis por donde incurrir en los castigos eternos; hartos motivos tenéis en vuestros pecados, en vuestra vida pecadora, por lo que mereceríais ser arrojados de la presencia de Dios y de la reunión de los Santos. ¿Que cómo es eso y si es posible? ¡Ah! ¡Ya lo creo! El pecado es una lepra, y sabido es que los leprosos son expulsados de la sociedad humana.

II. Pero ¿en qué punto del mal estoy? A esa pregunta hay que ceñirse durante el retiro. ¿Me hallo en estado de gracia respecto á todo pecado

mortal? ¿Qué pecados veniales he cometido? ¿Cuáles de estos conservo por afecto? ¿La falta de contrición no ha inutilizado mis confesiones?

El caso es que yo no tengo más que pecados veniales, y el pecado venial no mata. — Cierto: no matan los pecados veniales; pero aguardad la ocasión, y ya veréis si no son causa de vuestra muerte.

Aunque observéis regularidad en vuestros ejercicios y como los demás vengáis á la adoración y á los oficios, si venís con la conciencia cargada, paralíticos estáis y de nada os aprovecharéis.

Confío en que no me hallo en esa situación, y todo lo más que tengo es una duda.—Pues salid de esa duda, poned en claro vuestras cuentas; que no es cosa de fiarse, sino de estar cierto, y sabréis la verdad examinándoos seriamente á la luz de vuestro confesor.

Es muy poco el cuidado que se pone en no familiarizarse con los propios defectos, olvidando que es preciso presentarse siempre ante Dios como un sujeto nuevo que no contrae hábito alguno torpe, aunque no desconozco que fácilmente deja de hacer impresión en otro ánimo, en razón de su misma uniformidad, el ambiente de santidad en que se vive, y que fácilmente se vuelve uno inútil en el estado más perfecto.

¡Oh cuánto urge velar, para ser algo más que sepulcro blanqueado! Más fácil es parecer perfecto por de fuera, cuando uno en su interior es absoluta nada, que si es santo interiormente parecerlo también en lo exterior; porque quienes se aplican por dentro, es poco lo que reparan en ciertas miserias exteriores que les quedan, pues Dios también permite que permanezcan para humillarlos, mientras que los demás desdeñan todo cuidado interior y sólo en pintarse piensan y en afeites.

¿Es ese mi estado? —Tal vez. —Observad atentamente si adelantáis en desprenderos de vuestros pecados. —¿Crecéis en pureza? —Bueno. —¿Pero estáis siempre á la misma altura? —Mucho cuidado, porque esas aguas estancadas se corrompen y van á engendrar la muerte. —¿Acaso sois menos puros y pecáis más fácilmente? —¡Oh desgraciados, que con sueño mortal se ha aletargado vuestra conciencia!

Tened cuidado, pues á eso se llega insensiblemente, y nadie hay tan inclinado á la pereza y negligencia en velar sobre su conciencia como las personas devotas y los religiosos. ¡Cuántos hay que hallándose al servicio de Dios carecen de todo deseo de corregirse y adelantar y tienen embotada la conciencia! —El buen cristiano, expuesto en medio del mundo, vela aun sobre las menores cosas y de continuo pelea por causa de los peligros que le cercan; más, por el contrario, aquéllos déjanse llevar de su regla de vida que á todo provee, así como por su estado, que es de suyo más perfecto: de igual manera obraría el viajero que se dejase instalar en un buque sin previa averiguación de adónde se dirigiría. Y ello es que mientras unos barcos van á Cayena, otros van á las islas Afortunadas. — Vosotros, ¿adónde váis?

Por lo tanto, hay que velar; es necesario tener la vista puesta en los propios pecados, en sus principios y ocasiones; no ama á Dios quien no se purifica de sus pecados, en la voluntad á lo menos, y no es uno religioso en tanto que no se ha hecho hombre puro y delicado en todo lo que afecta á la conciencia.

¿Sabéis qué cosa es la delicadeza? —Pues es el corazón del amor; de suerte que si no tenéis delicadeza con Dios, carecéis de corazón; ¡y no seréis más que fingidos religiosos si aun la consideración del

pesar que váis á causar á Dios no os aterroriza!

Consiste la delicadeza en no permitirse cosa alguna que pueda ofender á Dios y en abstenerse hasta de aquello que es malo solamente en la apariencia; constituye el honor de la posición y de la vida y se la custodia por respeto á Dios y en honra de su servicio. Carecer de aquélla es señal de que se ha perdido el sentimiento del honor, de que se ha llegado al endurecimiento ó al embotamiento del hombre que embriagado arrástrase por las calles sin sentir ni aun vergüenza de su estado. ¿Hay algo por ventura que pudiera avergonzarle? ¿Acaso se tiene por hombre todavía?

¿Os habéis reducido á tal extremo? ¿No sentís ya vuestros pecados, ó si los notáis dejáis de corregiros?—No; siempre recaigo en los mismos, sin fijarme gran cosa en ello. —¡Pero entonces estáis muertos! ¡Os falta la sensibilidad! No hay estado tan espantable como el de ser insensible á los pecados propios.

Conozco que el no pecar jamás no esta en nuestra mano; pero en lo que consiste el mal es en no ver nuestras faltas. Así es que mientras los Santos veían hasta los átomos, nosotros no percibimos ni las rocas.

—¡Pero si eso que decís hace temblar; y es seguro que tendré miedo si me paro en semejantes pensamientos! — Tanto mejor: el temor es el p incipio de la sabiduría.—¡Pues qué! ¿Seríais capaces de conocer vuestros pecados y no trataríais en modo alguno de corregiros de ellos? Pues en eso está el mal, en que estáis mortalmente enfermos y como agua bebéis la iniquidad.

Poned, pues, la mano sobre vuestra conciencia; sondeadla y escudriñad perfectamente vuestros pe-

cados mortales, veniales ó contra las reglas. Si vais entrando en ellos, os asemejaréis al sol que se acuesta entre neblinas y va á desaparecer, dejando la noche, el frío y la muerte; mas yo os pregunto: ¿subisteis como ese astro á vuestra plenitud de mediodía?

Tened cuidado, pues camináis á la pérdida de vuestra vocación, ora seáis novicios, ora profesos. Nuestro Señor se apresta á vomitaros.—¿Qué hacer entonces? Dad inmediatamente á nuestro Señor un cordial, diciéndole desde el fondo de vuestro corazón: «No, Dios mío, no quiero pecar más.»

¡Qué severo es esto! Pero es la pura verdad. Harto sé que no engullís pecados grandes como camellos, pero sé también que un agujero como cabeza de alfiler basta para que se sumerja el más potente buque.

No me habléis de religiosos que conviertan en oficio la santidad de su estado, pues en vez de éstos prefiero á los pecadores de camino real, supuesto que, si se convierten á Dios, se les hace subir en cuatro días cuatro grados de virtud, en tanto que aquellos otros púdrense al sol y cerca de un gran fuego se enmohecen hasta que nuestro Señor los echa fuera; pues á eso se llega necesariamente.

¡Cuántos religiosos muy antiguos dejan al Señor á quien se habían dado y se vuelven al siglo como apóstatas! Se van por sí mismos, sin que los despidan, ni más ni menos que á consecuencia de su desidia convertida en hábito inveterado de pecar. Y no es que sean pecados graves, sino un estado de rutina y de afecto al pecado venial.

No digáis: «Soy Adorador; mi vocación es sublime como la de los ángeles y los Santos; pertenezco á la

familia de nuestro Señor;» porque aunque es mucha verdad, no lo es menos que vuestros deberes guardan proporción con la altura de esa vocación. ¿Habéis calculado esto bien? ¡Ay, que ni siquiera se piensa en ello! Vívese de continuo en la gloria, poseído del honrosísimo puesto á que la bondad de Dios nos ha llamado junto á su Hijo Pero ¿acaso creéis que esa misma gracia no se os puede retirar si dejáis de corresponderle? ¿Os debe algo Dios?

Nos parecemos á aquellos pobres Apóstoles antes de la venida del Espíritu Santo. Ocupado constantemente el pensamiento de ellos en la gloria de su vocación, no hablan más que de su excelso Maestro, de su reinado futuro, en el cual aspiraban á ser consejeros y ministros... Menospreciaban de buen talante á los demás.—Mas ¡ay! que ya los vimos en el día de la prueba.

Y notad bien á qué extremo los llevaron sus pecados, aunque no excedían de veniales: huyeron, y su Jefe renegó de su Maestro.

¡Ah! No hablemos tanto de nuestro gran Señor, de nuestra sublime vocación, y hablemos algo más de lo que le debemos.

Este retiro es sólo para eso. Todo el año es para hablar de nuestro Señor y exaltar su reino, mas en el presente retiro no se trata sino de nosotros y de nuestras obligaciones: es menester despertarnos. Estamos medio paralíticos y necesitamos un tratamiento cálido y enérgico: seguidlo durante este retiro, para que consuma todo lo que en vosotros hay de imperfecto y pecaminoso.

Como el retiro os purifique, habrá realizado todo cuanto os era menester que hiciese.

III. Por la pureza, para aumentarla y defenderla

practicaréis todas las virtudes y seréis Adoradores perfectos; porque si sois puros en vuestra conciencia, será puro vuestro servicio y digno de Jesús Sacramentado, y os avergonzaréis de venir á adorar á nuestro Señor con un corazón manchado y á colocarle sobre un trono de cieno.

¿Se presenta alguien con vestidura sucia y desgarrada á algún señor de respeto?

Siendo puros, desempeñaréis aptamente la misión que la Iglesia y la Asociación os confían, delegándoos para la Adoración, pues á ella venís en nombre de la Iglesia, de vuestros hermanos y de los pecadores para interceder por todos.—Pero si también vosotros sois pecadores ¿qué es lo que os proponéis? ¿Insultar á Jesús Sacramentado?—La primera cualidad de un mediador ha de ser la de agradar á la persona ante la cual se dispone á interceder ¿Y vosotros pondríais ante el Padre al verdugo de su Hijo? Si personalmente causáis horror ¿cómo podréis agradar en beneficio de otros?

Si por no causarle rubor, no se atreve uno á mirar al que tiene un cáncer en la cara, ¿pretenderíais que nuestro Señor os viese complacido, desfigurados por el pecado, mucho más horroroso que los cánceres todos?

Al fin y al cabo, Dios conoce nuestra miseria y no se daría por ofendido de ella.—Cierto es que conoce la que de nuestra pobre naturaleza proviene y se apiada de ella, pues por algo somos los pobres del Santísimo; pero la flaqueza de la voluntad, en las que se incurre por indelicadeza y porque se prefiere uno á Él, esas Dios no puede sufrirlas: le horrorizan en términos que mejor quisiera enviar á un ángel que, como á Heliodoro, os arrojase de su presencia.

Por consiguiente, sed puros á fin de servir decorosamente á nuestro Señor; á eso debéis tender, pues es la primera condición, sin la cual nada vale todo lo demás. No se entra en el cielo sino con la ropa emblanquecida en la sangre del Cordero, y si no está blanca del todo, se va al purgatorio para acabar de purificarla. — Ahora bien: no es en el cielo, sino en la tierra, donde vosotros servís á nuestro Señor.

Por último, venís á la Adoración para glorificar á Dios con vuestros homenajes y alabanzas y para rodear su trono eucarístico, así como los ángeles y Santos cantan al pie de su trono de gloria.

Y decidme ahora: ¿pensáis que os sea permitido glorificar con labios impuros á Dios?

Trono de oro puro habéis de erigirle por vuestro amor en vuestros corazones, así como los sacerdotes le alzan tronos en los corazones de los fieles; pero á un trono de lodo, ¿juzgaréis que subiera con placer?

Luego, ante todo, tenéis que convertiros en hombres puros, sin lo cual nunca seréis servidores capaces de agradar á vuestro Señor. Lo que os pido para esto es que penetréis en vuestro interior y os examinéis á fondo, sin que os fiéis jamás de lo que vuestra opinión dice que sois, sino que os déis cuenta exacta de todo.

Examinad también si vuestras comuniones y adoraciones, si toda esa vida de adoración os va engrandeciendo; porque si no es así, decidme: ¿eso es vida ó es agonía?

¿De dónde se origina todo el mal? De la mala voluntad; de que no queremos seriamente entrar en la vida de Jesucristo, pues no lo queremos sino con

ciertas condiciones: lo queremos por una cosa sí y por otra no.

Entrad, pues, en vosotros mismos, que en el mundo hubierais podido salvaros cumpliendo la ley y disfrutando de los bienes y placeres lícitos de aquél. —Mas si dijisteis: «seguiré el camino estrecho, con abandono de padres, familia y libertad», y dejándolo todo os vinisteis en seguimiento de Jesucristo, ¿os parecería ahora bien no hacer nada mejor que lo que hacen los que en el siglo viven y nada ganar más que lo que ganan ellos para el cielo?—¡Entonces hemos engañado á Jesús sacramentado!

Enciéndeseme el rostro de vergüenza cuando pienso que era más perfecto en el mundo que ahora. He ido haciéndome á Dios sin notarlo lo más mínimo. ¡Oh qué mal tan grande!

Para salir de él, examinad estos tres puntos: ¿Tenéis seguridad de hallaros en estado de gracia? ¿Sois fieles en su santo servicio? ¿Qué gloria procuráis á nuestro Señor?





PROVECHOS DE LA VIDA RELIGIOSA

DICE la *Imitación:* «Pregúntate con frecuencia para qué dejaste el siglo y entraste en religión. ¿Acaso no fué para servir á Dios y convertirte en hombre espiritual?»

Hay que penetrarse de la alteza de la gracia que nos ha hecho Dios con retirarnos del mundo para ponernos en la vida religiosa; gracia de infinita misericordia, tanto en razón de los peligros á que nos arrebata, como por los medios de salvación que nos entrega.

I. Esto sentado, digo que primeramente hemos abrazado la vida religiosa para ponernos al abrigo de los peligros del mundo; pues en verdad que son muchos sus riesgos, en los que facilísimamente hubiéramos podido perdernos como tantos otros mejores que nosotros. Pero sentimos nuestra flaqueza y tememos condenarnos en él. Estábamos sujetos á la ley de nuestros miembros: ¿quién sabe si ya habríamos naufragado, y si estaríamos heridos?—Y además, si le habíamos ya servido, conservaba su imperio sobre nosotros y temimos recaer para siempre bajo su yugo.

Porque nada hay más espantosamente cierto que el siguiente principio: lo que alguna vez nos ha sojuzgado, tiene siempre potestad sobre nosotros, aun después de nuestra liberación. Tal es la ley de la fuerza contra la debilidad, el castigo que en pos de sí arrastra el pecado. No de otra cosa procede que tantas personas convertidas y purificadas, sucumben nuevamente á la primera tentación, á la primera ocasión que se les presenta, mostrándoles á su antiguo señor: se ha apoderado de ellas nuevamente la antigua ley.—El mal ejerce un influjo magnético; deja semillas, pavesas que al menor contacto se encienden nuevamente, como leño ya quemado; hay de su parte una inveterada simpatía que seduce. Con razón dijo San Juan que el que cometía pecado halláse esclavo de éste. Y le pertenecerá por mucho tiempo, aun después de haber sacudido sus cadenas; es el desquite de Dios contra el pecador. Al recharzarse el yugo divino se cae bajo el del demonio.

Hemos, pues, temido ser juzgados para siempre como tantos otros, y nos hemos guarecido aquí. Y en verdad que hicimos bien; obrado habemos con prudencia. Conforme á la antigua ley, el caudillo del ejército tenía que decir: «Retírense los que tengan miedo.» Y como no les daba vergüenza de hacerlo, tenían en ello una prenda de seguridad, así el ejército como ellos.

De igual manera dijo Dios á Abraham que dejase la tierra de Ur, donde no había de santificarse, y también hizo salir de Gomorra á Loth, aunque seguía siendo santo en medio de aquella ciudad abominable. Dios obra prudentemente, y la primera y más laudable prudencia consiste en evitar el peligro. ¿Qué es ese puñado de soldados que se lanzan de continuo

hacia adelante? ¿Qué significan esos jóvenes presuntuosos que con tanta temeridad arrostran los mayores peligros é intentan convertir á todo el mundo? Pronto serán castigados, porque siempre á la presunción sigue el castigo.

Heridos ó conociendo que lo seríamos infaliblemente, nos hemos retirado á la fortaleza en compañía de los que son incapaces para luchar en campo raso; de modo que la vocación es primeramente un negocio de prudencia y de amor á la propia salvación. Así es que no hay motivo para ufanarse por haber dejado el mundo y héchose religioso, supuesto que en beneficio nuestro lo hemos hecho, y únicamente ganar podíamos en el cambio.

Harto sé que hay dificultades que superar, y que esto es meritorio; pero el trabajar en beneficio propio cuesta poco. – ¿A qué precio no se hubiera comprado un sitio en el Arca? ¿A qué precio no se deberá comprar un puesto en la vida religiosa, verdadera arca de salvación cuyo piloto es Jesucristo?

Léese en el Evangelio que habiendo un hombre hallado un tesoro fué á esconderlo en un campo, y después, vendiendo cuanto tenía, compró aquel campo. Pues bien: por la vida religiosa todo debe ser vendido, porque es el tesoro incomparable.

Representa, pues, dicha vida una elección prudente que habéis hecho, enteramente en beneficio vuestro y por la cual no habéis de ser pagados, supuesto que *no se paga al enfermo por curarle*, ni al huésped por haberle recibido. Por consiguiente, vivid reconocidos por cuanto en ella os aguantan, y nadie diga: «Me debe la religión, porque la sirvo.» — ¿Qué servicios prestáis? Más bien le servís de peso, pues mientras los demás aspiran al cielo, vosotros

con vuestro ejemplo tiráis de ellos hacia la tierra.

Por eso no me asombro de la severidad que los antiguos Padres del desierto mostraban en admitir discípulos, á quienes desde luego recibían con desprecio, los humillaban y hacíanles esperar y gemir en la puerta mucho tiempo; los mortificaban y durante muchos años sometíanlos á toda clase de pruebas: por manera que sin preceder todo eso no les daban entrada en sus monasterios.

Hoy falta fe para sufrir tales experimentos, y sólo se habla de los derechos que se tienen.—¿Derechos á qué? ¿Tenéis la bondad de decírmelo?—¿Queréis ser aprendices? — Pues humillaos, servid y aprended. La vida religiosa nada espera de vosotros, sino que vosotros sois los que de ella esperáis; y no son vuestros servicios lo que pide, sino á vosotros mismos.

Un solo derecho tiene el religioso: el de ser humillado y despreciado; nada más—¿Estimado? ¿Honrado? ¿Cómo es eso? ¿Venís á pretender y á recibirlo todo de la religión que os da paz, salvación, perseverancia y que os arranca al mundo y á vuestra perdición y todavía solicitaríais honores? ¿Querríais que por estos beneficios que recibís os recompensasen y se os pagase?

Lejos de semejantes pretensiones, asíos á ella, pese á cuanto allí pudierais sufrir, como á vuestro único refugio de salvación; allí está la gracia necesaria, indispensable para vosotros, por lo cual si por una puerta os echasen volved á entrar por la otra, y antes que permitir que os arrojen, agarraos á los paños de altar.

Observad cuán desgraciados son los que se salen; pedid á Dios diariamente que os conserve en ella,

mientras que por parte vuestra hacéis todo linaje de esfuerzos para merecerlo, porque es misericordia y favor, nunca un derecho. No contéis demasiado con vuestra gracia ni con el llamamiento de que habéis sido objeto, como no cooperéis con toda actividad. Cuando uno es llevado por la gracia, puede tenérsele por fuerte y generoso; pero abandonado á sí mismo, se le verá rendir las armas al primer embate y sumirse en ignominia.—No se sostiene uno contra sus sentidos sin el antemural de grandísima virtud, además de que hay flores que sólo viven en cálido invernadero y bajo campana: y de esas sois vosotros. Si no lo creéis, experimentadlo; pero no, ¡que Dios os libre de intentarlo en caso alguno!

II. No sólo os preserva la vida religiosa del peligro de perderos, sino que también os da los medios más seguros y abundantes de salvación.

Allí se es objeto de cultivo, como flor de jardín privilegiado que la Iglesia cultiva para su Esposo: *plantatus in domo Domini;* plantado ha sido como por Dios y cultivado por Jesucristo con toda especie de cuidados.

Allí podan á uno para que dé más frutos. Ya sabéis que al buen árbol es al que se poda, á causa de que, desparramada en harto pequeñas ramas la fuerza nutritiva, no los produciría buenos; échase abajo el mayor número de pimpollos y se pone únicamente la mira en los principales que ofrecen esperanzas. De igual manera en la vida religiosa se os quita cuanto pudiera distraeros, repartiros y se os reconcentra sobre lo único necesario.

Allí os señalan tarea, os dan completamente preparada la parte de trabajo que á cada día corresponde y á cada instante, y no se os pide que tejáis

la vestidura de nuestro Señor que habéis de llevar, pues os la dan hecha y lo que falta únicamente es que la adornéis. Como al criado del Evangelio que recibió los cinco talentos para hacerlos producir, os da Jesucristo los caudales de la vida religiosa; á vosotros toca aplicaros en hacerlos fructificar por los medios más oportunos.

Quisiera nuestro Señor que fuésemos como aquellos árboles del Oriente siempre verdes á la vez que cargados de flores, capullos y maduros frutos.

De su Iglesia, de sus Santos, de sus gracias, de todo disponemos en la vida religiosa.

¡Cuánto infortunio es que medios tan eficaces no puedan volvernos buenos! ¿Por qué?—El grano es malo, está interiormente dañado, tiene una enfermedad oculta que mata dentro á la planta.

Si no progresamos, si siquiera no nos conservamos, habrá que confesar que somos harto malos cuando volvemos inútiles gracias tan poderosas. ¡Ah! ¿qué hubiera sido de nosotros en el mundo?— ¡Ya hace mucho que estaríamos muertos!

Busquemos, pues, compensación al tiempo perdido, conquistemos lo que nos falta; seamos más fieles. Si á pesar de tantas gracias llegásemos á perdernos, se demostraría que desde el principio minaba nuestras raíces un pernicioso gusano que chupaba toda la savia, haciéndolo todo inútil.

¿Hacéis todos vuestros ejercicios lo mismo que vuestros hermanos y no sacáis provecho de ellos? Entonces tenéis en la sangre un vicio oculto, una enfermedad. Hanse visto familias reales adoptar niños hallados y procurarles la más alta educación, sin perjuicio de lo cual llegó día en que se revelaron los groseros instintos de éstos, y en vez de prínci-

pes, que se había querido hacer de ellos, obtuviéronse fatuos orgullosos ó crueles tiranos.

Á recogernos de nuestra bajeza y profundísima miseria ha venido Jesucristo, para convertirnos en hombres según su Corazón. ¿Será cosa de que se haya engañado?—Semejantes á leones que se ha querido amansar y que paulatinamente recobran su ferocidad natural, ¿enseñamos ahora las garras? ¿Seríamos cual lobatos que la Asociación, como buena madre, amamantara, creyéndolos hijos suyos, y osaríamos ahora alzarnos para devorarla? Mas no lo podréis lograr, porque dimana de Dios, que seguirá protegiéndola como hasta hoy, porque es suya, mientras que sobre vosotros recaerá el castigo, pues os penará por ingratos y parricidas que no han sabido comprender su infinito amor.

Ea, pues; ved si os aprovecháis de las gracias de la vida religiosa. Si es que no, á nadie os quejéis sino á vosotros mismos; pues la causa es que no pertenecéis á aquélla por entero.

En vez de encerraros en el círculo de la perfección y decir «no saldré de aquí, cueste lo que cueste,» os trazáis una línea según vuestro capricho, y ponéis condiciones á Dios. ¿Qué sucede? Que halláis en religión los mismos peligros que en el mundo; de modo que os condenáis en el mismo puerto de salvación.





DE LA VOCACIÓN EUCARÍSTICA

Non *vos me elegisti, sed ego elegi vos.* Yo soy quien os ha llamado, y no vosotros los que me habéis elegido.

Cuando se está en una vocación que exige como la nuestra á sus miembros tanta santidad, se tiene la obligación formal de decir: «Dios me ha llamado á ella; en verdad que no me he ingerido por mí mismo, sino que Él me ha escogido é invitado.» Sólo con que se pudiera dudar de este llamamiento se sentiría tentación de abandonarlo, en vista de lo incapaz que se reconoce uno de corresponder á él debidamente.

I. Ahora bien: Dios Padre desde la eternidad nos ha elegido para el estado de adoradores de su divino Hijo en el Santísimo Sacramento; nos ha predestinado á este servicio glorioso, á sus gracias y á su recompensa.

Nos ha creado el Padre para ser entregados á Jesucristo, y no para otra cosa. Todas las criaturas indudablemente son para Él, mas hay en las gracias una jerarquía y vocaciones que son al mismo tiempo dignidades. Tales son la vocación sacerdo-

tal, la religiosa y la nuestra, que tan cerca del Rey nos pone y nos ennoblece por sí misma.

Dios Padre nos ha tomado de entre mil, y todas sus gracias las ha destinado á constituirnos en adoradores suyos. Para esto conformó nuestra alma y nuestro cuerpo y nos dió las fuerzas, la voluntad, la armonía y simpatía con este servicio; nos ha hecho amar esta vocación, y no otra es la causa de que todos los verdaderamente llamados se encuentran tan á gusto con el Santísimo Sacramento, pues se hallan en su centro y en su fin, y en él consiste todo para ellos. Si los ponéis en otra parte, sufren por no estar en su suelo, bajo los rayos del sol que necesitan; no, de ninguna manera se sienten bien sino allí. En cualquiera otra parte se tienen por desterrados, ineptos y sin utilidad, porque sus gracias, sus cualidades sobrenaturales y hasta sus disposiciones naturales han sido preparadas por Dios para la vida adoratriz y para el Santísimo Sacramento.

Este es *un hecho confirmado* por la *experiencia*, y claro está que no hablo de los que, infieles á sus compromisos sagrados, se van, pues sabe Dios en qué paran esos pobres infelices; pero aquellos mismos que sólo eran aspirantes y que comenzaban á recibir las influencias eucarísticas, los cuales se ausentaron creyendo mejorar, en ninguna otra parte son dichosos. Su centro estaba al pie del Santísimo Sacramento, y allí hubieran debido vivir y morir. Vosotros mismos, cuando viajáis, no acertáis á orar en las iglesias, sin embargo de que allí se halla presente nuestro Señor; mas no vuestro Jesús radiante y glorioso, como la Iglesia os le presenta para que le honréis mediante el solemne culto de la exposición.

Así os digo que cuando fuisteis creados, el Padre

dijo á su Hijo: «Este es un adorador para Ti, por lo cual le revestiré de todas las aptitudes, gracias y cualidades á fin de que te agrade.»

II. Examinemos cuáles son las cualidades de esta vocación. No me refiero á lo que somos ¡qué pena! sino á lo que en presencia de Dios es la vocación: acerca de cuán grande y sublime en sí misma sea esta gracia intento hablaros. Ni con lo que somos la comparo ni con la vocación de los demás; lo que hago es juzgar de las cosas en sí mismas conforme á los principios recibidos para clasificar las virtudes y los diversos estados de la vida cristiana.

Ahora bien: excelente sobre todas es la vocación eucarística. La excelencia de una cosa se origina del fin de ésta, y el fin de nuestra vocación es el servicio de Nuestro Señor Jesucristo en el estado más glorioso que pueda haber aquí abajo, en la perpetua y solemne exposición del Santísimo Sacramento. No puede haber nada que aventaje á éste en excelencia, como que *merced á nuestro servicio estamos en contacto inmediato con Nuestro Señor.* Entre Nuestro Señor y el servicio nuestro ningún intermediario hay; no es al prójimo, ni á las obras de celo, y mediante el prójimo y estas obras, á Nuestro Señor, sino que á nuestro mismo Señor única é inmediatamente es á quien servimos. Al igual de los ángeles, que no se apartan del trono del Cordero, nosotros estamos por vocación agregados, no á sus miembros ni á sus obras, sino á la adorable persona de Jesucristo.— Por consiguiente, de él parte nuestra vocación, y su dignidad y excelencia de Él directamente se originan, porque es regio todo cuanto sirve al Rey.

Nada hay en el mundo que supere en excelencia á la Eucaristía, porque ya Jesucristo no está en ella

pasible como durante su vida mortal, sino resucitado, glorioso y reinante.

Además, le servimos por la adoración, y como ésta es la expresión de la virtud de la religión, es por lo mismo la más aventajada virtud. Á lo cual se añade que por cuanto en ella se ejercitan las virtudes teologales de fe, esperanza y amor, virtudes que por fin inmediato tienen á Dios y ocupan el lugar más elevado entre todas las virtudes, comunican su eminente dignidad á la virtud de adoración. ¡Oh! ¡Nunca nos hubiéramos atrevido á seguirla si hubiésemos comprendido la excelencia cabal de la vocación que nos ha dado Dios!

Claro es que para tan excelsa vocación deberíamos ser más perfectos; y ¡cuán lejos estamos de ello! Sería menester la santidad de María, de los ángeles y de los Santos, supuesto que en la tierra tenemos el mismo cargo que ellos en el cielo, junto al trono del Altísimo.—¡Si tuviésemos al menos las virtudes de un cristiano!

¡Qué diferencia entre lo que tenemos y lo que debiéramos tener! ¡Son dos abismos! ¡En verdad que es cosa de estremecernos!

Vosotros diréis: Pero ¿por qué nos ha llamado á ello el Padre, si sabía que sería tan exigua nuestra manera de corresponder?—Nos ha amado con exceso, y á pesar de nuestra indignidad nos llamó con la esperanza de elevarnos al cabo á la altura de nuestros deberes.

Nobleza obliga, se dice. Honrad vuestra vocación con virtudes; nunca manchéis el manto de honor y gloria, la hermosa vestidura blanca de Jesucristo, con que cubre vuestra indigencia, y nunca aflojéis en ese sublime servicio del Rey de los reyes.

III. Nuestra vocación es santa.—Como lo que forma la virtud de los medios es la mayor ó menor perfección con que alcanzan su fin, nuestra vocación posee fuerza inmensa de santidad, por cuanto nos pone en participación, por modo singularísimo, del estado de amor más elevado y perfecto, que es el eucarístico, en que nuestro Señor lleva su amor á su extrema consumación.

Es santa, porque nos da los medios más valiosos de santificación, poniéndonos en relación inmediata, en relación de vida con Jesucristo, que no sólo es una gracia, sino aun Autor de la gracia en su Sacramento santísimo.

Ofrece gloria muy grande al Padre celestial, porque le presenta á Jesús, su Hijo, en el Santísimo Sacramento, en donde se halla en estado más perfecto que durante su vida mortal, pues allí está inmortal y glorioso y ese estado de gloria y de realeza es lo que inmola incesantemente en la Eucaristía para gloria de su Padre.

Pues bien: nuestra vocación nos hace partícipes de esos estados de nuestro Señor, que quiere reproducirlos *en nosotros* y ejercitarlos por medio nuestro, pues para eso nos ha llamado.

Mas para corresponder dignamente á ese llamamiento, convendría que fuésemos santos; y si tanta es la santidad de Dios que encuentra manchas en sus mismos ángeles, ¿qué pasará con nosotros? — Cuando menos deberíamos imitarlos, y, velándonos el rostro, decir: «¡Señor, yo no soy digno de una vocación tan santa!»

Y sin embargo, nuestro Señor nos permite acercarnos á Él, nos conserva en su servicio, se manifiesta para nosotros en su trono de amor; con nuestra

pobre manera de servirle se contenta, y cada día nos llena de nuevas gracias.—No busquéis la razón de ello fuera de su condescendencia inefable, que espera hacernos entender al cabo cuánto le debemos y volvernos dignos de su adorable santidad.

IV. Nuestra vocación es eminentemente apostólica. El apostolado no es más que la difusión del reino de Dios en las almas, la propagación de su conocimiento y amor, la destrucción del pecado y la exaltación de nuestro Señor y de su Iglesia. Mirad ahora el gran poder de apostolado que nuestra vocación nos comunica.

Si se nos juzga por nuestra vida exterior, pasamos por seres inútiles, pues ni corremos tras los pecadores, ni vamos á misiones, ni enseñamos; pero sería engañarse el hacer consistir todo el apostolado en los medios del celo exterior, pues estas obras no son sino su corteza y su canal.

Consiste el apostolado esencialmente en la oración, que obtiene la gracia, en el sacrificio, que expía por el pecado y que aplica los méritos y las satisfacciones de Jesucristo. Aquél es más apostólico, que con San Pablo, el Apóstol por excelencia, completa y acaba en sí lo que para la Iglesia falta en la Pasión de Jesucristo; esto es, que le hace revivir, merecer, sufrir y rescatar en su alma y en su cuerpo, puesto que Jesucristo revive en nosotros para salvar por medio de nosotros, y nos pide que le completemos juntando nuestros méritos con los suyos; entonces continúa su oficio de Salvador, porque es el Apóstol de los apóstoles y solo Él es quien en los Apóstoles rescata las almas por la gracia y por la virtud de su sangre.

Ahora bien: nosotros conseguimos que nuestro

Señor trabaje por la conversión de las almas, poniéndole de manifiesto y asociándonos por nuestras adoraciones á su ruego y á su apostolado. Privilegio único de nuestra vocación es el de exponer á nuestro Señor y colocarle en el ejercicio solemne de su oficio de mediador; pues, en efecto, sólo porque estamos á su pies se halla Él sobre su trono, y la Iglesia no permitiría que día y noche perpetuase su presencia, si no hubiera de hallar adoradores que se suceden día y noche para servirle; sómosle necesarios para que se manifieste en su exposición; nosotros desenvolvemos su poderío.

Y sobre ese trono, ¿qué hace? Presenta á su Padre contra el orgullo, sus adoraciones y anonadamiento; contra la ingratitud, sus acciones de gracias; contra el pecado, su sangre y sus padecimientos, y para lograr la salvación de las almas rescatadas por Él, sus ruegos interminables: ahí tenéis á la Víctima pública. — Pero á nuestra vez, prosternados á sus plantas, uniéndonos á sus intenciones, entramos en sus funciones de mediador, con él salvamos y rescatamos; nos hacemos partícipes de su apostolado perpetuo.

¿Creéis que esos ruegos de Jesús no tengan más eficacia que todas las obras apostólicas? Pues ellos son condición y vida de éstas. Conque ahí tenéis de qué manera somos apóstoles; uniéndonos á los ruegos y sufrimientos y al sacrificio de Jesucristo.

El misionero lleva una sola gracia, mas nosotros abrimos la fuente de las gracias. El apostolado es ante todo sacrificio, pues no pudiendo ya Jesús sufrir en sí mismo, quiere sufrir en nosotros, y nos pide el sacrificio de nuestros gustos, de nuestra libertad, de nuestra vida y de todos nosotros á la

adoración; nosotros se lo ofrecemos y así nos hallamos en el mayor poderío del apostolado.—Y esto sin riesgo de mezclar con éste las infidelidades del orgullo que le vician, sin el peligro de arrebatar al apostolado en provecho nuestro una parte de sus frutos, porque la vida apostólica tiene sus encantos. Cuando un predicador tiene salud, talento y ve á un auditorio suspendido de sus labios seguir con avidez sus predicaciones; cuando ve el fruto de sus trabajos, y que produce almas para la gracia, experimenta todas las alegrías de una madre; acaso el trabajo es rudo, pero va mezclado de muy grandes satisfacciones y de dulces recompensas.

A nosotros nuestro apostolado nos inmola por entero en el secreto, en el olvido y en la muerte al pie de la Víctima divina, sin que veamos los frutos de aquél, ni gustemos de recompensa alguna suya; contentándonos con saber que los produce.

Verdaderamente no hace más el que bautiza que el que ha merecido la gracia del bautismo: si faltase la oración, no habría almas que se inmolaran con Jesucristo por los pecadores, y la voz de los misioneros no sería más que el sonido de un retumbante platillo: *¿qué podrán producir los vientos si el sol no viene á fecundar lo que remueven?*

Acaso diréis: «Pero es muy hermoso predicar la verdad y salvar las almas por la palabra.»—También vosotros predicaréis, y salvaréis, sin más diferencia que la de que esto se hará por nuestro Señor, por su influencia directa. Otros le predican por gracia de Él, nosotros *por Él mismo*; otros muestran su verdad, nosotros mostramos á Él mismo en su presencia de amor, en su presencia viviente. Por Él haréis, y haréis mucho; pero no prediquéis sino por Él,

y ya veréis cómo de todas partes correrán hacia el Maestro, porque tiene dicho: «Cuando yo fuere exaltado, lo atraeré todo á mí.»

Esa es vuestra vocación, que es muy hermosa: amadla mucho, y nunca la comparéis con las demás. Sabed únicamente que el servir á la persona de nuestro Señor no vale menos que servir á las almas, y que no es menos Jesús que Santo Domingo ó San Francisco.

V. Pero si tan hermosa vocación es ésta, ¿por qué somos tan poco numerosos, y cómo es que nuestro Señor tiene tan escasos discípulos, mientras que los Santos tienen tantos?

Es porque á los Santos se los considera especialmente como protectores, como amigos que están cerca de Dios, y se acude á ellos para ser ayudado, para servirse de su poder, de sus ruegos, de su protección, lo cual es muy consolador: se gana mucho con ellos. Mas cuando se viene á nuestro Señor, nada encuentra uno para sí: es Rey, y se viene á servirle; es Señor, y se viene á someterse y á adorarle; es la Víctima inmolada y se viene á inmolarse con él.

No se viene á nuestro Señor para armarse con su protección y socorro á fin de ir enseguida á entregarse ayudado de esos medios á las obras santas á que siente uno inclinación, lo cual es propio de las vocaciones activas, sino que aquí Jesús os dice: Servidme, adoradme enteramente con la totalidad de vuestro ser, sin que os reservéis cosa alguna: sacrificadme vuestros atractivos, actividad, talentos, celo y vida, todo; y poniendo todo eso á mis pies, ofrecédmelo en holocausto completo, porque tanto se me honra con el sacrificio de los dones propios de cada cual como haciéndolos servir para mi

gloria: *Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges.*

Por eso ¿se os preguntó cuando vinisteis: qué traéis? ¿cuánta dote? ¿qué talentos? No, no; jamás salió de mi boca esta palabra, ni jamás estuvo en mi corazón.

En cambio se os ha dicho: «¿Estáis prontos á servir?» Venid; á un servidor no se le pide, sino que se le da; tan sólo se compromete á consagrarse á los intereses del dueño á quien va á servir. En otras partes se piden aquellas condiciones y con razón, porque se necesitan para ejercitar el celo y multiplicar las obras de caridad; pero aquí no tenemos otra cosa que hacer sino servir y adorar mediante el don de nosotros mismos.

En cuanto á virtudes, ¿se os ha preguntado si erais santos, humildes, mortificados, si habíais realizado buenas obras? Tampoco.

Unicamente se os ha dicho: ¿quién os envía? ¿quién os atrae? Jesucristo en su Sacramento. ¿A quién venís? A Jesucristo.—¿Con qué condiciones?—Con ninguna. ¿Hace mucho que lo deseáis? ¿Habéis puesto á prueba vuestro deseo?—Sí.

¿Tendréis valor para pasar por el fuego? Porque esta es vocación de fuego.—Así lo espero.—Entrad, entrad en seguida.

Entonces se os inició en la adoración y en el servicio de nuestro Señor; se os dijo que aquello era lo único necesario de vuestra nueva vocación y se os recomendó mucho no tener más que un solo objeto, una sola mira, el servicio de su divina Persona; no desear agradar sino á Él solo y para Él solo trabajar, porque aquí Él lo es todo. La Asociación no es vuestro fin, pues solo después de nuestro Señor

viene ella, que es su sierva, y no otra cosa, con todos los miembros suyos, de los cuales los que la dirigen no son sino los primeros servidores del único dueño, nuestro Señor; al cual si sois agradables, nada tendréis que temer, y si le servís bien, nada habrá que pedir de vosotros, porque toda vuestra perfeccción consiste en servirle.

En otras partes hacen bien en exigir la aptitud de los individuos para tal ó cual obra, porque á fin de que trabajen en ella los reciben, como en la enseñanza ó en las misiones: para trabajar en la viña hacen falta las herramientas. En cuanto á nosotros, no nos cuidamos de la utilidad que pudierais aportar al beneficio común, porque no es la viña, sino el Señor de la viña el objeto de nuestro cultivo.

No obstante lo dicho, se han hecho indagaciones acerca de vuestra honrada conducta, porque aquí no se viene á hacer penitencia por una vida de desórdenes, para lo cual hay otros lugares: la corte del Rey no puede ser un sitio donde se sufra condena, y antes de ser admitido en su servicio hay que probar que siempre ha conservado uno el honor y la dignidad de la vida.

Todavía se os puso una condición: ¿queréis arrodillaros en este reclinatorio y arder en él como el cirio que tenéis delante, y consumiros ahí sin dejar siquiera cenizas?

¿Queréis ser servidores, en toda la acepción de esta palabra? Habéis de servirle mediante el don completo de vosotros mismos, sin otro fin que el de anonadaros para que Él se manifieste: claro está que el sirviente no puede aspirar á entrar á la parte en los honores con su señor.

Pero precisamente lo que cuesta trabajo es este

servicio efectuado por todo el ser de uno, por el sacrificio de la propia personalidad, que debe desaparecer. — Vosotros, nada; Él, todo.

¡Oh cuán difícil es no considerarse como su propio fin en nada! Observad si no os recuperáis diez veces al día, obrando por vosotros mismos y para vosotros, tendiendo á descansar, contando con vuestras fuerzas, obrando naturalmente: y sin embargo hay que llegar á ser todo de Él, todo para Él, todo por Él.

VI. Desde luego recordad que la Asociación no debe hacer más que una cosa, procurar que desaparezcáis todo lo más posible para más exaltar á nuestro Señor por vuestro propio abatimiento. En ninguno de sus miembros, aunque fuese el más sabio y santo, debe presentarse ni personificarse, sino seguir siendo únicamente la sierva de Jesús y referir á Él y ofrecerle los excelentes frutos de ese miembro en quien pusiera Dios mejores dones.

No debe aquélla regocijarse por sus éxitos, sino por tener, como Abel, una víctima mejor que ofrecer á su divino Maestro. En consecuencia, sería de desear que aunque realizarais las obras más brillantes, no os alabasen, y que ni siquiera en ello se fijaran, sino que colocándoos en muy bajo lugar con vuestras obras, se honrase así más al único Señor que en vosotros ha obrado. — Pero ¿exaltaros vosotros personalmente? ¡eso jamás!

La alabanza y la gloria no son más que para nuestro Señor, y todas estas grandes obras, después de todo, no son más que lo que debéis, y es muy poco todavía para lo que merece el Rey á quien servís. — Alabaros, daros gracias, sería formaros una personalidad y consideraros como de vuestra pertenencia

todavía. Mas vosotros os habéis entregado para no ser cosa alguna ni pertenecer más que á nuestro Señor, único que merece el ser y, por lo tanto, para Él solo la alabanza. Aunque en una batalla los soldados ganan la victoria, el general recaba la gloria de ella y el triunfo.

Día llegará en que seremos muy recompensados por cuanto hayamos hecho, pero entretanto, pensemos sólo en servir.—¡Oh! ¡Cuántas veces por negligencia, por impaciencia, recobra uno su personalidad, y busca la satisfacción y aprobación, y algo más! Lo cual prueba que el entregarse por completo es difícil.

En otras Comunidades cultívanse los dones de un religioso, se esfuerzan por hacerle producir todo aquello de que es capaz, y llega á distinguirse como sabio, ó á ser un gran orador: se le pone en evidencia todo lo más que se puede; reálzanse sus éxitos, se le erige en portaestandarte en el combate de la verdad y de la religión contra el error, y válense de él para decir á los incrédulos é impíos: «Ved lo que de un hombre puede hacer la religión:—¡Jamás la igualaréis!»

Bien está; esos son los grandes hombres de la Iglesia; pero nosotros nunca debemos aspirar á eso, ni en caso alguno cultivar á un individuo para volverle personalidad notoria. ¡Querer formar grandes hombres en presencia de Dios vivo; decirle á alguno que es santo en presencia del Santo de los santos! ¿Pudierais pensar en ello?—No, no; que los sabios, los genios y los Santos se abatan delante de nuestro Señor; que desaparezcan como las estrellas cuando sale el sol, pues aunque sus fulgores no se apaguen, á lo menos absorbidos por la gran lumbre

del sol, ya no se distinguen.—Pues bien: aquí lo mismo. No debe verse sino á nuestro Señor, ni mostrar más que á él, nunca á un hombre, aunque fuese un prodigio de ciencia, de elocuencia y santidad. Anonade éste todos sus grandes dones en presencia de nuestro Señor, y más importante será su sacrificio; pero nunca se exponga á atraer sobre sí las miradas, las atenciones y respetos que únicamente se deben á su Señor y su Rey.

Ahí tenéis la vocación eucarística, la Asociación del Santísimo Sacramento con su fin, su espíritu y sus condiciones.—No existe ni quiere existir más que para el servicio de la Persona de nuestro Señor, á quien consagra cuanto es y cuanto tiene: sus hijos y todo lo que son; nada de éstos quiere tomar ni para sí ni para los demás, porque todo ello ¡es tan poco en comparación de lo que merece su gran Rey!—¡Ojalá que ella pueda cuando menos oirle decir: «Estoy contento: he aquí gentes que me adoran, me aman y me sirven por mí solo!»





DE LA RENUNCIA A TODA PROPIEDAD

Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo y venda todo lo que posea.

I. Esta es la primera condición que pone nuestro Señor para la vida religiosa: la renuncia, la cruz, la muerte.—Porque ya en otra parte ha prometido el céntuplo á los que todo lo hayan dejado para seguirle. Imagínanse algunos que la vida religiosa proporciona la dicha natural y que vienen á ella para encontrar aquí el descanso aun en esta vida. ¡Pobre gente! Desde el punto de vista natural, en la religión se es mucho más desgraciado que en el mundo.

Allí no había que practicar más que la ley; aquí además obligan los consejos; allí podíase disfrutar de la familia, crearse una, formarse un porvenir conforme á los propios gustos, usar de los placeres permitidos; aquí nada de todo eso: ni siquiera se puede gozar del bien que se ejecuta.

Lo cierto es que al hacerse uno religioso se carga con una cruz que tendrá que llevar hasta el fin de su vida.

No: no hay dicha humana para el religioso, porque no daréis ese nombre á un recreo, á un descanso que se os concederá de vez en cuando, porque eso no será sino ocasión de que sintáis con más viveza la privación que tenéis de ello ordinariamente.

¿Felicidad en la vida religiosa?—De la celestial, sí; pero de la dicha humana... ¡ni por pienso! - Por eso algunos se van de aquí desanimados y tristes, diciendo que se engañaron, que no creían que esto fuera tan penoso; soñaban sin duda una especie de ventura á lo turco...

Jesús ha prometido el céntuplo, pero de esa alegría interior que es fruto de la mortificación y de la cruz; no el céntuplo de una dicha natural.

En el mundo puede tenerse una dicha mixta, medio celestial, medio hùmana, pero en religión no es posible; antes al contrario, no cabe ser dichoso sino por la destrucción de todo lo que constituye la dicha natural.—¡Cuántos se engañan en esto!

El religioso debe siempre arrancarse de sí mismo y de cuanto ama: siempre inmolarse.—¿Queréis seguir á Jesucristo en su trono? Seguidle en sus sufrimientos, y estad ciertos de que camináis á la inmolación diaria. Esto es duro, pero es así, y será imposible que persevere el que no se habitúe á estos sentimientos.

Y esto es especialmente cierto tratándose de nuestra vocación, que nos priva aun de los consuelos del celo, y nos crucifica en holocausto á los pies de nuestro Señor.

Los misioneros reciben el céntuplo aun desde aquí abajo, pues gozan de sus conquistas y de las conversiones que logran. La naturaleza y la gracia han trabajado: la naturaleza proporcionando el trabajo,

y la gracia floreándolo y fructificándolo; á lo cual sigue la gratitud de las almas.—Aquí no hay sino consumirse, y ni siquiera se reconoce el sitio por donde pasasteis.

II. Sin embargo, Jesús dijo á sus Apóstoles: «En cuanto á vosotros, que conmigo habéis perseverado en mis tribulaciones, sabed que voy á prepararos un trono.» Este es su reino eternal, asegurado á los que para obtenerlo quieren cumplir ciertas condiciones.

La primera es el dejarlo todo y venirse sin nada en seguimiento de Jesús. Primeramente habéis de dejar vuestros bienes y el uso de cuanto poseéis: esto es lo que se hace en la profesión.

Si tenéis riqueza y queréis darla á la Asociación, que con ella hace que viva nuestro Señor y que de sus sobras se mantiene, dadla, bien está; pero no se os pide, y libres sois en darla á quien os parezca.

Lo importante es que no os reservéis nada y que os abandonéis al Señor, que os dará lo necesario.—Esto es trabajoso. ¡Gusta tanto el sacerdote de tener sus cosas, sus libros, de recibir sus regalitos, de formarse algún lindo gabinete espiritual! Aquí nada se os permite de todo eso; nada podéis recibir, pues únicamente la Comunidad recibe y distribuye; por lo cual, si os apropiáis algo, tomándolo como vuestro y guardándolo para vuestro uso exclusivo, robáis y faltáis á la pobreza. Todo lo que pertenece á vuestro uso, está en él como de pasada; y si os dijesen: «Marchad inmediatamente», deberíais efectuarlo en seguida, abandonándolo todo, sin ocuparos de lo que dejáis.

Hay que ser pobre en la alimentación; porque aunque es verdad que ahora tenéis todo lo que ne-

cesitáis, puede sucederos que carezcáis, por una ú otra causa, de lo que de ordinario se os provee.

Si en ese caso os quejarais, yo os diría: «¿Es que habéis hecho voto de tener siempre dos platos en la comida? Idos, volved al mundo á comer vuestras bellotas.»

¿Acaso el pobre no está expuesto á esperar su pan, que no siempre llega? ¡Y qué! ¿No habéis hecho profesión de ser pobres? Pues sedlo en realidad, á lo menos en esas ocasiones.

¡Ay! Cierto estoy de que si tal cosa os aconteciera, murmuraríais; y sin embargo, tened la seguridad de que os acontecerá.

Si, por ejemplo, viajáis en viernes, aunque la costumbre permita al viajero comer de carne cuando no encuentra otra cosa, vosotros, en homenaje á la pobreza, no comeréis de carne, oidlo bien, y os contentaréis con lo que encontréis, aunque no sea más que pan.

Como pobre del Señor, el religioso tiene derecho únicamente al pan y al agua.

No desconozco que se aducen razones para ser tratado cómodamente: la salud es más quebradiza que otras veces, hay que sostenerse para trabajar, etcétera; pero también sé que por ese camino se llega á poner la sensualidad y la gula en el lugar de la pobreza.

¡Cómo! Jesús padeció hambre, se vió reducido con sus apóstoles á desgranar espigas para alimentarse un poco: y ¡nosotros, religiosos, querríamos tener esa clase de comodidad en que nunca falta nada!— ¿En qué se convierte la pobreza de nuestro Señor?

Debemos ser pobres en el vestido. Si le buscáis fino y hermoso, faltáis á la pobreza. El más grave

escándalo de la pobre Italia tuvo lugar cuando veía que sus religiosos competían con las damas en la finura de sus telas y en la blancura de sus vestidos.

Examinaos cumplidamente en este punto.—Suele decirse: el paño fino dura más y por eso resulta más económico su uso; mas yo digo que eso no es sino orgullo en la pobreza.

«Pero como me lo han dado, la pobreza pide que yo lo reciba.» —Pedid primero permiso y luego llevadlo con pesar y vergüenza.—Id á ver en Argenteuil la túnica de nuestro Señor: ¿está hecha de paño fino? Pues si sois religiosos de nuestro Señor, vestid á su manera.

No os hagáis ilusión. Hermoso y fácil es decir: soy pobre.— Pero daos una vuelta, y veréis si lo sois; escudriñad bien á qué estáis asidos y rechazadlo, porque os perdería.

El religioso es semejante á un pasajero que con toda su fortuna viajase en un buque muy abastecido de todo; pero de pronto se levanta la tempestad, y Jesucristo, que se halla á algunos pasos de distancia, en una navecilla, os alarga una tabla de salvación; una simple tabla, ¿lo entendéis? — Venid á Él, pero dejadlo todo, pues vuestro equipaje haría zozobrar la tabla, y con él os perderíais.

Tened siempre, por consiguiente, ante los ojos esta verdad: que todo lo habéis dejado, y habéis venido para nuestro Señor, sin restricción ni condiciones. Con que no defraudéis, ni en provecho del cuerpo ni del alma; porque además de la pobreza de los bienes exteriores, hay que renunciarse á sí mismo en su cuerpo, en su mente y en su corazón, para darlo todo á nuestro Señor.

III.—De vosotros espera nuestro Señor el doble

homenaje del cuerpo y del alma, y así no os reservéis los bienes del uno ni de la otra si queréis ser bueno y leal servidor.

Como os ha dado la inteligencia, quiere sus frutos. Sean, pues, para Él vuestros estudios. Examinaos bien acerca de esto y veréis cómo os recuperáis diariamente, pues estudiáis para vosotros, por natural atractivo de tal ó cuál cosa, y, sin embargo, vuestra ciencia, la única ciencia vuestra, habrá de ser la del Santísimo Sacramento.

¿Tenéis siempre á la vista esa única ciencia de su divina Persona, de su más conveniente servicio? No; y la causa es que no habéis hecho entrega perfecta de vuestra inteligencia.

¿Habéis dado vuestro corazón? ¿Es el único á quien amáis? ¿Hasta qué punto? ¿No tenéis otros afectos que se entrelazan con éste? Investigad adónde van vuestros pensamientos y si se fijan habitualmente en nuestro Señor, en su amor, en su presencia adorable. Como se ama se piensa, y adonde va el pensamiento allá vuela el corazón.

Si amáis *únicamente á nuestro* Señor y sobre todas las cosas, en nada sino en Él podréis pensar; le estudiaréis con pasión y acabaréis por comprenderle, pues el amor de los Santos fué el que les inspiró sus levantados pensamientos, y de ellos los más amantes fueron los más sabios. Dios es luz, porque es amor.

Pues bien: ¿pertenece por entero vuestro corazón al Santísimo Sacramento? ¿Nada guardáis contrario á su servicio, nada exterior? Esta es la piedra de toque.

Así, pues, que todo vuestro cuerpo se consagre al servicio de nuestro Señor; esto es de absoluta ne-

cesidad si queréis entregaros por completo. Dice Santa Teresa «que mientras no abandona uno su salud á Dios, nada se le ha dado todavía»; y tiene razón. En el orden de la santidad, lo que parece menos perfecto es muchas veces lo más difícil y resulta ocasión de lo más perfecto.

Si decís: «quiero primeramente hacer entrega de mi alma», os digo que eso es pereza; dad primero vuestro cuerpo, y después daréis vuestra alma. Eso es más fatigoso, porque somos esencialmente corpóreos, y sumidos estamos en los sentidos.

En la práctica el yo es el cuerpo, lo natural, lo sensible, mucho más que lo propio del espíritu; pues aun éste, encerrado en la carne, también parece de carne. Por lo tanto, comenzad por rendir ese cuerpo que por completo os absorbe.

Hay quienes no quieren servir á nuestro Señor sino á condición de estar mejor tratados que si estuviesen en el mundo. ¡Oh dolor! Algunos hay que sólo piden á la Religión sus ventajas, que vienen á ella únicamente para asegurar su pan y hallar en ella un retiro y abrigo cómodos. Religiosos enteramente nulos, que Garibaldi hubiera podido reclutar sin inconveniente; verdaderos ladrones del santuario, á quienes Dios podría decir: «¡Me habéis hecho pasar por vuestro cuerpo!»

Examinémonos detenidamente sobre esto, pues de seguro nos dará no poco que hacer.

Ahí tenéis el don total: esa es la renuncia. El voto de pobreza extiéndese á todo nuestro ser: detenerse en las cosas exteriores es no comprender su espíritu: aquél consagra á todo el religioso, de suerte que si no nos entregamos completamente, no entramos en la virtud.

Cosa fácil es decir: «Dios mío, todo os lo doy;» mas no es tan fácil de hacer.

Ea, pues, reflexionad: meditad en vuestro asunto; penetraos bien de lo que hacéis y de cuánto os habéis comprometido; realzad siempre el movimiento de vuestra vida, es decir, la buena voluntad y la intención, y que el amor de Dios impugne siempre en vosotros al amor propio.

Todas las veces que tuviereis algo más que á Jesucristo, es que os habéis recuperado.

Voto habéis hecho de ir siempre adelante; no retrocedáis, ni miréis á la derecha ni á la siniestra, pues detrás de vosotros están las bayonetas de la justicia de Dios, y á derecha é izquierda los precipicios del infierno.

Obrad por principios, pues esto es permanente; mientras que el sentimiento, por el contrario, no hace más que lucir y pasar.

Se ve que algunos vienen á la religión con el rostro encendido por la dicha, sin hablar de otra cosa que de la felicidad de la vida religiosa, de su ventura por entrar en ella. En general no contéis mucho con éstos, pues es que se los ha cogido por el corazón como á los niños; pero es el incendio de un poco de paja, sin otro combustible.

En cambio, si alguno se presenta diciendo: «Vengo para inmolarme diariamente á Dios por la renuncia; hasta aquí he sido malo, pero desde ahora seré la víctima de propiciación por mis propios pecados», entonces sí que vemos una verdadera vocación.

Por consiguiente, adelantad por convicción, por una persuasión inquebrantable y evidente de que tal es vuestro deber y la voluntad de Dios; bien podéis

llegar hasta decir que aun vuestra dicha no consiste más que en eso.

Ya no podéis retroceder, porque en el mundo arrastraríais vuestros votos como sus balas el galeote; y si pensáis permanecer tibios en religión, estaréis en un verdadero infierno, haréis tanto como los demás, pero sin provecho. — Realizar exteriormente el bien, *condenarse á una vida de regla y estrechez* sin obtener por ella ningún contento interior, y, lejos de eso, ser castigado por ello á cada instante por remordimientos, temor y angustias de conciencia, es cosa verdaderamente insostenible. A lo menos es preciso estar en paz con la conciencia.

Si cuesta trabajo efectuar el bien, todavía cuesta más el no efectuarlo, pareciendo que se hace; pues es imposible tener vida de santo siendo por dentro un demonio.

Entregaos, pues, en verdad completamente, y sea por convicción y razón. Si se queja vuestro cuerpo, enseñadle que va ganando en obrar el bien, supuesto que, aunque se opusiera, tendría que llevar la misma vida que los demás.

En cuanto á vuestro espíritu, mostradle cuán noble, bueno y grande es servir á nuestro Señor; mostradle el bien en sí mismo, y que se entregue, no por interés, sino por amor; y después de esto, proceded en relación con vuestros razonamientos.





EL PECADO, MAL DE DIOS

Lo que en la tierra y en nosotros desagrada más á Dios, es el pecado: esta verdad hay que considerarla atentamente. Los justos y los mismos Santos no están exentos de pecado.—¿Y nosotros no tenemos en la conciencia muchos veniales cuando menos? ¿Nunca hemos tenido que lamentar pecados mortales?

En el mundo no hay más que un mal, una sola cosa temible: el pecado. Todo lo creado place á Dios, hasta los seres que nos parecen nocivos: ni un gusano de la tierra ni el lodo ofenden la mirada de Dios, porque son cosas que se hallan en un estado natural; por el contrario, el pecado es una perversión de la voluntad divina, una degradación de su obra, una contradicción de su naturaleza y de su ser divino: el pecado tiende de suyo á anonadar á Dios mismo, porque niega y ataca sus atributos, y no hay que olvidar que estos atributos son su misma naturaleza.

Consideremos, pues, este espantoso mal de Dios.

I. El pecado es una ofensa y un insulto á la autoridad soberana de Dios, á su majestad y á su

imperio; es un insulto de la criatura á su Creador.

Créese con facilidad que el pecado no es muy opuesto á Dios, que no le afecta tanto como se dice, supuesto que no se irrita ni castiga la ofensa inmediatamente.—Y sin embargo ¿hay algo más grave que faltar al respeto debido á un superior? ¿Faltarle á uno al respeto? ¡Pues si esto en la sociedad civil es lo que promueve duelos, rencores y guerras, y es un crimen!

No dar en el mundo al superior el puesto y testimonio de honor que se le deben, es despreciarle, y á buen seguro que hay que estar muy alerta sobre esto, por ser cosas que no se dispensan, ni se excusan, porque siempre se supone que se ha recibido la suficiente educación para respetar á los demás y se echa de la sociedad á las personas mal educadas, se las desprecia, y ni siquiera se las mira.

Pues bien: ¿merece Dios que se le hagan descortesías? ¿No es Señor de los señores, Rey de reyes, á quien todo está sujeto en la tierra y en el cielo, á quien los elementos obedecen y los ángeles, para quienes sus deseos son mandatos, no miran sino temblando?

Los animales, las plantas, los seres inanimados reconocen el dominio de Dios y le obedecen; y aunque carecen del sentido de ello, no por eso su obediencia deja de ser un homenaje á la autoridad que los gobierna.

Sólo el pecador se atreve á despreciar la autoridad divina. Dios da leyes, amenaza, castiga las transgresiones, y sin embargo, el pecador se burla de Dios, de sus amenazas y castigos.

¿Que no lo habéis hecho con semejantes sentimientos? Es posible; mas esto ejecutan vuestros ac-

tos, y si directamente y en su cara no le insultáis, le despreciáis por la indiferencia y olvido, con lo que el mal no es mucho menor.

Consideradlo atentamente.—En el juicio, Dios os mostrará vuestros actos de menosprecio, y os dirá: «Obedecísteis á los hombres: ¿acaso Yo no valía lo que un hombre? Respetasteis á una criatura y guardasteis vuestros insultos para vuestro Creador: ¿era eso lo que Yo merecía?» Y no sabréis qué responder á aquella justicia irritada, cuya luz pondrá al desnudo ante vuestros ojos todo el horror del pecado, sus incalculables consecuencias y vuestras más ocultas intenciones.

¡Pero son tantos los que ofenden á Dios! — ¡Ah! ¿Vuestro propósito es condenaros con ellos? Y porque al punto no castiga á los que le insultan, ¿os pondréis á ofender á Dios?

Y en cuanto á nosotros, si nosotros pecamos á la vista de Dios, en presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, de Jesucristo que en él vive con su vida de Hombre-Dios, hacemos lo mismo que aquellos abominables verdugos que fueron á insultarle en su cara, en el Calvario.— Pero siquiera los verdugos del Pretorio, para insultarle, le taparon el rostro, no atreviéndose á efectuarlo bajo su mirada directa; mas nosotros, por pereza, negligencia y otras cosas más, cometemos á su vista faltas que son verdaderos sacrilegios, veniales si queréis, pero al cabo sacrilegios.

¡Oh! Si tuviéramos un poco de delicadeza de alma, nunca ofenderíamos á Jesús sacramentado, pues no se necesita ser escrupuloso para evitar hasta las apariencias del pecado (el escrupuloso es aquel que siempre se halla en un semiconsentimiento); basta

el ser delicados.—Cuando se estima, no se insulta.

Es que á los hombres se los ve, y en Dios no se piensa, porque no se le ve.

Conque entonces, ¿es que no tenéis fe?—Porque la fe es una verdadera vista que nos certifica las cosas de Dios más seguramente que nuestros ojos nos muestran los objetos exteriores.

Con los ojos de la fe se ve como por los de la inteligencia.—¿Percibís vosotros las relaciones de la ciencia y las leyes del número? Y sin embargo, creéis en ellas. ¿Por qué no creéis en Dios?

Nuestro mayor mal lo constituyen la pereza, la negligencia, el olvido y el desaliento; lo cual indica la escasez de nuestra fe y de nuestro respeto y amor.

Queremos lo que nos gusta, y repelemos lo que nos contraría.

¡Cuántas veces también á nosotros nos detuvo el respeto humano! Dejamos á Dios por los hombres, é infringimos su ley por temor á lo que pudieran decir. ¡Qué desprecio ó cuánta indiferencia! ¿Y es á Dios á quien de esta manera tratamos?

II. El pecado es una oposición á la santidad de Dios, cuya naturaleza es la santidad. Dios es santo esencialmente; la santidad es el primero de sus atributos, y cuanto tiene de bueno, bello y verdadero; pues bien, contra ella milita el pecado.

En nosotros manchamos la santidad divina, porque ésta habita en nosotros, que hemos recibido una emanación suya en el bautismo que, por la gracia santificante, nos tornó Santos y semejantes á Dios; sí, manchamos esa imagen divina. De Dios es nuestra alma; templo del Espíritu Santo es nuestro cuerpo, y miembros somos de Jesucristo, cuyo cuerpo

profanamos; en una cloaca sumergimos á Jesucristo y la blanca vestidura de santidad y justicia que nos ha dado: le entregamos al demonio.

El pecado es infecto, es una corrupción, una disolución pútrida; convierte nuestra alma en horroroso cadáver y más que todos los pecados los de sensualidad. ¡Y nos presentaremos á Dios en semejante estado! ¡Qué horror deberemos de inspirarle, así como á los ángeles y santos! Porque el hecho es que nos ven.

San Pablo nos dice: «Exhalad el buen olor de Jesucristo», y despedimos peste infecta. Santos hay que reconocen á los pecadores por el olor que esparcen. — ¡Ah! Si nuestros pecados despidiesen su natural olor, que se sintiese y que por él se nos notase, ¡cuánta vergüenza sería! Ni siquiera osaríamos exhibirnos: ¡ni soportarnos pudiéramos! — De Antíoco se dice que la llaga que se le formó en castigo de su orgullo era tan infecta, que causó la peste en su ejército. Así es la respiración de nuestros pecados.

Ensuciamos, por consiguiente, en nuestro cuerpo y en nuestra alma, por el pecado, la santidad de Dios.—¿Cómo puede Dios venir todavía á un alma en que habita el pecado? ¿Cómo pudiera ni poner en ella el pie? Y sin embargo, le obligamos á que venga á esta cloaca inmunda. ¡Oh! Verdaderamente, ¿en qué pensamos?

Pase una vez más en cuanto á los pecados de mera debilidad, pues son polvo únicamente, y Dios no tiene horror á ese polvo inherente á nuestra miseria; pero ¿por lo que respecta á los pecados de voluntad y de afección, á los pecados por hábito?

Más valiera no recibir el Cuerpo de nuestro Señor que colocarlo en nuestro corazón cuando tenemos

pecados habituales, pues sólo con disgusto se llega allí; le violentamos, y como se halla ligado, nos obedece, pero en la muerte veremos su venganza. Terrible será su voz: «¿Cómo te has atrevido á recibirme en un cuerpo manchado por abominaciones?»

Osamos llevar nuestro lodo corrompido hasta el Cuerpo de Jesucristo y ensuciarle, porque esas especies que tocamos son el mismo Jesucristo, á quien inseparablemente están unidas y que, al igual de su propio cuerpo visible, quiere la Iglesia que sean adoradas con el culto de latría; luego es á Él á quien manchamos con nuestro contacto abominable.

Pero el pecado en nuestra alma rebota contra la misma Santísima Trinidad, que en ella habita, y la ensucia con su fetidez; porque la Trinidad Santísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo, cuando comulgamos, vienen á nosotros real y substancialmente; por manera que el pecado insulta á cuanto hay más santo, Dios, las tres divinas Personas, Jesucristo.

¡Oh! ¿Cómo tolera Dios estas cosas? Si castigara instantáneamente, seríamos azotados á la puerta del templo, como Heliodoro. Su bondad nos soporta; ¿pero la bondad da derecho al insulto?

No sé en qué pensamos, pero se enfurece uno contra sí por sentirse obligado á declarar esto: no trato á Dios siquiera como al último de los criados.

Yo no pienso en ello. — Mas vosotros estáis obligados á fijar en lo dicho la atención. No es permitido cometer crímenes para distraerse; el que ha venido á olvidar deberes tan esenciales como el respeto que debe á la santidad de Dios, es más culpable que quien arrastrado por sus pasiones le ofende.

¡Oh! La santidad divina tendrá su desquite, para lo cual armará el brazo de la justicia, porque Dios

no puede consentir en que así le profanemos.—Horrible es decirlo, pero lo cierto es que hacemos que Dios sirva á nuestras iniquidades, y de esto se lamenta: *Servire me fecisti in peccatis tuis.*—Ni un solo movimiento podemos efectuar sin que Dios coopere á él, sin que con voluntad actual nos mueva á ejecutarlo; de esta manera torcemos contra su designio la fuerza y la vida que nos da, y lo que al salir de Él era bueno, lo tornamos malo: es una violencia que le hacemos, de la cual se vengará eternamente, porque Él también tendrá su día.

III. El pecado, por último, es una injuria á la bondad de Dios, una ingratitud abominable. ¿Cómo es posible que, viviendo de su bondad y misericordia le ofendamos todavía?

Tan bueno es Dios, que si pudiese otra vez morir por nosotros, lo verificaría; ¿y porque es bueno le ofendemos?

No quiere condenarnos inmediatamente. Pues bien: ¡pecaremos una vez más!

¡Oh! Cuando en esto se piensa, dice uno: «¡Soy la abominación de todos los seres! Sí, con toda seguridad. Y como el pecado se mide por las gracias y los favores recibidos de la bondad divina, juzgad lo que serán nuestros pecados.

Ofende más la frialdad de un amigo que los ultrajes de un enemigo. ¡Qué indelicados somos, por consiguiente, para con el mejor de los amigos!

¡Siquiera ocultémonos al ofenderle!—Mas no; sino que pecamos bajo su mirada eucarística, y á sus mismos pies, adorándole, le ofendemos. ¡Oh! ¿Qué hacer? Horrorizarse de sí mismo, tenerse por un monstruo miserable.

Es que á pesar de eso Dios me trata como á un

amigo.—Lo cual prueba que es muy bueno; mas si yo os dijese que *todos los pecados florecen en vuestra alma*; si yo pudiera revelarlo y mostraros á todos tales como sois ante Dios, ¿qué diríais? Os encendierais de vergüenza y querríais meteros debajo de tierra. Pues bien; avergonzaos al instante, porque Dios os mira. ¡Ah! Evitemos el pecado; sobre todo, no pequemos más. A un hijo se le perdona el que no ayude á sus padres, y que no sepa hacer nada; pero nunca se le perdona el que los haya insultado.

A lo menos, partid de este principio de buen sentido: no se debe hacer á Dios lo que no se haría á un hombre como vosotros.

Tengamos siquiera tanto honor como el soldado que quiere cumplir su tiempo sin que le castiguen, tan solo para poder decir: «A mí nunca me han castigado.» ¿Ni siquiera tendremos este vulgar sentimiento del honor? ¿No podremos pasar un día sin pecar? ¡Oh! ¡En verdad que esto es muy fuerte!

Por favor, no ofendamos más á Jesús sacramentado: seamos más ó menos humildes, pacientes y mortificados; realizad las más hermosas acciones ó, por el contrario, ninguna; yo os disimulo que no tengáis virtudes; pero á lo menos, yo os lo suplico; ¡nada de pecar! ¡ningún pecado!





LOS EFECTOS DEL PECADO VENIAL

El amor de Dios suple á todo, y para todo basta: es muy cierto; pero cuando no purifica del pecado, no es verdadero, ó todavía no es muy enérgico, porque el primer efecto del amor es purificar.

Por esta razón hay que seguir examinando el pecado y sus funestas consecuencias, á fin de conseguir que cause espanto.

¿De qué procede que nos amedrente tan poco el pecado que en él moremos sin miedo; que sepamos que se halla en nosotros, que le conozcamos y que no cuidemos de evitarle ó corregirnos? — Pues procede de la mala ó negligente voluntad, de la indelicadeza ó del poco amor á Dios.

Si por Jesús sacramentado y por el alma hiciera cada uno lo que se hace en el comercio y en cualquier otro estado para prosperar en él, tardaríase poco en llegar á ser grandes Santos. — Se necesita que Dios nos pague lo que por Él hacemos y los cuidados que por nuestra alma nos tomamos; y á pesar de eso, encuéntrase mal servido.

Dícese: «Pero, después de todo, ¿qué es el pecado

venial? Una falta leve que no mata al alma.» Y considerando esto, no se inquietan por el pecado venial. ¡Oh cuántas cosas nos enseñará el purgatorio! Mas desde ahora ved cuáles son los efectos del pecado venial, y comprenderéis cuánto debéis huir de él.

No hablo de esas faltas que causa la flaqueza, la fragilidad, contra las cuales se vive prevenido, que solo por sorpresa se cometen y de las que se sale tan pronto como en ellas se ha caído; sino del afecto al pecado venial, que mueve á cometerlo fácilmente, y cuyos agravios no se notan; que después de exponerse á él se le mira sin turbación; en una palabra: hablo del pecado venial que se comete por afecto y en el cual se permanece por hábito.

I. Ahora bien: el pecado venial paraliza el poder de Dios sobre nuestra alma, pues cuando Dios encuentra el pecado venial en el camino del alma, deténese su poder, no puede nada.

En el otro mundo, la justicia se satisface sin necesidad de que el culpable consienta; mas aquí abajo tenemos siempre libertad, por lo cual Dios no puede hacer en nosotros sino lo que consentimos dejarle hacer, pero la perversa voluntad del hombre en rechazar el poder de Dios es más fuerte que la voluntad de éste.—Sí, mil veces. Dios nada puede hacer en uno cuya conciencia está ocupada por el afecto á un pecado venial, pues es imposible que en tal caso una su poder al nuestro y su acción á la nuestra. El pecado, por su misma naturaleza repugnante á Dios, constituye una oposición de esencia á esencia, de naturaleza contra naturaleza. ¿Qué queréis que Dios haga? Pudiera aniquilarnos, pero nos ha concedido un tiempo para vivir y disfrutar de nuestra libertad, y respeta aquel decreto.

El pecado venial detiene el curso de la bondad de Dios.—La gracia es la efusión de la bondad divina; y siendo así, ¿cómo podrá Dios en modo alguno dar su gracia á quien con sus obras le diga: «No la quiero?» Le es imposible volver bueno un acto malo por su naturaleza. El pecado venial es la repulsa opuesta á la gracia solicitante, y cuya acción anula; mas como Dios no puede forzar la puerta del corazón, se retira, no ejerce violencia, se limita á pedir entrada. Muéstrale la Escritura presente al alma con tanta frecuencia como un amigo y pidiéndole penetrar en ella con sus gracias, suplicando á Israel que le escuche. También nuestro Señor, durante su vida, pedía que tuvieran á bien recibirle; pero cuando no se quiere, le fuerzan á retirarse.

No vengo hablando sino del pecado venial que, sin destruir el estado de gracia, paraliza su acción, y que no se opone al hábito de la caridad, sino á su eficacia y á sus actos.

El pecado venial se opone á la gracia actual, tan necesaria para obrar sobrenaturalmente que, sin ella nada en absoluto podemos en orden á la salvación. La gracia actual es una luz, una inspiración; es la acción de Jesucristo y de su Espíritu en nosotros. Ahora bien; el pecado venial destruye ó impide sus efectos; obscurece al alma, amengua su mirada, envuélvela en tinieblas. Sin cesar se presenta la luz de la gracia para iluminar nuestra inteligencia y mostrarle los motivos sobrenaturales, el bien divino; mas si cerramos todas nuestras entradas, no podrá penetrar en ella, por lo que ese sol de amor alumbrará la piedra de nuestro sepulcro, donde permaneceremos sepultados entre tinieblas.

El pecado venial corresponde en esto á un se-

creto instinto de nuestra naturaleza caída. Más teme el hombre la luz de Dios que á su misma bondad, porque la luz se queda, permanece. Los judíos no querían ni oir á Jesucristo, y le apedreaban cuando quería decirles la verdad. De igual manera no gusta oir á un pobre que os expone sus miserias, y se le da algo en seguida para no contemplar aquel espectáculo que pudiera conmovernos demasiado. – Así tampoco gustamos de vernos ni de ver á Dios y su voluntad y lo que pide; pero la luz que rechazamos nos acusa, y tanto más cuanto es mayor: ¿qué será de nosotros que vivimos en las tinieblas del pecado, frente á esa luz brillante de la Eucaristía? Bien podemos decir que pecamos en la luz; y como nuestros pecados son más graves por estar en ella, con mayor severidad seremos á causa de ellos castigados.

La gracia es también un calor vivificante con el cual quiere Dios tocar nuestra voluntad, agitarla suavemente para inclinarla á lo que nos pide; pero el pecado es el frío, el hielo mismo del sepulcro, y temeroso de que nos saquen de nuestro letargo, impide al calor divino penetrar en nuestros corazones. ¡Y sin embargo, es tan potente, bienhechor y dulce el calor que dimana del Santísimo Sacramento! ¡Como que en él se halla el foco del Corazón viviente de Jesucristo! – Pero el pecado nos mueve á huir de ese calor, y si sentimos que nuestro Señor nos presenta su Corazón para conquistarnos con su ternura, escapamos temerosos de que nos diga: «¡Yo os amo!» porque nos veríamos obligados á responderle: «¡Y yo también!» Lo cual se dice muy bien con los bordes de los labios, pero corriendo, por miedo de ser cogidos por la palabra; porque cuando un enemigo se deja abrazar, queda desarmado y conviér-

tese en amigo. Lo mismo nos pasaría á nosotros, pero tememos los deberes de la amistad.

La gracia es además la acción del Espíritu Santo, con la cual renueva en nosotros y continúa la vida de Jesucristo, que nos dice: «Toma mi gracia y haz esa buena obra, ese sacrificio; trabajemos juntos; yo pondré el fondo y el medio, y tú tendrás el mérito y el fruto;» pero el pecado nos impide aceptar esta proposición de amor, y la rechaza, imposibilitándose este contrato de compañía, supuesto que nuestro Señor no puede juntar su acción al pecado, que es opuesto á Él.—Por eso el pecado venial es la ruina de la gracia actual, cuya acción impide y destruye; ata á Jesucristo á la puerta del alma y poco á poco se convierte en ruina de la gracia santificante, que se corrompe como agua estancada que ninguna fuente viva alimenta, ni movimiento alguno purifica.

El pecado venial destruye la gloria que deberíamos dar á Dios con nuestras obras.

Dios es el dueño y propietario de nuestra vida, y nosotros somos colonos y servidores suyos, á quienes entrega talentos para hacerlos producir; por manera que tenemos obligación rigurosa de procurar su gloria en este mundo. Recordad cómo fué castigado el servidor negligente que había enterrado el talento que se le dió.

Mas por el pecado dejamos de reconocerle por Señor nuestro, á quien todo lo debemos; ocupamos su lugar, y obramos por cuenta propia: ¿qué gloria le resulta de acciones efectuadas por nuestro amor propio? El pecado aniquila la gloria de Dios en sus criaturas y destruye todo cuanto pudiera elevarse hacia Él y glorificarle.—Tal es la guerra que el pe-

cado mortal (1) hace á Dios y á sus atributos divinos.

II. Y si consideramos este pecado venial en los efectos que en nosotros produce, ¡cuán triste es!

Mirad lo que causó en los Apóstoles. Durante tres años viven éstos con nuestro Señor, le ven, le escuchan, gozando de sus milagros, de sus explicaciones particulares é íntimas. ¿Y se han aprovechado de ello? No, ciertamente, pues ni siquiera llegan á corregirse de sus defectos, y se quedan con su ambición, envidia y amor propio. ¿Cuál es entonces el obstáculo? El pecado venial, porque el Evangelio señala las faltas de ellos que sólo son veniales; defectos veniales, pero observad adónde éstos los conducen. ¿Los veis huir del jardín de los Olivos, y á Pedro renegar de su maestro? También Judas había vivido con nuestro Señor y no principió á ser infiel sino por codicias pequeñas.

Sin duda, puede vivirse en la vocación más santa, puede pasarse la vida con el Santísimo Sacramento, y no por eso ser un Santo.

¡Oh! Tengamos siquiera compasión de nuestro Señor y no le insultemos en su cara; cuando nada puede dársele á un pobre, no se le despide con injurias. Pues bien, Jesús mendiga nuestros corazones. A un bienhechor que nos concede una generosidad, no se le corresponde con groserías: ¿y de cuántos beneficios no nos llena constantemente nuestro Señor?

Pero no es esto todo.—El pecado venial, que paraliza el poder de Dios, nos entrega al poder del demonio y de la naturaleza corrompida, gobernada por

(1) ¿Quiso decir *venial?*—*N. del T.*

él. Entonces obramos por los instintos de la naturaleza, por el amor propio, y nos salimos con la nuestra; nos quedamos satisfechos porque la naturaleza, cuando trabaja por su cuenta, es muy hábil. Pero en estas obras, ¿qué queda para Dios?

En efecto: como el pecado venial anula toda la gracia actual, permanece estéril todo cuanto bajo su influjo realizamos. Dios nos ofrece su gracia, la rehusamos, y rechazamos su direccion para depender de nosotros únicamente, lo cual es una infidelidad.

Conozco que todos los actos de un hombre que obra naturalmente, no son pecados y que sin la gracia sobrenatural pueden realizarse actos buenos y honestos de virtudes morales: pero esto no sube á lo alto; pues para que una acción llegue al trono del Señor para recibir allí su galardón, se requiere que vaya conducida por la gracia, única que tiene fuerza para remontarse hasta la vida eterna.

Pero después de todo, si en teoría es como digo, en la práctica ya es otra cosa; yo apenas creo en las virtudes morales de las personas que no tienen las virtudes divinas; pues el que para obrar naturalmente rehusa la gracia de Dios que se le ofrece, procede de un modo perverso.

¡Y cuánta mayor verdad es ésta con relación á nosotros! No se desciende desde el seno de gracias tan grandes como las nuestras sin quebrantarse los miembros.

Por consiguiente, hay privación de mérito, pues quien en pecado trabaja, se fatiga y nada gana; más aún, será castigado por lo que debía hacer y no ha hecho, aunque tenía gracia para ello. En tal caso nuestras buenas obras conviértense en condenación

nuestra, porque el pecado venial vuelve inútil cuanto toca, supuesto que el gusano se halla en la raíz.

Anúlase para la recompensa aquello á que disteis buen principio por la gracia, como lo concluyáis por amor propio.—Así, el pecado venial vuelve malas las cosas buenas y las aguarda para perderlas á lo último; en ese caso somos como el labrador, que en un abrir y cerrar de ojos ve al granizo destruir las esperanzas y las labores de un año. Para lo cual es suficiente un pecadillo de amor propio; ¡una mirada á sí mismo!

Por último, el pecado venial nos hace desgraciados, porque un religioso tibio es el más infeliz de los mortales, supuesto que trabaja tanto como sus hermanos, sin recibir al par de ellos los consuelos celestiales que suavizan el trabajo, pues los rechaza, y Dios no puede darle á gustar su paz, su unción, á causa de ese obstáculo del pecado, que es una barrera infranqueable para su bondad.

Tampoco saborea las alegrías de una buena conciencia, porque no florecen sino en las conciencias que Dios ilumina y visita, y la suya, en vez de estar en ese festín perpetuo, se halla negra y respira azufre; vive atormentada por el remordimiento y el temor; tiembla de continuo, y consigo arrastra su castigo interminable.

Ni siquiera disfruta los consuelos que el mundo da á los que le sirven, porque el mundo no puede entrar con sus placeres adonde él se halla, y si abandona su vocación para ir á suplicárselos, logra sólo aumentar su infortunio, mientras por doquiera arrastra las cadenas de sus votos y compromisos.

¡Oh qué caro se paga el pecado venial! Entra halagando y sale mordiendo; es un hormiguero que

roe el corazón. Ya ni placer ni gozo en la oración; ya no se quiere ver á Dios.—¿No lo sabéis por experiencia?

Ea, pues; amemos á nuestro Señor lo suficiente al menos para no ofenderle, y sobre todo no permanezcamos en el pecado, sino que la penitencia y el amor en seguida nos levanten.

Y sin embargo, ¡cuánta pena causamos á Jesús sacramentado!

Fácil sería durante el retiro anotar la suma de los pecados veniales de un día, y quedaríais espantados de ver el total. ¿Qué sería si pudieseis contar todos los que habéis cometido desde que vivís? Basta un minuto para pecar, y menos tiempo aún necesitan los pecados interiores. Nuestros pecados veniales son incalculables.

Créese que sólo hay responsabilidad respecto á los que se conocen: conviene decir *respecto á los que se cometen*, lo cual no es lo mismo; pues el conocer y el cometer son dos.

Ha dicho nuestro Señor que se daría cuenta hasta de una palabra inútil; mas si una inutilidad es motivo de juicio, contad, si podéis, vuestros pecados de pereza, sensualidad, vanidad y amor propio. En el purgatorio habrá que verlos y expiarlos hasta el último.

Seamos, por consiguiente, delicados aun respecto á las menores faltas, en todo cuanto afecte á la conciencia y á la regla. Tengamos mucho cuidado, pues los que por crímenes abandonan su vocación, comenzaron por nonadas.—Cuando una piedra se desprende del monte, ignórase hasta dónde caerá; lo que únicamente se sabe es que, cuanto de más arriba baja, hasta mayor profundidad desciende.



EL PECADO EXPIADO POR NUESTRO SEÑOR

Meditemos sobre el modo como Jesús expió el pecado, pues así comprenderemos la malicia de éste, á la par que encontraremos las verdaderas ideas de reparación y penitencia.

Se dice: «Después de todo, ¿qué mal hace á Dios el pecado? En realidad, ni toca ni destruye la esencia de Dios, á cuya felicidad nada quita: ¿qué pueden contra un gigante los pigmeos?»

Así razona el mundo, y lo mismo poco más ó menos el de la piedad, para excusarse de los pecados.

Mirad la respuesta: «Para dar Dios á entender perfectamente el concepto que tenía del pecado, entregó para que pagase rigurosamente la deuda de éste á su propio Hijo, y para expiarlo de un modo equivalente á la ofensa. — Todo lo que Jesús padeció lo merecía el pecado, pues al condenarle Dios á la terrible Pasión y á muerte en cruz no hizo más que satisfacer las exigencias de su justicia.»

Jesucristo ha venido, y tomando de nosotros nuestros pecados y constituyéndose en nuestro fiador, ha padecido todo lo que debíamos nosotros pa-

decer. — Por consiguiente, si queréis comprender la magnitud del mal, estudiad la magnitud de la reparación: el pecado es Jesucristo crucificado.

Ahora bien: como todos los pecados vienen de estos tres orígenes, orgullo, codicia y placer de la carne, mirad de qué manera ha expiado Jesucristo este triple mal.

I. Jesucristo para reparar todo orgullo, tomó sobre sí toda humillación. El Verbo se ha humillado hasta tomar la forma de esclavo; ha venido para ser anonadado; toda su vida no es más que una prolongada humillación, terminada en el oprobio del Calvario.

Vedle humillarse en su nacimiento. — Gustan las gentes de elogiar su cuna, la nobleza de su origen, y se habla con agrado del palacio que nos vió nacer. Para confundir este orgullo de prosapia, Jesús nació en un establo.

Con complacencia se habla de la educación recibida y de los maestros ilustres que se han tenido; mas Jesús huye á Egipto y vuelve á Nazaret, país tan difamado que podía decir un hombre honrado: «¿Es posible que de Nazaret salga algo bueno?» Para la opinión pública un nazareno era menos que nada.

Gusta decir: «Soy de una tierra hermosa, de una gran ciudad, de una comarca rica.» Jesús dijo: «Soy de Nazaret,» aunque realmente era de la real ciudad de Judá; dijérase que su flaco era la humillación; consistió su orgullo en ser en todo anonadado.

Se habla de los propios éxitos y estudios: ¡gusta tanto pasar por sabio! Jesús era el Verbo de Dios; todo lo sabía, y durante treinta años se calla, pasa por ignorante; es un obrero, un carpintero.

Más adelante ejecutará admirables obras, pero or-

denará que las oculten, que las callen; y cuando por ellas quieran glorificarle, huirá al desierto.

Gusta exornarse con las relaciones que se tienen con los grandes y poderosos, y decir: «Tal hombre ilustre es amigo mio; me conoce, me recibe»: porque de esta manera se eleva uno entre sus amigos.

Nuestro Señor no fué conocido de los grandes, ni conoció á persona alguna de influencia; sino que, por el contrario, sus enemigos fueron los ricos y los grandes, porque era pobre y venía de Galilea.— Vedle rodeado solamente de pobres é ignorantes de rudas costumbres; los pobres, el pueblo bajo, le siguen y forman su auditorio ordinario, pues los demás sólo acuden á oirle para sorprenderle; si á pesar de esto uno ó dos grandes del pueblo llegan á Él atraídos, ocúltanse y sólo de noche van en su busca; causa cierta vergüenza el frecuentar su trato.

Ahí tenéis de qué modo nuestro Señor repara durante su vida el orgullo.

Pero ¿cómo decir las humillaciones de su Pasión? No entro en pormenores, pues los conocéis; pero seguid á nuestro Señor por las casas de Caifás, Herodes y Pilato, y ved lo que cuesta el orgullo. Miradle en la Cruz entre dos ladrones, maldecido por todos, y con cierta apariencia de razón, porque ha querido pasar por culpable, y habiéndole condenado la justicia de su país, todos los que le miran en la cruz dicen: «¡maldito el que pende de la cruz!»

Así resulta maldecido por Dios y por los hombres, un gusano de la tierra; ni siquiera se atreven á mirarle, pues tanta humillación, humillaciones de toda clase, le desfiguran y envuelven; nunca un leproso causó tanta repugnancia.

De tal suerte abrazó, amó é hizo suya nuestro

Señor la humildad, que fué la única cosa de que se gloriaba y que quería que en Él se viese: *Discite a me, quia humilis corde.*

Ahí tenéis lo que ha costado el orgullo, lo que el Padre, para satisfacer su justicia y para restablecer los derechos de su Majestad, ofendidos por el pecado, tuvo que exigir de su Hijo. —¿Diréis todavía que el pecado es indiferente á Dios?

Ahora bien; cuantas veces cometemos un pecado de orgullo, renovamos todas las humillaciones de nuestro Señor.

Nuestro fondo es orgullo, del cual directa ó indirectamente proceden todos nuestros pecados; suprimid el orgullo, y habréis cegado el manantial de ellos: hasta la lujuria no es las más veces sino castigo de aquél, «porque Dios—dice San Pablo—á los hombres que obedecieron á su orgullo los abandonó á los deseos insensatos de su carne.» El avaro no lo es sino por orgullo; la última palabra de éste es el egoísmo: él, aunque sea con perjuicio de todo; él, que se erige en fin de todo.—Así es que todos los pecados pueden establecer su parentesco con el orgullo y reconocer en él su progenie. Por eso nuestro Señor lo expió más que á todos los demás y quiso *especialmente ser en todo* y *siempre* humillado.

Pero hay una especie de orgullo más pernicioso, que sobre todo hay que evitar, y es el orgullo espiritual, que consiste en glorificarse por las gracias de Dios; en ponerse como fin de sus dones sobrenaturales, en coronarse con sus beneficios; un orgullo originado de la nobleza de la vocación del sacerdocio, por el cual procura uno elevarse ante los hombres á causa de las prerrogativas de que se goza y atraerse su estima y confianza. Este fué el orgullo

de Lucifer en el cielo, el peor de todos: un orgullo sacrílego. El cual es el más sutil y duradero; porque cuando alguien se enorgullece á causa de alguna cualidad natural, como la ciencia ó la fortuna, esto no dura mucho, pues muy pronto se halla otro más rico y sabio que uno.—Pero en este orgullo satánico, ¿quién podrá ver vuestro fondo? El exterior de vuestra vida confirma lo que queréis que de vosotros se crea; el mundo no ve más que vuestras gracias, el puesto que ocupáis en el santuario, sin saber cuán indignos de él sois en el fondo: de esta suerte ese orgullo se arraiga cada vez más. Entonces se comete un robo sacrílego, y apoderándose de los dones de Dios, se le arrebata el amor de las almas, á que sólo Él tiene derecho, valiéndose para ello de su gracia, de las funciones que se desempeñan, de los dones sublimes de que nos constituyó ministros.

Deseamos la estimación de los hombres por la dignidad en que Dios nos ha colocado, como si la tuviésemos merecida y en propiedad la poseyésemos, en justa recompensa de nuestros méritos. Con todos estos dones gratuitos que nos confía Dios nada más que á fin de que los fructifiquemos para Él y los transmitamos á su familia cristiana, algunos se forman un trono para sí, donde aspiran á ser honrados en vez de Dios, á quien arrojan de allí. Este sacrílego orgullo digo que es peor que el del mismo Lucifer y de sus ángeles en el cielo, porque éstos no llegaron á ver á Jesús sacramentado.

¡Y nosotros tenemos orgullo en presencia de nuestro Señor anonadado, humillado hasta inauditos excesos! ¡Así hay quien llegue á elevarse aun á costa de los abatimientos de nuestro Señor, sirviéndose de Él como de escalón!

Por esta causa tengo la convicción de que todos los castigos que Dios envía á sus elegidos, á los de su santuario, son únicamente para castigar este orgullo abominable, porque hay un fondo de verdad y tan engañadoras apariencias, que sólo Dios puede castigar. ¡Por eso ved á qué caídas y á qué abismos ruedan los que á sí mismos se erigieron en fin propio y recompensa, coronándose con sus dones y poniéndose por término de los homenajes de las almas!

Suelen decir los mundanos que nada hay tan orgulloso como los religiosos con sus privilegios y sus hermosos hábitos. — Para que nunca puedan decir esto de nosotros, recordad continuamente que Jesucristo está en medio de vosotros, oculto, anonadado, privado de toda gloria y aun de toda apariencia de gloria divina y humana; envolveos en la obscuridad en que oculta su divinidad con su humanidad, su gloria y sus dones todos y nunca salgáis de allí.

¿No consideráis que para expiar el orgullo quiere nuestro Señor seguir siendo humillado en la Eucaristía hasta el fin de los siglos? De los sufrimientos de su vida mortal no ha conservado más que su humillación; por eso le véis siempre en ella humillado ó, por mejor decir, ni aun le véis, porque no tiene ser, sino apariencias de ser únicamente.

Las humillaciones de la Eucaristía se perpetúan tan sólo para contrapesar los funestos efectos del orgullo espiritual que tan terribles estragos causa aun en reuniones de santos. Y en último resultado, ¡cuánto horror debe inspirar á Dios para que haya condenado á su glorioso Hijo, que debiera reinar en majestad y esplendor, á estos excesos de humillación en la Eucaristía y hasta lo último!

II. Poco diré del modo con que nuestro Señor

repara la codicia de los bienes terrenales; porque la avaricia casi no puede ser pecado de religiosos como vosotros, puesto que nada tenéis, ni pretendéis conquistar una fortuna.

Sin embargo, tened cuidado con la codicia espiritual, con la ambición espiritual, pues habéis de saber que nada es más vergonzoso que venir á la religión para formarse una posición en ella y encontrar aquí lo que en el mundo no podía adquirirse. Algunos hay que no logrando por falta de talento distinguirse, vienen á la religión para heredar algo de su nombre, de su posición, de su influencia, ó porque, á causa del glorioso nombre que ostenta un instituto religioso, esperan tener un púlpito frecuentado ó personajes que confesar: los que hacen esto son muchos más de lo que se piensa. ¡Y cuán acreedores son á ser fulminados por la cólera divina! Acaso no nos engañaríamos mucho si buscásemos la causa de los terribles castigos que cayeron sobre las Ordenes religiosas durante la Revolución, en aquellos miembros suyos que antes eran religiosos para ellos que para Dios y que, más que por la gloria de Éste, trabajaban por sus intereses personales.

Para expiar los males de la codicia, nuestro Señor vino pobre, de padres pobres; trabajó para ganar su pan, recibió asistencia de la caridad, y murió pobre, sin poseer siquiera un sudario con que ser sepultado. Vivió sin apoyo ni protectores; nunca tuvo una posición, sino que yendo de aquí para allá según adonde el Espíritu le impulsaba, predicando á todos, ya seguido, ya abandonado, pudo decir de sí mismo: «El Hijo del hombre ha venido para servir, y no para ser servido.»

III. Nuestro Señor ha expiado la concupiscencia

de la carne con la austeridad y los sufrimientos de toda su vida, y especialmente con los padecimientos de su Pasión.

Pregúntase que cómo pudo el Padre condenar á nuestro Señor á tormentos tan crueles como los que sufrió: así convenía para reparar nuestra sensualidad, los pecados de nuestra carne. El Padre nada dispensó á su Hijo; ni siquiera se dejó aplacar por el prolongado ruego, acompañado de lágrimas, sudor y sangre que le hizo Jesucristo durante tres horas en el Jardín de las Olivas. ¡No! Para expiar los pecados de la sensualidad era menester todo aquello.

Con su agonía sangrienta en Gethsemaní, opinan algunos Santos que especialmente dió reparación nuestro Señor por los pecados de pensamiento.

¿Luego tan graves son estos pecados?—Sí: muchas veces hay más sensualidad en los pensamientos que en los hechos, pues por lo menos cabe renovarlos sin interrupción y permanecer en ellos siempre, mientras que los hechos tan sólo de pasada se efectúan. Por eso sufrió nuestro Señor aquella crucifixión de su alma durante tres horas, la cual fué tan grande y tan intenso sufrimiento como el de la cruz, porque necesitó singularísima asistencia de su divinidad para no sucumbir allí, pues su alma quebrantada ya le abandonaba.—¡Oh! ¡Cuánto le han hecho sufrir nuestros malos pensamientos, supuesto que bastaron por sí solos para hacer que padeciera toda aquella pasión de Gethsemaní.

¿Y la sensualidad de gula?—El Salvador, que siempre vivió como los pobres, contentándose la mayor parte de las veces con pan y agua, nada tomó durante toda su Pasión, y después de sudar sangre y agua,

de haber sido azotado con tres mil golpes y haber recorrido bajo el sol de Oriente las calles de Jerusalén cargado con su cruz, cae, no pudiendo más, abrasado de sed *devoradora*. ¡Mas con todo, espera hasta el Calvario, y sólo allí pide que aplaquen su sed y para eso le ofrecen vinagre!

La sensualidad del lecho.—¿No es bastante duro el lecho de la cruz? ¿Y el de Gethsemaní? Había principiado por la paja en un establo, y la desnuda tierra y la piedra de un camino fueron su cama y su almohada durante su vida: la paja, la tierra y la cruz: esos son los medios de que se vale para reparar las faltas de mortificación referentes al dormir.

En cuanto al pecado impuro, ni aun siquiera hay *atrevimiento* para hablar de él y manifestar de qué manera el Salvador lo expía. ¡Tan humillante es para Jesús el tener que cargar también con este horrible pecado!

A él, la misma pureza, *condúcenle á presencia del* incestuoso Herodes: ¿quiénes componían la corte de aquel impuro? ¿Cuáles miradas no tendría que sufrir el Salvador? También Pilato y los verdugos paganos, ¿qué eran sino idólatras de sus sentidos, como todos los paganos? Jesús consintió en sufrir la vergüenza de la desnudez; de que por completo le despojasen en presencia de aquellos miserables; y así en la desnudez de la cruz se mostrará hasta el fin del mundo, expuesto á las burlas de los libertinos, lo mismo que á la adoración de las almas puras: ¡es un *gusano de la tierra*! Está *desnudo* en la expiación y cubierto de ignominia para expiar el pecado que Adán cometió en la desnudez inocente revestido de gloria; no, en toda la creación no hay un solo ser que esté tan desnudo como nuestro Señor en su Pasión.

Ved también á nuestro Señor reparando la vanidad de la sensualidad, la vanidad del cuerpo.—Adoran algunas personas sus cabellos y se empolvan la mejillas, en tanto que nuestro Señor tiene la cabeza agujereada por una corona de espinas y las mejillas salpicadas de gargajos.—Los pies, que se calzan finamente y que guían hacia el mal, y las manos que se emblanquecen y suavizan para ejecutarlo, vedlos en nuestro Señor atravesados de clavos. Como labradas por el dolor están todas las partes de su cuerpo, porque somos vanos y sensuales en todos nuestros miembros.

Observad de qué manera se efectúa una reparación digna, tomando todo lo contrario del mal y reparándolo bajo todas sus formas.

Y esa es la razón de que los Santos pasaran toda su vida mortificándose.

Todo el hombre se resume en estas tres cosas: la mente y su orgullo, el corazón y su codicia, la carne y su concupiscencia: Jesús expió estos tres males, estos tres focos de pecado.

IV. Mas si el Padre celestial ha exigido de su Hijo tamaña reparación, ¿qué será de nosotros? ¿Qué tormentos inventará contra nosotros, no ya para expiar, sino para castigarnos?

Veis, pues, en nuestro Señor lo que es el pecado; que si fuese poca cosa, no se armaría Dios con toda su justicia contra su Hijo, únicamente por haber éste aceptado toda la responsabilidad, aunque nunca lo había cometido.—Antes dejaría Dios de ser Dios, que sufrir el pecado sin castigarlo; y aunque vivieseis como Santos y haciendo milagros, como al fin de vuestra vida os quedara un solo pecado, únicamente un poco de polvo de pecado,

iríais á limpiaros de él á las llamas del purgatorio.

Dios no mira el pecado como un juego; así es que aunque somos hijos suyos y nuestro sitio está en el cielo, donde nos espera y quisiera estrecharnos en sus brazos, mientras tuviéremos un solo pecado, nos retendrá alejados de Él, si fuere menester, durante siglos.

Ahora escuchad: ¿habéis cometido un pecado mortal en vuestra vida? Pues habéis merecido el infierno. ¿Por que no estáis en él? La justicia que no castiga á los culpables, no es justicia: ¿luego Dios no es justo? Sí, pero ve á su Hijo que le suplica que os perdone. «No hiráis—dice Jesús al Padre irritado,—esperad todavía.» Y estrechándoos sobre su corazón os cubre con su cuerpo, y dice: «Quiero resucitarle, darle mi sangre para que se purifique; ¡dejadme que le salve!

Y el Padre nos perdona. La justicia detiene su carrera y, en vez del castigo, llegan á nosotros honores, y somos colmados de favores y de gracias. En esta vida puede más la bondad que la justicia; pero después de morir sucederá de otro modo.

Expiad, pues, vuestros pecados; lloradlos incesantemente; San Pedro no estuvo mucho tiempo en su pecado, y sin embargo lo lloró toda su vida. Sobre todo expiad ciertos pecados que hieren á nuestro Señor en el Corazón. Cuando se tiene un amigo, nunca se perdona uno el haberle causado un pesar.

Dios, sin duda, os ha perdonado, pero vosotros no os perdonéis. Para con Dios, que es tan bueno, seamos como el niño á quien su madre ha perdonado y que, sin embargo de eso, vuelve incesantemente á pedir perdón. ¡Tan gran pesar le causa el haber ofendido á una madre que tanto le ama!



DEL INFIERNO

Hablemos del infierno. Aun los mayores Santos se han ayudado con esta consideración, en la cual han encontrado motivos para más amar á nuestro Señor. El amor forma la santidad, pero necesita ayudarse á veces del temor, pues hay momentos en que es necesario.

I. Confieso que este asunto me aterra y que la verdad que más trabajo cuesta creer es la del infierno, y sin embargo todo el mundo cree en él: infieles, paganos, turcos y herejes, lo mismo que los católicos, todos creen en él. Los incrédulos, no obstante, ó aquellos cuya fe duerme, se espantan de esta verdad, y cuando se les demuestra, blasfeman contra Dios, y hay comarcas donde no se puede hablar del infierno sin escandalizar y alejar á las gentes.

El infierno no produce impresión saludable sino en los que aman á Dios; á los demás les sirve para insultarle más, blasfemando de su justicia.

Ahora bien: ¿cómo sucede que siendo Dios tan bueno, pueda condenar á una de sus criaturas por él formadas en el amor, á uno de sus hijos tan que-

ridos, á la eternidad del infierno?— ¡Y sin embargo, es cierto que después de la muerte ya no tiene misericordia!—Pocos son los elegidos – ha dicho;—de los dos caminos que conducen uno á la vida y otro á la muerte, el primero es poco frecuentado, y el segundo lleno de concurrencia: con que según estas palabras condenaríase la mayor parte de los hombres. Aunque no lo diese á entender el Evangelio, lo que vemos hablaría harto elocuentemente para mover á temerlo.

Pero el misterio aumenta en obscuridad; pues ¿cómo Dios, que es tan bueno, puede condenar á tantas almas al infierno por toda la eternidad?—Se ven hombres que no querrían condenar á muerte al más culpable de los criminales, y sin embargo, Dios condena sin compasión ¡y á qué muerte! ¡á qué tormentos! No obstante, la misericordia parece que subsiste aun en la otra vida, puesto que perdona á las almas del Purgatorio, á la vez que para los condenados no hay piedad, los condena y se mofa de ellos: *Subsanabo vos!*

Y, sin embargo, muchos de estos condenados le sirvieron durante mucho tiempo y pasaron por Santos en la tierra: *Subsanabo!* En ellos encuentra Dios una falta mortal: computando en nada todos sus servicios, los precipita al abismo de fuego.

¡La eternidad! ¡La eternidad del castigo, de la privación de Dios! Cuando se piensa en ello, se estremece uno de espanto! La eternidad de la desesperación especialmente, de la vergüenza, de los suplicios, hace temblar no más que de pensarlo. Compréndese que ciertos doctores enseñasen que el infierno no era eterno, porque esto repugnaba demasiado á la bondad de Dios y que, pasados mil años, se cerra-

ría; mas éste es error condenado por la Iglesia. Compréndese fácilmente que semejante error haya tenido tantos partidarios, porque responde al temor del infierno y de la eternidad de las penas y se basa en el ánimo aterrado. Mas no: la ley del infierno para siempre es desesperarse, arrancarse los cabellos, rechinar los dientes y roerse de desesperación.

La desesperación, aun en la tierra, es la más cruel de las penas y no se resiste sin un especial socorro de la gracia, en términos que los que de fe carecen, prefieren la muerte á la desesperación, de la cual se libran matándose; pero en el infierno no cabe arrancarse la vida, sino que se vive en la agonía y en las angustias de una desesperación que nunca terminará ni recibirá jamás un solo rayo de consuelo ni una gota de frescura!

Voy á presentaros una escena que quedó profundamente grabada en mi memoria y que os dará una idea del sufrimiento de la desesperación.

En 1832 trajéronme á un poseso, muy estimable persona y excelente cristiano en sus momentos de libertad. Hablaba por su boca el demonio y blasfemaba contra la duración sin fin de su castigo. Un sacerdote que presente se hallaba, le dijo: «¿A qué condiciones te sometenías para obtener en un millón de años un solo fulgor de esperanza?»—Entonces el demonio, que decía haber sido en el cielo un serafín y que se llamaba Astaroth, iluminó el rostro del poseído con siniestra claridad y nos dijo con voz en que silbaba la rabia: «Si desde el infierno al cielo hubiese una columna erizadísima de guadañas, puñales y otros instrumentos cortantes y durante ese millón de años fuese menester subir todos los días á lo alto de ella, todos lo haríamos, con tal

de poder lograr un minuto siquiera de esperanza; ¡pero todo es inútil!» Y blasfemando colérico y rabioso, arrojó imprecaciones contra Dios y nos dijo: «¡Oh cuán injusto es Dios! Vosotros los hombres habéis pecado mil veces más que nosotros, que sólo una vez hemos pecado, mientras que vosotros renováis vuestros crímenes diariamente y sin embargo de ello os perdona; para vosotros es todo el amor, y para nosotros la venganza de la justicia!» —Y arrancándose los cabellos desesperado, hubiérase dado muerte, si no se lo hubiesen impedido.

Ved además en el Evangelio á aquel infeliz rico de la tierra en el infierno. Suplicaba al padre Abraham que le diese una gota, sólo una gota de agua para humedecer sus labios abrasados.—« ¡Imposible!—responde el Señor:—existe entre vosotros y nosotros un abismo infranqueable! ¡Tú gozaste en la tierra y ahora sufres justamente!» ¿Oís esta palabra? Este hombre no había cometido ninguno de esos crímenes que castiga la justicia humana; lo único que había hecho era gozar inmoderadamente de los bienes de la tierra, y está condenado sin esperanza, sin consuelo; ¡para siempre, para siempre!

El mayor sufrimiento de los condenados no es el sufrimiento físico, sino el sufrimiento moral; su mayor suplicio está en su imaginación, en su memoria é inteligencia.

Pero, sobre todo, ¿qué no sufrirán los que durante la mayor parte de su vida obraron el bien, ó que, como el presbítero llamado Saprisa, de quien habla la Historia de la Iglesia, llegaron hasta sufrir los primeros tormentos del martirio, pero que no perseveraron hasta el fin? Esos son los verdaderos desesperados, esos son los condenados que más su-

fren... ¡Habían amado á Dios y podían perfectamente haber continuado siéndole fieles, según comprenden ahora, pues cuando servían á Dios, gozarón del sabor anticipado de la ventura eterna, de la cual ahora se miran alejados para siempre!—Siempre: porque hay tres abismos—dice el sabio—que nunca dicen ¡basta!: la avaricia, la muerte y el infierno.

La deducción que nosotros hemos de sacar es el tener miedo y operar nuestra salud con temblor y temor; pues ciertamente en el infierno hay quienes no han pecado tanto como yo. ¡Oh qué bueno ha sido Dios no hiriéndome inmediatamente después de mi pecado! Y sin embargo, lo tenía merecido, en términos que si me hubiera condenado, nada hubiese tenido que decir, como nada tiene que responder el asesino cuando le condenan á muerte; tal es la ley del Talión. Ahora bien: uno solo de mis pecados mortales ha hecho morir á Jesús; por consiguiente, yo soy su verdugo y asesino.

No faltan en el infierno gentes á quienes durante su vida considerábase como á Santos, y, con toda seguridad, hay allí sacerdotes y religiosos. Luego pudiera acontecerme lo mismo, pues eran más santos que yo.

Por consiguiente, ¡qué bueno es Dios por no haberme abandonado! Por otra parte, ¡quién sabe si perseveraré hasta lo último! esa es la gran cuestión. Cierto que ahora lo quiero; pero ¿diré siempre lo mismo?

No se aborrece bastante el pecado, y una vez cometido no se tiene suficiente valor para expiarlo como merece. Dilátase esto, diciendo: «Me confesaré cuando me ponga malo; haré un buen acto de contrición, y con esto aseguraré mi salvación.» No, no;

es un error. Nuestro Señor ha prometido venir á nosotros como un ladrón; se reirá de nosotros y desbaratará nuestros planes.

Y además, verdaderamente, ¿quién sabe si todavía no cometeré algún pecado mortal? ¿Quién sabe si, conducido por causa de la fe ante un tribunal, no seré apóstata?—Esto acontece á quien poco á poco se descuida.

Por lo demás, la sola duda es aterradora; el miedo á estas palabras: «¿quién sabe si es digno de amor ú odio?» espantaba al mismo San Bernardo.

Adoptemos, pues, los medios más enérgicos, y no nos confiemos en nuestros deseos ni en nuestras resoluciones solas, pues cuando se trata de la eternidad nunca se tiene seguridad suficiente.

¿Quién sabe si no estoy ya en movimiento descendente, si no marcho inclinado hacia la pendiente del pecado mortal?

Para saberlo, examinad vuestras más comunes tentaciones y vuestros pecados veniales, pues éstos son los cordelillos con que Dalila ataba á Sansón antes de conocer su secreto. Levantábase él entonces y los quebraba sin trabajo; pero un día dejóse atar por completo, y ya conocéis su término desgraciado.

Hay ciertos pecados veniales y determinadas tentaciones que terminan casi siempre en pecado mortal.

Tales son, en primer término, las tentaciones de impureza; pues, como dice San Alfonso de Ligorio, quizá no haya un condenado que no lo sea, ó á consecuencia de impureza, ó por pecados de ella.

Vienen en seguida las tentaciones de orgullo, sobre todo del orgullo espiritual y satánico que siempre lleva á la apostasía.

Vigilad tocante á éstas y mirad al extremo de ellas el infierno, con lo cual podréis recapacitar y convertiros acaso.

Si por un lado la vista del infierno y por otro la contemplación del amor inmenso é infinito que Dios nos tiene no nos impresionan, es que corremos á nuestra eterna perdición. ¡Que se presente una ocasión, y todo habrá acabado para nosotros!

Bien sé lo que se suele decir para excusarse uno ante sus propios ojos: «Yo pertenezco al Santísimo Sacramento, vivo con Jesús, mi Salvador, ¿qué puedo temer?»

—Pues también Judas vivía con Jesús.

—Pero yo amo á Jesús sacramentado.—También Judas amó al principio á nuestro Señor, pero poco á poco llegó la tibieza á extinguir aquel amor, y entonces se hizo sacrílego y verdugo de su Maestro.

En el Calvario había dos ladrones: el uno fué Santo, según declaración del mismo nuestro Señor; el otro fué un réprobo.

Vivir con Jesucristo en presencia de su gran Sacramento de amor, lo es todo para quien á toda costa desea salvarse; mas esto sólo consigue agravar el castigo de los que aun así se condenan, pues entonces caen del cielo como los ángeles rebeldes, y ruedan con ellos hasta el fondo del abismo, donde tienen suplicios más crueles y tormentos escogidos: *Potentes potenter tormenta patientur.*





LA MISERICORDIA DE JESÚS

Meditemos acerca de la bondad de nuestro Señor en perdonarnos.

I. Mucho le hemos ofendido, tanto que los días de nuestra vida son mucho menos numerosos que nuestros pecados, pues cabe ofenderle con cada uno de los pensamientos, y aun mezclar el pecado con las buenas obras. Así es que fuera cosa de desesperarse por haber pecado tanto y sentirse todavía tan inclinado al mal, si Dios no fuese infinitamente bueno.

¡Y si al menos no le ofendiésemos sino á causa de las pasiones de nuestra maligna naturaleza! Pero no, sino que de sus gracias, de sus dones, de Él mismo, de todo nos valemos para pecar; quiero decir cuando nos enorgullecemos por las gracias de nuestra vocación ó de nuestro sacerdocio. Estas faltas le producen doble pesar, porque nuestra malicia es tanto mayor cuanto son más excelentes las gracias de que abusamos; además de que nos consideraba como amigos y ya sabéis cuántó hacen padecer las heridas causadas por un amigo.

La malicia del que abusa de las gracias escogidas de Dios es tan grande, y se comprende que sea tan

acredora á su venganza, que la mayor parte de los que cayeron después que la bondad de Dios los colmó de bienes privilegiados, persisten en el mal, no tanto porque lo aman, como porque desesperan de conseguir el perdón de un pecado tan grande como el suyo. Por lo demás, todo pecador necesita no considerar á Dios sino desde el aspecto de su misericordia; pues mirando sus otros atributos, su santidad, su majestad y sobre todo su justicia, siéntese oprimido.

En cambio, ¿quién podría no mirar confiadamente á Jesucristo, tan bueno y misericordioso, que es la misericordia encarnada? Los pecadores llegábanse sin recelo al Salvador, decíanle sus crímenes, expresaban su arrepentimiento, y eran al punto perdonados.

Por bueno y santo que un hombre sea, causará temor, y el confesarle una falta nuestra producirá vergüenza, pues sentimos que su santidad nos condena, supuesto que hubiéramos podido perseverar como él; mas á Jesús se dirige uno sin miedo, porque es el Salvador, el médico que tan sólo ha venido para los que estaban caídos, y en Él no se percibe la mirada del hombre y mucho menos la del acusador ó del juez: es enteramente la misericordia en acción.

¡Jesús está amasado, hecho completamente de misericordia! Anunciándolo San Pablo, tenía mucha razón en decir: «La bondad y misericordia de nuestro Dios se ha manifestado en Jesucristo, el Salvador.» La misericordia es la forma de sus pensamientos, miradas, palabras y de todos sus actos; se afana porque sólo le vean revestido de misericordia para que todos los pecadores, aun los más culpables y endurecidos, acudan á Él. En las Catacumbas, nues-

tros padres, que con Él habían vivido, representábanle en la figura de Orfeo que con los acordes de su lira encanta á las fieras, las atrae y cautiva, las retiene á sus plantas.—Así atraía nuestro Señor á los pecadores, que le rodeaban, contento por verse en medio de ellos, á quienes con sus palabras de bondad conmovía, volviéndolos á la vida: «¡Yo sólo he venido por los pecadores y para las ovejas extraviadas!»

Cuidaba mucho de que por ninguna circunstancia se desnaturalizase este carácter de su misión; por eso, cuando los hijos de Zebedeo querían castigar á una ciudad culpable de no haber querido recibirlos, Jesús los reprende con severidad. «¡No conocéis el espíritu que os anima!»

Y frente á la malevolencia y las calumnias de los fariseos, lo afirma elevadamente: «No son los sanos, sino los enfermos, quienes tienen necesidad de médico.»

Tal es su misión: perdonar, salvar, obrar con misericordia; y fué enviado por su Padre, según dice San Pablo, para mostrar á los siglos todas las superabundantes riquezas de su bondad y misericordia.—Jesucristo deja de existir si suprimís en su carácter la misericordia.

Tampoco quiere otra cosa en la institución de la Iglesia y del sacerdocio, que perpetuar para siempre su misericordia, y así, no han quedado los sacerdotes para dar á los justos certificados de virtud, sino para absolver y consolar á los pobres pecadores.

Tal es nuestro Señor; ahora estudiad las misericordiosísimas circunstancias del perdón que á los pecadores concede.

II. Nos aguarda.—La justicia, so pena de mos-

trarse débil, requiere que se castigue á raíz de cometida la falta; mas Jesús, como el viñador del Evangelio, pide una prórroga. «Tened paciencia — dice Jesús á su Padre próximo á castigar; — amo á ese pobre pecador, quiero salvarle, y á fuerza de cuidados le volveré á la justicia y á la vida; deseo convertirle en florón de mi corona de Salvador!» Y enlazándole entre sus brazos, pára los golpes asestados contra él.

Nos espera, y, aun cuando moramos en el mal, nos colma de beneficios, por lo cual, engañándose muchos pecadores, hallan en ello ocasión de pensar que su pecado no causa mucha pena á Dios, supuesto que no lo castiga; siendo así que cuando el convertido mira hacia atrás, asómbrase de que Dios haya sido tan bueno que nos haya dado tiempo para convertirnos. —Así espera su misericordia, que es paciente hasta el exceso.

Pero ¡qué digo! Para el pecador tiene bondades mayores que las que le dispensaba cuando seguía el camino recto.

Muchos se escandalizan por esto y dicen: «Dios olvida su dignidad»; pero debieran pensar que su bondad se antepone á todo.

Ha dicho Jesús que por una sola oveja extraviada dejaría las noventa y nueve restantes, y que más gozo habría en el cielo por la vuelta de un pecador que por la perseverancia de noventa y nueve justos.

¡Ay! Verdaderamente es muy necesario que nuestro Señor muestre más condescendencia respecto al pobre pecador que en cuanto al justo, porque más lo necesita.—Está en el fondo de la hoya, y con gran necesidad de que bajen hasta él para sacarle de ella.

¡Oh cómo desea Jesús la vuelta del pecador, y

cuánto sufre por tener que esperarle! Preséntase á él, solicita y atormenta su corazón hasta que le gana nuevamente, como una madre que llora á su hijo le persigue con sus lágrimas y ternura para hacerle salir de un mal camino.

Puede decirse que si Dios no fuese infinito é infatigable en su acción, la sola busca de los pecadores absorbería su felicidad y poderío. Nuestro Señor durante su vida se ocupó únicamente en perseguirlos, y siempre le tenía triste el pensamiento de ellos, por cuya desgracia lloraba muchas veces, sin que le consolara toda la bondad de los justos, ni aun la santidad de María. Ahora ruega y vela por ellos, manda en su busca á los ángeles y pone cielo y tierra en movimiento por salvar á un pecador.

Dícese á veces que basta el ser impío para vivir mucho tiempo.—Así pudiera creerse viendo la dilatada paciencia de Dios en cuanto á ciertos impíos; aparte de que el Espíritu Santo ha dicho: «El justo muere en medio de sus buenas obras y el impío vive mucho tiempo en su malicia.» Es que los aguarda para convertirlos, dejándolos que amontonen crímenes sobre crímenes, á fin de formar con ellos los trofeos de su misericordia, pues ama las grandes sacudidas de la gracia, y los milagros de conversión que originan los días de fiesta y misericordia, los días de júbilo del cielo.

«Dios nos espera para apiadarse de nosotros.» Cada hora de esta espera es un nuevo perdón, una creación nueva de misericordia de que somos objeto, supuesto que la justicia apremia con instancia y pide constantemente nuestra muerte, cuya dilación no puede permitir; pero aunque cada minuto de nuestra vida le pertenece y bastaría uno para nues-

tra muerte, la misericordia arranca de manos de la justicia nuestra sentencia, y de este modo nos crea perpetuamente una nueva vida.—¡Oh! ¡De cuántas acciones de gracias somos deudores á la divina misericordia! Lo que más afecta á los pecadores es que Dios los haya aguardado: «¡Cómo! ¿Me ha conservado esta vida que yo empleaba toda en ofenderle?» ¡Y vierten lágrimas de reconocimiento!

Mas ¿qué decir de su bondad en recibirnos y perdonarnos? ¡Oh! ¡Verdaderamente es harto grande la misericordia de Dios!—Si duramente reprendiese nuestras faltas y nos impusiera penitencias públicas, como solía la Iglesia en los primeros siglos, aun así sería excesivamente bueno perdonándonos á este precio.—Pero nada de reproches; no nos habla de nuestra ingratitud ni crueldad, oculta su justicia y la obliga á callar, para mostrarnos sólo su Corazón, sobre el cual nos aprieta, tomándonos en sus brazos como el padre del Pródigo, y tiernamente nos abraza con lágrimas de alegría. No responde á acusaciones que contra nosotros se formulan ó, mejor dicho, responde de esta manera: «Devolvedle su primera vestidura, ponedle en el dedo el anillo de oro, y regocijémonos porque mi hijo había muerto y ha resucitado.»

El mundo hace esperar á los que solicitan su gracia; mas Jesús sale á nuestro encuentro, y hasta nos da la esperanza, con que no nos atrevíamos á contar, á la vez que nos anima á la confianza, haciéndonos renacer á la vida.—En la vida de un pecador, el momento más dulce de todos, el más conmovedor y que hasta lo último le moverá á verter lágrimas de felicidad, es el de su conversión, en que Jesús, haciéndole sentir que quedaba perdonado, le dijo: «¡Vete en paz!»

Entonces sale de la agonía, resucita del sepulcro, renace á la vida. Trabajo ha costado la confesión; pero una vez producida, sólo causa alegrías análogas á las de la madre que ha dado á luz á su primer hijo, sin exigir otra cosa que el ponerse de rodillas, y que llorando se clame: «Señor, he pecado; no soy digno de perdón.» Y entonces el Señor no se detiene y lo perdona todo.

Mirad de qué manera sabía perdonar durante su vida nuestro Señor.—Allí está la mujer adúltera, sin que Él le eche nada en cara, sino que humilla á sus acusadores, los ahuyenta; ni siquiera la mira para no avergonzarla, y la despide absuelta.

Y á Magdalena, muy lejos de reprenderle sus desórdenes, alábala, la defiende y la corona con esta hermosa expresión: «Ha amado mucho.»

Así es que ahora, el heredero de su misericordia, el ministro de Jesucristo, sólo una palabra tiene que decir al pecador arrepentido: «¡Ve en paz! Perdonado quedas para siempre.»

Porque no conoce límites la misericordia del Señor, que asegura que no volverá á acordarse nunca de nuestros pecados, los cuales arrojará á sus espaldas en lo profundo del mar; de modo que, aunque estuviésemos enrojecidos como la escarlata por los crímenes, su misericordia nos tornaría blancos como la nieve.

Pone su gloria la misericordia divina en destruir el cuerpo del pecado, y en obrar con tal eficacia que, lo que una vez borró, así queda para siempre. Tan poderosamente obra, que creá en nosotros un nuevo corazón, una mente nueva, un nuevo ser, y que si un pecador torna á sus crímenes después de haberse convertido, no será juzgado sino tocante á los pe-

cados cometidos después de su nueva caída, y no por los que ya le fueron perdonados.

¿Cómo así, cuando es más ingrato y culpable?— Cierto; por eso se le castigará conforme al grado de su ingratitud, mas no por los pecados que borró la divina misericordia.

¿Qué más puede hacer por los pecadores la bondad de Dios? ¡Pudiera originarse la tentación de creer que se halla en connivencia con ellos, al mirar la bondad con que los trata! Ocúltalos nuestro Señor bajo su manto, cúbrelos con su sangre, introdúcelos en sus llagas como en puesto seguro contra la justicia irritada, lo mismo que una madre escondería á su hijo de las persecuciones de la justicia humana, aunque hubiese atentado contra la vida de ella, porque ante todo es madre: de igual manera Jesús es Salvador antes que todo.

Al perdón que nos otorga agrega Jesús gracias de inefable dulzura, pues nos quita el recuerdo penoso de nuestros pecados y, en vez de conservarnos en un sentimiento de pesar continuo, disminuye el dolor, devuelve la confianza, da la paz y la alegría, en términos que quien vergonzoso y llorando se confiesa, levántase tan feliz después de la absolución, que profundamente se asombra.

En el mundo, el que sale de la cárcel nunca desecha el deshonor y mala fama que ella causa; mas Jesús rehabilita á los que perdona, trátalos como si nunca le hubiesen ofendido, y muchas veces los más grandes pecadores llegan á ser los mayores Santos.

Por eso San Pablo, para gloria de la misericordia, escribía que había sido blasfemo y perseguidor, el mayor de los pecadores, y sin embargo nuestro Señor le llama vaso suyo de elección.

En cambio de su triple negación recibió San Pedro la triple corona de su tiara. También en el perdonar nuestro Señor se manifiesta Dios.

Y aun á nosotros, después de nuestros pecados, ¿no nos ha honrado con el sacerdocio y con la vida religiosa, con gracias escogidas y de honor? ¿No nos corona de honor y gloria, y nos rodea con el escudo de su privilegiada benevolencia? Todo lo ha olvidado; olvida hasta nuestras miserias presentes, y que, á pesar de tanto amor, le ofendemos todavía.

¡Pero á nosotros toca no olvidar! Formen nuestra vida la gratitud y el amor á tanta misericordia, sobre la cual únicamente nos fundemos, pues que, merced á ella, no hemos sido, como tantos otros, condenados para siempre: *Misericordia, Domini, quia non sumus consumpti.*





LA FAMILIA

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Ya casi no se emplea la palabra familia para designar á los sirvientes de una persona, sino que se la concreta á los miembros salidos de una misma sangre ó á los afines; pero la Iglesia le ha conservado esta significación, y en Roma la familia pontificia comprende á todos los que, en concepto de servidores, están agregados á la persona del Padre Santo.

Ahora bien; nos ha llamado nuestro Señor para que seamos sus servidores, sus familiares; hemos venido para servir á su divina Persona, con exclusión de toda otra ocupación. Comprended bien esta condición esencial de nuestra vocación.

Todos los cristianos son servidores de Dios, pero unos le sirven en el mundo según la ley de los mandamientos, conservando para todo lo demás su libertad; dan á Dios la intención y se reservan la acción, y con tal que la intención refiera las acciones de ellos á un fin bueno, aprobado por Dios, pueden trabajar conforme á sus intereses y según sus gustos:

tienen un fin mixto y trabajan para sí mismos, á la vez que para el cielo, y nada más legítimo. Sólo en ciertos instantes, cuando se trata de la salvación, Dios les manda que le prefieran á los intereses de ellos, y esto ocurre cuando estos intereses pudieran oponerse á su salvación; pues llegada esta ocasión, deben sacrificarlo todo para permanecer fieles á Él.

Pero nuestro Señor escoge en el mundo otra clase de servidores que hacen profesión de no trabajar sino por los intereses de Aquél, y son los religiosos, que reemplazan á los setenta y dos discípulos y á los doce Apóstoles que entre todos eligió durante su vida.

Ahora bien: entre los religiosos unos hay que se alistan en su misión, otros se agregan al servicio de su Persona; los primeros son para difundir su doctrina, los segundos para servirle como á un Rey ó á persona principal. Porque nuestro Señor vive todavía entre nosotros, está en el Santísimo Sacramento para ejercer su realeza y su sacerdocio, y allí es Dios y Hombre. ¿No reclama esta presencia un servicio especial, una corte, una familia cuya sola ocupación sea servir á este gran Rey?

Pues bien: esto es lo que se propone la Asociación del Santísimo Sacramento. Nuestro Señor le ha conferido, por conducto de la autoridad de su Vicario, este fin propio y especial, el de servir á la persona de Jesucristo, de vivir á su alrededor, de componer su corte y acompañamiento, de manera que nunca nos separemos de Él y que nunca se manifieste sin estos servidores, cuyo único objeto es seguirle y servirle.

Él nos ha llamado á entrar en esta familia de sus domésticos, y vosotros habéis venido, prefi-

riendo este noble y hermoso servicio á todos los empleos á que hubierais podido dedicaros para su gloria en su Iglesia; pero aquí todo es para Él; todo por Él y todo de Él; para Él solo debéis trabajar, y dejar para todos los demás los restantes empleos, sin vivir más que de Él y no de vuestro celo y vuestras obras; perdéis vuestro nombre y vuestra personalidad, así como un doméstico, cuando entra á servir á su señor, vuélvese propiedad de este dueño y se pone su librea. Prometido lo habéis, acaso sin saber hasta qué punto os comprometíais: ahora reflexionadlo bien.

Este servicio entero y absoluto ha sido la condición de vuestra admisión, y debe ser la ley de vuestra vida; la perfección de vuestra santidad está en servir; vuestros talentos, virtudes, cualidades y sacerdocio, todo debe confundirse bajo ese nombre de servicio y no ser sino actos de él, pues no sois más que servidores, domésticos, individuos de la familia de nuestro Señor en su Sacramento real.

De buen grado diré que la manera con que place á nuestro Señor que seamos de Él, es semejante á la de los Apóstoles, que también eran, mejor aún que los setenta y dos discípulos, la familia viviente de nuestro Señor en el mundo; sólo que, además de que el servicio personal cesó para ellos al morir nuestro Señor, porque entonces tuvieron que esparcirse para anunciar su reino y fundar la Iglesia, hay entre su servicio y el nuestro otras diferencias que es bueno consignar para que se comprenda mejor cuánto nos quiere nuestro Señor para Él, exclusivamente para Él en su vida eucarística, que sólo con el mundo ha de acabar.

II. Los Apóstoles seguían á nuestro Señor para

ser instruídos por Él, pues eran discípulos de sus ejemplos y doctrina, de los cuales debían penetrarse para repetirlos á la Iglesia y predicarlos por todas partes.

Nosotros no venimos para ser instruídos, sino para servir á nuestro Señor; sólo venimos para darle todo cuanto tenemos y somos; para Él venimos, y no para nosotros. Cierto que habrá de instruirnos y hasta enseñarnos el modo de servirle, porque ¿quién sabe algo que no lo haya aprendido de la gracia de Jesucristo?—Lo que yo quiero decir es que el fin primero y dominante de nuestra vocación no es venir para adquirir algo, sino para ocuparnos en servir á Jesucristo.

Los Apóstoles seguían las más veces á nuestro Señor en sus misiones, tanto á Jerusalén como á las aldeas de Judea y Galilea; pero en ocasiones Jesucristo se apartaba de ellos y los mandaba también de misión lejos de Él.

En cuanto á nosotros, no podemos separarnos ni un instante de nuestro Señor; es decir, que la Asociación debe estar siempre con El mediante algunos de sus miembros, so pena de faltar á su fin; porque nuestro Señor no puede ser expuesto sin adoradores, y sus adoradores obligados somos nosotros. Así como en el cielo hay ángeles que nunca han sido enviados á la tierra, sino que de continuo rodean el trono de Dios, así debemos cercar siempre su trono eucarístico, pues sólo para eso estamos; de suerte que si la Eucaristía llegase á faltarnos y la exposición no pudiera efectuarse, la Asociación perdería su razón de ser, porque su fin esencial habríase destruído.

Los Apóstoles eran alimentados y mantenidos por

nuestro Señor, y ellos no le alimentaban, sino que este buen Maestro les proveía de lo necesario y con frecuencia hasta los servía.

Mas nosotros le alimentamos y le mantenemos, ya que tenemos el privilegio de darle un trono y adornarle; pues estas flores y luces que de continuo deben adornar su trono y que son como la rica colgadura que quería en el Cenáculo, nosotros se las traemos, y si poseemos algo es en primer lugar para Él, contentándonos con lo que le sobra. Así le damos el medio de manifestar su realeza y de cumplir solemnemente su oficio de Mediador entre la tierra y el cielo y de Embajador de la Iglesia cerca de su Padre.

A esto debemos añadir el ornato interior, la nutrición espiritual, porque nuestro Señor quiere este culto todavía más que el otro; quiere ser alimentado con nuestros actos de amor, fe y reparación; para él son todas nuestras virtudes, y no para nosotros, que debemos ofrecerle todos los actos y méritos de ellas, puesto que es señor y propietario de nuestras almas, y todas las acciones de un sirviente son para su señor.—Si no damos á nuestro Señor este alimento espiritual, le privamos de aquello á que se halla más asido, porque nuestras almas son lo que quiere sobre todo. También espera de nosotros su gloria, que debemos procurarle por cuanto podamos hacer, sobre todo por la fidelidad y el recogimiento en su servicio, porque el buen comportamiento de los servidores cede en gloria de su dueño.

Aquí tenéis en qué difiere del de los Apóstoles nuestro servicio respecto al Señor, sin embargo de lo cual nos ofrece las principales ventajas de aquél, si acertamos á recogerlas: oid cuáles son.

III. Los Apóstoles llegaron á ser los amigos y confidentes de nuestro Señor, que no tenía secretos para ellos: «Os llamo mis amigos, y no sólo servidores míos, puesto que todo cuanto de mi Padre he aprendido os lo he dado á conocer.»

Relata el Evangelio algunas de estas confidencias que hacía únicamente á ellos, que aunque sin duda recibieron muchas otras, guardáronselas para saborearlas en su corazón.

Pues bien: ¿no nos revela nuestro Señor sus secretos en la vida de adoración?—Si no los entendéis, vuestra es la culpa, por no escucharle; pero tenéis á ello un derecho real que proviene de vuestra familiaridad con Jesús. En cuanto á los secretos que quiere comunicarnos, más dulces son y más íntimos que aquellos mismos que confió á los Apóstoles, porque aquí se verifican de corazón á corazón, sin pasar por los sentidos. — Muchos de estos secretos permanecieron ocultos para los Apóstoles hasta la Pentecostés, pero habiendo venido el Espíritu Santo que se extiende sobre la Eucaristía y habita en este Cenáculo de amor, nada puede retardar el que se nos abran todos los secretos de nuestro Señor, nada que no sea nuestra propia infidelidad.—Pero si fuésemos fieles, recibiríamos más íntimas comunicaciones que los Santos, pues cuando se habita con alguno, siempre se acaba por saber todo lo que piensa; lo que únicamente se necesita es una fidelidad continua é insistente. Hay que perseverar en la unión con Él. Santa Magdalena de Pazzis se dispuso una celda en la tribuna de la iglesia con el objeto de no separarse nunca de nuestro Señor: así es como los Santos acabaron por saber todos los secretos de su Corazón.

Sed interiores, asiduos en la conversación con Jesús, y sabréis sus secretos. La cohabitación concluye siempre por vencer todas las resistencias, así en lo bueno como en lo malo.

Mucho tiempo estuvo Sansón sin revelar su secreto; pero tomó mujer entre los filisteos, y como la costumbre de vivir juntos disipa todos los velos, dejóse poco á poco sorprender, y de ello se originó su perdición.

Si fuésemos hombres de bastante adoración, tocaríamos como con el dedo el corazón de nuestro Señor y leeríamos en su alma. ¿No sentís nada cuando, preparados y purificados por algunos sacrificios, venís á la adoración? ¡Qué pronto pasa entonces la hora! Es el Tabor en que Jesús se revela á vuestra alma silenciosa, y enajenada de alegría y felicidad; entonces no tenéis necesidad de palabras, pues Jesús os habla bastante; vosotros nada decís, y oráis de un modo sublime.

En eso consiste vuestro lote de adorador: ¿por qué no lo explotáis más? Por lo cual os digo con frecuencia: orad por vosotros mismos, por vuestras gracias y vuestros corazones de adoradores; dejad, por consiguiente, un poco todos esos libros de devoción, á no ser que el sueño ó la pereza os impidan orar. Aprended vuestro oficio, cuál es vuestro derecho de adoradores y acercaos á nuestro Señor valiéndoos de vuestro título y condición de familiar de la casa.

Los Apóstoles fueron además los herederos de nuestro Señor, pues de él recibieron el precio de la redención para distribuirlo por el mundo, los frutos de su sangre, sus Sacramentos, el poder de su palabra, la infalibilidad de su doctrina y la gracia de sus milagros, y hoy son los herederos de su gloria en el

cielo.—Pero también fueron los herederos de sus padecimientos y de su muerte.

Digo que nuestro Señor quiere darnos todo esto en orden á nuestra vocación. No tenemos que conquistar el mundo para la fe; nuestra misión se relaciona con el estado sacramental de nuestro Señor. Debemos ser los apóstoles, ministros é instrumentos de la Eucaristía, y así como los Apóstoles recibierón la gracia de predicar la cruz, nuestro Señor nos da la gracia de predicar la Eucaristía, que debe ser nuestro centro de vida, nuestro poder de acción y de apostolado. ¡Sería de desear que si prensasen á un religioso del Santísimo Sacramento, la presión diese por resultado una hostia!—Nuestras gracias eucarísticas son en primer lugar para nosotros, y después para el *mundo*: *por eso* exponemos al Santísimo en las ciudades para que le vean y acudan á adorarle.

Debemos predicar la Eucaristía con nuestros escritos, obras y palabras, y nadie debe hablar de la Eucaristía mejor que nosotros, que somos sus religiosos. ¿Quién habló mejor de nuestro Señor que los Evangelistas? ¡Como que habían vivido con Él!

Pues bien, nadie debe hablar más ni mejor que nosotros de la Eucaristía, sin que convirtamos esto en título de gloria, porque es nuestro oficio, y espero que así sucederá.

Yo no comprendería que un religioso del Santísimo Sacramento quisiese sobresalir en otra ciencia que en la de la Eucaristía; pues nuestro estado es la Eucaristía; y si no sabemos aplicarla á todo, no tenemos la ciencia de nuestro estado.

¿Se desconoce la Eucaristía y no la predican? Quéjanse de ello los fieles, y aguardan á los que ha-

brán de distribuirles esta palabra de verdadera vida. Si no se la predica, es por que el corazón no la conoce; si los predicadores la adorasen más, más también la predicarían, y sin embargo, no hay salvación sino en Jesucristo presente entre nosotros.

En cuanto á los que no sois presbíteros, hermanos míos, pero que sin embargo sois también adoradores, debéis conversar unos con otros del Santísimo Sacramento y de lo que se refiere á su honor; hablar de él en presencia de los extraños, predicarle en cierto modo en vuestras conversaciones: ¿qué artífice no habla siempre de su arte? Como San Pablo no quería saber más que á Jesús, y á Jesús crucificado, así todos nosotros no debemos saber otra cosa que el Santísimo Sacramento; pues no siendo así, no estaríamos en la plenitud de nuestra gracia. Recordad que estáis llamados á incendiar los cuatro ángulos del mundo con la centella ardiente de Jesús expuesto en los altares.

¿Y los milagros? Los haréis espirituales, pues curaréis las almas con la virtud de la Eucaristía. ¡Oh cuán poderosa es para conmover, convertir y ganar las almas más alejadas de Dios! Pero aprended á aplicarla, enseñad su bondad, haced salir de ella el jugo saludable y toda su virtud para curar con ella las almas, ya que en la Eucaristía tenéis el remedio único y supremo, como dice la Iglesia en la poscomunión de la fiesta de Santa María Magdalena.

También tenéis á nuestro Señor para curar los cuerpos, pues ungüento divino es que sana todas las llagas. ¿No se escapaba de su santa humanidad una virtud que curaba toda languidez? Bastaba tocarle para quedar curado. Pues bien, su poder no ha

disminuído, y su contacto es siempre saludable de igual modo.

¿Os diré yo que esta lamparilla que arde delante del Señor nunca ha dejado de curar á los que en sus enfermedades se han untado con su aceite, que es fe y amor?...

Dios nos libre de esos milagros en que se ve la mano del hombre, pues entonces convendría escondernos, por temor de que se nos adorase más que al Maestro. En cambio, si tenéis fe en Él, haréis milagros por Jesucristo, por su Sacramento, pues hay que obligar á nuestro Señor á que se manifieste gloriosamente, á fin de que todos sepan bien quién es el que por mayor amor se oculta tras esos velos.

Dios nos preserve también de esos predicadores reales é ilustres, capaces de llenar el mundo con su fama; pues tales personas permanecerían extrañas á la ciencia del Santísimo Sacramento y balbuciendo hablarían de la Eucaristía.

La ciencia del Santísimo Sacramento bastará siempre á vuestras predicaciones, pues nunca se agota. Estudiadla, servidla bien, amadla generosamente y todo lo hallaréis en la Eucaristía: la palabra de fuego, la ciencia y los milagros.

Sí, también los milagros.—Nadie ha sido hasta ahora recomendado al Santísimo Sacramento que no haya recibido la gracia que solicitaba: nuestro Señor cumple su palabra.—El primer día que le pusimos sobre su trono le pedimos que lo que había concedido á Salomón para el templo, se dignase concederlo á sus santuarios, á fin de conseguir que le conocieran y atraer á Él todo el mundo.

Le hemos dicho: «Honrad este lugar con la manifestación de vuestra gloria y bondad para que todos

acudan á él, y haced que ninguno de los que allí entraren á solicitar una gracia, se aparte sin ser atendido.» Por lo que á mí toca, todavía no conozco una repulsa de nuestro Señor.

Por último, los Apóstoles recibieron la promesa garantizada del reino de los cielos: todos murieron mártires. Pocos han sido los mártires del Santísimo Sacramento, tales como el joven Tarsicio, en los primeros siglos, y los mártires de Gorcum; mas espero que los habrá.

De cualquier modo, habrá mártires de amor. Mi idea es que debemos morir sobre el reclinatorio, á los pies de nuestro Señor; pues el que caiga ahí será bien acogido en el cielo, donde al entrar no hará otra cosa que cambiar el servicio de gracia en la fe por un servicio de gloria en la plena posesión. ¡Cuán dichosos debemos ser, por consiguiente, con vocación tan santa! Nosotros reemplazamos á sus Apóstoles alrededor de su Persona, y parece que recibimos mayor cantidad de gracias y que es mayor la efusión de bondad. — Estamos agregados á Él como servidores, sin los cuales no da un paso, pues en su amor ha decidido depender de nuestros cuidados y presencia.

Enseñaba San Pedro á los judíos el Calvario, humeante todavía con la sangre de Jesucristo, y nosotros mostramos el Santísimo Sacramento, lleno de vida y de amor para los hombres, y lo damos á todos.

Los Apóstoles no podían mostrar como nosotros la Eucaristía, y hasta la ocultaban entonces á causa de las persecuciones, pues no era llegado su tiempo. Había que conquistar el mundo por la cruz de Jesucristo antes de levantarle un trono donde reinar. Pero hoy quiere manifestarse y reinar en todos la-

dos: es que se inaugura la edad de la Eucaristía. ¡Ah! Pedid al Santísimo Sacramento la propagación del reino de Jesucristo; rogadle que se forme servidores y apóstoles para su reino de amor, á fin de que pronto sea conocido, amado y servido de todos. *Adveniat regnum tuum!*





EL AMOR

PRINCIPIO DEL COMBATE ESPIRITUAL

¿Qué es necesario hacer para ser enteramente de nuestro Señor y progresar en su servicio?

Responderé con una palabra: hay que combatir por amor en favor de Él, y con la energía de este amor, contra todo lo que se oponga á su reino y vida en nosotros.

I. El hombre encuentra dos leyes frente á él: el amor de Dios y el amor de sí mismo: estos dos amores se hacen interminable guerra, y hay que obedecer á uno de los dos; es preciso elegir entre uno ú otro: la indiferencia es imposible.

El hábito de una vida virtuosa no acaba el combate.—Somos como una balanza; mientras más nos santificamos y nos elevamos hacia Dios, más combatidos somos por el amor propio y atraídos hacia abajo.

Habéis escogido el amor de Jesucristo; pues bien, es necesario que sea vuestra ley, vuestro modelo, vuestro centro, vuestro fin. Para vivir para Él, hay que vivir de Él y por Él.

Esto pide que nos constituyamos en guerra contra el yo humano, contra el amor de sí mismo; necesitamos revestirnos de la fuerza del amor divino, más fuerte que la nuestra, contra nosotros, contra todo; si bien hay que saber regular y dirigir esta fuerza, es preciso combatir con valor y adiestrarse en emplear los mejores medios.

¿Cómo tendremos la fuerza? Por Jesucristo: *Omnia possum in eo qui me confortat.*

Esta fuerza ha de ser continua, de todos los instantes, nunca en reposo; jamás se mata al hombre viejo; cabe encadenarle y detenerle en una ú otra de sus concupiscencias, pero reaparece en las otras; siempre hay que volver á comenzar, se requiere de continuo una vigilancia nueva.—Los que no arrancan de este principio son ya vencidos por una falsa paz.

La fuerza consiste en el amor de Dios: *fortis ut mors dilectio;* es menester amar á Jesucristo soberana, universal y absolutamente, sin colocar nada sobre Él ni en la misma línea. Esto reclama un sacrificio total de nuestro amor propio, que dice siem pre: «¡Yo! ¡Para mí!»—Por nuestra parte, podemos decir: «¡Nuestro Señor! ¿qué quiere nuestro Señor? ¿Qué no quiere?» Conocido esto, debe bastarnos para obrar; su voluntad, su gloria, su gusto: ahí tenéis nuestra ley, nuestra consigna; y cuando se observa bien, la consigna asegura la victoria.

II. El primer combate que hay que sostener por la fuerza del amor de Jesucristo, es en el espíritu; querer ó no querer, determinarse interiormente, colocar uno su alma en la desafección ó en la adhesión, todo procede de allí; el combate en la acción es sólo secundario, y depende del resultado de ese primer com-

bate interior. Dios es espíritu, y nuestra alma, hecha á su imagen, es en nosotros lo principal, el principio motor y soberano; así es que sus actos son los más importantes y los que son premiados ó castigados, porque las buenas obras á que no corresponde una intención pura, son nulas delante de Dios. Lo que Él pide especialmente es el don y la sumisión de nuestra alma á su ley, y por esta razón el demonio se dirige constantemente á la voluntad interior, intentando cegarla y debilitarla cuando no puede corromperla por completo.

Sobre todo, el orgullo y los siete pecados capitales son espirituales, y si no los rechazamos en nuestro espíritu, somos perdidos, porque el espíritu es quien dirige la vida y es punto de partida de sus hechos.

Así, pues, vigilad sobre vuestros pensamientos y la imaginación que los prepara; pero especialmente sobre vuestros pensamientos, aun aquellos que, teniendo un objeto loable, os dejan, sin embargo, no sé qué mal definida inquietud.—¡Velad! Porque en los combates de espíritu, en que la sola morosidad, la mera detención voluntaria es una derrota, pronto es uno cogido: basta un instante para ser vencido, igual que para vencer.

Sabed, pues, decir sí ó no; nada de examen ni vacilación; no seáis de esos ánimos lentos, nebulosos, cenagosos, que quieren ver hasta dónde irán sus malos pensamientos; que quieren analizar el mal y no pararse sino donde es grave, y que sólo se despiertan cuando ya están heridos. Las almas delicadas sienten el mal á la primera mirada, y eso es lo conveniente; porque cuando un pensamiento consigue andar por vuestra mente, ya estáis vencidos.—Quiérese saber lo que será; de buena gana se le sabo-

rearía un poco. ¿El mal completo? ¡Oh, eso de ninguna manera! Mas sí llegar hasta el último límite próximo á él; algo parecido al estado de una persona que no quisiera deshonrarse, pero que se dejara lisonjear y quisiera saborear hasta qué punto la aman, pues con eso ya está perdida.

Con semiconsentimientos y medias miradas jugamos con el mal: ¿por qué asombrarnos entonces de que siempre nuestra conciencia se encuentre turbada? Por lo tanto, fijad bien en vuestra memoria que los pecados más frecuentes son los de la mente, de imaginación, de orgullo, de vanidad, de impaciencia ó de sensualidad interior, pues casi no tenemos ocasión de pecar materialmente, aparte de que hasta ese extremo no querríamos llegar.

Si nuestras adoraciones están tan mal hechas y nada experimentamos en ellas, es porque nuestra pobre mente se halla abrumada de todos los pensamientos naturales, humanos, frívolos ó malignos que le dejamos tener habitualmente; no tiene fuerza ni valor para mirar al cielo.

III. El segundo combate es el del corazón.—El corazón es una facultad ciega que fácilmente se adhiere á cuanto le dejan tocar.

Atráele el bien dondequiera que lo mira, y está muy diligente para ligarse á las almas en quienes halla piedad, especialmente si esa piedad es penetrante y de índole expansiva.

Es peligrosísimo conversar hasta con ángeles humanos, pues tienen todo lo que se necesita para atraer nuestro corazón: igual amor, igual piedad, idéntico fondo de bien que naturalísimamente produce simpatía. De ello se vale el demonio para conducirnos desde el alma á los sentidos, desde las

cosas de Dios á las cosas del hombre: el agua y la tierra son dos elementos purísimos, pero mezclados *forman el fango.*

Porque uno es bueno y ha hecho el sacrificio de su corazón á Jesús sacramentado, ó por lo menos está persuadido de ello, no piensa en el peligro y hace que sus buenas intenciones acallen los temores de la prudencia. En la tristeza especialmente, en las penas interiores ú otras procúranse las palabras agradables y los consuelos de aquellas personas, y gusta ser realzado y escuchar que uno es bueno y celoso, que tiene virtud y alcanza resultados; tiénese complacencia en acoger el reconocimiento de ellas por el bien que en realidad se les haya podido hacer: en eso estriba el peligro.

Habituado el corazón á arder en el amor de Dios, cuando deja de sentirle, ya no puede soportar su privación; hay que buscarle expansión á ese corazón acostumbrado á tenerla y que, cerrado el seno de Dios, dilátase por el de la criatura, y todo esto muy santamente, sin la más leve intención mala, hasta sin *desearlo muy claramente ó al menos* sin querer confesárselo. ¡Oh con cuánta frecuencia ocurre esto! ¡Con cuánta facilidad se pasa desde Dios á la criatura, y *del amor sobrenatural* al amor natural!

Por consiguiente, hay que resistirse enérgicamente á esas inclinación y simpatías naturales del corazón. *Tomadle* en vuestras manos, encerradle, y que nadie lo ocupe naturalmente, lo mismo que á vuestro pensamiento.

Dádselo entero á Dios, y solo á Él, sin dejar que nadie éntre ni por un momento; pues si no tendréis encima el trueno y las tempestades y os veréis en peligro de zozobrar.

Dios os pide el corazón, y lo pide en absoluto; si le rechazáis, todo lo rechazáis, ya no puede haber unión entre Dios y vosotros. Toda nuestra personalidad reside en el corazón, cuyas son nuestras alegrías, penas y afecciones: Dios las quiere todas ó ninguna. Cuando se trata del amor final, no hay nada que repartir con el prójimo: Dios quiere todo nuestro corazón y no consiente en dividirlo con nadie, pues verdaderamente no es tan grande; con que dádselo todo entero. Si lo repartís, tened entendido que siempre la criatura tendrá más parte en él que el Criador.

Tampoco debéis amar á nadie con amor que sea para él, ni á persona alguna debéis hacer un obsequio cuyo fin sea ella misma; ninguno de vuestros afectos y simpatías puede en adelante darse á la criatura y descansar en ella, so pena de que no seáis enteramente de nuestro Señor; entonces no seríais en religión sino un pagano, pues pagano es el que adora á la criatura.

¿Pues no habré de amar á mi prójimo?—Sobrenaturalmente sí; con amor que no se detenga en él, sino que por él vaya á Dios, no hay inconveniente; pero con amor final, que se dé, no en modo alguno; al prójimo daréis los actos y los frutos de la caridad, pero el corazón, el árbol que los produce, quiere nuestro Señor poseerlo, solo. Podéis ser hijos todavía y dar á vuestros padres y amigos las llamas; pero el foco sólo á Dios.

Y observad hasta qué punto llega esto.—Si alguno os ama naturalmente á causa de vuestras cualidades, debéis decirle: «¡No os conozco! Os engañáis aficionándoos á mí; yo no existo naturalmente, he dado mi personalidad y mi corazón á Jesucristo,

único que vive en mí: ¿pretenderíais que me volviese hombre otra vez? ¡Jamás!—Yo no quiero ser yo por más tiempo, y este yo es lo que amáis; no quiero que me traten como á quien á sí se pertenece y puede dar y recibir. En mí no busquéis más que á Jesucristo, porque á Él he escogido por dueño de cuanto tengo y soy; por manera que yo no soy más que un miembro, cuya cabeza es solo Él; un servidor sin nombre ni vida independiente y que nada puede recibir sino para su Señor; así es que no quiero ser amado ni estimado personalmente, ni quiero ser el fin de cosa alguna.»

No olvidéis esto, porque os perseguirán la estima, la admiración y el amor de las almas puras, de los ángeles de la tierra, á causa de vuestra sublime vocación y de vuestro glorioso ministerio cerca del Santísimo Sacramento. Cuando menos, querrán veros, esperando obtener de su proximidad á vosotros gran provecho para ellas; procurarán hablaros y oiros y recogerán con emoción vuestras más leves palabras; mas si os prestaséis á esto, seríais infieles á vuestro Señor, cuyo puesto ocuparíais.

Vosotros, adoradores y servidores de Jesucristo anonadado, tomáis su gloria, la gloria y el amor que aguardaba por los favores tan magníficos que os concediera, y os coronáis con ellos. ¿Recibís los homenajes á que Él únicamente tenía derecho? Sois entonces ladrones del santuario y profanáis la dignidad de la vocación eucarística y religiosa. Queréis ser dioses, y os servís de nuestro Señor para elevaros á costa suya. ¡Desgraciados de vosotros!

Si no comprendéis todo lo que quiero deciros, lo experimentaréis cuando consigáis éxitos en el bien; pero mirad si no es que ya se os busca y se anda

demasiado á vuestro alrededor. Cuidad de no dejaros poner como Dagón en lugar del Arca, pues como el ídolo seríais despedazados por la ira del Señor.

IV. Todavía queda el combate de la voluntad práctica, de la voluntad que obra.

Hay que mortificar esa voluntad del hombre viejo, que siempre intenta sublevarse: aplastadlo. Continuamente dice: «Ya basta;» ó bien: «después.» — Tomadme esa voluntad é inmoladla sin descanso y sin compasión: lo contrario de lo que quiera, eso debéis hacer constantemente. Aquí es donde tiene que aborrecer su alma el que quiera poseerla, y ha de perderla el que la haya de ganar: esta es la inmolación de todo el hombre.

Se requiere para esto una voluntad sobrenatural, llena de la fuerza de la gracia, abrasada del amor de nuestro Señor; se requiere fuerza divina, amar á nuestro Señor más que á sí mismo y que á todo: si no es así, nunca llegaréis al término deseado.

No es posible que uno encuentre en sí un amor superior á sí mismo, pues es contra la razón el que un efecto sea más poderoso que su causa; busquemos, pues, un amor que llegue hasta nosotros desde arriba, desde Jesucristo, porque sólo El puede armarnos para combatir contra nosotros mismos.

Este triple combate de uno mismo contra su mente, su corazón y su voluntad naturales debe durar tanto como nuestra vida, tanto como nosotros; sí, porque en él moriremos. Duro es esto, pero se logra con el amor de nuestro Señor; no hay más sino que debe comenzarse descargando un gran golpe: el de la agonía, que también lo es de la victoria. Si lo dáis, seréis felices, porque desde el instante en que vosotros mismos os perdiereis, encontraréis á Dios.



EL ESPIRITU DE PENITENCIA

Durus *est hic sermo; et quis potest eum audire?* «Muy dura es esta palabra: ¿quién podrá soportarla?» —Esto decían los fariseos cuando nuestro Señor propuso el misterio de la Eucaristía, que pedía que aquéllos sometiesen sus repugnancias de judíos á la fe de Jesucristo.

Acaso también decís: Si la condición de la vida religiosa es la continua mortificación, es harto dura.

Cierto, es muy dura; por eso muy pocos perseveran y llegan á Santos. Mortifícanse muchos durante algún tiempo mientras las pasiones son temibles todavía, pero cesan cuando consiguen la paz; y no de otra cosa proviene que haya tantas virtudes comunes y que casi no se exceda del nivel vulgar.—A eso conduce la pereza. Velad, pues, aunque ahora os sentís llenos de ardor; el retiro no será suficiente para formar un hábito en vosotros, y volveréis á caer adonde estabais antes.

I. ¿Cómo conjurar este peligro?—Pidiendo á Dios el espíritu de penitencia, sin el que nada haréis duradero, volveréis á caer en la tibieza y seréis después del retiro más desgraciados que antes, porque

tendréis que inculparos por haber dejado perder tantas gracias.

¿Qué es el espíritu de penitencia?—Es la voluntad constante de mortificarse en todo, tan luego como se presente la ocasión, y de buscarla cuando tarde en venir.

Hace falta tiempo para la mortificación corporal, pero no para el espíritu de mortificación. Tendrá lugar la mortificación corporal en las tentaciones, en los peligros de seducción, cuando se trate de expiar una falta ó cuando se entregue uno á un vehemente deseo de agradar á Dios; *mas el espíritu de penitencia* cabe tenerlo en todo, llevarlo y aplicarlo á todo, porque es una voluntad que todo lo abarca y de esto se origina la excelencia de la mortificación.

Pedidlo á Dios con instancia: ejercitaos en él en vuestras adoraciones y comuniones; pedidlo constantemente; haceos de él una voluntad general que abrace toda vuestra vida y que sea como el sello de todas vuestras resoluciones, y una voluntad particular con que os fijéis en ciertos actos del día, en los cuales haréis especialmente aplicación de aquél; no temáis efectuar penitencias corporales para conseguir dicho espíritu, que convertiría toda vuestra vida en holocausto ofrecido á la gloria de Dios, como la vida misma de nuestro Señor.

Para practicarlo, ofreced á Dios cuantos sufrimientos y contrariedades os envíe; sed fieles á las privaciones corporales *recomendadas por los Santos*, y que vienen á ser parte integrante de la santidad: en el refectorio, en el dormitorio, en la oración y en el trabajo, así como en lo oculto de vuestra celda.

Mas no habrá ramillete de flores como el que por amor os acostumbréis á formar para nuestro Señor

con el sacrificio de vuestros goces legítimos y hasta espirituales; pues en eso consiste la verdadera mortificación de amor, el más acabado espíritu de penitencia.

Porque dos maneras hay de honrar á nuestro Señor por la penitencia: una se inspira en el amor negativo, la otra procede del amor positivo. Por la primera se precave el mal ó se le corrige; es necesaria pero no nos obliga á cumplir más que el estricto deber de justicia cristiana. Para practicar de este modo la penitencia, basta tener conciencia y reconocerse pecador; esta es la reparación rigurosa; no tener bastante amor para mortificarse de esta suerte, fuera cosa miserable por demás.

Pero la penitencia que procede del amor positivo es la que os aconsejo y deseo, porque es la más noble y no se contenta con pagar sus deudas, sino que también da de lo suyo. El que está animado de este amor no se mortifica para evitar el infierno, sino para agradar á Dios, y se priva de lo que pudiera lograr legítimamente: es el sacrificio del amor filial, que á todo se aplica y en todo encuentra materia donde recoger una privación que ofrecer en seguida al muy Amado.

Por esta mortificación de amor no se constituye uno á sí mismo en fin de nada; se refieren á Dios todas las alabanzas, aunque sean merecidas, pues no se requieren para sí. No és ésta la falsa humildad mundana que parece rechazar todos los elogios que le prodigan, y que en realidad no los rechaza sino para obligar á que se los ofrezcan con más viva instancia. — No; en ciertos casos es necesario saber aceptar el elogio y callarse: en esto tiene la humildad un gran sacrificio.

De igual modo pudierais pedir sin demora permiso para una cosa que os agrada, y conseguirlo, pero lo diferís para mortificar vuestra voluntad, tan deseosa de su bien: en eso tenéis una mortificación de amor.

Más todavía; os halláis en la adoración y sentís gran alegría, y aunque en verdad pudierais gozar de ella, preferís sacrificarla á nuestro Señor y os ponéis á meditar en su Pasión. Y en verdad que nada podéis ofrecerle que más grato le sea; porque ¿hay algo más dulce y legítimo que las alegrías espirituales de la oración?

Otras veces, por el contrario, os halláis en aridez, y después que habéis hecho cuanto estaba en vuestra mano para alejar las causas que por culpa vuestra pudieran habérosla promovido, continúa, sin embargo, y os motiva un sufrimiento; y aunque pudierais tomar un libro para salir de ella y distraer vuestro ánimo de ese peso que le abruma, preferís, no obstante, por nuestro Señor, aceptar con resignación aquella pena. ¡Oh qué contento para nuestro Señor y también para vosotros en el fondo de vuestra alma, aunque quizá no lo sintáis!

Como tengáis el espíritu de esta mortificación de amor, no os inquietéis por no tener las demás virtudes, pues en ésta las practicáis todas, supuesto que es la perfección en acción, que por doquiera os sigue. Y á vosotros mismos inmola en todo al más completo agrado de Jesús en la Eucaristía.

El que se mortifica por justicia obtiene la paz; el que añade la mortificación del amor, consigue la alegría y la expansión de la felicidad. Nadie es más feliz ni jubiloso que los religiosos más mortificados. Esta mortificación es una señal cierta del amor, del

verdadero amor de Dios, que ama á Dios sobre todo y por Él mismo. La mortificación de simple penitencia de justicia no prueba que el que la ejercita ame á Dios más que á sí mismo, pues por lo menos puede amarse en ella á sí propio; no llega á lo interior, conténtase con lo rigurosamente necesario, y se puede ser á la vez muy obediente á todo lo que está mandado, y muy desobediente en lo interior.

La mortificación de amor inmola lo interior, va recta á Dios, no se sacrifica sino por agradarle y por vindicar sus derechos en ella misma; por amor y gloria de Él ejecuta contra sí misma la obra de la justicia, y es su propio purgatorio; y sin esperar que se le imponga el castigo, sale á su encuentro. Únicamente á Dios quiere por sí mismo, y jamás le pide nada para sí, como no sea amarle de continuo más y más.

¡Ah qué medio de acercarse á Dios! Tiénese constantemente en la mano el fuego del amor para destruir y consumir cuanto en uno se opone á la vida de Dios y á su agrado; ocúltase uno para fomentarlo, y hacer que se muestre más: conviértese en único fin, al que todo se sacrifica. —Tesoro es éste que tenéis en vuestras manos: acertad á aprovecharos bien de él. Estudiad esa mortificación, profundizad en ella, y llegue á ser frecuente materia de vuestros exámenes.

Desde por la mañana preved las mortificaciones del día, y por la noche dad gracias á Dios si las pusisteis por obra, ó pedidle perdón por la excesiva indolencia con que obrasteis respecto á ellas; sujetadlo todo á esta medida, porque aquí se halla e verdadero secreto del adelantamiento espiritual.

Si no creéis lo que os digo acerca de su virtud maravillosa, experimentadlo por algún tiempo si-

quiera, y cuando lo hayáis gustado, ¡ah! yo os aseguro que ya no querréis separaros de ella más. Pero en este punto hay que llegar al convencimiento y al entusiasmo, porque para hacer bien una cosa y lograr la perfecta posesión de una virtud, se necesita empezar por estimarla, para luego admirarla y amarla con pasión. La voluntad y el cuerpo harán con facilidad lo que la mente juzga bueno y desea el corazón.

Tened, pues, el espíritu de penitencia; mortificaos en todo y dondequiera, en el cuerpo y en el alma, en la mente y en el corazón, por amor á nuestro Señor Jesucristo. ¡Ah! ¡Cuánto quisiera yo que estas palabras fuesen de fuego y grabarlas con hierro candente en vuestro corazón! En esto no miréis la fatiga, sino la unción: la cruz, más que suplicio, es un consuelo: ¡así lo entendieron los Santos, y por eso la abrazaron con tanto amor y alegría!





LA MORTIFICACION DE LOS SENTIDOS

Hemos dicho que era menester entregar por completo á Dios la mente; que los más peligrosos combates se libraban en ésta, y que en su pereza é indeterminación en decidirse por Dios y rechazar el mal tenía su origen la tibieza de la vida, y también hemos dicho que era preciso repeler inmediatamente, sin vacilación, los pensamientos que aun sólo exteriormente fuesen malos.

Hemos dicho que era menester dar nuestro corazón á Dios, que lo exige para sí absolutamente y que se requería, para que el don de nuestro corazón fuese continuo, la continua voluntad de ofrecernos con un amor de generosidad y sacrificio. Este amor es el espíritu de penitencia, la mortificación de amor, el verdadero camino de la santidad; sin él, todo lo demás es pasatiempo, senderos más ó menos floridos donde recrearse, y todos los otros medios juegos de niños al servicio de Dios.

No se trata de eso, sino que hay que tener seriedad. ¡Líbrenos Dios de las personas frívolas! De ellas nada puede hacerse, pues la frivolidad es como

un aceite que se extiende sobre la mente y el corazón de ellas, impidiendo la entrada de la gracia.—No; tened un pensamiento y un objeto bien definidos, y tended á ellos por medios serios, capaces de conduciros hasta allí.

I. Ahora bien; para llegar á ser completamente de nuestro Señor, es preciso en absoluto darle el cuerpo y los sentidos, mas para esto se requiere que seamos señores de ellos. — A toda costa hemos de tener en el bolsillo las llaves de nuestra casa, y sujetar el cuerpo al imperio del deber, de la voluntad y de la gracia de Dios.

El cuerpo no tiene ni inteligencia ni fe; hace falta que la voluntad lo domine y lo conduzca, porque es un animal á quien sólo con golpes se convence. Ignora lo que sean honor y sobriedad; no cuida de virtud; es naturalmente desordenado y tiende con obstinación á su hartura: apetece el bien sensible, su bienestar exclusivo, y á su goce aspira con todas las fuerzas de la concupiscencia. Si la razón se le opone, prueba anticiparse á ella y obtener, á pesar de ésta, el objeto de su concupiscencia. Rudo combate es éste, en el cual somos vencidos si por desgracia la mente se halla en connivencia con el cuerpo.

Por eso no basta la mortificación interior, sino que también hay que mortificar este cuerpo que pudiera hacernos traición.

Quizá sin eso pudierais llegar á feliz término, si tuvieseis muy enérgica voluntad y amor grandísimo; pero, por regla general, es preferible tener las murallas bien guarnecidas y muy cerradas las puertas.

El hombre malo debe ser continuamente reprimido, abatido y mortificado, porque sólo instintos de bruto tiene.—Mientras la mente debe ser dirigida y

elevada hacia Dios, el cuerpo ha de estar reprimido y mortificado. El miedo á sofocar el espíritu nos aconseja no comprimirle, sino dirigirle constantemente hacia Dios. También la oración, que es por esencia una función del espíritu, se denomina elevación de nuestra alma hacia Dios. La mente necesita luz, el corazón alimento, el cuerpo compresión: urge dominarlo y encadenarlo.

La voluntad, que es el sí y el no, y la realeza del hombre, debe tener por único fin la voluntad de Dios y estar constantemente unida y sometida á Él: la mente ve, el corazón trabaja, la voluntad termina. La voluntad debe ser dueña de la mente y del corazón: es soberana, y todo lo puede con la gracia de Dios; es admirable esa voluntad cristiana que, revestida de la fuerza misma de Dios, no conoce obstáculos. Porque Dios está con la voluntad para vencer, cuando la voluntad está con Dios para estarle sometida.

También debe la voluntad dominar el cuerpo y los sentidos, y es cosa difícil y aventurada el señorear su cuerpo. A causa del contacto con el mundo hay dificultades desesperantes, y es muy raro llegar á ser dueño absoluto de sus sentidos. — Por cierto tiempo sí; pero allá os aguarda la sorpresa que se apoderará de vosotros cuando menos lo penséis. ¡Son tan numerosos y sutiles los atractivos y ocasiones! Por todas partes os enlazan. Así es que cualquier día preséntase una ocasión en que se encuentra uno con toda su debilidad, como el animal doméstico, muy manso ordinariamente, pero que, en presencia de su pasión, ya no reconoce dueño.

Esto es lo que desespera á los pecadores convertidos; mucho tiempo permanecen fieles, pero luego,

de pronto, experimentan los más violentos ataques, y á veces dan las más graves caídas: la causa es que el corazón y el alma estaban bien convertidos, pero el cuerpo no había cambiado.

Bueno y aun necesario es amar á Dios, orar y adoptar resoluciones; pero además tened en servidumbre á vuestro esclavo, pues mientras un hombre no es dueño de su cuerpo, no es santo, ni verdaderamente piadoso; no puede producir buenos actos; su estado no es de piedad durable y sólida.

¡Oh cuánta fatiga cuesta el conseguir la muerte del cuerpo! Consiente uno en sacrificar su mente y su corazón; pero su cuerpo ¡oh! no con mucha facilidad. Examinad vuestra vida, y veréis cómo vuestros pecados vienen por los sentidos; atacan al alma, pero por medio del cuerpo, y se comprende; porque vuestra alma está unida y ligada á los sentidos, de modo que nada puede hacer sin su concurso, del cual se aprovechan ellos para hacerle traición siempre que pueden y para perjudicarla en vez de servirla: nada dejan de hacer por sojuzgarla á ellos. Por eso el cuerpo es el irreconciliable enemigo de la gracia que quiere santificar nuestra alma y unirla á Dios, separarla de las cosas terrenales para aficionarla á las celestiales; emplea todos los medios de vigilancia y lima todas las cadenas; conoce su fuerza, y aparte de todo esto cuenta con alianzas en el alma misma, en la mente y en el corazón, porque desde el pecado, todo el hombre, así interior como exterior, hállase quebrantado y con inclinación al mal.

La razón no está en medio de los sentidos sino á modo de un resplandor amortiguado por la caída original, y entorpecida además por el mal uso que

quizá de ella hemos hecho; así es que se anubla en presencia de ese foco de los sentidos que poseen las dos terceras partes del hombre. Por manera que si no comenzáis el trabajo de vuestra santificación mortificándolos para someterlos, es igual que si jugarais; tiempo perdido.

Recordad lo que hemos dicho de la mortificación de amor: la primera víctima que se ha de sacrificar á Dios es el cuerpo.

En todas sus epístolas predica San Pablo la crucifixión de la carne, de los sentidos y del hombre viejo, á quien hay que reducir á esclavitud, en términos que nunca será virtuoso el que no lo haya dominado por completo. En esto consiste el ejercicio exterior y la prueba de la virtud de mortificación.

II. Corre por el mundo una herejía que causa estragos profundos en las costumbres. Dicen: no hay pecado original; el cuerpo, igual que la mente, está en su rectitud natural; por lo tanto, todos sus instintos son buenos, hay que satisfacerlos: de este modo se legitiman los más deplorables excesos.—Si no hay caída, ¿para qué hace falta reparación? Con esto niegan la necesidad de la mortificación cristiana y aun simplemente moral.

Este error se ha deslizado hasta en la piedad y ha invadido la dirección de las almas, encubriéndose un poco, naturalmente, y absteniéndose de manifestar muy á las claras sus principios que harían retroceder.—Pero leéis libros y oís á ciertos confesores que dicen: la mortificación exterior no es necesaria, y aunque conviene á los religiosos, no está indicada para los que viven en el siglo; las maceraciones y los ayunos son buenos para el claustro, pero á las demás almas es preferible conducirlas por la dulzu-

ra.—Á esto respondo: la dulzura es la porción de Dios y á él corresponde hacer que el alma la sienta para animarla y recompensarla; pero la porción propia del hombre, su cooperación, es mortificarse y crucificarse. Condenado ha sido á comer su pan con el sudor de su frente; la tierra está maldita para él, las criaturas le ofrecen continua ocasión de pecado, y es menester que se separe de ellas, que las desvíe, á fin de no descansar en ellas y preferirlas á Dios. ¿De qué otro modo se puede conseguir esto sino por la mortificación de los sentidos?

Observad que el hombre es atraído constantemente hacia su cuerpo, y que en sus sentidos toman cuerpo los vicios del alma que, haciéndose corporales, son más tenaces y culpables. —Seguramente morirían antes si no les prestásemos esa vida exterior.

Por eso, el orgullo que no puede manifestarse por la vanidad, los primeros puestos y los honores, no dura; y rechazando los elogios y las muestras exteriores de vanidad, el orgullo queda sofocado.

También el fin del avaro es su cuerpo, pues no atesora sino para disfrutar algún día, cuando se le antoje que ya ha adquirido bastante.

¡Cuántos son los que no viven más que para comer y desfiguran en sí la imagen de Jesucristo, para tomar la de un cerdo!

¿Y qué decir de otros vicios, de la ira, de la pereza, sobre todo del vicio vergonzoso? ¿No procuran establecer su residencia, su centro, en los sentidos? El cuerpo es el terreno de sus goces; de él se nutren, de sus sensaciones viven, y en él todos tienen profundas raíces.

Por eso oid á San Pablo pedir el castigo de los miembros, castigar su cuerpo, este cuerpo de muer-

te, y dar del cristiano esta hermosa definición: «Es un hombre crucificado en su carne y que vive de la virtud del amor de Dios.» Esto es hablar de la mortificación corporal y para todos.

Era como un eco del Precursor, en cuyos labios puso nuestro Señor estas primeras palabras: «Haced penitencia y abandonad vuestros malos caminos; producid frutos dignos de penitencia»; es decir, expiad por medio de la humillación, del ayuno y de la penitencia los pecados de vuestros sentidos, y que esos frutos se vean como se han visto los crímenes.

La Iglesia, instruída por nuestro Señor, exige la penitencia corporal: los ayunos, las preces públicas, las expiaciones solemnes. Tales autoridades hablan en voz bastante alta contra los doctores de una pie dad sensualista.

III. Por consiguiente, la mortificación corporal es legítima y necesaria, de todos los tiempos y para todos.—Practicadla, porque tenéis necesidad de ella. Os presentaré nuevos motivos.

Nuestro cuerpo es malo, inficionado por el pecado, lleno de malos instintos: hay que purificarlo y reducirlo á la santidad por los golpes, como purifica la tempestad, y así como se purga á un enfermo, procurando que violentamente expela los malos humores que le estorban.

Hemos pecado, no sólo en nuestro origen, sino voluntariamente con nuestros sentidos y acciones; hay, pues, que templarnos nuevamente en la mortificación de Jesucristo, porque hemos corrompido una naturaleza ya viciada.

Todo pecado merece un castigo igual á su mali .ia; luego la reparación voluntaria debiera ser igual al castigo que reclama la justicia.—Con un solo peca-

do mortal que hayamos cometido, hemos merecido el infierno: ¿cómo pagaremos el infierno?

Aunque no tuviéramos más que pecados veniales, ¿cómo compensaríamos las llamas del purgatorio?

Cierto que Dios nos ha perdonado; pero vosotros en seguida os habéis puesto á gozar con los ángeles, como si nunca hubieseis pecado; y entretanto, ¿quién dará satisfacción? —Siempre debemos tener á la vista nuestros pecados para repararlos, porque la verdadera conversión no consiste únicamente en no obrar el mal, sino en repararlo.—Purifiquémonos, ó Dios nos purificará con sus castigos en esta ó en la otra vida.

Él mismo pone muchas veces mano en ello, porque nosotros no lo hacemos. «Mirad á esa persona—decís algunas veces—cómo sufre y cuánta persecución padece sin merecerlo.» Posible es que eso no sea más que una prueba de amor; pero con frecuencia es una expiación del pecado. Dios la obliga á penitencia porque olvidaba lo que debía.

Las tentaciones os asaltan y hacen sufrir; son largas y fatigosas, un verdadero suplicio, según decís. ¿Pero es que nunca consentisteis en el pecado á que incitan? Pues ahora, expiad: Dios os aplica el castigo que no tuvisteis el valor de sufrir.

Luego entonces, ¿es bueno tener tentaciones? —Sí, porque con ellas se paga por lo pasado y retienen en la humildad, promueven la penitencia y obligan á combatir, cuando se desearía descansar.

Hay, sobre todo, un linaje de penas que hace sufrir mucho, y son las persecuciones y calumnias de las personas devotas; nada causa tanta pena, porque su virtud os hace creer que tienen razón y que es Dios mismo quien se halla irritado contra vosotros. Y es

que permite á veces que los mejores no vean claro y os persigan, no obstante vuestra inocencia, para más purificaros.

Las enfermedades y los sufrimientos físicos son también una expiación corporal que impone Dios; no los busquéis, ni tampoco las tentaciones y persecuciones; pero si acaecen, dad por ello gracias á la misericordia de Dios, que ahora os obliga á penitencia á fin de perdonaros más adelante.

Por último, no es bastante el abrazar las obras de la mortificación corporal por haber pecado, pues como esto es de simple justicia, no es suficiente. Si no quisiéramos hacer más que esto, no valía la pena de haber entrado en religión. Aparte de què toda esa penitencia es para nosotros, y sirve para que evitemos las penas futuras y procurar nuestra salvación.

Se requiere además tener la mortificación de Jesucristo, que escogió el sufrimiento, no por necesidad, sino por amor, porque en él vió la manera de manifestar más su amor á su Padre y á nosotros.—Hay que considerar esta mortificación como una virtud que debe adquirirse, y decir: «Aunque no tuviera pecado que expiar, quiero mortificarme, porque Jesucristo me dió el ejemplo: fué azotado y crucificado, padeció hambre y sed, desnudez y frío, con alegría por amor de Dios su Padre; quiero obrar como Él.»

Ahí tenéis el excelente, el verdadero motivo de la mortificación. Adoptémosle y revistámonos de las vestiduras de Jesucristo, únicas con que podremos agradar al Padre celestial: la mortificación y la cruz.

IV. ¿Cómo practicamos esta virtud? No gozando jamás de nada; cercenando á nuestro cuerpo todo aquello en que pudiera hallar placer, no buscando nunca nuestro contento ni en nosotros ni en las co-

sas, no procurando jamás una satisfacción ni un aplauso de los hombres.

Mortificándonos en la comida, no tanto en la cantidad como en la calidad.

Entregándose con permiso á las mortificaciones corporales y á las humillaciones, tan queridas de los Santos. Estad seguros de que todo esto puede hacerse sin enfermar.

Hacedlo, pues, porque, sin eso, todas vuestras protestas de amor á Dios no pasan de ser ilusiones, y serían insolencias si no conociese Dios nuestra ignorancia.

Dícese que es difícil mortificarse siempre.—¡Ya lo creo!—Es necesario llevar cada uno su cruz todos los días, y tener constantemente la espada en la mano, porque lo que se debe no se paga con sentimientos ni palabras de amor, sino con la penitencia: no otra es la moneda del Calvario.

Lo primero es practicar todas las mortificaciones de nuestro estado, las cuales obligan absolutamente y antes que todas las demás, pues sería un error el postergarlas á otras. Después procede el inquirir: se necesita ser ingenioso en castigarse y en inmolar su cuerpo á Dios con sacrificios renovados sin cesar.

Habría motivo para desesperarse si no amáramos la mortificación. Busca uno ante todo sus comodidades; se deja que suene la campana sin marchar inmediatamente; cuando prescriben una obediencia siempre tiene uno exceso de trabajo; se retrasa el levantarse; quédase uno en la cama algunos minutos más. ¿Qué se adelanta con esto? Llégase cuando el oficio ha comenzado; y el demonio, que os conduce, al presentaros á nuestro Señor, dícele burlándose: «Aquí tenéis un esclavo que quiere que le den

de comer; por eso viene al coro, pero yo os he quitado todo el mérito que hubiera podido ofreceros.»

¡Oh qué vergüenza la de ser tan poco exacto con nuestro Señor, con nuestro Rey!

Hablando con alguien en el locutorio, quédase uno en él algunos minutos cuando ya la campana ha sonado, para no parecer incivil ó á fin de demostrar más miramiento. Pero ¡que es Jesús sacramentado quien os llama!—¡Bueno; pues que espere!

¿Es posible esto? ¿No es verdad que las pasiones son espantables cuando se analizan? Y sin embargo, no digo más que la verdad, y no completa.

Quisiérase además de todo eso un trato propio de príncipes, que nada faltase, ser servido puntual y confortablemente.— De la vida religiosa, que es un calvario y escuela del sufrimiento, se viene á hacer un lecho de pereza, y no bien falta alguna cosa, cuando nacen la impaciencia y la murmuración; háblase de los propios derechos y no se sueltan de la mano, como si fuesen un broquel. Pues bien; sabed que como religiosos no tenéis derecho más que al pan, al agua y á un camastro, porque sois pecadores y merecido habéis comparecer en el tribunal de la justicia de Dios. Si habláis de derecho, eso es lo que habéis merecido, aunque la regla, como madre, mitigue su conducta en este punto.

Y en realidad, antes de ingresar en religión, ¿tan bien estábamos todos que nada nos faltase en ningún caso?—Pero se procede de una familia de artesanos; ha sido uno pastor; en la niñez hubo necesidad de trabajar para ayudar á ganar el pan de la familia: y en este caso, ¿habéis venido á la vida religiosa para ser mejor tratados que en vuestra casa?

Cien veces mejor hubiera sido que os quedaseis donde estabais.

Este, este es el punto de vista en que debemos colocarnos. La cosa es seria; con que mirad más bien al fondo que á la forma de mis palabras, que no todos los días se dicen, ni ante todos, puesto que aquel que las dice comienza por entablar su propio proceso; pero lo que os digo es la verdad.

Adelante, pues; la vida religiosa es una muerte, pero que da la vida. Entendedlo así, y que el amor, que ha crucificado á nuestro Señor, os fije en la cruz con Él.





EL DON DE SÍ MISMO

PARA alcanzar la virtud de fortaleza y mortificación cristiana hay un medio, el más eficaz de todos, y único que puede perfeccionar á los demás: el amor de nuestro Señor.

Es menester que los medios de una virtud se coordinen con prudencia, y que la guíe el amor. De una vez llegó San Pablo á la perfección de Jesucristo mediante el amor de la cruz. Díos le derribó, manifestóse á Él en su amor y con esta sola frase: «Yo soy Jesús, á quien persigues», le reveló todo el amor de la Redención, del Calvario y de su muerte.—Pablo lo comprendió todo y se fué de allí repitiendo la gran expresión: «Me ha amado y se ha entregado por mí.» *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.*

Desde entonces tuvo en poco los mayores sacrificios; todo lo aceptó y entregóse á sí propio á Jesucristo, diciendo que él ya no vivía, sino que sólo Jesús vivía en él, para quien ya no había ni parientes, ni amigos, ni judíos, ni gentiles, ni vida, ni muerte, sino Jesucristo en todas las cosas: *Omnia et in omnibus Christus.*

Oidle: «Puesto que Jesucristo me ha amado, yo le amaré, pese á *todo*, y nada podrá *impedirme que le ame.*» —Las cosas temporales, las potencias espirituales, el hambre, la desnudez, la espada, la muerte, no, nada me separará de la caridad de Jesucristo, por quien triunfaremos de todo: *Sed in his superamus propter eum qui dilexit nos.*

Mas para esto considera como personalmente suyo el amor de Jesucristo y se pone como fin de este amor: «Me ha amado, á mí, á Pablo, me ha amado hasta entregarse á la muerte por mí.» *Dilexit me!* También yo le amaré y no conoceré sino á Jesús, y éste crucificado.

También Jesucristo á nosotros nos ha amado, y la prueba es que nos ha *llamado al sacerdocio* y á la vida religiosa; nos ha dado esta gracia de elección que renueva diariamente y la aumenta con nuevas gracias. Después de *haber muerto en la cruz* por cada uno de nosotros, muere diariamente en este Sacramento, donde también está para cada uno de nosotros. Si no hubiese muerto, subiría al Calvario para salvaros; y si ya no hubiera instituído el Santísimo Sacramento, lo instituyera para cada uno de vosotros. ¿No dice San Pablo *me ha amado*, reconcentrando en solo él todo el amor de nuestro Señor? —Tiene razón en ello y debemos obrar como él.

Para que el amor de Dios abrase nuestra alma hay que reconcentrarlo por completo sobre uno mismo, como si fuera en lente poderosa.

Para todos es la Redención, pero es íntegra para cada uno en particular; á semejanza del sol, que irradiándose á la vez sobre todos los seres, no os priva, sin embargo, de su luz y de su calor, como si brillase únicamente para cada uno de vosotros.

Es verdad que un hombre nunca vale tanto que merezca á Jesucristo, esto es, el don personal é individual del Hijo de Dios; pero si Jesucristo quiere amarle más de lo que merece, si quiere realizar excesos de amor para conquistar su corazón (porque excesos son la Cruz y la Eucaristía), ¿quién se lo impedirá? Es infinito en su amor y en sus dones, y el infinito, al darse, ni se divide ni disminuye.

Entremos ahora en lo que respecta á nuestra vocación. La Eucaristía, ¿no es toda para vosotros? ¿No se expone para vosotros el Santísimo Sacramento? La Iglesia os lo ha entregado en propiedad; por manera que mientras haya un religioso del Santísimo capaz de sostenerse en el reclinatorio, la exposición solemne y la adoración serán por Él y para Él.

Por lo tanto, Jesús os ama singularmente; ¿y acaso no viene todos los días íntegramente á sólo cada uno de vosotros?

II. ¿Cómo corresponder á ese amor personal, individual, con que Jesucristo se da entero á cada uno? La dádiva llama á la dádiva; y puesto que nuestro Señor se da á sí mismo con sus gracias, dadle, no sólo vuestras obras, sino á vosotros mismos.

Para comprender de qué manera debéis efectuar este don, mirad al mismo Jesucristo, entregándose á su Padre para ser su servidor.

Habiendo venido al mundo el Verbo eterno para ofrecer al Padre un sacrificio perfecto, comenzó ofreciéndole la humanidad que tomó y se unió, privándola de su personalidad natural y humana, con lo que la redujo á un estado de dependencia, esclavitud y sacrificio absoluto. —Pero el alma humana de Jesús, esta santa humanidad, acepta con amor durante toda su vida la privación en que se encuentra,

y gusta de manifestarla con sus hechos y palabras. En efecto: abrid el Evangelio y en él veréis á nuestro Señor rehusar, en cuanto hombre, el conducirse á sí mismo, el obrar y juzgar por sí propio y sobre todo el aceptar la gloria y el honor que pudieran tributarle.

Como hombre afecto á la persona del Verbo es como dice: «Nada puede hacer el Hijo del hombre que no haya visto hacer al Padre.»—«Yo hago todo lo que agrada á mi Padre.»—«No busco mi gloria, sino la gloria del que me ha enviado.» —Y además: «¿Por qué me llamáis bueno? Bueno no hay más que Dios.»

¿De qué procede esa insistencia en no atribuirse ni querer para sí cosa alguna? De que á la personalidad humana corresponde, y constituye un derecho del yo humano, el dirigir, conducir y recibir la gloria y el afecto; pero como nuestro Señor sacrificó su personalidad humana para depender únicamente de la persona divina del Verbo, y sólo vivir por ella, quiere permanecer fiel á su sacrificio y ostentar cumplidamente que solo ella es su principio y su fin.

Por esto nuestro Señor se halla en perpetuo estado de servidor, de víctima y holocausto, puesto que como hombre ha sacrificado lo que especialmente forma el orgullo y la gloria del hombre, el yo humano, la personalidad humana.

Por consiguiente, sus sufrimientos y Pasión no son más que el cumplimiento y la ejecución del sacrificio primitivo que de sí mismo hizo á su Padre desde que vino á este mundo: «No habéis querido más víctimas, y aquí me tenéis para reemplazarlas á todas.»

Pero lo maravilloso es que ese estado de absolu-

ta dependencia subsiste en nuestro Señor y permanecerá eternamente, pues en el Santísimo Sacramento y en el cielo, en todas partes donde está Jesucristo, el Padre le ve sacrificado en sí mismo, dependiendo siempre de la personalidad del Verbo y ofreciéndose en sacrificio á su infinita majestad.

Además de lo cual, vemos en la Eucaristía que nuestro Señor gusta de mostrar especialmente en ella dicho sacrificio interior, así por su estado de anonadamiento exterior como por su obediencia y dependencia respecto á todos los sacerdotes, y aun á todos los fieles.

Ahí tenéis de qué manera nuestro Señor fué el servidor de su Padre y cómo se entregó á Él para salvarnos y glorificarle perfectamente. Pues bien: podéis imitarle en este don de sí propio; pero ¡qué digo! ¡Si en esto consiste vuestra gracia de vocación!

Estas palabras de vuestra regla: «Servirán á Jesucristo mediante el don de sí mismos,» consignadas en el más importante de sus capítulos, puesto que tratan de la adoración, os colocan en la obligación de imitar á nuestro Señor en su sacrificio de personalidad.

Cierto que no podéis destruiros y sacrificar realmente vuestra personalidad humana, por cuanto que solo el Verbo, *porque era Dios*, *gozaba de este poder* sobre la humanidad, por Él unida á sí mismo para hacer de ella su víctima: pero podéis y debéis imitar por gracia y virtud lo que Él en realidad efectuó por su poder.

Y esto ¿de qué manera? *Donando á nuestro Señor* total y absolutamente vuestra personalidad, adoptándole en esta consagración por Dueño vuestro, no para algunos actos y de pasada, sino para siempre y en todo.

Para lo cual habéis de renunciar á ser vuestro principio, dándole á Él solo el derecho de dirigiros y trabajando para Él únicamente; es menester que os sometáis sin restricción á su voluntad sobre vosotros y sobre cuanto os pertenece, tanto en el alma como en el cuerpo, así en el presente como en el porvenir; es necesario que, dejando de ser una persona que á sí misma se posee y gobierna, no seáis otra cosa que un servidor, un miembro, un instrumento guiado por nuestro Señor, único que os manifestará su voluntad por la ley de vuestro estado, la obediencia á los superiores, los movimientos de su gracia y los acontecimientos de cada instante.

Se requiere además que sea vuestro único fin, que vuestros dones y virtudes, estudios y trabajos sean exclusivamente para Él, y que en todo no tengáis otro instinto que su agrado y gloria; vuestros méritos, sufrimientos y obras deben ponerse en sus manos como en las de quien os posee y es el único por quien obráis; los bienes de la gracia y aun los de la gloria debéis desearlos tan sólo como medio de amarle y glorificarle más: tal es el don del amor perfecto, que ama á Dios por Él mismo y porque lo merece, aunque ninguna otra razón hubiera para amarle.—No por esto excluímos los demás motivos de amor, sino que os proponemos el más perfecto.

¿Comprendéis cuán hermosa es la gracia, que se os ha dado en vuestra vocación, de constituiros en el deber de hacer á Dios un sacrificio de personalidad análogo al que hizo Jesucristo, el Verbo encarnado?

Digo que ésta es la gracia propia y distintiva de nuestra vocación. — Así como el franciscano se distingue entre todos por su pobreza y renuncia de toda

propiedad, y como cada Orden tiene su virtud propia y dominante, así el carácter de vuestra vocación es el don de vuestra personalidad, la renuncia, no sólo de cuanto se tiene, sino de todo cuanto uno es.

El estado religioso no exige ese don formal; basta el dar la voluntad, los bienes y el cuerpo mediante los tres votos; pero nuestra vocación nos pide además que demos nuestra personalidad.

Acordaos bien que no debemos ser sino sombras humanas, á manera de especies cuyo sujeto vivo y personal sea el Santísimo Sacramento.

Este don no es cosa nueva en sí misma, pues ya San Pablo decía: «Yo no vivo, sino Jesús es quien vive en mí». –Enseñáronlo algunos Santos y todos lo practicaron; porque, ¿cómo llegar á la santidad sin darse totalmente á Jesucristo para ser absorbido por Él?

Mas sí es cosa nueva en cuanto la proponemos como virtud dominante de toda una Asociación; porque practicado este don por aquellos que sintieron hacia él particular atractivo, nunca habría sido propuesto como ley general y universal que debiese servir de punto de partida y fundamento de la perfección religiosa para una corporación entera, sino que se le miraba como consumación de la santidad y patrimonio de un reducido número, por más que la *Imitación* dice: «La oblación espontánea y total de vosotros mismos debe preceder á todas vuestras operaciones si queréis adquirir la gracia y la libertad verdadera.» (Lib. IV, cap. VIII.)

Por eso lo damos nosotros como el medio elemental de la santidad para todos, como la clave misma de la perfección eucarística, cuyo trabajo completo

consistirá después en perfeccionar este don y purificarlo cada vez más.

Hacémoslo nosotros porque comprendemos que tal es la mejor manera de participar del estado de adoración de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, donde adora á su Padre por medio de su anonadamiento personal.—Por lo tanto, adorémosle también á Él mismo, y juntamente con Él al Padre, mediante el anonadamiento de nuestra personalidad.

Tales son vuestra gracia y vuestra virtud, la cual es para vosotros y para las almas del mundo que se sientan atraídas hacia el Santísimo Sacramento. Estudiadla, y si llegáis á comprenderla bien, abriréis una nueva senda en la piedad, aunque no en ella misma, sino en la práctica: tal es la gracia de la santidad por la Eucaristía.

III. Pero así como nuestro Señor ha manifestado el don que de sí mismo había hecho á su Padre por su vida de continuo sacrificio, deberéis, luego que á Él os déis, abrazar como Él la cruz y la muerte de cruz por amor y con alegría; pues como ese don no puede efectuarse sino por amor, también por amor habéis de sacrificaros para realizarlo.

Nunca nuestro Señor tuvo un gusto natural, sino que en todo buscó el agrado de su Padre: tal es el verdadero amor. Y ahora os digo que si no amáis á nuestro Señor, no amaréis su cruz; podréis realizar actos que por algunos instantes sacrifiquen, pero no viviréis en el estado de un crucificado ni perseveraréis; haréis lo estrictamente necesario para salvarse, mas no serviréis á Dios ni le glorificaréis del modo que debéis hacerlo, en conformidad con su llamamiento.

Amadle, pues, y sufrid por Él, pero en razón á que

os ha amado. Cuando vayáis á hacer algo, examinad de qué manera lo hizo nuestro Señor, penetrad en sus intenciones y practicadlas como Él; ya conocéis su vida.

Si la acción que váis á ejecutar no la refieren los Evangelios, haceos esta pregunta: «¿Cómo la hubiera hecho nuestro Señor?» Consultad vuestra gracia, su voluntad en vosotros, y proceded por analogía: de este modo tendréis un modelo que reproduciréis, y estaréis en vuestra acción unidos á Él como el instrumento á la mano que le mueve; formaréis sociedad con Él y no seréis sino uno; Él la cabeza y dueño; vosotros el miembro y el servidor.

Pero procurad siempre á toda costa agradarle. Bueno es imitar, pero es más perfecto agradar. No os contentéis con lo que se os exige, sino que tan pronto como penséis que algo le agrada, ponedlo por obra.

Amadle cada uno según vuestro estado y vuestra gracia. Los jóvenes aman más por el corazón y por virtud generosa; los hombres formados, por virtud positiva y por razón; los ancianos por el sacrificio de resignación, porque todo los abandona. Por consiguiente, amadle según vuestra gracia y edad; lo único que importa es que le améis más que á todo y que á todos. El amarle más será la recompensa de vuestros sacrificios, única que debemos ambicionar, quedando de su cuenta el darnos otras.

Cuanto más le amemos, más abundantemente nos dará á gustar la suavidad de su amor, la dulzura de su corazón, las delicias de la conversación con Él; pero le amamos tan poco, que muchas veces no saboreamos esas inefables delicias. —¿No os sentís humillados por no experimentar nada puestos en

vuestro reclinatorio? — Por lo tanto, pedid á Jesús sacramentado con incesantes sacrificios que os haga sentir su corazón, aumentando en vosotros su amor. Procurad encontrar ese corazón tan tierno, y cuando lleguéis á dormiros en su pecho, ¡ah! permaneced allí mientras podáis y bebed en la fuente del amor.

Si amáis, creceréis en la energía y potencia de la mortificación, á la que iréis como por necesidad; pero si amáis poco, ¡ay! ¡cuán escasamente mortificados seréis! — La mortificación es la medida del amor y piedra de toque de la santidad; así es que si predicarais magníficamente y convirtieseis al mundo entero, si carecéis de esta virtud, sois como el agua bautismal que purifica al neófito y que marcha á perderse en la sentina.

Que sea, por consiguiente, alma de vuestra alma esta mortificación del amor.

Amad, y cuando os halléis en presencia del sacrificio, decid: «¡Oh Dios mío, que tanto me habéis amado, haré esto para ofreceros un poco de amor!»

Después de este acto de amor, el sacrificio dejará de seros penoso, por estar ya concluído en vuestra voluntad y en vuestro corazón.





HAY QUE HACERLO TODO BIEN

Habréis notado que en este retiro apenas os hablo de nuestro Señor ni del Santísimo Sacramento. Es porque hay tiempo para todo y ahora se trata, no de Él, sino de vosotros, y este retiro tiene por objeto convertiros en buenos servidores de su Persona divina, purificándoos de las faltas que cometéis en tal servicio y moviéndoos á adquirir las virtudes que son en él necesarias.

I. He aquí lo que decimos hoy: hay que hacerlo todo bien; es menester que Jesús sacramentado pueda decir de nosotros lo que decían de nuestro Señor: Todo lo hizo bien: *Bene omnia fecit*. Todo y cada cosa en particular. *Age quod agis*. Haz bien lo que estás haciendo, dice la *Imitación*: hay que estar enteramente en lo que se hace.

Todas las acciones tienen derecho á ser bien ejecutadas. El día de un religioso del Santísimo Sacramento es una cadena cuyo primer eslabón se anuda por la mañana á la Eucaristía y junto al cual por la noche debe colocarse el último, sin que deba interrumpirse ni desigualarse, lo mismo en el metal de los anillos que en su forma, pues todos deben ser eu-

carísticos, formados de gracia y de amor eucarísticos y sirviéndoles de modelo la Eucaristía. — Tan acabadamente debéis ejecutar cualquier trabajo manual como la adoración y comunión, porque vuestras obras toman su mérito del Señor, que os las prescribe y para quien las ejecutáis.

Todos los actos de nuestro Señor eran divinos y de un mérito infinito, porque la persona del Verbo que los dirigía y se los apropiaba era divina; igualmente todas vuestras obras deben ser religiosas y eucarísticas, ejecutadas según vuestra gracia de religiosos del Santísimo Sacramento ,de la cual deben sacar su respectivo valor.

Todo cuanto tenéis que hacer aquí es una parte de vuestro servicio eucarístico; de modo que si os inspiráis en este principio, lo mismo querréis una cosa que otra, pues todas son indiferentes en sí y su mérito no procede sino de la voluntad de nuestro Señor, que os las preceptúa por la regla; de suerte que si realizáis una acción heroica, que no os hubiesen mandado, en vez de otra sencilla y común que os prescribiese la obediencia, sería una obra de muerte y reprobada por Dios; pues únicamente es bueno lo que para su servicio os ordena. — Indudablemente ciertas acciones nos acercan más á su adorable Persona y se ejecutan bajo su mirada; son más consoladoras y honrosas; pero abandonar un cargo dado por la obediencia para venir, por ejemplo, á la adoración. á los pies de nuestro Señor, fuera mal hecho, porque sobre esta obra no ha puesto el sello de su voluntad, y así no la recibe.

II. Para que una acción esté bien hecha, requiere ciertas condiciones particulares.

Lo primero es menester que Dios la quiera. — To-

dos nuestros actos son indiferentes: lo cual es verdad sobre todo para los que viven sujetos á la obediencia.—En cuanto á los que viven en el siglo, que conservan su libertad, deben decidirse preferentemente á esto sobre aquello, conforme á las circunstancias, pues disponen de su vida dentro de los límites señalados por la ley de Dios. Mas en lo que toca á nosotros, la obediencia iguala todas nuestras acciones, por lo cual hay que ejecutarlas conforme á lo que ella indica. La regla os fija la ocupación ordinaria de vuestra vida; la autoridad viviente, el Superior, determina lo demás de vuestras acciones, y, por último la necesidad del orden os determina en algunos casos lo que debéis practicar.

Para obedecer á la regla y á vuestro Superior, todo debéis abandonarlo, incluso las comunicaciones con Dios; de modo que si recibieseis una revelación contraria á vuestra regla, deberíais ateneros á vuestra regla y creer que aquello maravilloso no pasaba de ser una ilusión, porque Dios no puede hablar contra la regla.

Hay quienes prefieren gustosos su sentimiento interior á lo que les prescribe la autoridad, y que anteponen su inspiración personal á la de la obediencia: éstos son protestantes en la vida espiritual, y abundan en nuestros días más que en otro tiempo alguno.—Cuando la fe disminuye, aumenta la ilusión. Á todo el que para excusar su tenacidad en sus juicios y desobediencia os diga: «Estoy en lo maravilloso y sobrenatural: el mismo Dios me ordena obrar así», escuchadle con paciencia, y luego, sin contestar á lo que hubiere dicho, dadle esta sola respuesta: *Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde*, y dejadle en su pretendido estado sobrenatural,

Aunque el mismo nuestro Señor se hallase en vuestra celda con vosotros, deberíais dejarle para trasladaros adonde mandase la campana.

Hay, sin embargo, inspiraciones interiores que inducen á ejecutar esta ó aquella obra, y de las cuales unas son verdaderas y otras falsas; por lo cual, para saber si proceden de Dios, consultad la regla.—¿Nada dice?—Consultad su espíritu.—Y si queréis ser perfectos, id á pedir parecer y permiso á vuestro Superior, de lo cual exceptúo únicamente la oración en la celda, pues podéis dedicaros á ella siempre que estéis libres de obediencia particular.

III. Para juzgar del grado de bondad de nuestras acciones, recordemos también este axioma: *Bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu.* «Para que una acción sea buena lo ha de ser por todos conceptos, pues un solo defecto que presente basta para viciarla por completo.»

Por eso es menester que una acción, antes que nada, se ejecute de conformidad con su naturaleza; la adoración, según el método que se os enseña; el estudio, según las reglas; los cargos, según el uso adoptado.

Es menester que se haga en su tiempo.—Si por iniciativa propia alteráis el tiempo destinado á una cosa, la viciáis, porque la gracia de Dios se halla adherida á aquella hora y es un correo divino que no aguarda.—En el oficio divino, por ejemplo, el ángel de Dios, el ángel de la oración viene al principio á dar á cada uno la gracia de rezarlo con recogimiento; pues bien, si no estáis allí, veréis cómo rezáis mal el Oficio; lo cual, sin embargo, no sucedería si la obediencia fuese quien os hubiera detenido en otra parte, ó si el retraso no hubiera sido

por culpa vuestra; porque en estos casos nuestro Señor responde por vosotros y os reserva vuestra gracia.—Nunca olvidéis que es un insulto hacer que nuestro Señor aguarde.—¡Por lo tanto, tengamos en su obsequio el orgullo de desempeñar bien nuestro servicio!

Nuestras acciones deben ejecutarse en su debido lugar.—La gracia también está afecta á los sitios, y en ellos está la gracia si la regla os quiere en ellos; allí está la gloria de Dios: la Iglesia enriquece *con indulgencias los lugares, y la obediencia los* santifica.

También deben hacerse según sus circunstancias y conforme á su particular manera; por lo cual no hagáis magníficamente una acción que debe ser sencilla; ajustaos á la forma exterior y ya aceptada de cada cosa, porque el servicio de nuestro Señor compónese únicamente de actos cuya forma está prescrita; ateneos á ésta que os da el cuadro de vuestra obediencia.

Además se necesita dar un alma á nuestras acciones, y es la pureza de intención; no hagáis vuestras acciones ni por orgullo si en ellas lográis éxito, ni por despecho, si no lo conseguís, pues estos móviles son gusanos roedores que aunque dejan á la acción un buen aspecto, la destruyen, no obstante, en su interior. Sea siempre sobrenatural vuestra intención; hacedlo todo por amor á nuestro Señor, pues aunque esto no es necesario para que la obra sea meritoria, ya que para ello basta cualquier motivo de virtud: ¡cuán preciosa y grata es á Dios una acción efectuada por amor!

También habéis de tener fidelidad en hacerlas, dándoles toda su integridad, sin descuidar nada en

ellas, puesto que ni una partecilla del don de Dios debe perderse, ya que hasta las migajas son perlas en el servicio de nuestro Señor.

Por último, dadles como fin y vestidura la humildad: que todas tiendan á aquella humildad en que nuestro Señor se envuelve en el Santísimo Sacramento, la cual os preservará de la vanidad y desaliento. — San Bernardo dice que Dios no pide ni mira el resultado, sino el cuidado puesto en cumplir su voluntad; obtener resultado ó no obtenerlo, es meramente secundario.

Guardad atentamente estas palabras, que son aplicables á todos los días y á todas las acciones de vuestra vida religiosa.





LA SANTIDAD POR LA REGLA

La ley de vuestra santidad y la condición de la gloria de nuestro Señor en vosotros, así como la fuerza de duración y de acción de la Congregación, consisten en la observancia de la regla.

Y aunque se puede ser santo sin una regla religiosa, esta santidad no puede ser la vuestra,

Hay que distinguir entre regla y reglamento; pues éste es la regla material, la nomenclatura de sus prescripciones positivas, la consigna, el orden de cada acción; mas la regla es el espíritu de vuestras acciones, la ley interna, la forma de la santidad, la que efectúa la educación espiritual.

Quiero decir que sólo podéis haceros santos por la práctica perfecta de vuestra regla, porque Dios no os ha creado sino para ser religiosos del Santísimo Sacramento; todo en vosotros está ordenado para esta gracia y esta vida, y la regla es el Evangelio aplicado á vuestro temperamento y á vuestras necesidades. El Evangelio es la ley general; la regla, la ley particular. Aunque todas las corporaciones reli-

giosas son idénticas en cuanto son escuela de Jesucristo, porque todas practican sus consejos, son, sin embargo, distintas unas de otras por el espíritu y el fin con que los practican.

Todo hombre está obligado á saber y practicar el Evangelio; pero basta á vosotros que conozcáis y practiquéis vuestra regla, que es vuestro Evangelio.

Tal vez digáis que la nuestra no está aprobada por la Santa Sede: cierto; pero sin embargo, la aprobación de la Congregación por la Santa Sede es una aprobación indirecta de la regla que, examinada en Roma, se ha creído que podría formar religiosos que tuvieran un fin especial, útil á la Iglesia y capaz de glorificar á Dios y de santificar las almas. Esta regla ha sido elogiada en conjunto, y el Padre Santo ha señalado las correcciones que deben hacerse en ella; de modo que no habéis de respetarla menos, con el pretexto de que no ha sido aprobada canónicamente (1).—La prudencia y la bondad han movido á la Iglesia á no aprobarla, puesto que su aprobación comunica á una regla un carácter definitivo, después del cual no se puede sin su permiso quitar ni añadir nada; cosa que ahora podemos hacer y que es necesaria en los principios.

Entretanto que nuestras súplicas obtienen una aprobación definitiva, es preciso que vuestro comportamiento apruebe esta regla, pues la Iglesia quiere saber si es practicable; pero si no la practi-

(1) El Padre decía esto en 1867; pero luego las Constituciones redactadas por él y en que constantemente y hasta su última hora trabajó como *en su único libro*, han sido aprobadas por un decreto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares.—Dejamos su argumento en su forma primitiva, que así tiene más fuerza.

cáis, ¿con qué objeto se ha de intentar que se apruebe?

La Congregación os dice: «Hijos míos, os ruego que observéis la regla que os doy.» Practicad las virtudes que os enseña para que se vea si éstas son, en efecto, las virtudes que exige nuestra vocación. ¿Cómo y para qué pretendéis que nuestro Señor inspire á su Vicario que apruebe la regla, si no encuentra personas con suficiente santidad para practicarla?

Por consiguiente, observadla y guardadla con amor y respeto.

Porque es respetable para vosotros. Y no decimos esto por haberla formado nosotros, que somos miseria y nada más; así como tampoco os decimos que proviene del cielo mediante revelación particular, ni por un milagro de asistencia directa del Espíritu Santo, pues carece de todos esos caracteres extraordinarios que tantas santas reglas presentan.

El pensamiento que la ha concebido, la pluma que la ha escrito, en sólo esto se ha inspirado: en servir á nuestro Señor en su Sacramento de amor mediante una asociación de hombres que se consagren especial é íntegramente á este servicio.

Por ninguno de sus miembros le ha dado Dios todavía esas brillantes sanciones que consagran una regla, pues no tenemos Santos insignes, vivos ni muertos, que la prediquen y recomienden: sus hijos no le han dado gloria todavía.

Entonces, ¿cuál es su gloria?—El no tenerla ante los hombres: no es más que una ordenadora, una institutriz que aspira á formaros para daros á Jesucristo en la Eucaristía. En esto, ¿qué gloria hay?

Mas si la Congregación poseyese un taumaturgo,

todos vendrían á escuchar su doctrina y ver sus milagros; pero ni siquiera entrarían adonde está el Maestro, pues vendrían en busca del talento de este hombre y luego se marcharían gloriándose de ello; y ¿quién se quedaría en la sombra con nuestro Señor?

La gloria de la regla, y de la Congregación por consiguiente, consiste en su fin, que es el servicio tan noble y glorioso de nuestro Señor reinando y triunfante en su trono de amor, y también está su gloria en formaros para Él; y con tal que pueda producir buenos servidores, desconocidos del mundo, pero gratos á su divino Maestro, nada más desea.

Hay que bendecir á Dios por la obscuridad en que deja á la Congregación, así como por su escaso brillo debe seros más amada la regla, porque su obscuridad os coloca con mayor perfección en vuestra virtud de adoradores, que es la humildad, la cual, si comprendéis y practicáis, seréis Santos.

Vuestra regla es oculta y misteriosa, como nuestro Señor en su Sacramento, y el mundo no la comprenderá; porque ¿comprende acaso á nuestro Señor y su misterio de amor? — En cambio la comprenden los que tienen la vocación, y ésta los guiará á ser perfectos.

La regla nos pone en el Santísimo Sacramento y nos reduce á nada. Otras reglas perfeccionan al individuo para convertirle en hombre útil que se pueda presentar frente á las glorias humanas para atestiguar las de la religión, lo cual es muy conveniente; mas la vuestra os oculta y anonada para perderos en nuestro Señor, porque no tenéis que manifestaros y combatir, sino adorar.

II. Practicadla, por lo tanto, y amadla, pues sola ella os santificará; en primer término, porque os pone en el camino de santidad y constituye para

vosotros una atmósfera de gracias, y después porque os indica por el reglamento lo que tenéis que hacer en cada hora del día, con lo cual os da á conocer la voluntad actual de Dios respecto á vosotros, y *esto es importantísimo; porque* en el mundo lo que extingue la devoción de los seglares piadosos y de los sacerdotes, es su libertad; como que ignoran lo que tienen que hacer y si han efectuado todo lo que Dios quería. Peligro es éste de que la regla os libra, pues cuando os deja libres, os señala al Superior, que podrá daros fijeza.

La regla os da además una gracia particular y adaptada á vuestro temperamento espiritual, y es para vosotros la expresión compendiada de toda verdad. Es vuestra gracia personal, la que os destinaba Dios cuando os concebía en su pensamiento, *la que debe ganar la corona que desde* entonces os reservó.

Cada hombre tiene su gracia propia y debe ser guiado por modo particular; pues bien: la regla es vuestra gracia de vida, la luz apropiada á vuestra mente y á vuestros ojos; os muestra á nuestro Señor en todo y dondequiera, os fija en Él y sobre Él sin distraeros hacia nada, porque Él únicamente es vuestro fin y vuestro todo.

Un Santo decía: «Quiero morir con mi regla, que ha sido mi camino; con mi Crucifijo, que ha sido mi fuerza, y con mi rosario, que ha sido mi perseverancia.» *En lugar de la cruz poned el* Santísimo Sacramento y pedid la misma gracia.

Aparte de vuestra santidad personal, debéis practicar la regla en provecho de vuestra madre la Congregación; porque su vida consiste en la regla observada y santificada por la práctica de sus hijos.

No es vuestro número el que alimentará, fortificará y prolongará la existencia de la Congregación, sino la práctica de la regla.

La cual es su alma y su vida; porque consistiendo toda sociedad en la autoridad, en ésta residen su fuerza y su centro; y así, quien no obedece á la regla, desarma á la autoridad y destruye la sociedad.

Está en la regla también el poder de acción de la Congregación, pues ésta no puede conduciros á poseer las virtudes de nuestro Señor, si no seguís el camino que en su regla os traza, así como no obedeciendo á la regla, paralizáis la Asociación.

Mas, por el contrario, su gloria será la regla como sintáis por ésta amor y celo. Entonces acudirán las vocaciones y la Congregación se extenderá á lo lejos; pues lo primero que se pide es la regla y ésta no puede verse mejor que en los que prácticamente la comentan por su comportamiento. Para atraer, necesita la Congregación ser luminosa como un sol; y vosotros sois los rayos de ella.—El que intenta entrar en religión no reduce sus averiguaciones á las paredes ni á los hábitos, sino que se fija principalmente en las obras y mira si los individuos son Santos; y así, cuando la regla se practica bien en algún sitio, allí se entra confiadamente, diciendo: «Aquí debo conseguir la santidad, porque es camino seguro el que se sigue.»

Quebrantada la regla, puede querellarse y, como Dios, maldecir á sus transgresores: «Los que me desprecian serán despreciables.» *Qui spernunt me, erunt ignobiles.* Sí, nuestro Señor los despreciará.

Recordad que todos los que abandonaron su vocación no estimaban la regla, á la cual querían añadir ó cercenar algo; mas nuestro Señor los rechazó

porque no quiere dos leyes ni voluntad contraria á á la suya, indicada por Él al fundador.

No es á mí á quien toca sancionar ni recomendar la regla, de que no soy más que débil instrumento; si bien cuanto éste es más débil, muéstrase más fuerte nuestro Señor en defenderle, así como se muestra severo cuanto más bueno es el instrumento. Nunca es uno despedido ni se va por propio impulso, sino que sale arrojado por el mismo nuestro Señor, á causa de haber sido infiel á la regla.

Practicad la regla, si queréis glorificar á nuestro Señor; pues desde que entrasteis en religión, ya nada quiere de vuestra individualidad, por buena que sea. Miembro sois ya de un cuerpo, y no individuo independiente, de modo que nada podréis hacer sino en unión del alma y del cuerpo á que os habéis juntado, y hasta vuestras virtudes personales, si no se practican según el espíritu de vuestra regla, ya no honrarán á nuestro Señor.

Aunque os martirizarais, como esto fuera con separación de vuestra regla, nuestro Señor ni siquiera repararía en ello, además de que ni perseveraríais ni subiríais muy arriba, privados de vuestra gracia necesaria.—Tomad, elegid á un religioso de talentos medianos, pero bien poseído del espíritu de la regla, que la estime y emplee fielmente los medios de apostolado que suministra, y á otro religioso superior al primero en ciencia y talentos, pero que se sirva poco de los medios de la regla, y veréis cómo aquél realiza maravillas y el segundo resultará infructuoso en todo.

Ea, pues, mirad en la regla vuestro gran libro ascético, vuestra virtud y vuestra gracia; y como ella es la que ante todo y sobre todo debe haceros san-

tos, sea también vuestro criterio en los estudios y trabajos, y de nada juzguéis sino en conformidad con ella y desde su punto de vista. Ahí está el secreto de vuestra fuerza, porque está el vínculo de vuestra unión; ahí el porvenir de la Congregación y la glorificación del reino eucarístico de nuestro Señor.

Por lo tanto, amadla mucho, si amáis la Congregación, porque ésta y la regla son una misma cosa, supuesto que aquélla no vive sino por ésta, que es su alma.

Ahora bien: ¿no debéis amar con el más abnegado amor á la Congregación, vuestra madre?—De la cual puede decirse lo que la mujer del Evangelio decía de la Madre del Salvador: «Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te dieron de mamar.»

Sí: bendecid á la Congregación, respetadla y rodeadla de vuestra estima, porque es digna de honor como hija de la Iglesia y Esposa de Jesucristo glorioso y reinante en el Santísimo Sacramento, y ya ha sido aprobada por un santo y gran Pontífice.

Dadle vuestro amor de verdaderos hijos, de hijos bien nacidos, porque ella os ha dado á luz en el dolor.

Sometedle vuestras obras é inteligencia, por ser vuestra maestra en la doctrina y quien formará vuestra educación espiritual.—Por lo tanto, vivid de su espíritu, de sus máximas y medios, si queréis lograr su fin, que es también el de vuestra vida y vuestra dicha en este mundo y en el otro: el reinado de la Eucaristía en vosotros y en todas partes.





LA ORACIÓN

MEDIO PARA NUESTRA SANTIDAD

En hacer bien nuestras acciones consiste nuestro comercio espiritual; en hacerlas según la regla, nuestra santidad; en hacerlas con espíritu de oración, nuestra perfección.

I. El espíritu de oración os es absolutamente indispensable, por muchas razones.

Desde luego tenéis necesidad de la gracia de Dios, de una gracia superabundante, porque sois contemplativos, adoradores y como tales estáis obligados á tener una vida enteramente celestial y siempre animada de motivos sobrenaturales. Mas como el único medio de obtener esta gracia es la oración, y à cada instante necesitàis de la gracia, es menester que adquiráis el hábito de la oración y seàis hombres de oración.

Establezco el principio de que la gracia de la Congregación es gracia de oración; que el espíritu de oración es una de sus virtudes características y distintivas. Esta gracia es la dote de todos los que aquí vienen llamados por nuestro Señor, que da la gracia

cuando expresa el llamamiento; así es que natural y como instintivamente debéis tener el espíritu de oración, pues forma parte de vuestro estado de religioso adorador; y así como cada criatura tiene su dicha en cumplir naturalísimamente, y como si no supiera hacer otra cosa, el fin para que ha sido creada, de igual manera debéis practicar con facilidad la vida de oración y con aquella alegría propia de todo ser que obra en conformidad con su fin.

Por la regla tenemos, incluso el oficio del coro, ocho horas diarias de oración pública en la capilla: si no sabéis estar ocupados durante todo ese tiempo, ¿cómo queréis vivir?

Yo, sin embargo, os digo que puesto que Dios os ha llamado, os habéis quedado y habéis tenido esas ocho horas de oración, poseéis, con mayor ó menor abundancia, el don de la oración; porque Dios no llama á uno para un fin sin darle los medios necesarios. En cuanto á la señal de nuestra vocación será, sobre todas las demás, la de invertir con gusto en la oración esas ocho horas. En cambio, si se tienen á la fuerza y gusta el descargarse de ellas, ó no se tiene vocación, ó se ha dejado perder.

II. La oración, no sólo debe ser la gracia para vuestra santidad, sino su principal ejercicio y la virtud de las virtudes; pues por ella alcanzaréis vuestras virtudes de estado, supuesto que siendo una virtud que tiene á Dios por objeto inmediato, lleva en pos de sí las demás virtudes y se sirve de ellas para ejercitarse.

Todo marchará como es debido cuando vuestra alma haya tomado con apetito su alimento; entonces tendréis la fuerza del sacrificio y la vigilancia en el combate.

¡Ah! ¿Por qué no hacemos consistir nuestra perfección en la oración? ¿Por qué no dirigimos nuestros estudios y virtudes á aumentar en nosotros el estado y la facilidad de la oración? Empleamos nuestro tiempo y nuestras gracias en corregir algunos defectos; pero aun cuando ni uno nos quedase, no deberíamos permanecer estacionados, pues nuestro fin es el servicio de nuestro Señor mediante la adoración, y solamente para efectuar nuestra adoración de un modo más perfecto debemos corregir nuestros defectos y adquirir las virtudes. La misma santidad no es otra cosa sino un medio de servir mejor, y es necesaria, indispensable, porque nuestro Señor no puede admitir más que servidores santos; pero aun cuando ya se la posea, todavía es menester que el espíritu de oración le dé la forma propia del servicio de nuestro Señor, que es la adoración.

Así es que para vosotros todo consiste en perfeccionar ese real servicio. Por lo tanto, formaos una ciencia de adoración; de todo lo que leáis componed para vuestro uso un manual, un depósito de asuntos para la adoración; no leáis un libro piadoso sino con intento de hallar en él un nuevo alimento para la oración. Todo lo demás vendrá después de ésta, como por añadidura.

Pero estad seguros de que, si oráis mal, no podréis practicar la virtud.—Por lo demás, necesitáis un centro de reposo, y éste no puede hallarse en la virtud, pues para esto sería necesaria una santidad consumada; y al mismo tiempo, la virtud para nosotros es una lucha, por lo cual nunca os diré que coloquéis en ella vuestra morada, puesto que si en ella os detuvieseis, os perderíais, como el pájaro que cesa de batir sus alas. Vuestro deber es llegar

á la perfección del Padre que está en los cielos; por consiguiente, nunca podréis decir: «Ya es suficiente; ahora descansemos.»

Tampoco el estudio ni la ciencia os proporcionarán una felicidad en que descanséis; porque en último resultado, ¿qué se sabe?

Acordaos bien de que nunca encontraréis la dicha sino en vuestras comuniones con Dios, adoraciones y acciones de gracias, pero sobre todo en las adoraciones, pues con frecuencia la acción de gracias es militante y doliente, porque nuestro Señor quiere que participemos de su cruz y de su humildad, llegándose á nosotros como divino Crucificado.

Pero es menester que en vuestras adoraciones seáis felices y gustéis de Dios, porque si no sois dichosos, tiemblo por vuestra vocación. Todo estado en que Dios coloca, torna felices á los que no le son infieles. – Y observad que si os desanimáis, si no está vuestro corazón en lo que hacéis, es que son malas vuestras adoraciones; pues cuando se ama no se padece ó, por mejor decir, como los goces se sobreponen á los sufrimientos, no se siente más que la dicha.

No hay más sino que para gozar de la adoración es necesario hacerla, entregarse á ella, prepararla, trabajarla, convertirla en fin de todo.

Quisierais ser como los Israelitas en el desierto, donde caía el maná todas las mañanas sin que hubiera más trabajo que el de recogerlo; mas aquello era un milagro de admirable condescendencia que no había de durar, porque en la tierra prometida, así como en el mismo paraíso, la ley era el trabajo.

Disfrútase mucho en un delicioso festín durante el que apenas se piensa en los gastos y en el trabajo

que ha debido de costar á los que le prepararon: ¿queréis vosotros disfrutar de las delicias de la oración en el banquete de la adoración? ¡Preparadlo, porque tan sólo tendréis lo que hubiereis preparado!

III. Es necesario que vuestras adoraciones se hagan según el método de la Congregación, conforme al método propio de nuestra vocación.

Cada corporación religiosa emplea el método que más conviene á sus necesidades y á su fin; nosotros hemos adoptado el método de los cuatro fines del sacrificio, por ser el que mejor que todos nos une con Jesucristo, primero y perfecto adorador, cuyas adoraciones y oraciones por la gloria de su Padre y la salvación de las almas debemos reproducir. El sacrificio de Jesucristo es su oración por excelencia; es también la oración por excelencia de la Iglesia, y reune en si todos los deberes que la criatura tiene para con el Creador, á la vez que expresa todo cuanto debemos pedir.

Adorar, dar gracias, pedir perdón y orar en unión con el sacrificio de adoración, de acción de gracias, de propiciación y de oración de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento: tal es el método de la Congregación, y que debe seros suficiente.—Los otros métodos no han sido formados para vosotros, ni corresponden á vuestra gracia; por manera que si el vuestro no os basta, es que no sabéis utilizarlo; sois, pues, ó enfermos, ó niños que ignoran el manejo de sus propias herramientas. En este caso aprended, interrogad, pues al efecto contáis con la gracia radical.

Pero con este método, que es como el cuadro de vuestras adoraciones, hay que diferenciarlas y dar á cada una un carácter distintivo, con objeto de evitar

la rutina y la pérdida de tiempo. — Tenéis tres de ellas al día.

Ahora bien: la primera debe ser una adoración de virtud en que el trabajo interior, la instrucción de vuestra alma y la corrección de vuestros defectos sean la principal ocupación: esta adoración es de perfección y de santidad, escuela y aprendizaje de la vida eucarística de Jesús, cuyos misterios y virtudes meditáis y tratáis de practicar primero en vuestra adoración y luego adoptando las resoluciones necesarias para ajustar á ellas vuestra vida.

La segunda debe ser una adoración de sufrimiento, en que os unáis á la Pasión de nuestro Señor, meditando sus sufrimientos exteriores é interiores, porque el sufrimiento es la perfección de las virtudes.

Mas la tercera debe ser de recogimiento, de des canso y de alegría en la bondad de nuestro Señor, sobre su Corazón ó á sus pies. Meditad allí los misterios gloriosos y gozosos de su vida; ved su amor y gustad de su ternura, no ya en el trabajo, sino en el silencio y el reposo.

Aunque no os digo que busquéis únicamente la alegría, nuestro Señor os la dará, porque la necesitáis, y Él también tiene necesidad de comunicárosla. ¡Es tan de su agrado hacer dichosos! Ved cómo, cuantas veces se muestra á sus Apóstoles, les lleva la paz, la alegría, la ventura; por lo cual, culpa vuestra será si nunca las experimentáis.

Insisto mucho en que os sintáis dichosos en la oración, pues en ello consiste vuestra animación, que es como el aceite que facilita la marcha de las ruedas; de modo que, cuando no lo seáis, debéis de-

cir: «No soy fiel; nada hago de provecho.» Claro está que esto os desalienta; pero aunque al decir: «Nada hago de provecho» es muy posible que digáis la verdad, no permanezcáis inmóviles en ese estado, sino humillaos, volved y adoptad los medios para salir de aquella situación.

También puede ser esto una prueba que os envíe la suma bondad de Dios, pues los Santos fueron probados de esta manera durante mucho tiempo, si bien vosotros no habéis llegado á este punto. En general puede decirse que si no os sentís dichosos en la oración, la culpa es vuestra. Así, pues, humillaos y daos prisa en reconquistar las mercedes de nuestro Señor para mejorar de vida.

Mucho os compadeceré si no llegáis á ser felices en vuestras adoraciones, porque entonces ningún otro consuelo tendréis, pues ni os lo darán los hombres, ni lo encontraréis en la mesa ni en el descanso; porque, aparte de que el trabajo no falta, ¿qué clase de consuelos son éstos?—Es verdad que del religioso se dice que carece de cuidados, pero esto es un insulto, y la dicha sólo reside en el contento del alma. Tampoco habrá de consolaros el ministerio exterior, porque no se os permitirá en tanto que vuestro espíritu de oración y la regularidad de vuestras adoraciones no estén libres de padecer por ello.

El mundo no llegará á vosotros, y aun cuando obtuvieseis éxitos entre las almas, no se os permitirá este gozo, porque debéis ser, como Juan Bautista, indicadores de nuestro Señor, viéndoos como es debido, abandonados hasta por los más próximos á vosotros, que se dirigirán hacia Aquel á quien mostráis.

Después de todo, creedme que nada ni nadie, fuera de nuestro Señor, podrá haceros verdadera-

mente dichosos. Paralízase vuestro corazón siempre que lo ponéis en contacto con cualquiera cosa distinta de aquellas á que es sensible, esto es, la oración y Jesús sacramentado, pues os ha dado Dios un corazón semejante á la sensitiva, que sólo puede sufrir el contacto del sol y del rocío celeste, y para todo lo demás se cierra.

Sed, pues, hombres de adoración; tened espíritu de oración; amad la adoración y llegaos á ella con alegría, como al banquete de los cielos, y entonces seréis felices y serviréis al Señor con la alegría en el corazón. ¡Ah! ¡Contentaos con Jesús sacramentado!





LA CARIDAD FRATERNA

PERMANECED con Dios para conocer su bondad; permaneced en el propio recogimiento para que conozcáis vuestra miseria y os despreciéis: estas son las dos fuentes de la caridad fraterna y el secreto para amar á los hermanos.

La caridad fraterna es la virtud predilecta de nuestro Señor, que caracterizó con ella á sus verdaderos discípulos: «Conocerán que sois mis discípulos si os amáis unos á otros.»

Ella es toda la ley, dice San Juan; quien la practica es buen religioso, pues la caridad sola basta, como que es el precepto del Señor.

Quien ama á su hermano ama á Dios, pues nuestro Señor transfiere al prójimo los derechos que tiene á nuestro amor; y si al prójimo á quien vemos no amamos, ¿cómo amaremos á Dios, á quien no vemos?

Jesucristo llama á la caridad precepto nuevo, pues aunque antes de su venida era un deber el amor, sin embargo, como el hombre no había visto el amor del Salvador, desconocía lo que era amarse sobrenaturalmente unos á otros; pero desde que se hizo her-

mano nuestro y murió por nosotros, sabemos lo que debemos á todos los hombres, que en Él han llegado á ser hermanos nuestros.

Pero todavía se impone más la caridad fraterna á los que vivimos en el Santísimo Sacramento, porque aquélla es el código de la Cena y la virtud de la Eucaristía.

¿Cuáles son, pues, los caracteres de la caridad fraterna? Los mismos que los del amor de nuestro Señor á nosotros.

Desde luego nos ha amado nuestro Señor por nosotros y no por Él: el amor que ama para sí á los otros, es solamente egoísmo.—Así, pues, hay que amar á nuestros hermanos por su bien espiritual y aun por su bien temporal, según la caridad lo pida: tal es el amor puro y sobrenatural.

A nuestros hermanos con quienes vivimos debemos amarlos más que á todos en el mundo: «El que no ama á los suyos es peor que un infiel.» — Debe nuestra caridad extenderse al cuerpo y al alma de nuestro hermano, porque ha entregado á la Congregación su alma y su cuerpo.—Respecto á su alma, estáis obligados á orar por ella y á evitar, siempre que podáis, la falta que vaya á cometer. Amar á las almas é impedir las ofensas á nuestro Señor es lo que aviva el celo de los apóstoles y de los buenos sacerdotes; de modo que nada glorifica tanto á nuestro Señor, fuera del servicio de su persona, como la caridad espiritual que tenemos para nuestros hermanos; de lo cual son dos los frutos que resultan para su gloria: el del acto que ejecutáis y el del hermano cuya caída impedís.

Es admirable el poderío de la caridad fraterna, pues jamás trabaja en vano ni aun cuando deja de

conseguir lo que desea; de modo que si intentasteis realizar un bien, aunque no lo lograsteis, el mérito recae en vosotros: así es como en el cielo son recompensados los Santos hasta por el bien que causaron á las almas que á pesar de aquellos auxilios se condenaron.—Por esta misma razón, el Superior que emplea todo su celo en hacer practicar la regla tiene el mismo mérito, ya sea que sus religiosos le escuchen, ya sea que no le escuchen. Siempre es bueno dar limosna, aunque el desgraciado se sirva de ella para una obra mala.

¡Tened, pues, caridad con vuestros hermanos, y sea para ellos vuestro primer amor!—Gran desgracia sería que tuvieseis más caridad para con los que están á la puerta que para con los de la familia.—Al prójimo sólo os debéis en los límites de vuestra misión y no según toda la extensión de que la caridad es susceptible.

En vuestras oraciones sí, sed universales; pero en la acción limitaos á los términos de la obediencia.—Y sin embargo, en vuestras oraciones debéis anteponer á todo vuestra familia eucarística; aun vuestros mismos padres vienen después de ésta, pues más pertenecéis á vuestra familia según la gracia que á vuestra familia según la carne, y á la primera os debéis por el sacrificio de la segunda. Ya sé que el corazón guardará más sentimiento natural por la madre que os dió á luz; mas los primeros sentimientos de la gracia, el primer amor sobrenatural, deben ser para la Congregación vuestra madre adoptiva. Vuestro corazón debe estar donde vuestras relaciones y vuestra vida. «Para unirse á su esposa, el hombre dejará á su padre y á su madre,» dice el Señor; por lo tanto, posponedlo todo á

la Congregación, supuesto que con ella os habéis desposado.

Dad la oración al alma de vuestros padres, porque tal es el deber de la gratitud; pero en cuanto á lo temporal no os ocupéis más de ellos, y dígaos la obediencia lo que se deba hacer en caso necesario.

Igualmente habéis renunciado á la caridad individual respecto á los pobres, pues todo lo que podéis hacer es acordaros en presencia de Dios de los desgraciados.—Gran sacrificio hay en no poder dar; siéntenlo intensamente los que tenían la costumbre de dar limosna. Dejad, pues, que clamen contra vosotros vuestro corazón y el mundo, pues pobres sois y no podéis disponer ni de un óbolo siquiera. Para cumplir con el precepto, el Superior dará limosna en nombre vuestro.

En cuanto á vosotros, recordad que es un mal todo bien que Dios no pide, y que vuestro voto se opone á la liberalidad. Así, pues, vuestros hermanos ante todo.

Ahora, amadlos por puro amor de Dios y de ellos mismos en Dios, y no por ganar su reconocimiento y reciprocidad. Servidlos por cuantos modos podáis en la orden, y sea éste el único motivo de cuantos servicios prestéis. Por lo cual no os quejaréis en caso de que no se os muestren agradecidos. ¿Lo hicisteis para que os lo agradecieran? Y si lo hicisteis por Dios, ¿qué os importa que os den gracias los hombres?—Hicisteis lo que debíais, y fuera destruir vuestra caridad y privar á Dios de su gloria el querer obtener por aquella acción algún pago personal.—Hasta llego á decir que si os demostrasen demasiado reconocimiento deberíais tomarlo como á injuria, porque no otra cosa hicisteis que vuestro deber al prestar aquel servicio.

Vuestra caridad ha de extenderse á todos vuestros hermanos sin distinción, pues todos son hermanos vuestros, con iguales derechos á vuestro afecto, si bien no á todos debéis las mismas demostraciones exteriores. Los sacerdotes, por su carácter, tienen derecho á más respeto y honor; pues como sacerdotes que son, representan al sumo sacerdote Jesucristo, por lo cual les debéis profundísimo respeto; y aunque son buenos para vosotros y os tratan con condescendencia, conviene que nunca al lego se le ocurra igualarse al sacerdote y tratarle con familiaridad. Por manera que no los miraréis como á camaradas, sino como á superiores vuestros.—Permaneced en vuestro sitio, y si se tiene á bien el descender hasta vosotros, que esto no os sirva sino para bajar más todavía.

Otro carácter de la caridad de nuestro Señor es la humildad, por la que no se consideraba sino como servidor de sus Apóstoles.—Nunca os sobrepongáis á los demás ni os creáis jamás superiores á ellos por vuestra ciencia ó virtudes.

Nuestro Señor trataba á sus Apóstoles con respeto, porque la caridad debe ser respetuosa, así como la familiaridad indica orgullo y menosprecio.—Cuando era necesario, reprendía nuestro Señor á sus Apóstoles y dábales advertencias propias para su corrección; mas cuando los reprendía, nunca los rebajaba. Enseñábales á respetarse recíprocamente; si con frecuencia les decía que los amaba, era con el designio de que viesen los unos en los otros los objetos de su amor, sus amigos privilegiados. — Os lo repito; la caridad que no honra es orgullo, y se erige un trono sobre el abatimiento de los demás.

Tal vez vuestro hermano tiene menos cualidades

de ciencia y virtud que vosotros, y en eso os debe respeto; pero ¿querríais por esta causa un puesto superior al suyo y le trataríais con altivez? Cosa es ésta natural y mundana; por lo cual, si aspiráis á establecer personalidades, hay que atenerse á la superioridad que se tenga, mas entonces no es el amor quien os guía, sino el puntillo de honra del mundo, y aquí no se trata de eso.

Cierto que, en lo que atañe al orden, hay que observar la ley de precedencias; mas esto no se hace en atención á las personas, sino á la dignidad y conservación del orden: así en el cielo hay jerarquías establecidas por Dios mismo, y en la Iglesia por nuestro Señor. Fuera de esto, os ruego que no alimentéis esas susceptibilidades que nos traen el tufillo de la ambición y vanidad del mundo, y muy lejos de eso, el honor se tribute con júbilo por cada uno y por nadie sea pretendido. Honrad aun al menor de vuestros hermanos con amor sencillo y cordial, que no sea proporcionado á sus cualidades ni á vuestra simpatía, pues todo esto es humano.

Lo que en él debéis honrar es la gracia que Jesucristo ha puesto en su alma, es su vocación al servicio del mismo Rey, es al mismo Jesucristo que en él habita y á él viene por la comunión; y como Jesucristo honra á vuestro hermano, honradle también vosotros. — Al mismo Señor sirve que vosotros, y si en él se ven apariencias de virtudes, debéis creer que en realidad las posee; pues á creerlo os compele la conciencia por un deber de justicia.

En verdad que ese humilde hermano, ese ignorante, tal vez estará mucho más alto que vosotros en la gloria: honrad en él al futuro príncipe de la gloria de Dios; y aunque no fuese más que relicario

de Jesucristo que ha venido á su corazón, ¿no sería esto bastante para rodearle de estimación y respeto?

La caridad también debe ser abnegada.—No es suficiente honrar, se necesita también socorrer, dedicarse á las almas de los hermanos, orar con frecuencia para que sean más santos y lleguen á la perfección. Cuando en alguno de ellos nos muestra Dios un defecto, es para que le corrijamos, á lo menos por la oración, por lo cual faltamos á la caridad si no lo hacemos en la medida de nuestras fuerzas.

En cuanto á la caridad exterior, sus deberes están determinados por el reglamento: si tenéis que cuidar, ayudar ó instruir, practicadlo con abnegación: si estáis adjunto á uno de vuestros hermanos en un empleo que está á su cargo, quedáis de inferior suyo y le debéis sumisión en todo lo que ataña á tal empleo.

Por lo que respecta á las almas de fuera, hay que consagrarse á ellas, pero en la oración; conviene tener un corazón universal y amar á las almas y trabajar en su salvación, pero mediante el apostolado de la oración especialmente, y de la mortificación, por ser más fructuoso que el de la palabra, como que es principio del martirio y caridad perfecta. Se observa que algunas personas entran en religión para ser víctimas por las almas, y con su inmolación convierten más que todos los predicadores: son intermediarios para la salvación.

Practicad, por consiguiente, la caridad siempre y en todo, ya que las ocasiones para ello son innumerables; y si no se presentan, buscadlas.—Cuando os halléis en presencia de dos buenas obras libres, una personal y de caridad la otra, ejecutad esta última, porque tiene doble mérito.

Mas, sobre todo, repito que vuestra caridad sea humilde; pues la orgullosa es egoísmo ó caridad forzada.

Efectuad esta indagación: ¿Soy caritativo sobrenaturalmente? ¿Honro á mis hermanos cuando ejerzo en ellos mi caridad? ¿Soy abnegado en beneficio de ellos?

¡Cuántos pecados se cometen contra la caridad! En los pensamientos, con los juicios temerarios. ¡Tened en cuenta que lo que más fatiga al morir, después de los pensamientos contra la castidad, es el recuerdo de los pensamientos contra la caridad! ¿Quién os ha hecho juez de vuestros hermanos? Esta inquietud en la hora de la muerte es la pena que, aun desde el mundo, sufren siempre, según San Vicente Ferrer, los pecados de esta clase.—Los primeros movimientos del juicio temerario nada son; pero detenerse en ellos, consentirlos, ya es ser en el corazón homicida de su hermano.

Después por las palabras.—¡Oh cuántas faltas tienen que reprenderse en esta materia las almas piadosas y religiosas!

También hay contra la caridad pecados por acción y por omisión: examinémonos detenidamente acerca de esto y adoptemos los medios de corregirnos.

El que no peca contra el prójimo, casi tampoco peca contra Dios, porque el amor es uno solo, por más que tenga dos objetos y como dos canales.





DE LA SENCILLEZ

El justo procede con sencillez y el impío fraudulentamente.

Mucho os aconsejo que convirtáis la sencillez en la forma y en el fondo de vuestra vida, pues esta virtud fué preconizada por nuestro Señor: «Si no os hiciereis como estos pequeñuelos, no recibiréis el reino de Dios.» Dicha virtud es la forma y vestidura de la humildad y aquella pobreza de espíritu que el divino Maestro llamó bienaventurada.

Si os habéis dado á nuestro Señor para no tener en adelante personalidad, debéis ser sencillos como el pequeñuelo que, llevado de la mano, nada hace sino por medio de su madre. Nuestro Señor será vuestra prudencia y sabiduría.

Un carácter de la santidad es la sencillez, así como la doblez es uno de los principales signos de la decadencia espiritual.

Para santificarse y ser dichoso en la vida de oración y de regla que hemos abrazado, se necesita ser sencillo.

I. Sencillo primeramente con Dios.—«El que camina con sencillez camina con confianza»,—dice el Espíritu Santo.—Cabalmente esta sencillez con Dios

es la confianza con que un alma se pone en las manos de Dios, porque conoce su bondad. Así es que se abandona á su omnímoda voluntad y en modo alguno se inquieta por cuanto pueda acaecerle. Únicamente ve en las personas y en los más diversos acontecimientos la voluntad de Dios y esta unidad de mira es ya para esa alma santidad insigne, por que todo se lo manifiesta con una sola mirada, y por nada se sorprende.

Cuando un alma se turba y desalienta, deja de ser sencilla; es que ha mirado hacia sus pies, en vez de mirar siempre hacia encima de su cabeza. Es necesario ser como el niño sencillo y cándido que nada encubre y hace todo lo que su madre quiere, sin pensar si es bueno ó malo, y ni más ni menos que por quererlo su madre.—¿Por qué, de igual manera, no pensáis que Dios es bueno, que quiere vuestro bien y que de ningún modo le glorificaríais mejor que cumpliendo su voluntad?

Cuando se tiene esta sencillez, todo parece posible y nada es trabajoso, con tal que Dios lo quiera.

II. Sencillos con vuestros Superiores, á fin de que no lleven su carga pesarosos, porque esto no redunda en ventaja vuestra.

Un superior es pastor y tiene cargo de almas, por lo cual responde de vuestra vida y de vuestras almas. Aligeradle ese peso para que pueda dirigirse á vosotros sin recelo de que sus órdenes ó exhortaciones sean mal recibidas, tergiversadas y en disposición de producir por consiguiente más perjuicio que beneficio.

Tengo observado que cuando los miembros de una Comunidad no se muestran sencillos con sus Superiores, Dios no la bendice; porque, no lo ignoréis,

Dios bendice á un Superior más que á todos los religiosos, y sólo en él bendice á éstos. Todas las gracias están depositadas en él, que es la cabeza, para esparcirse sobre los miembros como el óleo de la unción fluyó desde la cabeza de Aarón hasta el borde de su manto; y, por el contrario, nunca bendice á los religiosos que se oponen á su Superior en asuntos de su cargo ú obligación. Harto comprendéis que Dios viene á ser siempre uno mismo con aquél, y que no ha de obrar en contra del que por Él ha sido instituído para que le represente.

¡Ay, hermanos míos! ¡Qué pena es ser Superior! Menester es que sea nuestro Señor quien os clave sobre tal cruz; porque á menos de ser uno un orgulloso devorado por el deseo de figurar ó un avaro que á toda costa quiera manejar algunos céntimos, nadie se atreviera á desear semejante cargo.—El cual desde lejos acaso es bonito, pero de cerca varía. Si hay algún ser desgraciado es el Superior, que ni de un momento dispone en que saborear la dicha de la paz; es de todos y de nadie; tiene que inmolarse sobre su pesada cruz.

¡Pero, en cambio, tiene honores! — ¿Qué honores? ¡Ah! ¡Si supierais el caso que hacen de esos honores los Superiores generales que gobiernan las grandes Ordenes, y que mandan sobre legiones de religiosos, á la vez que ocupan posición tan eminente en Roma y en la Iglesia!—No: allí no están sino para ver miserias y recibir solamente coronas de espinas. ¿Y todos esos cuidados y tantas penas pueden comunicarse á alguien, buscando algún alivio en la confidencia? Es necesario sofocarlos en el corazón y pedir á Dios.

Lejos de envidiar jamás á vuestros Superiores,

compadecedlos, pues están cargados con vuestra propia responsabilidad, y en el día del juicio tendrán que responder por vosotros.—Desear un cargo es haber perdido la cabeza.

Honrad á vuestros Superiores con sencillez, sin lisonjearlos; pues el lisonjero insulta ó desprecia al que es objeto de su adulación. Quienquiera que seáis, sed siempre sencillos con ellos, pues la sencillez pertenece al genio, así como la falsa ciencia se hincha. Creedme: sed sencillos como niños, pues aunque en muchas cosas fueseis más sabios que vuestro Superior, jamáis lo serías en la ciencia de su cargo. Los Superiores reciben de Dios dones particularísimos, y especialmente el de penetrar en los corazones, pues no parece sino que Dios les otorga el privilegio que el amor materno tiene de adivinar el corazón de su hijo. Así es como la mayor parte de las veces sé lo que pensáis, en qué estado os halláis y qué queréis, antes de que lleguéis á decírmelo.

Sed con ellos sencillos en las relaciones de la vida; sed hijos para quien es vuestro padre. Muchos carecen de sencillez y no se atreven á decir sus necesidades y penas, y, ó las ocultan, ó solo dicen de ellas la mitad; pero Dios, suma bondad, se lo refiere todo al Superior. — El cual tiene gracias generales para toda su familia, y de Dios no se reciben sino en proporción de la confianza que en su representante se deposita. Conque así, pedid con sencillez. — Antes de pedir lo que quiera que sea, examinad si el Superior podrá concederos lo que pedís sin lesionar los derechos de la regla ni constituir una excepción ni singularidad en provecho vuestro; interrogad luego á nuestro Señor si vuestro deseo es conforme á su Corazón, y después que hayáis orado, si per-

siste vuestro deseo, ¡oh, sí! venid confiadamente y exponedlo con sencillez, pues Dios inspirará á su servidor para que provea rectamente: si vaciláis, si tenéis miedo, sois un extraño, no un hijo de la familia. Sabed que el Superior quisiera siempre acceder, porque es el padre y padece cuando rehusa; pero ¿debe hacerlo cuando se le pide algún capricho que pudiera perjudicaros, ó que se opondría al bien general? El concederlo sería cometer una falta que tendría que expiar en el purgatorio.

Cuando estéis en el recreo y se acerque el Superior, continuad, después de saludarle, la conversación sobre el mismo asunto de que se hablaba; lo cual le interesará, como padre que es, deseoso de gozar de la misma ventura que sus hijos; porque si la interrumpís ó variáis, dais una prueba de que decíais cosas que no queréis que él escuche· ¿tan malas eran?

Con que ya veis que la sencillez con los Superiores causa la felicidad, pues la familia tiene su centro, y así como la fuerza del diamante se origina de la cohesión de sus moléculas, la Comunidad en que los inferiores están unidos á sus Superiores resiste á todas las tentativas de disolución que forja el demonio.

Oid bien esto: nunca hagáis ni escuchéis críticas de los actos de vuestros Superiores, cualesquiera que sean; y aun cuando vuestros Superiores tuviesen todos los defectos del mundo, orad, sufrid, jamás juzguéis; Jesús Sacramentado resolverá lo más conveniente, sin necesidad de que hiráis en el corazón á la vida de obediencia.

¡Oh! Por desgracia siempre hay en las casas de religión personas que arrojen la zizaña censurando á los Superiores. — Quienquiera que seáis, si ante

vosotros critican, protestad, imponed silencio al que habla, aunque fuese sacerdote, sabio, ó eminente por todo linaje de cualidades. No permitáis que toda una Asociación perezca á causa del orgullo ó descontento de uno solo, como suele acontecer. Trata Dios á los súbditos como éstos á sus Superiores: á tales subordinados, tal Superior; no les da sino lo que merecen; por manera que si tenéis un mal Superior, es que lo habéis merecido. Modificaos, sed humildes y sumisos, y Dios os dará un padre.

¡Oh! Yo os lo ruego; jamás toleréis la crítica en vuestra presencia. Recordad el admirable comportamiento de Constantino, negándose á juzgar á los Obispos acusados ante él. — El que curiosamente escudriña la majestad, aplastado caerá bajo su peso; es decir: quien indaga y escucha los defectos de la autoridad, será maldito de Dios, como Caín lo fué por Noé.

La experiencia ha comprobado que nunca Dios bendijo á un religioso que no procediera con sencillez en presencia de su Superior; y cuanto éste sea más subalterno, menos sabio ó notado por sus cualidades naturales, mayor es la ofensa y más terrible será la venganza, porque Dios protege con preferencia á los débiles.

III. Sed sencillos entre los hermanos y con vosotros mismos. De la verdad dimana la caridad; nunca, ni aun en broma, mintáis, recordando que á nuestro Señor le horrorizan el fingimiento y la mentira.

Amaos y respetaos como hermanos, y nunca en vuestras conversaciones éntre la crítica del prójimo; no sean vuestros ojos de los que sólo miran los defectos, sino que vuestra mirada sea sencilla: toca á Dios y al Superior el ver los defectos y el discer-

nir entre ovejas y machos cabríos.—Sed de continuo sencillos entre vosotros, diciendo con sencillez lo que pensáis, delante de todos, sin apartes ni corrillos: la sencillez de la paloma es el lazo de la paz.

Exceptúo las relaciones con los extraños, en las cuales se necesita la astucia de la serpiente. Á los extraños nunca digáis las cosas de la casa, pues quien cuenta á todos los secretos de la familia, es un perturbador. Hay que tener discreción, pues no se puede hacer traición á la autoridad, y la indiscreción es imperdonable. El que no sabe ser discreto, es un vanidoso á quien con sutileza le sacan su secreto entre lisonjas. Escuchad, hablad poco, edificad exteriormente con vuestro silencio; sed decorosos y corteses; sed nobles por vuestro comportamiento, ya que vuestra vocación os ha ennoblecido; sean vuestras maneras tales, que honren y muevan á honrar vuestro carácter, sin afectación ni amaneramiento, sino con la verdadera caridad sobrenatural que da origen á la urbanidad y á la dignidad en las relaciones.

Sed humildes y dulces con todos, y dejad al mundo hablar si no os encuentra bastante amables para su gusto.

¿Pretendéis algo fuera de Jesús Sacramentado? Pues ¿qué os importa todo lo demás?

¡Bienaventurados los sencillos que poseen á Dios, su gracia y su poder de acción!





DE LO SERIO DE LA VIDA

SERÍA de desear que este retiro diera por resultado, cuando menos, el que voy á indicaros, y sería un buen retiro: que os hicieseis hombres serios.

Si yo hubiese comenzado el retiro expresando esta verdad, como parece que hubiera debido hacerlo, me habría separado de mi objeto, pues todos habriais corrido al recogimiento, y no es de éste de lo que hablaros intento. El recogimiento no es sino la flor y el fruto y lo que yo desearía es que el mismo carácter se tornase serio; el recogimiento es susceptible de más ó de menos y varía según los pensamientos y los estados del alma; mas lo que yo os deseo es un fondo de carácter serio siempre y en todo. Quien no tiene seriedad de carácter y en su fondo, de nada es capaz, y es lo que se llama un hombre, un espíritu superficial.

No os fiéis de sus palabras, porque no las piensa, habla sin ton ni son, ofreciendo una serie de incoherencias en que se ve la ausencia del juicio. En el mundo se llama necio al hombre que manifiesta este carácter, hablando á todos de todo, á diestro y siniestro.

Quien no reflexiona, adolece necesariamente de un juicio falso, pues el juicio es resultado de las ideas comparadas entre sí, y el hombre superficial no se toma este trabajo.

Tal vez tiene imaginación y memoria; obra conforme á las impresiones que recibe; para una cosa que haga, principia diez; promete y no cumple.

Lo predominante en él es el corazón; cogedle al paso, pues si no, cuando el sentimiento y el impulso hayan desparecido, nada subsistirá.—Con un sujeto así, ¿qué pudierais hacer en la vida religiosa?

No intentéis educarle, porque perderíais el tiempo. Dadle una ocupación exterior, pues nunca se aplicará á estudios serios.

¡Qué desgracia son para el mundo estas personas superficiales cuando cuentan con fortuna! Lo que señorea al mundo y lo anega en el escándalo es la superficialidad de espíritu.

Pero esto en religión es un vicio radical, de suerte que siempre será mal religioso un hombre superficial. La gracia de las virtudes es infusa, mas su práctica se adquiere por el trabajo y el espíritu de consecuencia: se necesita cultivarlas, y eso nunca lo efectuará un hombre ligero.

La virtud es un renuevo arraigado en el Calvario y que nos confía nuestro Señor para que le cultivemos con sangre y lágrimas; en la raíz, que hasta el fondo del alma penetra, reside su fuerza; de manera que si por medio de la superficialidad dejáis al descubierto esa raíz, muere el arbusto.

La virtud exige combates en que hay que proceder con sabiduría, habilidad y vigilancia, pues se tiene delante un enemigo siempre nuevo, que varía sus ataques hasta lo infinito; de modo que si contra

él esgrimís únicamente la piedad y el sentimiento, no acertaréis á desbaratar sus astucias ni á percibirle con tiempo, sino que os sorprenderá mil veces; y cuando penséis resistir, ya estaréis heridos.

Para vivir vida interior hace falta vastísima inteligencia de las necesidades del alma. Para las virtudes de la vida común y para obedecer, no se requiere mucho ingenio; mas para vivir vida de oración, nuestra vida de adoración, la mente necesita aplicarse tanto como el corazón.

Es menester que sepáis estudiaros y estudiar á nuestro Señor, en quien continuamente debéis tener puestos los ojos como en modelo cuyas medidas, después que las hayáis tomado, apliquéis á vosotros y á vuestros deberes: asunto es éste de constante observación y de inteligente estudio, que requiere seriedad.

No bastan los libros; hace falta el trabajo personal: hay que estudiar mediante el entendimiento y la gracia á nuestro Señor, sus misterios y sus intenciones en su vida eucarística y en sus caminos por las almas. Un hombre que no sepa reflexionar, nunca permanecerá en nuestra vocación, á no ser que se sujete á rezar millares de rosarios. Para emplear vuestras tres horas diarias en el reclinatorio, se necesita que seáis sabios y elocuentes, instruídos é inteligentísimos; mas téngase en cuenta que no hablo de la inteligencia natural, sino de la que da la gracia y nuestro Señor comunica á aquel que es serio, y seriamente se dedica á vivir vida interior. La experiencia confirma lo que digo. Escoged entre los seglares á las personas más piadosas, y aun á los mismos sacerdotes, y colocadlos sobre ese reclinatorio durante nuestras tres horas, y ve-

réis cómo no saben de qué manera emplear ahí ese tiempo. Gracia es ésta peculiar de vosotros, á la cual debéis corresponder con la seriedad de la vida; reflexionad, por lo tanto, y pensad en vuestro asunto.

Todos los que se han ido de nuestro lado quejábanse de la adoración, en la cual no sabían qué hacer, y se aburrían. ¡Con que tened mucho cuidado! Corregid esa ligereza que os solevantará, ó cuando menos os privará de gozar de nuestro Señor en la adoración, de comprenderle y descubrir las arrobadoras maravillas de su amor.

Un ánimo serio es el que vive de la verdad de Dios y de las cosas; permanece en la verdad, en la realidad, y no en el sentimiento.

El hombre serio es el hombre del deber: no obra porque le agrade una cosa, sino porque el deber se lo preceptúa. Indaga la razón de su deber y de todas sus acciones para realizarlas en conformidad con el espíritu de ellas. Y no es que aspire á saber el por qué del mandato antes de obedecer, pues en seguida obedece, y á la primera indicación, sino que, en vez de hacerlo maquinalmente, fija su inteligencia en la gloria que de esta acción redundará á Dios y en el provecho que de ella resultará á la Congregación y á su alma. Así se aplica á lo que hace, y lo efectúa más perfectamente; no retrocede ante una dificultad, sino que, mirándola atentamente, triunfa de ella ó la desvía. Pero el hombre superficial progresa mientras halla gusto en ello, mas se detiene en presencia del obstáculo ó cuando su entusiasmo ha decaído.

El hombre serio analiza las virtudes.—Por ejemplo: quiero ser humilde; ¿por qué razones?—Porque

como pecador debo reparar mi orgullo; porque Jesús ha sido humilde; porque esta virtud abre el cielo, y á su medida se dará la gloria. Así va escudriñando las causas y los motivos con los cuales persuade á su inteligencia y acaba por apasionarse de la humildad.

En cambio, si procedéis por impresión ó por sentimiento, en seguida que eso pase, y es muy poco lo que dura, nada quedará.

Tomad á un hombre piadoso, pero ligero, y á un pecador, que aunque acaba de convertirse, es serio, y ponedlos á caminar hacia la perfección: ya veréis qué pronto se adelanta el segundo al primero. «Quien trabaja con celo —dice la *Imitación* - obtendrá mayor provecho, aunque tenga que vencer más pasiones que el hombre de buen natural que con menos cuidado se dedica al trabajo de las virtudes.»

Hay que ser serio á fin de emplear útilmente en Dios y en el alma todo el tiempo de que se disponga. La regla no puede fijarlo todo, y aun mucho de lo que preceptúa déjase todavía á la iniciativa de cada cual; pues aunque aquélla da la forma y el método, son por extremo varias las maneras de aplicarlos individualmente, que es lo que constituye el trabajo peculiar de cada uno. Mas ¿qué cuenta daréis de esta latitud en que se os deja, si sois superficiales? Entonces perderéis el tiempo, todo se desvanecerá, todo lo arrastrará ese malhadado defecto, y ni sabréis hablar con nuestro Señor, ni oiréis su voz, ni comprenderéis su espíritu, ni podrá nada en cuanto á vosotros.

Por lo demás, ¿qué gracias pudiera confiaros? ¿Acaso queréis que todas vuestras gracias sean como el grano caído en el camino real ó en las espi-

nas, que sólo crece para ser aplastado ó sofocado? El espíritu ligero es ese camino real que todos los vientos barren, todos los transeuntes atraviesan y en el cual nada subsiste.

Se necesita ser serio á fin de elegir el mejor partido en muchos casos en que no podréis aconsejaros de nadie.—Se os confiarán cargos importantes, cuya responsabilidad tendréis; y como se presentan cosas imprevistas, tendréis que obrar por vuestra cuenta: y si sois personas ligeras, sólo acertaréis á comprometeros, con lo cual demostraréis asimismo que sois inútiles para servir á la Congregación.

Trabajad, pues, ordenadamente en la adquisición de las virtudes; seguid con espíritu de observación, con constancia; guiáos siempre por principios.—Cuando Dios quiere llevar un alma á la santidad, acostumbra darle ante todo un entendimiento serio y aun no le manifiesta su gracia de elección, sin haberla hecho reflexionar. Al hablar á los Profetas comenzaba el Señor por excitar la atención de ellos, que á su vez, al transmitir al pueblo aquellas órdenes, exclamaban: «Escucha, Israel, escucha.»

En el Sinaí multiplica los prodigios para impresionar el ánimo de aquel pueblo inconstante, el más ligero de todos en sus resoluciones; y cuando quiere nuestro Señor formar á sus Apóstoles, los aparta consigo al desierto, para que nada pueda distraerlos: quien se propone construir un arca de agua, tiene que cavar la tierra para que el agua se reuna allí y permanezca.

El hombre superficial nunca sabe qué ha de hacer, se halla en perpetua penuria; no así el hombre serio, pues siempre tiene en qué ocuparse.

Cuando Dios forma un alma de oración, le da la

facultad de sondear su corazón, de habitar en sí misma, y más adelante de comprender los designios de su Providencia y de escudriñar sus caminos: *María conservabat omnia verba haec in corde suo.*

Poseed, por consiguiente, la seriedad de carácter desde el punto de vista de la fe, de la conciencia y de la vida religiosa: tal es la gracia que hay que suplicar, pues sin ella nunca se hará nada.

La ligereza es la causa primera, aunque indirecta, de todos los pecados y defectos, y singularmente de que falte el espíritu de oración, y el mismo origen tienen las adoraciones mal hechas, los olvidos de la divina presencia, la familiaridad excesiva y despreciante.

Tal vez se hallaba bien preparado vuestro corazón; pero aquella buena disposición fué inutilizada por la ligereza de espíritu, á la cual se debió que al presentarse la gracia, no estuvieseis en vuestro interior.

La superficialidad nos promueve obstáculos incesantes, pues también el diablo procura enredar á los que tienen este defecto en mil menudos trabajos, buenos á todas luces, pero sin consecuencia, á fin de que no se vean más que á sí mismos; queda dueño del campo cuando logra meter al alma en la red de distracciones, entorpecimientos é inquietudes por medio de multitud de ocupaciones.

Es cosa experimentada que los negocios privan de la calma necesaria para la vida de adoración, y más que nada las salidas y ausencias desvanecen la facilidad de conversar con nuestro Señor; por eso en la Congregación rehúsanse las predicaciones que exigen paradas y hay severidad en cuanto á permitir las ausencias, á fin de que siempre conservéis la

seriedad de la vida adoratriz y estéis de continuo libres y dispuestos para el servicio de nuestro Señor: lo cual ciertamente es una servidumbre, pero servidumbre soberana.





FRUTOS Y RESOLUCIONES

DEL RETIRO

«Guarda ese rico depósito; soporta el trabajo y la fatiga, como buen soldado de Jesucristo; profundiza estas cosas y practícalas.» Tales eran, entre otros, los consejos que San Pablo daba á su discípulo Timoteo, después que le hizo Obispo de Éfeso.

I. *Depositum custodi,* guarda el rico depósito de la verdad.

Nuestro Señor os ha dado su verdad, os ha dicho qué cosa era obstáculo á su vida y gloria en vosotros: os ha dado buenos sentimientos y buena voluntad; habéis dado principio à una verdadera vida religiosa; guardad con cuidado ese tesoro de vuestro retiro, velando contra las tentaciones del demonio.

El cual no ataca de frente, pues su fealdad ahuyentaría; pero nos fascina, sobrecoge y nos pilla por detrás: *Circuit quaerens quem devoret.*

Ahora sabéis qué tentaciones os perturban y vencen; conocéis el modo que el mundo tiene de disiparos y ocuparos; cuidad, pues, mucho de no dejarle llegar hasta vosotros, y preservaos hasta de los Santos del mundo.

Componéis un sacerdocio real, un pueblo santo; no profanéis vuestra dignidad prodigándola, ni os mezcléis con otros.

Si la obediencia os pone en relación con el mundo, sed ángeles; es decir, mensajeros que van, cumplen su cometido y regresan al momento. No dejéis que se os acerquen demasiado.—Esto por lo que al mundo respecta.

Vigilad también al traidor que está con vosotros, que sois vosotros mismos; sujetadle á la fuerza, pues es vuestro enemigo encarnizado. Se comprende la animadversión de los Santos contra sus cuerpos, á los cuales hostilizan como á su mayor enemigo.

Desconfiemos de nosotros mismos, pues es preciso odiarnos y combatirnos sin tregua, supuesto que no bien hemos dicho «basta», cuando ya estamos perdidos.

¡Ay! ¡Somos tan flacos y cobardes, aun después de formadas las mejores resoluciones! Viene uno de confesarse, cuando la ocasión preséntase en la puerta, y las recaídas son cada vez más frecuentes. Hay en nosotros un polvorín que salta al más leve contacto con el fuego, aunque sea una chispa solamente.

In omnibus vigila.—Velad en todo y por todo. Vigilad sobre vuestros sentidos, y más que nada sobre vuestros ojos, pues en tanto que no fuéremos dueños de éstos, no lo seremos de nosotros.

Si queréis estar tranquilos, nunca tengáis en la mente el retrato de ninguna criatura, y recordad que son pintores los ojos.

Amad en general á todo el mundo, y encomendarlo á Dios; pero no forméis conocimiento con nadie en particular, á no ser que la caridad ó la obedien-

cia os lo impongan como deber especial. La obligación de hablar con la gente, dejadla á vuestros Superiores, ya que á ellos incumben las responsabilidades.

¡Oh! ¡Cuán dichosos sois por no tener persona alguna á vuestro cargo! Sois independientes, y así todo vuestro corazón, vuestra vida entera pueden ser de nuestro Señor, que es menester que se imprima en ellos por completo, no quebrado, ni roto, como en agua alterada ó destrozado espejo. Se necesita que seáis fotografías de nuestro Señor, siendo el lente vuestra alma, su amor la luz, y el modelo Jesucristo.

¡Ah! Con las criaturas sed imperiosos, adiestraos en abreviar, sed independientes y aun terribles en lo que atañe á vuestra conservación: no os dejéis enredar por telas de araña.

¡Cuántas veces he lamentado ser pastor de almas! Hállase uno de continuo como agitado mar: vienen algunos á molestaros, y con frecuencia á engañaros; hay precisión de escuchar á *todos*, y llegan hasta uno, á pesar suyo, las salpicaduras.

Y vosotros, que por vuestro cargo no estáis obligados á tratar con el mundo, ¿iríais á buscarlo cuando Dios no os lo pide? ¡Ah! ¡Quedaos bien resguardados á la sombra del santuario inviolable de Jesucristo, vuestro Rey, que es el único para quien estáis aquí!

II. *Labora ut bonus miles Christi.*— Trabajad como buenos soldados de Jesucristo.

Bueno es guardarse, y aun es suficiente en los comienzos, pues las virtudes trasplantadas son tiernos arbustos, que únicamente exigen ser resguardados del frío demasiado intenso ó del calor excesiva-

mente ardoroso para poder arraigar; mas luego es necesario cultivarlas; este trabajo consiste en purificarse de continuo, adquirir el espíritu y hábito de oración y aplicarse á reformar sus costumbres, conformando la vida con la de nuestro Señor. En todo lo cual se requiere generosidad, cooperación y un trabajo fiel de correspondencia á la gracia.

Habéis de comenzar por una virtud, la que debe sobresalir en vosotros, la virtud de carácter, y al mismo tiempo adquirir la perfección de vuestra regla, á la cual perfección estáis obligados como religiosos.

Debéis, en primer término, adquirir la perfección exterior de vuestra regla: la modestia, el silencio, la buena inversión de vuestro tiempo, la obediencia y fidelidad á los ejercicios de piedad. Es menester que aprendáis á estar dispuestos para todo lo que se os pudiera mandar, y á permanecer inactivos si os ordenan descansar.

Por lo que respecta al interior, mirad qué necesitáis. Observad primeramente si la conciencia os atormenta, y en este caso ¡ah, sí! ocupaos en esto y dejad todo lo demás para pensar antes que nada en curarla.

Si vuestro corazón se deja tomar de las criaturas ó adormecer por la pereza, lanzadle al amor de Dios y á los continuos sacrificios, con lo que le llenaréis del divino amor, y así no quedará sitio para la criatura.

Si es la mente la que adolece de superficialidad, enclavadla en la Cruz de Jesucristo: tened un pensamiento fijo, sorprendente y conservadlo durante muchos días seguidos, en los cuales ocupe él sólo vuestra mente; porque ésta es como un niño que

cuanto más se distrae, á más distracciones aspira, y hay que sujetarla por medio de algo que vivamente la sorprenda, ó con algún pensamiento patético que la conmueva.

Ponedla frecuentemente en presencia de Dios; tened un pensamiento que os despierte y mandádselo á Él continuamente; pues si á vuestra mente le conferís poder sobre algún punto, se lo concedéis sobre todos los demás, con lo cual adquiere un poder de principio y de acción, no ya sobre una acción solamente, sino sobre todo lo que se tenga que hacer.

Elegid aquel pensamiento que más os convenga, pero no os fiéis demasiado ni de vuestro corazón ni de vuestra inteligencia; así como tampoco habéis de deteneros exclusivamente en vuestra conciencia; sino que el resultado práctico y continuo del retiro sea el moveros á entrar de una vez para siempre en la mortificación de nuestro Señor Jesucristo, interior y exteriormente.

III. *In his esto:* estad en esto, y de este modo echad nuevamente mano á la obra del retiro.

Poned mano en el negocio de vuestra enmienda, y para esto comenzad por lo exterior; pues aunque con frecuencia he sentado el principio de que hay que ir de lo interior á lo exterior, principiando por reformar lo interior antes de proceder contra los defectos exteriores, esto es verdad teóricamente y en cuanto á las almas que ya son interiores, las cuales no caen sino por flaqueza, habiendo ya dominado sus más considerables defectos exteriores, y libran el combate especialmente en su interior; mas no puede decirse lo mismo respecto á los que comienzan. Como pobres pecadores que necesitan conseguir su perdón, buscáis vosotros á Dios, y antes que

nada os hace falta poneros en paz con Dios, destruyendo los obstáculos que proceden de afuera, y conseguir la fuerza de mortificación sobre todo lo que es material, y os detiene y lleva al mal. En la oración no habéis pasado de niños, por lo cual, si en ella no disponéis de libros, no sabéis cómo ocuparos, pues aún no sois capaces de andar bajo la inspiración interior de nuestro Señor.

¿Qué convendrá decir á éstos? ¿Que no se ocupen sino en el trabajo y combate interior? No.

En el estado en que os halláis, menos importa para vosotros el progreso interior que desprenderos de las trabas de los sentidos; menos adelantar que purificaros y extirpar en vosotros las raíces del pecado.

Claro está que amáis á Dios, pero como niños; no habéis arraigado en el Calvario; por lo que, si ahora os lanzaseis por los caminos interiores sin el freno de la mortificación y de la reforma exterior, os volveríais fanáticos ó visionarios.

Querer aplicar los principios de la vida de unión y de amor interior á almas que aún están llenas de sus sentidos, es edificar sobre un suelo movedizo y sin cimientos.

La gracia de Dios trabaja en el interior; pero á nosotros toca añadir el trabajo exterior, pues ella marcha de dentro á fuera, y nosotros, en nuestra cooperación, debemos proceder de fuera á dentro.

Hay que juntar las dos cosas y no separarlas: por dentro llenarse de amor mediante la oración, y por fuera purificarse por la mortificación.

Fácil es decir «amo á Dios» ; pero si esta palabra no va seguida de la mortificación, es vana y sin fundamento, porque el amor propio ocupa el puesto del amor de Dios.

Sólo el amor forma los Santos: nada tan cierto como este principio; pero hay que aplicarlo con dis cernimiento; ahora bien: para nosotros el amor de Jesucristo es su cruz.

Por consiguiente, hay que establecer como base y ejercicio del amor la mortificación personal debida por justicia y penitencia; y en caso de que no se haya pecado, la mortificación por amor, inspirada por el ejemplo de los sufrimientos de nuestro Señor.

Poned vuestra confianza en Dios, y reñid el gran combate de la mortificación,

No miréis ahora los años y años que habrá que vivir en esta lucha, pues actualmente carecéis de la gracia del porvenir, y en cambio á cada instante le llegará su gracia suficiente.

La de hoy es de aceptar el combate y adoptar una resolución generosa: contentaos con esto, y contad con la gracia para más adelante.

Además, fundad en sólo Dios la prosperidad de vuestro resultado, y únicamente con Él contad; para vencer, confiad en su gracia, sin apoyaros excesivamente en los medios, por buenos que sean, ni en el buen éxito de vuestras oraciones, ni en la victoria que conseguir podáis contra vuestros defectos, porque quien analiza su buen éxito, lo pierde.

No os hagáis la ilusión de que no vendrán las derrotas, y así no lograrán desanimaros, y cuando hubiereis caído, confesad vuestra falta é impotencia, y pedid á Dios que os tienda la mano.

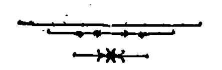
La humildad que de nuevo se levanta es una victoria completa, y se hace más vigilante, pues á veces Dios no santifica á las almas sino por medio de sus caídas y miserias. Tan inclinados somos al orgullo, que si Dios no nos humillara á veces, llega-

ríamos á ser más orgullosos y malos que Satanás, porque, con tanto orgullo como él, le aventajamos en tosquedad.

Os causará pesar el que Dios os conduzca por este camino de humillación. ¡Pero cómo, si es un favor! Así todos se compadecerán de vosotros y os socorrerán; mas si aparecieseis más ricos que los demás, todos intentarían robaros. No; adoptad el traje de vuestro Maestro, que si se mostrase en su gloria, el mundo entero se le acercaría: mas como es pobre y humillado, todos le dejan: gustad de ser desconocidos y humillados juntamente con Él.

He terminado. Dejo en manos de nuestro Señor el que en vuestras adoraciones os dé por sí mismo el retiro eucarístico y os enseñe su vida de amor, de oración é inmolación al Santísimo Sacramento, pues yo no he querido ser sino como un Juan Bautista, que clame: «¡Haced penitencia!» Os he enseñado el camino y os he conducido hasta la puerta de la santidad: en ese punto me detengo.

Ahí tenéis á vuestro Salvador, á vuestro Rey, à vuestro Señor: ¡amadle, glorificadle, servidle! ¡Este es mi único deseo!



RETIRO
PREDICADO Á LAS SIERVAS
DEL
SANTÍSIMO SACRAMENTO



ADVERTENCIA



El presente retiro fué predicado durante el mes de Noviembre de 1866 á las Siervas del Santísimo Sacramento.

En él vuelve á verse al Padre en medio de sus hijos; las notas, piadosamente recogidas mientras él hablaba, han conservado aquel perfume de intimidad y paternal familiaridad á que le daban derecho su título y su amor de fundador.

Únicamente en las dos meditaciones sobre el don de sí mismo, en las cuales toca el Padre á lo que la Teología tiene de más excelso en cuanto al Verbo encarnado, había algunas lagunas. Compréndese que una mujer poco versada en tales materias no pudiera seguir al Padre palabra por palabra en el desarrollo que daba de tan hermosa doctrina; pero en cambio algunas palabras quedaron colocadas aquí ó allá como jalones, como para que alguna vez fuese fácil reanudar la trama de la conferencia y darle su fisonomía completa. Esto es lo que nos hemos esforzado en realizar, inspirándonos singularmente en un retiro personal de dos meses á que el Padre puso

término, tratando del don de sí mismo, y en el cual esta doctrina expúsose detalladamente.

Esperamos que este retiro hará que se acabe de comprender cómo el espíritu de la santidad se contiene en la Eucaristía; pues en él se ponen en claro muchos secretos del amor divino y el corazón mira espaciarse ante él un campo de inmenso amor. El Padre exhortaba sin cesar al amor puro, al amor de Dios amado por ser quien es; pues por más que no rechaza el amor interesado, tan necesario á nuestra flaqueza, parece que para su alma no hay amor que le satisfaga como no sea el amor que ama por amar, que sólo ve amor en las virtudes y en el sacrificio, que en un amor más grande únicamente hace consistir su recompensa, y ni aun el cielo quiere sino por cuanto allí se ama mejor y sin fin.

Basa la práctica y la garantia de este amor en la fidelidad al deber, en la delicadeza de no ofender á Dios jamás, ni aun levemente, en el sacrificio de la naturaleza al amor de Dios, no ya en los malos instintos de ella y en las raíces que conserva del pecado, sino en sí misma, en el principio que la constituye hija del Adán terrestre, en su personalidad natural.

En efecto; el don de la propia personalidad es el medio esencial de consagrarse á vivir de amor, puesto que consiste en desprenderse de sí mismo por completo en manos de Jesucristo; en tomarle por modelo y único principio y fin; en dedicarse y consagrarse á servirle como esclavo sin nombre ni propiedad. El objeto de este don es, en cuanto de nosotros penda, poner á Jesús en vez de nuestra propia persona, y comprome-

ternos á no vivir, con su gracia, sino como naturaleza y miembros dirigidos por El.

Esta doctrina no es nueva, pues en el siglo XVII el Cardenal de Berulle la redujo á una fórmula de voto que fué aprobada por más de diez Obispos y doctores.

Por este voto comprometíanse simplemente á no retractarse jamás de la donación que se hacía de *sí mismo: de su alma, cuerpo, facultades,* acciones, méritos, sufrimientos y de todo el ser á Jesucristo, sujetándose á todo lo que quisiera y pudiese; y en segundo lugar, á vivir, cuanto más fuese posible, conforme al espíritu de este voto, aceptando siempre las miras y los caminos de la gracia, con preferencia á los votos naturales y á los medios humanos, abandonándose en todo y por todo á la dirección de la Providencia; trabajando siempre para Dios, para Jesucristo, elegido como único señor y dueño del ser, de todas sus propiedades, cualidades, acciones y posesiones.

Esto no ocasiona ningún recargo de quehaceres, ni obligación alguna bajo la pena de pecado, sino una obligación de amor, una elevación de intención: en esto consiste todo ese hermoso voto. ¿No realiza en nosotros la vida de Jesucristo? Y continuado en la práctica con buena voluntad y perseverancia, ¿no formaría Santos, es decir, otros que fuesen al modo de Jesucristo?

A continuación del retiro de que antes hablamos, en 21 de Marzo de 1865, hacía el Padre su voto de don de sí mismo á Jesucristo, resumiéndolo en estas dos frases: «Nada por mí, nada

para mí; todo por Jesucristo, todo para Jesucristo en mí.»

Después, comprendiendo cuán poderoso es este medio de santificación, puesto que nos pone en la gracia perfecta del Cristianismo, haciendo completa donación de nosotros á Jesucristo, y renovando y perfeccionando por medio de un voto libre y reflexionado la consagración que de todo nuestro ser se le hizo en el bautismo, exclamaba: «¡Ah! Si yo hubiese comprendido antes este medio, ¡cuánto tiempo ganado y cuántos méritos más para Jesucristo! ¿Quién efectivamente, no comprende que este voto no es sino una renovación explícita de los votos del bautismo, llevada, á la luz de la fe, hasta sus últimas consecuencias? — Entonces se renunció al demonio y á sus obras, ó sea á todo lo que es del demonio en el hombre y á cuanto meramente de Adán hay en nosotros, para pertenecer á Jesucristo. ¿Pero es que únicamente por los actos de la vida cristiana, por el cumplimiento de la ley debemos ser de Jesucristo?—¿O no es más bien, en primer lugar y sobre todo, por el fondo mismo de la vida, por una pertenencia radical, voluntaria y absoluta que abarque tanto al ser como sus actos?

La gracia santificante, que es la vida de Jesús en nosotros, es un estado, algo estable, fijo, inherente á la substancia misma de nuestro ser regenerado; por consiguiente, es de un modo análogo como debemos darnos á ella, por estado, por una perpetua profesión de no vivir sino de ella, en ella y por ella. —El don de sí mismo no es otra cosa que esta profesión.

También, piénsese ó no en ello, se halla en el fondo de los votos religiosos; de modo que por poco que se desee practicarlos de una manera perfecta, se le ve surgir como fruto natural de esta consagración, que en verdad tiene por objeto entregar todo el ser á Jesucristo. ¿A qué aspira en este punto la consagración religiosa sino á reproducir la vida del mismo Jesús, el primero y perfecto religioso de Dios y que sólo fué así porque había sacrificado su persona humana al Verbo y que viviendo de esta suerte separado de sí mismo, hallábase, por estado, siempre ofrecido é inmolado al Padre por el Verbo?

Léanse con atención las meditaciones de este retiro y las del precedente, y se comprenderán con facilidad el espíritu y la práctica del voto de impersonalidad, según lo entendía el Padre. A los que deseen más amplias exposiciones, les recomendamos un opúsculo del P. Grou, intitulado: *Du don de soi-même à Dieu*(Del don de sí mismo á Dios), continuación de un *Retraite sur l'amour de Dieu* (1) (Retiro acerca del amor de Dios); además la *Vie du P. Charles de Condren*, por el abate Pin (2), en que se expone la perfecta práctica; y, por último, en las obras del Cardenal de Berulle, los *Discours et Elévations sur l'Incarnation* (3) (Discurso é instrucciones acerca de la Encarnación.)

---

(1) Lecoffre, París.
(2) Chauffard, Marsella.
(3) Migne, París.



HAY QUE CONVERTIRSE

CONTINUAMENTE

Un retiro es la mayor de todas las gracias, porque contiene todas las de conversión y renovación en la vida de piedad; así es que cuando quiere Dios convertir á un alma, póne la retirada. Todos estamos necesitados de conversión, porque tenemos defectos y en nosotros llevamos al hombre viejo. Es verdad que en la vida piadosa los defectos son menos vastos y aparentes; pero como pécase en ella contra el amor privilegiado de nuestro Señor, causan más pena á su corazón.

Es el retiro una verdadera conversión del hombre viejo en el hombre nuevo, ó de una virtud imperfecta en otra perfecta; y creed que más trabajo cuesta salir de un estado imperfecto que del pecado, porque el mal se percibe menos, no se le confiesa, y hasta el orgullo le considera muchas veces como bien. ¡Cuán difícil es persuadir á quienes son perfectos á medias de que están muy por bajo de lo que nuestro Señor quiere de ellos, así como moverlos á que declaren sus faltas!

¡Oh! No me gusta oir decir: «Estas son religiosas y santas; por consiguiente, son ángeles!» Todo eso no es sino tierra tirada á los ojos, pues uno es santo cuando entra en el cielo.—Á la luz de nuestro Señor examinaos detenidamente; considerad los deberes de vuestra vocación y decidme si sois santas.

No quiero decir que tengáis en la conciencia pecados de esos que nos hacen rodar por el fango; pero tenéis los del santuario, los pecados cometidos en el servicio de Dios, los cuales tanto mayor pesar producen á nuestro Señor, cuanto más nos ama y más gracias nos concede.—¡Oh! ¡Cómo se apena y entristece nuestro Señor viendo que aun á sus pies le ofendemos, ante su vista, y que en medio de sus gracias de elección vivimos, no de Él y para Él, sino del hombre viejo y para el hombre viejo!

¿No está en nuestra vida, en nuestros pensamientos y acciones el orgullo, ese orgullo que en sí mismo se complace y juzgando en secreto á los demás, pónelos por bajo de él, estimador nada más que de su propia excelencia?—Aquí tenéis una conversión que es preciso realizar: la del orgullo espiritual, que es de todos el peor, porque entonces se tiene orgullo por la gracia recibida y por el bien practicado.

¿Por ventura no tenemos amor propio, ese egoísmo que induce á no amar á Dios por Él, sino para sí propio; ese orgullo personal que mueve á que se ponga uno á sí mismo y no á Dios, como fin de la vida que se tiene y del amor que se profesa? Sin darse cuenta de ello, el hecho es que existe: es el perpetuo yo.

Á todos alcanza este mal, pero en comunidad se padece con más frecuencia que en la vida piadosa

que se tiene en el siglo; pues allí las penas diarias, las cruces de todas clases, no dejan tanto tiempo para pensar en sí mismo: siendo mayor la tarea consistente en resistir y combatir, olvídase más fácilmente el yo espiritual y personal: pero en comunidad, donde la vida se efectúa bajo un espléndido sol de gracias, consérvase en el corazón el amor propio; contémplase uno incesantemente y se erige en fin de sus pensamientos y virtudes.

Ahora bien, adoratrices; por lo que á vosotras atañe, mándaos la regla amar á Dios con el sacrificio de vuestra propia personalidad, la cual de continuo se inclina á convertirse en centro y fin, á ser algo que se halla fuera de Dios.

Ese amor de la propia personalidad es también el foco de la pereza y sensualidad, gusta del descanso y repele la mortificación, pues ésta no es querida por el hombre viejo, que sólo ansía su reposo y tranquilidad, porque es naturalmente perezoso.

Además, vuestra virtud más saliente es la humildad de amor, que es la virtud real que realiza el don y sacrificio de la propia personalidad, y de la cual deben sacar su savia todas vuestras demás virtudes; por lo cual, si no la tuvieseis, aunque las otras os adornaran, sería como si echaseis en saco roto.

Ella forma la virtud propia de la Eucaristía y es el amor de nuestro Señor al anonadamiento por el hombre; de modo que si de ella carecéis, os falta vuestra virtud característica.

Pues os llamáis siervas del Santísimo Sacramento, decidme: ¿cuál es la virtud propia del que sirve, sino la humildad?—El servidor no tiene nombre, casa, ni es de sí mismo, sino que se convierte en cosa de su

dueño; el servir es su condición; su fin el interés de su amo; su nombre es éste: el sirviente.

Luego en aquel punto estriba todo para vosotras; por lo cual es necesario que el retiro os perfeccione en dicha virtud, y que por adquirirla trabajéis toda vuestra vida, pues nunca lograréis abrazarla por completo, supuesto que es la perfección de nuestro Señor; así os digo que la más santa de todas as adoratrices habrá de ser la que crezca en la humildad de amor.

Por consiguiente, mirad con detenimiento si trabajáis por esto, y á qué altura os encontráis en virtud tan necesaria; escudriñad si amáis á Dios con amor perfecto, ó si, por el contrario, amáis las virtudes, las buenas obras, las gracias y al prójimo por consideración á vosotras, y no por Dios; observad si os habéis constituído en vuestro fin y centro propios: ¡hay que llegar al amor del anonadamiento!

Durante este retiro, encaminaos primeramente á la gracia de conversión, y comenzad por ella; colocaos después en vuestra gracia de vocación, y, por último, en vuestra gracia de adoración, que son los tres grados de gracia que os ha concedido Dios, y que exigen de vosotras sus correspondientes deberes.

Examinadlas á la luz de amor que nuestro Señor os ofrece en estos días de gracia, en los que quiere demostraros su amistad, hacer que reposéis á sus pies, restaurar vuestras energías y hacer que recabéis nuevo fervor. Durante ellos, proceded de tal manera que este retiro exceda en bondad á todos.



EL AMOR ETERNO DE DIOS

VERDAD que debe ser objeto de nuestras meditaciones durante toda la vida es ésta: Dios nos viene amando desde toda la eternidad; siempre hemos existido en el amor de Jesús sacramentado; siempre estuvimos presentes al pensamiento de la Santisima Trinidad, pues el Padre pensaba en su criatura, el Hijo en los que había de redimir, el Espíritu Santo en los que tenía que santificar.

¡Siempre me ha amado Dios! Gran pensamiento, que revela nuestra grandeza y la nobleza de nuestro origen. En la nada estábamos todavía, y ya teníamos preexistente á nuestra creación una vida en Dios, el cual nos veía y nos amaba con amor de benevolencia, como una madre ama al hijo que lleva en su seno.

Nos estrechaba sobre su corazón. Esta criaturita nacerá en tal tiempo, concurriendo tales circunstancias; tendrá tal gracia y me amará. Esta verdad debe causar en nosotros gratitud, pues como Dios fué el primero en amarnos, nuestro amor le pertenece y nunca satisfará lo que debe al amor infinito,

por lo cual debemos responder á la criatura que nos pidiese el corazón: «Se lo debo á Dios, que fué el primero en amarme».

Dios, suma bondad, nos ama con amor de benevolencia, y no interesadamente, puesto que no necesita de nosotros; luego nos ha amado tan sólo para demostrarnos amor, un amor absolutamente gratuito: nos ama para hacernos felices. Todo me lo da sin interés alguno, porque yo soy incapaz de aumentar ni su dicha ni su gloria.

Además, nos ha creado en las mejores condiciones de gracia: en un país católico, con padres cristianos que nos han dado una educación piadosa; y aparte de esto, ¿cómo podríamos enumerar las gracias todas de que nos ha rodeado para conducirnos adonde estamos?

Os ha escogido para servirle en su Sacramento de amor y para que le pertenezcáis exclusivamente. ¿Erais merecedoras de Él? Aquí tenéis, por consiguiente, una gracia de preferencia. Pero con ésta os revela el plan completo de su amor eterno, se os manifiesta el designio de su providencia. Si os predestinaba, os creaba y os conservaba en su amor, era únicamente para que algún día pudierais conocerle, amarle y servirle mediante el don de vuestra vida, para que completamente os entregaseis á Él, que es el que todo os lo dió.

Porque Dios quiere ser fin y centro del amor del hombre, á quién ha sometido cuanto en el universo existe; pero le pide para sí su amor, para Él tan solo, pues se lo ha reservado expresamente y quiere ser el término de ese amor y poseer por completo las primicias de su amor, de manera que en esto no haya limitación, supuesto que quiere que le

amemos con un amor filial, absoluto, soberano: tal es el mandamiento que ha dado para todos los hombres.

Pero hay un amor que Dios no exige á todos y que, por lo tanto, somos libres en cuanto á ofrecérselo, y es el amor virginal que se rinde á Él sin partirse en modo alguno con la criatura. Libertad teníamos antes para ofrecerle un corazón virginal, ó bien para unir con Él en nuestro amor á otra criatura por medio de una alianza consagrada por Él mismo. Mas por digna que fuese aquella partición, hemos preferido á Dios sobre todas las cosas, porque se nos ha revelado con mayor amabilidad y á nuestra alma se ha manifestado con más amor que á muchas otras. ¡Ah qué bien se mira en esto su benevolencia, la fineza de un amor privilegiado! Por eso le debemos un amor total, único, entero.

El nos dijo: «Como criatura me eres deudora de un amor filial; pero si además quieres amarme con amor puro y virginal, Yo te amaré con un amor único y *te introduciré en lo escondido de mi Corazon*.» Entonces, enamorada vuestra alma, exclamó: « ¡ Dios mío, tan sólo á Vos amaré ! »

¡Cómo debéis dar gracias á Dios, suma bondad, por haber preparado y guardado para vosotras esta gracia de elección! ¡Qué ventura! ¡Cuánto honor! ¡Ay! ¡Cuánto debéis amarle!

Y ahora, ¿de qué manera habrá que responder al amor de un Dios que quiere que á Él únicamente améis y ser el único fin de vuestra vida, de vuestra inteligencia y de vuestro corazón? ¡Ah! Pidámosle perdón por haber dejado pasar sin amarle tanto tiempo de nuestra vida; manifestémosle nuestra gratitud, vivamos en acción de gracias, y así le tri-

butaremos los frutos de la gracia de que hasta ahora le hemos defraudado, amándole muy poco hasta el presente.

Generalmente se dice que tiempo perdido jamás volvió; y aunque esto es verdad cuando el amor se concreta al cumplimiento de la ley, se recupera el tiempo perdido y es como si volviese, cuando se abrazan los consejos evangélicos y se hace más de lo que en rigor hay obligación de hacer. En verdad que es espectáculo bellísimo el ver á un alma que, deseosa de reparar lo que de amor ha perdido, dice: «No quiero contentarme con la ley; necesito amor, y nada será demasiado para el amor de un Dios.» En un día hace más esta alma que otra en toda su vida. Así fué como Santa Magdalena rescató con un acto de amor todo su pasado: «¡Porque ha amado mucho, remitidos le son todos sus pecados!»





CONFERENCIA

TOCANTE Á LA DIRECCIÓN

La dirección tiene que mirar, no á vuestros pecados, sino á vuestros defectos; por lo cual habréis de inquirir y exponer ante ella vuestros defectos referentes al cuerpo, á la mente, al corazón, á la voluntad; vuestros defectos en el servicio de nuestro Señor.

Defectos del cuerpo son los exteriores, originados del temperamento y carácter de cada uno.—El temperamento solo no constituye un defecto, mas sí sus demasías y sus ímpetus contra la sana razón.—Eres viva. ¿Esto es causa de defecto?—No; pero ¿en qué cosa os excedéis por vivacidad? Ahí tenéis el objeto de la dirección; ese exceso es el defecto que se trata de corregir.

Recordad fijamente que antes que nada importa corregir el exterior: por consiguiente, poned vuestra alma en vuestro exterior, á fin de ver qué es lo que hay en él que rehacer.

En seguida hay que examinar si el corazón tiene defectos, es decir, si se tienen afectos desarregla-

dos ó antipatías: hay que ver atentamente hacia dónde se siente llevado el corazón; si es que ama con exceso, si busca demasiado á las personas que le son simpáticas: pues esto es natural é imperfecto. – En tal caso no hay pecado; mas no por eso deja de haber una mala raíz, hacia la cual debe tender la dirección, pues no se crea que la dirección es la con fesión.

La dirección es la historia de nuestra alma. Por consiguiente, exhibidle todos los movimientos y tentaciones de que es objeto vuestro corazón. Tentaciones de simpatía ó de aversión hacia el prójimo; tentaciones de desaliento, tristeza, abatimiento en cuanto á vosotras mismas; respecto á Dios, tentaciones en la oración, en la adoración, sobre la confianza en Él: esto es lo que se refiere al corazón.

Por lo que atañe á la voluntad, decid el trabajo que halláis en la obediencia; á qué cosas sentís más viva repugnancia; cuáles actos de obediencia os son más dificultosos: las resistencias de la naturaleza os señalan los flacos de vuestra voluntad y los puntos por donde os deslizaréis hasta el pecado formal.

En cuanto á los defectos de la mente, hay que tener en cuenta que son más tenaces que los demás, por lo cual la dirección tiene que perseguirlos con atención y por mucho tiempo, pues mientras que hasta con facilidad se desvía el cuerpo de lo que apetece, valiéndose de la violencia, y con igual prontitud el corazón olvida que amó, cuando se le sustituye un objeto por otro, la mente razona, reflexiona, y no se puede, por lo mismo, retirar de aquello en que se ha fijado.

La mente conduce al hombre, sus sentidos, su corazón y su voluntad, por lo cual si el espíritu de

Dios no le domina, su espíritu es muy malo y conviértese en orgullo satánico y en principio de ruina.

Por lo tanto, hay que escudriñar cuidadosamente cuáles son los defectos de la mente, las ideas fijas y personales que se tienen, y ver si hay algún pensamiento que os turbe é inquiete habitualmente, sobre todo en la oración y adoración.

Se necesita especial vigilancia para no dejarse llevar de ciertos pensamientos que se convierten para el ánimo en una especie de enfermedad, de fiebre. Cuando se deja uno llevar demasiado de una impresión de placer, ó sobre todo de pena, la mente acaba por perder toda clase de tranquilidad; fáltale ya la necesaria paz para orar, y el alma toda enferma, porque ha enfermado la mente.

¡Oh! ¡Con las penas del espíritu habéis de tener mucho cuidado! Tenaz es el cuerpo; mas cuando desde el principio se le vence, es un esclavo; cuando no gusta de Dios, se va hacia la criatura el corazón, porque necesita dilatarse; pero si Dios le es devuelto y se le muestra en su amor, retorna y se adhiere á Él: así es como, vueltas á Dios almas que apasionadamente amaron el placer, abandonan con idéntico ardor el mundo, vuelan hacia la perfección, y se santifican.

Mas no sucede lo mismo en los dominios de la mente; pues cuando un defecto se ha convertido en defecto de ella, es muy difícil dominarlo y desecharlo. Es muy común el dicho de que es incorregible un orgulloso. ¿Por qué? Porque ese defecto reside en la mente; quien lo padece está persuadido de que tiene razón siempre; no se tiene por orgulloso; adora á su pensamiento y es tan impenetrable á la reprensión como á las amonestaciones.

Además de esto, la violencia es impotente contra las penas y faltas de la mente, pues tan sólo consigue conservarlas. Irrítase uno y pónese febril; resuelve enérgicamente no pensar más en aquello, y piénsase en ello cien veces más todavía; aunque se diga: «no quiero que esto me inquiete,» y se desvíe de ello esforzadamente, todo es inútil; la inquietud se duplica. ¿Qué hacer entonces? Tener paciencia y con paciencia luchar.

Así, pues, en la práctica, cuando algo apesara á la mente, hay que ver en seguida si se trata de un pecado ó únicamente de una pena.—Si es un pecado, fácil es echarlo fuera, para lo cual basta confesarlo; mas si fuese una pena ó una tentación, lo que procede es no pensar jamás en ellas voluntariamente; en tales casos el remedio utilizable se encuentra sólo en la paciencia.—Como se quiera violentar la mente, se enfermará, y éste será un mal más grave que el anterior.

En cuanto al resultado, no hay que inquietarse, pues evidente es que cuando no hay voluntad de pecar, no se peca; mas como entonces no se experimenta esta seguridad, esto es lo que origina el sufrimiento.

¿Hay señal alguna por la que se pueda reconocer que un pensamiento constituye una pena de la mente?—Cuando el pensamiento fijo, persistente, no está sencillamente en Dios ó en el deber; es decir, cuando en vez de permanecer uno en su casa se encuentra en las ajenas.

Todos sentimos inclinación á esto y nos hallamos sujetos á esta especie de trabajo, pues el demonio que siempre busca el modo de apoderarse de nuestra mente, aquí encuentra la puerta de la casa.

Es necesario que seáis como niños, libres de preocupación y dueñas de vuestra mente en manos de Dios, todo bondad. Importa que al venir á la adoración, á la Comunión, seáis nuevas; que nada viejo pese sobre vuestro ánimo ni le ocupe, de tal manera que esté preparado para recibir la impresión que á Jesús Sacramentado plazca producirle. Como es de necesidad que la paz reine en la mente, para este objeto habéis de estar sumisas á Dios, decididas á seguir su voluntad, á cumplirla al instante en que se os manifieste; para decirlo de una vez, se necesita que por completo os entreguéis á la divina voluntad: eso es la paz. ¿Quién duda que persistirán las luchas? Pero no os dañarán, porque estaréis asentadas en la paz del deber, en la paz de la gracia y de la ley.

Respecto á la dirección, hay además que estudiar el camino de Dios en vosotras, qué dirección os indica interiormente; por lo cual exponed en primer término la calidad de vuestra gracia de recogimiento, qué sacrificios os pide Dios, los llamamientos que hacia la oración sentís.—Notad cuál sea la gracia que os une á Dios y os mueve á practicar su voluntad santísima; pues unas veces atrae Dios valiéndose de una gracia de fuerza, y otras de una gracia de dulzura: su espíritu es activísimo y constantemente solicita al alma atenta; por manera que si no percibís esos movimientos, es porque os halláis fuera de vuestra morada; por lo cual la gracia ha golpeado en vano y pasado adelante.

Teniendo en cuenta estos datos, vuestra dirección será acertada; mas no temáis abriros y mostraros como seáis, porque la timidez en este punto es señal de amor propio.

Ahora escuchad esto: es menester llegar á vivir la vida religiosa espiritual, la vida eucarística: es decir, que se necesita que viváis de Dios mismo, puramente para Dios, por encima de las criaturas todas. Habituaos á encontrar en Dios vuestro alimento y sostén, vuestra fuerza y vuestra vida. Os digo que vayáis á nuestro Señor y permanezcáis en Él, y añadiré que la vida religiosa debe tener mucha obediencia y sumisión y mucha humildad, pero no menos libertad é independencia.

Grande es la merced que Jesús Sacramentado me ha concedido, y consiste en no inquietarme sobre si tengo ó no de mi parte los corazones; por lo cual si se llegase alguno á decirme que pensaba en mí allá en su corazón, yo le diría: «¿Con que tan rico eres de corazón? ¿Cómo puede ser que teniendo nada más que un mísero corazoncillo, no lo guardes todo entero para Dios, suma bondad? ¡Eso está muy mal hecho!»—Enhorabuena, amad á quienes respecto á vosotras hacen las veces de Dios, y prestadles filial obediencia; pero dejadlos atrás, yendo derechas á apoyaros en Dios mismo.

No quiero decir que retiréis vuestra confianza, pues, al contrario, con toda confianza debéis manifestaros; pero el mismo corazón, el afecto filial, han de ser para Dios solo.

Un alma, esposa de nuestro Señor, debe llegar á vivir de Dios y á guiarse por la mirada de nuestro Señor, el cual se pone en relación con ella, la ama y su amor irradia sobre cuanto le rodea; por eso ella debe ponerse en relación directa y constante con Él.

Los directores están para conducirnos á Dios; son guías á quienes hay que obedecer; mas nada de

vínculos, nada de afición, nada de servidumbre; pues sólo Dios es el fin y en quien debe reposar vuestro corazón con absoluta independencia de toda criatura.

La luna es hermosa, porque refleja los rayos del sol; tórnase blanquísima cuando está vuelta hacia él, y llenándose de sus rayos los envía hasta la tierra; pero, mirad, basta que pase una nube para volverse tenebrosa. De igual manera, vuelta un alma hacia Dios, se llena de los rayos de su gracia y por la caridad los refleja hacia el prójimo; pero es necesario que nada intercepte el influjo que de su foco de luz recibe.

Por consiguiente, no nos demos ni á las criaturas ni á nosotros mismos, sino vivamos de Dios para Dios y estemos siempre á sus órdenes, siempre bajo su mirada de luz y de amor.





DIOS NOS HA CREADO

PARA EL CIELO

Nos ha creado Dios para el cielo y no para la tierra. Nos ha creado para hacernos eternamente felices. La vida temporal no es sino puente y camino que debemos pasar para ir al paraíso.

Cuando el hombre es bautizado, inscríbese su nombre en el libro de la vida; tiene un sitio en el cielo, es heredero de la gloria, y adquiere derecho á herencia con Jesucristo y en él.

El paraíso es la posesión de Dios, en lo cual se encuentra el término del amor que Dios nos tiene. El amor aspira á darse y á dar parte de lo que él mismo es y de cuanto posee; por eso Dios, que es el amor infinito, no quiere ser solo en la felicidad, y nos lleva al paraíso para dársenos tal cual es, en todas sus perfecciones, en su eterna felicidad.

No puede Dios dársenos aquí abajo en toda la extensión de su amor, porque nos hallamos en estado de purificación, incapaces de recibirle y contenerle. Para que Dios se dé plenamente, nos hace falta la capacidad de Jesucristo, la cual va formando en nosotros día tras día; pero *no será completa y perfecta*

sino en el día de nuestra muerte, si morimos en su amor.

Aquí abajo entra Dios en nosotros y se nos da á medida del sitio que le dejamos, pues como le damos más ó menos espacio, Él viene á ocupar lo que queremos, que siempre es menos de lo que Él quisiera; por eso llama de contínuo para que le dejen internarse más, como que no está en nosotros plenamente.

Pero en el cielo estaremos en Dios, sumidos en Él, totalmente penetrados de Él, recibiéndole con capacidad infinita en cierto modo y sin necesidad de intermediario; verémosle y le amaremos de igual manera que él se ve y se ama, pues entonces se realizará la plena comunicación del amor perfecto.—Aun en la tierra, tienen los Santos ciertos presentimientos de la ternura, de los ardores, de la dicha de aquella unión, y como ven que no pueden disfrutarla todavía, *gimen y sufren, como* Santa Teresa, *que* moría porque no moría.

Mas el alma que no vive del amor á Dios sufre de otra manera, pues no es dichosa á causa de que no corresponde con bastante generosidad al amor divino; porque escucha un llamamiento y experimenta una atracción á los cuales no responde; así es que Dios la castiga impidiéndole descansar en la dicha que ella encuentra en la pereza.

Todavía os diré que también el amor divino sufre por no poder entrar, y que la resistencia que se le opone lo violenta. Con los ojos de la fe podríamos ver el amor de Dios solicitando nuestro corazón y suplicándonos dejarle penetrar más adentro, á la vez que nosotros le decimos: «¡Es demasiado; sería menester amar mucho: no entréis!»

¡Cuántas veces es despedido Dios de esta manera! Porque *lo cierto es que no puede entrar como nosotros no queramos*; y hasta me parece que el demonio, que á su vez se pone á la puerta del corazón, dice con burla á Dios: «Señor, ¿qué hacéis ahí? Esperáis á que os abran; pero es trabajo perdido, porque no gustan de Vos y prefieren á vuestro amor las naderías y vanidades que yo proporciono!» De esta manera el demonio humilla el amor de Dios.

Mas en el paraíso el amor de Dios obra sin obstáculos, estalla con todo su poderío, y el alma está en Dios, como Dios está en el alma. Hay entonces libertad de amor, efusión de amor, y esto constituye el paraíso. Dios da sus bienes, su bondad, sus riquezas, su ternura; cuanto tiene lo da al alma, la cual en Él se deifica y beatifica á la par.

Tal es nuestro fin: *llegar á ser con Dios una misma cosa por el amor*, la posesión y el goce de una ventura sin límites; vivir en el amor eterno, dichosos por la felicidad de Dios, hermosos por su belleza, disfrutando de la felicidad de María, de todos los elegidos y de los ángeles como si fuese propia nuestra. ¡Oh qué fin tan sublime y fin de amor!

Con voluntad seria y verdadera quiérenos Dios para el paraíso, adonde quisiera que todos y al instante entrásemos; y esta voluntad se hubiera realizado para todos, si Adán no hubiese infringido con su pecado la ley del amor; mas ahora Dios no da el cielo sino á los que se revisten de los méritos de la redención de su divino Hijo.

Por lo que atañe á nosotros, estamos en camino, allá vamos y allá nos dirigimos por senda que Dios mismo ha trazado. El alma que ama á Dios no muere; llega sencillamente al término de su carrera y

desaparecen los obstáculos; lo que hace es mudar de condición; su amor de prueba conviértese en amor de beatitud; su mismo cuerpo va á reposar en la tierra para preparar en ella su renovación gloriosa. Mueren las plantas y los animales, pero no muere el hombre, pues sólo se muda su estado, y ni la tierra guardará el polvo de sus huesos, pues todo habrá de devolverlo para la gloriosa resurrección; y el hombre, en su integridad, resucitará para siempre.

Por consiguiente, el paraíso es el fin que Dios nos ha preparado para que podamos amarle infinitamente, y, por lo tanto, para esto hay que desear el cielo; porque allí, sobre todo, podremos amar á Dios, bondad suma, sin obstáculos, sin límites, sin fin.

Hay grados en los deseos que tienen por objeto el cielo. Dicen unos: quiero ir al cielo, porque allí seré dichoso y se está bien.—Este es el primero y más inferior de los deseos del cielo, pues aunque es legítimo, es propio especialmente de los que sólo viven para sí mismos y nada harían sino por el salario, á modo de jornaleros. Eso es lo legítimo, lo cabal de la ley cristiana; pero ¿dónde se halla el amor, dónde el deseo de ver á Dios, bondad suma?

Otros dicen: quiero ir al paraíso para no ofender más á Dios.—Mejor y más noble deseo es éste, que atiende más á lo que importa á la gloria de Dios; y en este motivo ya hay amor, supuesto que se desea ir al cielo para serle siempre fiel.

Pero hay quienes dicen: quiero ir al paraíso para amar mucho á Dios, infinitamente bueno, verle, alabarle y darle gracias sin fin.—¡Oh! ¿No véis aquí la perfección? Aquí se halla, porque se quiere á Dios, suma bondad, sin otra mira que Él mismo. Encanta oir hablar de este modo, y entonces exclama uno:

He aquí almas que tienen verdadero amor. ¡Qué hermoso es esto! Pero ¿no sería más meritorio, en vez de desear el cielo, pedir la permanencia en la tierra para en ella trabajar y sufrir en la humillación?

Tal era la súplica que en sus transportes de amor hacían algunos Santos; mas yo creo que, considerado este punto en sí mismo, mayor perfección existe en querer ir á Dios para amarle más, pues mientras el uno quiere aumentar todavía su corona, el otro aspira á glorificar á Dios por el amor del cielo, harto más poderoso que el amor de aquí abajo.—Si este desear el cielo para tener más amor no era en sí mismo más perfecto y más glorioso para Dios que el deseo de permanecer en la tierra para seguir trabajando, ¿qué explicación tendrían los ardorosos deseos que generalmente sentían los santos por el cielo, aun en las ocasiones en que más trabajaban por Dios?—Cierto que si hubieran tenido por más perfecto el quedarse aquí abajo, no habrían pedido tanto su unión con Dios; pero es que sabían que se le ama y glorifica más en el cielo.—Así es que San Pablo, al tiempo que convertía á las naciones, pedía la disolución de su propio cuerpo. Por mucha santidad que se tenga, nunca el amor de aquí abajo podrá igualarse al que se tendrá en la patria.

Ahí tenéis un hermoso deseo del cielo; ese es el más perfecto. ¡Suspirad así por el paraíso!

El amor quiere esencialmente la unión; y cuanto más grande es, más perfecta y estrecha quiere que sea esa unión. Si yo amo á Dios, suma bondad, le deseo, y como Él me ama, me desea á su vez, con lo cual esas dos atracciones acaban por quebrantar la vida y el amor entra con todo su poderío y su libertad de expansión en el seno de Dios.

El deseo del cielo es santo; y porque Dios quiere que anhelemos por él muchas veces, ha llenado nuestra vida de sufrimientos, persecuciones y cruces, y no por otra cosa permite la inconstancia de las amistades humanas. No quiere que nos aficionemos á los bienes ni á persona de este mundo, porque no hemos sido hechos los unos para los otros, sino para Dios únicamente. Un punto sin continuidad, sin longitud, es la dicha de este mundo; por manera que no es posible apegarse á ella por mucho tiempo, no cabe fundarse en ella.

Nos lamentamos de las dificultades del camino, de las cruces que en él se encuentran: pues bien, son la llave del paraíso. La vida es un camino en que abundan las escabrosidades y espinas: pero como nuestro Señor marcha delante de nosotros llevando su cruz, no tenemos más que seguirle. Como ha dejado las huellas de sus pasos, pongamos nuestros pies en ellas, porque si á la derecha ó á la izquierda nos desviásemos, creyendo encontrar la dicha, nos desollaremos con las espinas, porque sabido es que el mismo Salvador ha comparado con las espinas las alegrías de este mundo.

Por consiguiente, seguid á nuestro Señor, que camina al paraíso; tomad vuestra cruz y llevadla hasta el fin animosamente para que entréis en su séquito; no temáis sufrir ni aun morir todos los días por causa del paraíso, pues si os parece difícil este camino, nuestro Señor os asegura que por él se llega más pronto.

No penséis tanto en los trabajos del camino, pues el que su gracia os ha trazado es el bueno; en él os mantiene su misericordia, y por él con seguridad y en derechura iréis al cielo.



EL CIELO NO SE DARA

SINO Á LOS PUROS DE CORAZÓN

Dios, por su amor, nos ha creado para el cielo, que debe ser el objeto de todos nuestros deseos, y verdaderamente nuestro único término. Si estamos en la tierra es para que nos hagamos dignos del cielo; mas éste no se da, sino que se compra, pues aunque es cierto que los pequeñuelos que mueren después de bautizados le reciben sin méritos personales, es porque nuestro Señor paga por ellos; mas los adultos le reciben únicamente á título de justicia: *Coronam justitiae.* Verdad es que de Dios recibimos los medios de merecer el cielo; pero aun con eso se necesita corresponder á su gracia y emplear con fidelidad estos medios. Los dones que Él nos concede los recompensa en nosotros, si cuidamos de que fructifiquen, y de esta suerte armoniza la bondad de su misericordia con las exigencias de su justicia.

No olvidemos, en cuanto al cielo, que es menester merecerlo, comprarlo y pagarlo; para reunir ese precio es por lo que se nos da el tiempo presente, pues la corona de justicia no se otorga sino á la victoria,

y para recibirla hay que perseverar hasta la muerte; por manera que no basta recorrer el estadio durante años, sino que, para ser coronado se requiere llegar al término.

El precio absoluto y necesario del cielo para cada uno es la fidelidad á su propia gracia, á su gracia particular. No pide á todos Dios igual medida de méritos y virtudes; pero, sin embargo, hay una medida estrictamente exigida, una condición esencial para todos, y es el estado de gracia; para entrar en el cielo hay que ser puro. Ley indispensable, sin excepción, es que el cielo no se dé sino á la pureza, pues nunca entrará en él nada manchado.

Por lo cual, como no sabemos cuándo Dios nos llamará, tengamos siempre en la mano el precio de nuestro paraíso y seamos puros de corazón, puros en nuestra vida, exentos de todo pecado. Cuanto más puros seamos, pues hay grados de pureza, mayor gloria tendremos en el cielo, más nos acercará Dios á él, pues la pureza de vida es la que decide acerca de la excelencia de gloria de cada Santo.

Debemos, pues, encariñarnos con la pureza de la vida, sin separarnos de ella, porque es lo esencial y absolutamente necesario. Hay que estar exento de todo pecado mortal, bajo pena de condenación eterna, y exento de todo pecado venial, so pena de que se retrase, á veces por mucho tiempo, nuestra felicidad.

¿Sin duda queréis ir al paraíso?—Pues purificaos de todo pecado mortal; á lo cual añado: purificaos de todo pecado venial deliberado. ¡Oh! Jamás lo consintáis, ó salid de él en seguida. Dios en la antigua ley prescribía purificaciones innumerables, con lo cual nos avisaba de la necesidad de purificarnos

incesantemente por el bautismo de amor en el Espíritu Santo.

¿Sois delicadas en cuanto á pureza, evitando aun la apariencia de pecado, las más leves ocasiones, y *todo lo que de cerca ó de lejos se refiera á* pecado? Entonces estáis en el camino que va derecho al paraíso, y el purgatorio no tendrá nada que ver con vosotras.

Por lo tanto, evitad aun las menores faltas, para que nuestro Señor no se vea obligado á haceros aguardar vuestra recompensa. Mirad que le cuesta mucho trabajo el poner á las almas en el purgatorio, y aunque lo hace porque lo exige su justicia, padece en ello su amor.

De todo esto se deduce que habéis de estar dispuestas para morir antes que cometer un pecado mortal, y aun dispuestas también á morir antes que cometer un pecado venial con propósito deliberado: antes sufrirlo todo, antes la muerte, que ofender á Dios. *Preferible sería dejar que todo el mundo pe*reciera á intentar salvarle por medio del más insignificante pecado venial.

Manteneos, por consiguiente, en esta disposición de sufrirlo todo, de dejaros despojar de todo, de mendigar descalzos vuestro pan, antes que consentir en un solo pecado venial.

Mas ¡cuántas veces no se ha mentido para excusarse y ocultar las propias faltas! ¡Cuántos pecados contra el prójimo! En cuanto á esto, sed muy severas, pues muy difícilmente perdona Dios estos pecados; porque como son pecados de sociedad, cometidos contra la unión de la familia, hace que sobre toda la familia recaiga el castigo de ellos. Hiérenle en el corazón y no tiene la paciencia de espe-

rar á castigarlos en la otra vida; de modo que aun en este mundo se venga de ellos, y de terrible manera: son faltas éstas de que hablamos que infringen sus dos leyes más santas, la ley del amor de Dios y la del amor al prójimo. Y, sin embargo, respecto al prójimo, ¡cuántas faltas contra la caridad, humildad y paciencia! Si nuestro Señor nos advierte que habremos de dar cuenta aun de una palabra inútil, ¿qué pasará por tantas palabras contra la autoridad, palabras maldicientes, palabras contra la bondad de Dios, palabras contra los pobres de Jesucristo, contra los que son pequeños y ya están humillados por su inferioridad, cualquiera que sea?

¡Oh qué materia para ser examinada! ¡Cuánta leña para el fuego del purgatorio! No os excuséis de esas faltas, pues aunque acaso por caridad os digan que son poca cosa y que sólo por descuido y ligereza las cometéis, nunca os digáis esto á vosotras mismas! ¡Pues qué! ¿Cabe excusarse de haber apenado á Dios, bondad suma?

Examinad también ahora el bien que habéis impedido y las gracias que perdisteis.—¿Decís que no son pecados?—Acaso en sí no lo sean; más sí por cierto en sus causas. ¿Por qué habéis dejado perder aquellas gracias? Por pereza, por negligencia, ¿no es verdad? Luego culpables sois de negligencia y pereza.

Sí, sí: pensad que iréis por mucho tiempo al purgatorio, y todo por nonadas; por una palabrilla que os ahogaba y no supisteis retener: ¡ah! ¡ya os acordaréis de ella mucho tiempo!—Alguna leve pereza, un exiguo deber retardado, todo eso lo pagaréis en el purgatorio hasta el último céntimo.

Huid de la sombra del pecado—dice el Espíritu

Santo—como huiríais de una víbora. Fijáos detenidamente en que sólo habla de la sombra de pecado, y en que recomienda evitarla como á la misma muerte.

No os forjéis ilusión. Podemos parecer al exterior perfectos y cometer muchos pecados interiores; la mayor parte de los pecados de los religiosos están en el corazón, en el pensamiento, en el sentimiento, y en la voluntad interior se paran, sin pasar al acto exterior.

Y luego ¡qué abominación, qué locura muchas veces! Cometemos faltas contra Dios, infinitamente bueno, por no desagradar á la criatura, para no entristecerla y hasta por agradarle, cuando lo cierto es que nadie merece que le complazcáis si ha de ser á costa de un pecado venial cualquiera!—Todavía comprendo las faltas en que se incurre por descuido y flaqueza; mas lo que no entiendo es que se peque por miedo á desagradar á una criatura; pues por el contrario, entiendo que yo soy dueño de mi conciencia, que nadie puede violentar y antes prefiero crearme un enemigo que inferir una herida á mi conciencia.

¿Acaso puede un hijo, en caso alguno, ser obligado á golpear á su padre? —¡Pues bien! Para la conciencia no valen amistades; de suerte que si se trata de pecar, á nadie conocéis; es cuestión de vida ó muerte: «¿Os gusta así?—Mucho mejor. ¿Es que no os gusta?—Pues peor: yo no conozco más que á Dios y á mi conciencia!»

Dice el mundo que los Santos son intratables: deben serlo; que las personas religiosas son intolerantes: hay que serlo.

¿Decís vosotras que hay que ceder á cuanto se

pueda y mostrarse conciliadoras?—Pues estáis en camino de mancharos. ¿Estáis obligadas á gustar el veneno para probarlo? ¿Acordaos de aquel santo anciano Eleazar á quien querían obligar á que comiese en secreto, y sin que nadie lo supiera, manjares prohibidos ¿Qué hizo? Prefirió la muerte.

Ea, pues: toda vuestra vida cristiana, religiosa y eucarística, debe tener por objeto haceros más puras. ¿El sol no purifica el aire al atravesarlo? Pues bien; ahí tenéis el Sol divino, el Sol de amor; que, por lo tanto, os purifique. El amor de Dios es el fuego de nuestra vida, y su primero y último efecto consiste en purificarnos.

Recordad que son bienaventurados los puros de corazón, porque verán á Dios, y que los vírgenes son los que en el cielo siguen al Cordero por donde quiera que va, y los que entonan su cántico. Muy conmovido quedé la vez primera que leí esto: no son cualesquiera Santos, sino los Santos que son vírgenes, los que tienen el privilegio hermoso de estar más próximos al Cordero.

Por lo tanto, ¡sed siempre puras! Y cuando hubiereis desagradado al Señor, no descanséis hasta que os perdone y quedéis purificadas. ¡Sed muy puras, y para esto muy amantes, pues el amor forma lo delicado y la blancura de la pureza, tornándola luminosa y refulgente! Haced que nuestro Señor pueda deciros como á Magdalena: «Se os perdonan muchos pecados, porque habéis amado mucho.»

Un alma pura es el comienzo del cielo, porque el paraíso no es otra cosa que la consumación y corona de aquella misma pureza.



CONFERENCIA

ACERCA DE LOS EXÁMENES

Bueno y necesario es tener métodos para los diversos ejercicios de la propia vida, por que como confíe uno en su buena voluntad, perderá las tres cuartas partes del tiempo de que disponga en buscar el modo de proceder, supuesto que los desconsuelos interiores abundan más que el fervor.

Los métodos son para la vida piadosa lo que la disciplina para un ejército. Si combatiese cada uno á su antojo, faltaría la fuerza de cohesión, mientras que una orden bien dada, bien transmitida y ejecutada de un extremo á otro, asegura la victoria. De igual manera los ejercicios practicados con orden sostiénense unos á otros, y guarneciendo nuestra vida, la impiden divagar y la mantienen en la facilidad de obrar continuamente, conforme á la obediencia y á la gracia.

Intento hablaros de los exámenes, y para ello comenzaré por fijar algunos principios.

Si cada religioso estuviese muy recogido en Dios,

siempre se hallaría presente á sí mismo, y sin esfuerzo seguiría, con sola la mirada interior, aun los primeros movimientos de su corazón, y á primera vista reconocería todo lo que hubiese contrario á la verdad ó á la santidad de Dios.

Para suplir á la debilidad de la virtud y tenerla siempre en vela, vuestra regla os preceptúa tres exámenes diarios, á saber: el de previsión por la mañana, el particular al mediodía y el general correspondiente á todo el día, por la noche, antes de acostaros.

Emplead mucho cuidado y diligencia en estos exámenes, porque son el medio indispensable para llegar á conocer vuestros defectos y á corregirlos eficazmente. Hasta debéis convertirlos en materia continua de vuestra dirección espiritual en cuanto á los defectos exteriores y á las tentaciones.

En vuestros exámenes aplicaos, antes que á toda otra cosa, á corregir todos vuestros defectos exteriores, unos tras otros, ó bien teniendo en cuenta las circunstancias que en unos os vuelven más débiles que en otros, pues los defectos exteriores dañan directa y ostensiblemente al respeto y á la dignidad de vuestro servicio cerca de nuestro Señor, y opónense por modo muy notable á la edificación y á la caridad del prójimo.

Habéis de recordar en este punto que los exámenes más acabados siempre resultarán infructuosos como no aseguren su eficacia una sanción de penitencia y algunos medios de más exquisita vigilancia, entre los cuales medios uno consiste en ese me nudo recordatorio á que dan el nombre de *bernardo (bernard)*, y cuyas cuentas sirven para señalar las faltas y omisiones en seguida que se cometen, á fin de

que se recuerden con mayor facilidad en el examen inmediato. Servíos de uno de estos que digo, y cada vez que faltéis á vuestras resoluciones, dejad caer una de dichas cuentas. Esto no puede ser más sencillo; pero téngase en cuenta que con pequeños medios suelen hacerse las cosas grandes.

Veamos ahora detenidamente la naturaleza del examen y su práctica.

En primer lugar hay que reconocerle la primacía de su importancia y consagrarle toda la diligencia que merece. El examen es la verdadera discusión de nuestros actos interiores y exteriores, á fin de observar y hacer constar los defectos, humillarse por ellos ante Dios, y por su amor y gloria enmendarse.

El examen no agrada: es el acto más difícil y repugnante de la piedad; ¿por qué? Porque no gusta verse uno siempre culpable y siempre humillado. Es también muy trabajoso el recogerse en sus pensamientos, analizarlos y discutirlos, del tal modo, que muchas veces se preferiría una gran mortificación exterior á algunos minutos de un examen serio; y sin embargo, como no haya examen, es imposible enmendarse, porque no se corrige uno de lo que desconoce; falta la verdadera humildad, puesto que esta virtud se basa en la verdad conocida respecto á la propia miseria, la confianza en Dios care ce de la elocuencia que la pobreza y miseria pro· pias le suministran, y hasta el amor ignora lo que deba decir, porque á sí mismo se desconoce.

Luego es muy cierto que el alma piadosa que no se sigue, que deja de examinarse de un modo regular, pierde su delicadeza en cuanto á evitar el pecado, se exterioriza por completo y conviértese para

sí misma en misterio y enigma; es como un campo de trigo que todavía conserva buen aspecto, porque en él todo es verdor, pero del cual se ha apoderado la zizaña y va absorbiendo sus jugos: en el día de la siega veránse únicamente pocas y secas espigas.

El alma piadosa que deja de examinarse se halla siempre en los extremos: ó en una ciega seguridad, como el comerciante que se arruina porque sin saberlo vende los géneros á menos precio del que le costaron, ó en una humildad falsa y exagerada, por que no quiere tomarse el trabajo de ver y puntualizar su verdadero estado. Se piensa haber obrado bien y haberlo dicho todo declarándose ante Dios y ante sí mismo la más pobre y miserable de las criaturas. Esta misma acusación se hace en el tribunal de la penitencia; y, por lo tanto, ¿qué sucede? Que se queda uno siempre con sus defectos y va continuamente mermando en piedad.

El amor es el mejor agente del examen. El alma que con todo su corazón ama á Dios, ve fácilmente sus defectos y hasta el más leve movimiento de la mala índole, y percibe sin dilación la presencia del tentador. Como en un espejo fiel mírase en Dios esta alma, y se lee en Dios como el niño que en una simple mirada lee su falta en la pena, en el silencio ó en la minoración de la amistad de su padre ó de su madre. En esto estriba el examen más perfecto, puesto que obra en su centro de acción y perfección, en la vida del amor, que para todo es bastante y es el fin de todos los medios de santidad, cualesquiera que ellos sean.

Así es, en primer término, como debéis estar en presencia del Santísimo Sacramento. La luz del fuego divino que arde en el Corazón de nuestro Señor

debe, en el principio de todas vuestras adoraciones, penetrar hasta lo íntimo de vuestra alma y manifestaros en un momento su pobreza toda y toda su actual miseria, á la vez que la llene de un profundo sentimiento de su ingratitud é indignidad, levantándola al mismo tiempo por medio de la confianza de obtener el perdón, supuesto que estáis al pie del trono de gracia y misericordia.

Cuando se llega á presencia de un príncipe, lo primero que se hace es mirarle, y luego echar sobre sí mismo una ojeada por si hay algo inconveniente cuyo aspecto pueda desagradarle.

Pero esto, más que examen propiamente dicho, es la vigilancia de la delicadeza. Haced del examen un ejercicio religioso por separado, con sujeción á la forma y al método que aquí os presentamos, mediante la aplicación de los cuatro fines del sacrificio.

El primero es el examen de previsión que se hace por la mañana, y cuya duración no debe exceder de cinco minutos.

1.° *Adorad* á nuestro Señor como á vuestro Rey, que os llama para que en este día trabajéis en su amable servicio y por su gloria. Rendidle inmediatamente y para todo el día los homenajes de vuestro corazón, de vuestra mente, de vuestro cuerpo y de toda vuestra vida, porque sumamente, sobre toda criatura, lo merece, y regocijaos por el honor y ventura de pasar todo este hermoso día sirviendo á la adorable Eucaristía.

2.° *Agradeced* á este bondadoso Señor tan insigne gracia, así como todas las de vuestra vida, y singularmente la de vuestro bautismo, la de vuestra vocación y las gracias que su amor os prepara hoy;

dadle gracias porque acepta vuestros servicios, pues servirle aunque sea un solo día, vale por toda una vida y por todo el paraíso.

3.° *Reconoced* vuestra flaqueza en medio de tan santa y hermosa vocación como es la adoración. *Confesad* nuevamente á nuestro Señor vuestras faltas del día anterior, vuestra indolencia habitual. *Detestad* otra vez ese espíritu mundano que renace de continuo, el poder del amor propio, la disipación de vuestra alma, la tibieza de vuestra voluntad; y *prometed* á nuestro Señor corregiros de vuestro defecto dominante, del cual puntualizaréis un acto determinado, á fin de evitarlo y corregirlo en el presente día. *Recordad* la resolución especial que habéis adoptado para todo el mes en el retiro mensual, y fijaos en algunos hechos comprendidos en aquélla para realizarlos durante el día; mas sobre todo *señalaos una penitencia* que cumplir para después de vuestras faltas, é inmediatamente después, si os es posible; esto es lo que importa.

4.° *Orad* y pedid á nuestro Señor la gracia de ser hoy más fieles; recomendaos á la Santísima Virgen y á vuestro ángel de la guarda, y poned manos á la obra con el auxilio de la gracia.

También pueden efectuarse para el examen cinco actos, con el orden siguiente: ponerse en la presencia de Dios y adorarle; darle gracias; implorar as luces del Espíritu Santo por la intercesión de María; discutir después las propias faltas; y, por último, arrepentirse y resolverse.

Como véis, los cuatro fines del sacrificio comprenden estos actos: mejor es que os sirváis del método que ya empleáis en la adoración y en la comunión, y así os resultará unidad en la piedad, en

la simplificación de cuyos medios hállase mucha ventaja.

De igual manera también, al llegar una festividad, ó al presentarse un misterio ó cualquiera circunstancia especial, dirigid vuestro examen en conformidad con el espíritu de estas cosas; adorad á nuestro Señor en el estado en que le presenta aquel misterio, y con arreglo á su espíritu efectuad los demás actos: así obtendréis su gracia para todo aquel día.

El segundo examen es el que denominaré particular, porque versa únicamente sobre un punto Hacedlo durante dos ó tres minutos, nada más, de la siguiente manera:

1.° Adorad á nuestro Señor como á buen Dueño, dichosas por hallaros á su servicio.

2.° Dadle gracias, pero rápidamente y con un solo acto, por este medio día transcurrido.

3.° Echad una rápida ojeada sobre las acciones que en la mañana ejecutasteis, para ver si las hicisteis acabadamente con arreglo á la ley de la obediencia y á la virtud propia de ellas. Reconcentrad después vuestro examen sobre la virtud en cuya adquisición trabajáis, singularísimamente este mes, y ved si habéis realizado los actos positivos de esta virtud que en el examen de previsión determinasteis.

4.° Excitaos á la contrición y á la firmeza de propósito; renovad vuestra resolución, y pedid á nuestro Señor la gracia de mantenerla mejor.

El tercer examen es el de todo el día; llámase examen general y versa sobre todos los deberes de vuestra vocación, así como sobre todas las faltas que hubiereis cometido durante todo el día.

Praticadlo también según los cuatro fines del sa-

crificio, aunque con las siguientes modificaciones:

1.° Adorad á nuestro Señor como á vuestro Juez, al cual venís á dar cuenta de vuestro día, como del último que acaso os ha concedido antes de llamaros á comparecer en su presencia.

2.° Dadle gracias por todas las del día, examinad las principales y alabad su bondad infinita para vosotras.

3.° Humillaos y examinad vuestra conciencia, recorriendo con la memoria los diversos deberes del día, á contar desde el levantarse, y sucesivamente hasta la noche; recordad las resoluciones de la mañana y del mediodía, y ved si habéis ejecutado los actos que prometisteis.

4.° Por último, excitaos á una verdadera contrición, como cuando recibís la absolución sacramental; satisfaced á la justicia por medio de la sanción propuesta, y abandonaos á la misericordia de Dios, después de lo cual iréis á dormir junto á Él bajo su techo, ó más bien en sus brazos tan maternales.

Observad que, por lo que toca á la contrición que debe tenerse para el examen, el mejor medio consiste en pedirla humildemente á Dios. No es necesario sentirla, pues la tiene verdaderamente el que con humildad y solicitud la pide, por más que no perciba sus movimientos. En ningún caso es exigible la sensibilidad, pues cuanto más se progresa en edad, menos se siente, y no es extraño que si oportunamente no se precaven, se sientan lastimadas aquellas personas que siempre desean sentir vivamente.

Notad asimismo que el examen debe referirse á los actos positivos que han tenido existencia real, ya sea que se hayan exteriorizado, ya que se hayan

consumado únicamente en la voluntad. En cuanto á las tentaciones, no intentéis evocarlas nuevamente, ni devolver la vida á sus fantasmas para averiguar si tal vez no las habríais consentido, pues esto no es necesario; como que es una astucia del demonio para lograr que torne la tentación, moveros á encontrar en ella un poco de placer y arrancaros un medio consentimiento.

No: sed delicadas, pero no escrupulosas. El que ha sido herido, demasiado lo siente sin necesidad de indagarlo con minuciosidad; inmediatamente notaréis, sin duda, si tenéis algún remordimiento, si os halláis turbadas; humillaos por esto sin procurar que se despierte lo que está adormecido y que acaso con su presencia os mancharía.

Ahí tenéis lo que es el examen, su naturaleza y espíritu; practicadlo muy fielmente, y en él hallaréis la paz, á la vez que nuestro Señor os recompensará magníficamente por haber administrado con fidelidad en las pequeñas cosas de todos los días los talentos y las gracias que os había confiado.





HAY QUE VIVIR

DE LA MISERICORDIA DE DIOS

Compuso el Profeta un cántico, el más hermoso, con que su corazón estuvo inspirado, y es el cántico de la misericordia de Dios, en el cual repite en cada versículo que su misericordia es eterna. (Psalm. CXXXV.)

Harta razón tenía David en bendecir esta misericordia, en cantar este océano de infinita misericordia, puesto que había pecado y de su pecado le había salvado la misericordia. Hay Santos que son obra de la misericordia divina y que han llegado á ser, por el poder de la misericordia y rindiéndole en seguida un homenaje constante, más santos de lo que hubiesen sido por la inocencia y la virginidad; así, San Pedro fué mucho más grande y abnegado después de su pecado que antes, y San Pablo y Santa Magdalena. Aquella misericordia nutrió la santidad de éstos, y sus lágrimas fueron el alimento de su amor.

Si sois ángeles, vivid de la majestad de Dios; mas si sois hombres y pecadores vivid de la misericordia, exaltad la bondad de Dios que os ha salvado y os da la vida. Hay que saber exaltar la misericordia

de Dios, suma bondad, y en ella ver todos nuestros dones y gracias y tener en los labios este grito de reconocimiento: «¡Dios mío, qué bueno habéis sido para mí, que soy tan malo!»

Este pensamiento de los pecados pasados no ocasiona malestar, aparta del pecado y apega á la bondad divina, y si se llega á llorar dilátase el corazón en dulces lágrimas de penitencia y de amor, y estas lágrimas nos hacen dichosos.

Cada cual sabe cuánto debe á la misericordia de Dios, y todos podemos decir que le debemos el no haber caído en el infierno; por lo cual cuanto más se haya pecado, mayor reconocimiento hay que tener á la misericordia.

Si nunca habéis pecado mortalmente, no por eso ha sido menor la misericordia de Dios al perdonaros vuestros pecados veniales. Porque siempre este perdón es fruto de la sangre de Jesús, y además, como con tanta frecuencia renovamos los pecados de esta clase, Dios tiene que ejercitar incesantemente su misericordia, miéntras que las ocasiones de los demás pecados son más raras. Esto aparte de que cuando pecamos venialmente, nos hallamos en amistad de Dios y afligimos su Corazón y su amor en lo que tiene de mayor ternura.

La misericordia de Dios, suma bondad, es magnánima, perdona generosamente y para siempre, y no sabe olvidar á medias. Devuelve la alegría de la inocencia y el honor propio del estado anterior, pues no perdona al modo de los hombres, sino como corresponde á Dios. Quiere que subsista el recuerdo de los pecados, pero con un pensamiento de amor y de gratitud para alabar su misericordia en perdonarlos.

Sin embargo, se tiembla algunas veces y se hace la pregunta de si Dios nos habrá efectivamente perdonado los pecados. ¿Orasteis debidamente para que os los perdonase? ¿Vinisteis confiadas en que os los perdonaría? Sí. Pues bien; os los ha perdonado Dios; Él os infundió aquella confianza, y si no hubiese querido perdonaros, no os hubiera llamado hacia sí ni traído á sus plantas. Y, además, en la Comunión ó en una adoración muy recogida, sobre todo por la noche, ¿no os concedió nuestro Señor algunos momentos en que gustabais de tal paz, que en verdad os sorprendía? ¡A solas con Jesús Sacramentado erais tan dichosas que olvidabais la tierra y vuestro cuerpo, os transportabais á una atmósfera de paz divina; os parecía que comíais á Jesús Sacramentado! Pues ¿qué otra prueba queréis de que os perdonó vuestros pecados? Dios os llenaba de caricias, os estrechaba sobre su Corazón, os abrasaba, y cierto que no os hubiese tratado de esta manera si no os amase como á un hijo suyo, á quien ha reintegrado en sus derechos y en su amor.

De igual modo, el contento que experimentáis después de vuestras confesiones, es una prueba del perdón obtenido y de que la amistad se ha reanudado; pues quiere Dios, para mostrarnos su amistad, que sintamos el gozo de haber sido perdonados. ¡Qué consolador es esto! No se contenta con comunicarnos la fe relativa al poder del sacramento de la Penitencia, sino que también nos da pruebas de amistad para que nos retiremos sintiéndonos dichosos y como seguros de nuestro perdón.

La misericordia divina es tal, que se creyera que Dios quiere tentarnos. Nos dice nuestro Señor: «No pequéis; mas con todo, si ofendéis á mi Padre,

venid pronto á mí y os perdonaré.» ¿Puede extenderse á más la misericordia que á garantir de antemano al pecador su perdón y á prometerle mediar entre él y la divina justicia? Son excesos de la misericordia que triunfa sobre la justicia de Dios: *Misericordia superexaltat judicium!*

Vivid, por consiguiente, de esta misericordia, y atráigaos hacia ella su paciencia en tanto esperar y para perdonar con tal frecuencia; antes seréis perdonadas cuanto más pronto volviereis después de haber pecado. Así, pues, nunca os desaniméis, ni jamás digáis: «¡Ya pequé demasiado para ser perdonada; hace ya tanto tiempo que reincido en las mismas faltas!» No, mirad cuánto mayor es la misericordia que el pecado; los vuestros podéis enumerarlos, pero es imposible que midáis la misericordia. Por lo tanto, volved siempre sin dilación, tantas veces cuantas ofendiereis, y decid como á su madre un niño llorando: «¡Dios mío, os he causado pena, he lastimado vuestro corazón, perdonadme!» De seguro no os levantaréis de allí sin haber sido perdonadas.

¡Cuán bueno es, pues, en su misericordia Jesús Sacramentado! Ha multiplicado los medios de perdón, y así no es necesario confesarse cada vez que se comete una falta venial, pues pone á vuestra disposición los sacramentales, el *Confiteor*, el *Pater*, y especialmente el agua bendita: todo eso con un acto de pesar os purifica, y también la Misa y la bendición del Santísimo son sacramentos de misericordia; y hay, finalmente, el amor, el regreso del corazón contrito á nuestro Señor, lo cual absuelve de las faltas veniales. ¡Qué dulce es recibir de nuestro mismo Señor esa absolución! Cuando un alma á los pise

de nuestro Señor se humilla, creyéndose indigna de comulgar porque ha pecado, ¡oh! nuestro Señor la perdona y la absuelve de su falta. Esta manera de perdón place á nuestro Señor, porque en tal caso el amor repara por *mucho más de lo que se perdiera* con la falta.

Así, pues, creedme; vivid todas de la misericordia de Dios. Doy por supuesto que no hayáis pecado nunca; pero ¿no podéis pecar? ¡Oh! Sí; tanto como los mayores culpables. Luego si podéis pecar, ¿qué diferencia hay entre vosotras y quien realmente pecó? ¿Quién os ha preservado? La misericordia, la misma que á mí, pecador, me ha reducido. Por con siguiente, deudores somos, así vosotras como yo, á esta divina misericordia, y aun le debéis más vosotras, porque os preservó en el instante quizá en que, teniendo ya un pie en el mal, íbais á consumarlo. Con retiraros, dos milagros hizo, en vez de uno, la misericordia; por lo tanto, vivid en la gratitud hacia ella, y en ella estableced vuestro solo fundamento.

Si Dios, suma bondad, no fuese infinito en misericordia y no supiese que jamás la agotará por grandes que sean las oleadas que de ella haga fluir perpetuamente, nunca se hubiera encargado de conducirnos al cielo. ¡Cuántas gracias prevenientes que dar, qué de caídas que reparar, cuántos perdones pacientes é innumerables en una vida de hombre! Dios, bueno infinitamente, jamás se desanima, nunca nos abandona su misericordia, y cuando llega nuestro último suspiro, al lado nuestro está para acogernos.

La misericordia de Dios es la que nos procura todas las gracias que tenemos, y la que os ha for-

mado la vocación, que por vosotras mismas nunca hubiérais podido merecer, al mismo tiempo que en el mundo viven muchas otras almas que, por aventajaros en pureza, merecerían, con preferencia á vosotras, estar de continuo en la presencia del Santísimo Sacramento como siervas, como familia suya. Pero la misericordia os ama, os ha llamado, y ahora quiere daros todo lo que os hace falta.

¡Ah! ¡Decid si Jesús Sacramentado no ha sido muy bondadoso para vosotras y pródigo de misericordia! ¿Y dejaríais de vivir en ese amor, en esa misericordia infinita? ¿Os pondríais á miraros á vosotras mismas y lograría atajar vuestros pasos una leve tela de araña? No: ¡vivid del amor y de la misericordia de Dios, y empezaréis á ser santas!





EL AMOR VIRGINAL DE JESUS

Os ha creado Dios en su amor; os ha llenado de gracias su misericordia; os ha colocado en las condiciones más favorables para la salvación: ¿hay manera de corresponder á este amor, no siendo por el amor? Como es tanto lo que os ha amado Dios, tenéis imprescindible necesidad de amarle.

Mas, sobre todo, para vosotras que os habéis *consagrado á él por* la vida religiosa, forma una necesidad el vivir de amor, pues el voto de virginidad que habéis hecho no es sino un voto de amor que os obliga á amar por estado, por vocación. Los demás votos son una profesión de las virtudes evangélicas, mas por el voto de virginidad decís á Dios: «¡Dios mío, hago voto de no amar perpetuamente sino á Vos, y de nadie, sino vuestro, ha de ser mi corazón!»

¡Qué bello voto es éste que á sólo Dios entrega el corazón y el amor! En *los primeros días* de la Iglesia, antes que en ella hubiese monasterios, hacíase únicamente este voto, y por él las vírgenes eran religiosas en el mundo; aunque seguían viviendo con sus familias, eran consideradas como un Orden sagrado de la Iglesia, Orden eminente que San

Pablo y los Padres exaltaron con los elogios más sublimes; y nada hay tan hermoso como las preces que las edades apostólicas nos legaron referentes á la consagración de una virgen.

Este voto por sí sólo consagra para Dios, coloca en superior esfera y comunica dignidad sagrada; la virgen, lo mismo que el sacerdote y que el vaso del sacrificio, es cosa sagrada; su voto sustituye á la unción santa. Por este voto queda consagrada la virgen á Jesucristo como esposa suya; es un contrato de eterna alianza con Él, y para la mujer reemplaza à la consagración sacerdotal, por la que el levita queda dedicado á nuestro Señor como eterno ministro suyo.

Pues bien; ya hicisteis este hermoso voto, cuya nobleza dimana de que tiene su asiento en el corazón, de que da el amor y el afecto á Jesucristo, y por ese voto absoluto é irrevocable de amor, obligadas quedáis á amar á nuestro Señor, única, íntegra, virginalmente. Los votos de obediencia y de pobreza son el camino del merecimiento; el voto de virginidad, el camino de amor y de excelencia, porque eleva á las que lo hacen al honor de ser verdaderamente esposas de Jesucristo.

Nuestro Señor ama ese voto, del cual se muestra celoso; yo estoy persuadido de que ese es el voto del corazón y del amor. Por lo tanto, debéis amarle á él solo y totalmente; pues ya ni vuestro corazón n sus afectos tienen libertad, como que todo pertenece á vuestro divino Esposo. ¡Ah! Cuidado con no mezclar con su amor el de las criaturas, pues fuera profanación abominable.

Así como la esposa infiel queda para siempre infamada con el nombre de adúltera, la Iglesia sella

con marca aún más deshonrosa á la virgen que quebranta su voto de virginidad: la denomina sacrílega. Este es el nombre que da á los que profanan los vasos sagrados, el templo santo, las sagradas Hostias; también la virgen infiel profana una cosa que es santa y consagrada á Jesucristo.—Habíasela reservado nuestro Señor, queriéndola para sí, para Él únicamente, que quería todo su corazón y su amor todo: ella ha profanado el vaso sagrado de Jesucristo, su copón y su Hostia.

Habéis, pues, de amar á nuestro Señor como esposas fieles, y aceptar todos sus derechos; pues ligadas estáis para siempre, y con el título de vírgenes fieles seréis coronadas, ó, por el contrario, condenadas como vírgenes sacrílegas.

Dedicado y consagrado os habéis, pero á más de esto debéis ser inmoladas á nuestro Señor: ¿qué quiere decir esto? Que debéis ser inmoladas al amor de vuestro divino Esposo y vivir para Él en continuo sacrificio; pues como vuestro voto os ha constituído en cosa sagrada, os destina al sacrificio como las víctimas que eran escogidas puras, jóvenes y sin mancha y destinadas á ser inmoladas al Señor desde el instante en que las apartaban de lo profano.

El amor es crucificante, inmola; pero aparte de eso, enlazado os habéis con el Esposo crucificado: ¿acaso la esposa no debe participar del estado de su esposo? Todavía no es llegado el tiempo de que gocéis de la dicha de vuestra unión, pues mientras estéis en la tierra, sólo sois las prometidas de Jesucristo; cierto que le pertenecéis y ya no sois libres, pero la plenitud de la unión y sus delicias son para el cielo; y aunque desde ahora hasta entonces nuestro Señor os visitará de vez en cuando y para con-

solaros os mandará sus ángeles, no esperéis todavía gozar de Él.

Estáis á tiempo de perfeccionaros y adornaros de virtudes para el día de vuestras bodas eternas. Vírgenes sabias y prudentes quiere ver en vosotras nuestro Señor, las cuales llenen de aceite sus lámparas y velen en espera del Esposo. Como las virtudes de nuestro Señor no se adquieren de una vez, y es laboriosa su práctica, dedicaos á ellas sin miedo, con denuedo y perseverancia, pues deben ser vuestro adorno el día en que os presentará á su Padre para efectuar en el paraíso el celestial matrimonio en presencia de sus ángeles.

Para ello, recordad que por vuestro título de esposas venis obligadas á entregaros á las virtudes por amor; que cuanto hiciereis debe dirigirse á probar ese amor á vuestro Esposo y que no debéis retroceder ante ningún sacrificio que en atención á Él deba realizarse. Supremo, absoluto, único ha de ser el amor vuestro, y tan sólo para Él; fuera del cual, nadie, ni vosotras mismas, tendrá derecho á ese amor. ¿Pues qué? ¿Seríais capaces de convertiros en fin de ese corazón que nuestro Señor agranda con su gracia y llena de su amor con el designio de ser su único y supremo objeto?

¿Convertiríais á cualquiera criatura en fin de ese corazón, arrebatándoselo á su dueño? ¡Líbreos Dios de ello! En la vida religiosa especialmente, debéis amaros unas á otras, pues formáis alrededor de nuestro Señor un círculo cuyo centro es Él únicamente. Por eso han de converger exclusivamente á él todos los radios. ¡Desventuradas vosotras si no amáis á nuestro Señor, ó no amaseis á Él únicamente! ¿Y cómo debéis amarle?—Debéis amarle como

os ama; pues el amor gusta de igualdad, de reciprocidad. Mas nuestro Señor os ama como á su Padre; es decir, que de igual modo que Jesús ama á su Padre mediante la continua referencia de cuanto es y de cuanto hace á su gloria y servicio, así nuestro Señor tiene con vosotras una relación constante de amor y gracia; pues para vosotras son su Corazón, su mente, sus méritos y toda su vida; os ama con todo su ser, poniéndoos como fin de sus pensamientos, de su amor, de todas sus acciones y de todos sus sufrimientos.

Pues bien; he aquí cómo debéis amarle, refiriendo á Él, por el amor, cuanto sois y tenéis, todos vuestros pensamientos, acciones, méritos y sufrimientos, toda vuestra vida. Dadle vuestra inteligencia para no pensar sino en él y para él; vuestra voluntad, para que cifre su dicha en obedecerle y servirle en cuanto quisiere; vuestro cuerpo, para que en él reproduzca sus virtudes y sus padecimientos meritorios; estableced y mantened esta continua relación de vuestras facultades con las suyas, de vuestra mente con su mente, de vuestro corazón con su Corazón, de vuestro cuerpo con el suyo; en una palabra, de todo vuestro ser con todo su ser: de esta suerte amaréis cual sois amadas.

Os dice nuestro Señor: «Sin cesar pienso en vosotras: ¿por qué no habéis de pensar incesantemente en mí? No hay en mi Corazón sino el deseo de vuestro beneficio, de llenaros de amor: ¿por qué no tornarse á mí vuestro corazón con un continuo homenaje de amor y reconocimiento?»

»Os doy mi cuerpo; diariamente lo inmolo en sacrificio por vosotras, y hasta os lo doy á comer, por manera que es vuestra víctima y vuestro alimento,

¿Por qué entonces no habéis de consagrarme todos vuestros sentidos y vuestro cuerpo para sufrir y reparar conmigo el pecado que ofende á mi Padre y hiere mi amor?»

¡Oh! ¡Cómo padece nuestro Señor cuando no correspondemos á su amor! ¡Es tanto el ardor, tanto el poder con que nos ama! Cuando mira á cualquiera de vosotras, pobre criaturita, mísero gusanillo de la tierra, dice: «¡Amote apasionadamente; te amo, enamorado estoy de ti!» Su pasión le hace olvidar su dignidad; desea la reciprocidad, la pide y quiere que le ame ese gusano, ¡como si tal amor fuese digno de Él y hubiera de producir su felicidad!—Si en las relaciones humanas un inferior dice á su superior: «Yo quiero á usted.,» le injuria, porque esa expresión equivale á colocarse al nivel suyo y exigirle correspondencia, cuando no tiene más derecho que el de respetarle; mas nuestro Señor suprime todas las distancias que la dignidad interpone, y nos dice: «¡Amame, pues yo te amo!»

Cuando se ama á alguien, se desea verle, se le mira sin cesar. Así os mira nuestro Señor siempre con amorosa mirada; os mira con ojos de bondad, llenos de la ternura de un padre; por todas partes os sigue; sois su asidua ocupación.—¿Por qué no mirarle también? Vuestros ojos amantes deben fijarse en nuestro Señor y nunca perderle de vista. Si hay murallas que detienen vuestros ojos corporales, los del alma pueden verle desde cualquiera parte, y la vista es conocimiento y amor, y el amor es siempre pintor; crea el objeto y sin cesar lo pone ante los ojos.

También para vosotras quiere nuestro Señor en todo caso el bien y procura la ocasión de produci-

ros continuamente nuevos beneficios; su presencia es siempre digna de amor; notad, notad cómo lo hace todo por amor á vosotras. ¿Y por qué entonces no hacéis por amor á Él todo cuanto practicáis? ¿Por qué no ha de ser un homenaje de amor á Él cada una de vuestras operaciones, en primer término los ejercicios de piedad y luego cuanto hiciereis en la celda ó en los cargos que os han encomendado?

¿Qué es el amor sino una pura llama que se remonta al cielo? Lo que por amor de Él no hiciereis, mezclado estará con humo, cuando debierais ser viva y límpida llama.

Además, nuestro Señor os quiere con amor creciente, que de continuo es siempre nueva y más copiosa gracia. Varía y aumenta sin cesar nuestro Señor sus dones de gracia y continuamente se manifiesta bajo un aspecto nuevo; así el amor de hoy es más grande que el de ayer, é irá creciendo diariamente hasta el fin de nuestra vida, porque cada nueva gracia se junta con las pasadas. Su amor dilátase como la flor que se entreabre al salir el sol y se desenvuelve hasta abrirse por completo bajo el sol del mediodía.

También es necesario que siempre le améis con amor nuevo, hasta poder decirle: «Os amo más que ayer, porque tengo un día más, mayor número de gracias, mayores deudas de amor.»

Estas deudas habéis de pagarlas viviendo en amor, con reconocimiento y prestación de homenaje, sin retener para vosotras nada de cuanto hiciereis.

La personalidad, el yo siempre subsiste, haciéndoos objeto de su atracción hacia vosotras mismas; por consiguiente, herida es ésta que sin cesar se reproduce y que hay que cicatrizar con el fuego del amor.

Pensad que cuando todo lo hiciereis por nuestro Señor, nada extraordinario habéis hecho, sino vuestro deber sencillamente; y siempre os quedaréis muy por bajo del amor que nuestro Señor os tiene. —Lloraban muchos Santos por no poder amar suficientemente á nuestro Señor, y exclamaban: «¡Ah! ¿Por qué no dispongo de un amor infinito con que responder á su infinito amor?» Placen mucho á Dios, suma bondad, estas lágrimas, porque revelan los deseos y las limitaciones del amor y muestran una criaturita que desde las orillas del tiempo extiende sus brazos hacia el Creador á quien quisiera abrazar, y que le contesta: «¡Gusanillo de la tierra, yo te amo!»

Pues bien: ¿queréis amar á nuestro Señor? Entregaos á él y vivid de amor para él, como él para vosotras, y buscad en vuestro corazón todo cuanto sea capaz de causarle mayor complacencia, así como Él lo hace respecto á vosotras.—¿Y esto es ya la perfección?—No; esto no es sino el principio, y vuestro deber de hijas; sin que en el intento de obrar de esta manera pueda caber ningún orgullo: ¿quién podrá ser orgulloso si mira á nuestro Señor?

Renovad vuestro voto de virginidad, que es vuestro voto de amor, pues en tanto que los otros son el fruto de vuestra vida, éste es su flor. Renovadlo muchas veces y decid: «¡Dios mío, á Vos me consagro para amaros virginalmente; para amaros ¿cómo diré? con amor de sangre, con un amor eterno!»



CONFERENCIA SOBRE LA CONFESIÓN

La confesión es la última tabla de salvación que Dios nos da en las tempestades de este mundo maligno; por eso inutilizarla equivale á perderse indefectiblemente, supuesto que no existe otro medio de perdón; pues aunque todavía queda el acto de amor perfecto que justifica, es lo cierto que también ha de contener el deseo de la confesión. Por lo tanto, poned vuestros cinco sentidos en evitar todo lo que pueda perjudicar al bien de la confesión, y en practicar cuanto asegure su utilidad y buen resultado.

Evitad desde luego con severidad toda relación natural y humana con el confesor durante el acto terrible de la confesión, pues no es un hombre, sino Jesucristo quien se halla en aquel su tribunal de justicia y misericordia.

El mismo Salvador es quien le comunica por el Sacramento del Orden ese poder, terrible y consolador á la vez, de efectuar lo que Él mismo hace: «Todo lo que atareis sobre la tierra, será eso mismo atado

en el cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, será eso mismo desatado en el cielo.»

De suerte que el juicio del sacerdote es la regla del juicio de Dios; su sentencia precede á la del cielo, y constituye la ley que ha establecido Jesucristo, el cual la sigue y respeta.

Por lo tanto, el confesor es el ministro de la justicia de Dios, el custodio de la ley divina, cuya ejecución debe asegurar y castigar sus infracciones, bajo pena de ser un ministro infiel y de ocupar en el purgatorio ó en el infierno el sitio del culpable absuelto injustamente.

Es menester que juzgue, y por lo tanto tiene que conocer la naturaleza y el número de cada una de nuestras faltas, de lo cual proviene la necesidad de la sincera y total acusación del penitente. Por consiguiente, id á él con la verdad y sinceridad de vuestra conciencia.

Mas, sobre todo, el confesor es el ministro de la misericordia; tanto es padre como juez, médico divino de nuestras almas, y buen samaritano para nuestras heridas. En sus manos puso Jesús todas las gracias de la Redención y le dió el poder de devolver á nuestras almas la vida: id, pues, á él confiadas en la fe.

También habéis de evitar en la confesión todo lo que sea ajeno á aquella gran operación, porque en tal caso perderíais de vista lo esencial y os expondríais á faltar al respeto del Sacramento, á disminuir y aun á perder la contrición. Tal es el peligro que existe en las confesiones frecuentes, que, comenzando por Dios, acaban muchas veces en la criatura, ó caen en bagatelas: de lo cual habéis de huir como de un veneno.

Evitad cuidadosamente cualquiera discusión, toda explicación inútil, porque no debéis perder el tiempo, ni quitar el suyo, tan precioso, al sacerdote; además de que lo inútil es muchas veces peligroso y se torna culpable fácilmente. Y, en efecto, rara vez dejarán de ser principio de aquéllas la vanidad ó alguna averiguación del amor propio.

Mirad cómo Magdalena, por su postura á los pies del Salvador, se manifiesta entregada completamente á su confesión, así como por las lágrimas de su corazón entregada por completo á su contrición.

Considerad al pobre publicano, abatido y humillado en lo inferior del templo, sin hablar sino de sus pecados á la misericordia divina ni reparar en lo que le rodea ni en lo que dice el fariseo.

¡Ah! Si se pensara bien que la confesión que se va á hacer, que aquella misma que se está haciendo va á decidir de la eternidad, que será la última absolución que se reciba, la última confesión inmediata á la muerte, ¡cuánto mejor se haría!

Si considerásemos detenidamente la malicia y el número de nuestros pecados frente á los sufrimientos y humillaciones del Salvador, expirando en la cruz por nosotros, no fuera tan duro nuestro corazón ni, sobre todo, tan distraído.

¡Cuánto más delicado sería nuestro amor á Jesucristo si fuese más íntimo y acendrado!

Para confesarse bien se requiere examinarse perfectamente; ahora bien, tres condiciones exige un buen examen:

1.ª Primeramente hay que pedir á Dios la gracia de que nos conozcamos tales como para él somos, é invocar para ello el auxilio de la Santísima Vir

gen y de nuestro ángel de la guarda, testigo de todas nuestras acciones.

2.ª Investigar nuestros pecados.—El modo más sencillo consiste en revisar atentamente cómo se ha empleado el día desde el despertarse hasta por la noche, considerando sucesivamente cada deber del día y la manera con que se ha cumplido. En cuanto á las faltas extraordinarias, dejan, por lo general, bastante impresión para que no se necesite inquietarse en averiguarlas.

No es sencillo ni provechoso el medio de examinarse escudriñando en qué se ha faltado en cuanto á todos los pensamientos, palabras y obras, sin seguir orden alguno cotidiano, pues se pierde uno en tan extenso campo y se requiere un esfuerzo de memoria que fatiga la mente, con detrimento de la compunción.

No procedáis de esa manera, sino primeramente examinad los pecados exteriores, los cuales dan por supuestos los interiores; examinadlos recordando vuestros deberes cotidianos respecto á Dios: lo que debéis en cuanto á la piedad, á los Sacramentos, á vuestros votos, á vuestros deberes de estado,—relaciones de respeto y obediencia á los superiores;—de dulzura y caridad con el prójimo;—de humildad y mortificación por lo que toca á vosotras.

En cuanto á las tentaciones, no las juzguéis por sus impresiones ni por la turbación que os causaren ó por su duración; pues el pecado no comienza sino á la luz ó al clamor de la conciencia advertida y alumbrada, y no en el sueño ó en la distracción de la voluntad.

3.º Dedicad á la contrición más tiempo que al examen, pues éste enseña la llaga cuyo remedio és

aquélla. Excitaos á la contrición, no tanto por las consideraciones de la mente como por el afecto del corazón, y luego miraos desde el punto de vista de vuestras obligaciones de cristiana, de religiosa, de adoratriz.—Como cristianas, ved á Jesús humillado, triste, padeciendo en vosotras por vuestros pecados veniales.—¡Líbreos Dios de crucificarle y hacerle morir en vuestro cuerpo y en vuestra alma por el pecado mortal!—Como religiosas, mirad la pena que con las infidelidades de vuestro corazón habéis causado á vuestro divino Esposo Jesús, que tan tiernamente os ama.—Como adoratrices, ved la flaqueza y malicia de vuestra alma, que ha tenido el poder de paralizar las gracias especiales, el amor singularísimo que os demuestra Jesús: poder funesto que tal vez ha conseguido sofocar y extinguir este amor.

Mirad á la Santísima Virgen teniendo en sus brazos el cuerpo de Jesús crucificado y muerto por vuestros pecados: besad esas llagas amorosas, llorad sobre ese Corazón, y en seguida marchad á colocaros como humildes penitentes á los pies del sacerdote.

Nuevamente recordad que sólo al corazón humillado y contrito perdona Dios; que el más eficaz motivo de contrición es el del amor divino, el pesar de haber ofendido al que nos ha amado tanto; y que para nosotros debe convertir la más ligera ofensa en el mayor de los males, que hiere á un Dios infinitamente bueno y amable.

Para efectuar cumplidamente el acto de la confesión se os imponen los tres siguientes deberes:

1.° Decid vuestros pecados con toda sencillez, confesándolos como los conocéis y según la manera con que os afecten en aquel instante.

2.° Acusaos decorosamente con honestas palabras, por respeto al sacerdote y á vosotras. Nada detalléis en cuanto al modo de cometer el pecado, pues la manera no cae bajo la ley de la acusación, y hasta se halla prohibida cuando se trata de faltas contra la castidad. Exponed la índole de los pecados de pensamiento sin referirlos al pormenor, ni explicarlos, pues esto jamás obliga; de los pecados por palabras, sin repetirlos, sino contentándoos con indicar su especie, esto es, contra la caridad, ó la autoridad, ó la castidad; de los pecados por obra, expresando la naturaleza del pecado, su gravedad; de los de omisión, manifestando cuál deber omitisteis, y

3.° Acusaos con humildad, como culpable que dice su falta á quien mejor que él la conoce anticipadamente, aunque, haciendo que la reveléis, quiere probar vuestro arrepentimiento y vuestra sinceridad.—Ha de consistir vuestra humildad en ver y manifestar vuestras faltas según la verdad, y no exagerarlas, pues muchas veces la exageración es resultado, ó de la pereza, que no quiere tomarse el trabajo de examinar, ó de la falta de ánimo, que se reviste de una falsa contrición.

Notad convenientemente la diferencia que hay entre el pecado y lo que únicamente es imperfección: el pecado es un acto positivo de nuestra voluntad; la imperfección es un producto de nuestra miseria, de nuestra debilidad; más bien un acto de la imaginación que de la razón, antes un raro y superficial vapor de la mente que una malicia del corazón; más bien es pereza de los sentidos que repulsa de la voluntad.

Además, cuando os acuséis, evitad la inquietud y

el apresuramiento, que disminuyen la atención y la confianza del alma, sujetando su libertad de acción entre las redes y ligaduras del miedo y de la duda. Por esta razón, cuando os halléis inquietas é inseguras respecto á cualquiera falta, conviene que la declaréis al confesor para pedirle consejo, y no acusar como verdadera falta lo que muchas veces no lo es; oiréis entonces cómo os dice que muchas veces sería preferible el pasar de largo por ciertas turbaciones á exponerlas como el miedo las sugiere; pues de lo contrario llénase el alma de esas vanas aprensiones que tantos escrúpulos y amarguras ocasionan.

Tampoco estáis obligadas, cuando os acuséis de un pecado del cual fuese objeto ó causa la persona de vuestro confesor, á expresarle esta circunstancia personal; sino que debéis no expresarla, pues aparte de que la conveniencia y la prudencia así lo piden, la ley de la integridad confesional no exige semejante declaración.

Es menester que sepáis que la acusación de los pecados veniales difiere de la propia de los pecados mortales; pues mientras éstos deben ser declarados en la confesión según el número, especie y circunstancias por las que estas especies se modifican ó que los agravan notablemente, no sucede lo mismo con los veniales; por manera que aquella buena alma que de éstos manifieste con buena fe únicamente tres ó cuatro, aunque con un dolor que implícitamente se extienda á todos los demás, y con firme propósito de enmienda, recibirá el perdón de todos, por más que sólo de algunos se hubiese acusado. Lo cual quiere decir que los pecados mortales no se perdonan sino particularmente y en cuanto que hayan sido formal-

mente denunciados, mas los pecados veniales conjuntamente, en la contrición general é implícita: son así como un manojo de nocivas plantas, de las que sólo se ven las que se hallan en la superficie, y que se arrojan al fuego para que las consuma á todas juntas, así á las que no se ven como á las otras.

Sin embargo, conforme declara el Concilio de Trento, es costumbre loable y saludable el confesar todos los pecados veniales de que hay memoria; pero mi deseo es que no seáis excesivamente minuciosas, demasiado puntillosas en vuestras acusaciones; pues Dios no pide un examen tan riguroso y os expondríais á perder la libertad, la tranquilidad del ánimo y la dulce y suave piedad del corazón.

Se observa que las personas que se toman mucho trabajo en prepararse y confesarse, apenas se corrigen por lo común, de sus faltas, sino que siguen su propio sentido y su vieja rutina, á pesar de cuanto se les dice: dijérase que únicamente se confiesan para consolar su espíritu enfermo, que ha adquirido esta necesidad de comunicarse; mucho mejor obrarían si creyesen á su confesor y, hablando menos, procediesen mejor.

Otro defecto habéis de evitar: dejad á un lado todas esas acusaciones generales y prolijas que nada determinan, pues son inútiles, como que no someten pecado alguno concreto al juicio del confesor. La confesión es como la oración de que habla nuestro Señor; la más corta es muchas veces la mejor.

Por último, cuando acabéis vuestra acusación, huid de averiguar todavía nuevos pecados, como si se os hubiesen olvidado; y aun cuando se presentasen, si bien inciertos y con duda y turbación, desechadlos; ya dijisteis lo que vuestro examen con-

cienzudo os señaló, y ahora se trata ya solamente de escuchar en silencio y dócilmente lo que en nombre de Jesucristo os dice el sacerdote.

Al apartaros del confesonario, figuraos que salís del santo Bautismo, purísimas y adornadas con la sangre de nuestro Señor; guardaos de volver á pensar al pormenor en vuestros pecados y de examinar vuestra acusación, de suerte que si vuelve á vuestra memoria, arrojad todo esto como una tentación peligrosa, pues todo está ya perdonado. Magdalena no dijo todos sus pecados circunstancialmente, pero en su amor penitente todos los acusó y todo le fué por completo perdonado.

Dad con alegría gracias á nuestro Señor por haberos perdonado y por haberos dado nueva vida; sea vuestro gozo el de un hombre á quien hubiesen sacado de un abismo ó hubiesen cicatrizado sus heridas, y que en la actualidad anda lleno de fuerza y de salud.

Traed á vuestra memoria los buenos consejos que habéis recibido; nuevamente expresad las resoluciones de propósito firme que formasteis; con el auxilio de María pedid á Dios que os conserve fieles á ellas, y cumplid la penitencia que se os haya impuesto.

Me resta advertiros algo. Como la pureza de conciencia es la ropa nupcial necesaria para el servicio del celestial Esposo, para que la conservéis, acercaos cada ocho días al tribunal de la penitencia.

Con objeto de suplir á las acusaciones hechas sin verdadera contrición, será provechoso, para humillarse y mejor conocerse, pasar constantemente una revista mensual y practicar todos los años la revista anual de todas las faltas.

A fin de prepararse bien para la confesión, examinarse y formar actos de contrición, no es demasiado el dedicar un cuarto de hora á este ejercicio, é igual tiempo después de la confesión para renovar la contrición, insistir en el propósito firme y formar actos de dolor fundados en ese amor infinito, en esa misericordia sin límites que otra vez acaba de perdonarnos y nos ha devuelto la vida, el honor y la alegría del corazón.

Cuando la confesión es muy frecuente, hay que rodear este acto de serias garantías que aseguren especialmente la contrición, sin lo cual se cae en una rutina que anula los saludables efectos de este Sacramento de misericordia y salvación.





DONACIÓN

DE LA PROPIA PERSONALIDAD Á JESÚS

Por la profesión religiosa disteis á Dios lo que os pertenecía; mas no le habéis dado, expresamente á lo menos, vuestro propio ser, vuestra personalidad.

La personalidad es el ser mismo, el principio de la vida, de las acciones; es lo que os constituye en persona humana é individual, lo que de toda otra persona os distingue y os establece en vuestra última perfección de naturaleza. En vosotras es la personalidad quien posee el alma y el cuerpo, las facultades y los sentidos; quien los hace obrar y es responsable de los actos de éstos, á los cuales comunica la cualidad de humanos; ella es también la que recibe todo lo que á vosotras se refiere, como el afecto, la alabanza y toda propiedad del cuerpo y del espíritu; porque no es á vuestro cuerpo ni á vuestro espíritu precisamente á quienes se intenta amar y alabar, sino á vosotras, á la persona revestida de estos dones y que los emplea convenientemente.

Ahora bien; la profesión religiosa no emite de un

modo explícito la donación de esta personalidad; pues aunque por el voto de pobreza dais vuestros bienes, por el de virginidad vuestro corazón, y por el de obediencia vuestra voluntad, y es indudable que, tomados en toda su extensión, aun interior y espiritual, estos votos os comprenden y consagran íntegra y completamente á Dios (pues enseña Santo Tomás que la profesión religiosa es por sí misma un holocausto de todo el hombre, y por consiguiente del ser y de la misma personalidad), con todo, para daros un medio más fácil de practicar vuestros votos con este espíritu de holocausto que es la verdadera adoración, os propongo ahora que hagáis á nuestro Señor donación formal y explícita de vuestro propio ser y de vuestra personalidad. Esta donación no añadirá ninguna obligación externa á las de vuestros tres votos; pero los afirmará más completamente y os moverá á practicarlos conforme al espíritu peculiar de vuestra vocación, porque la Eucaristía es donación.

No solamente sois esposas, sino adoratrices y siervas de nuestro Señor Jesucristo; y propio de la sierva es perder su nombre, así como el esclavo perdía antiguamente hasta la completa propiedad de sí mismo, de sus actos, de sus trabajos y de su vida. El nombre que tenéis de siervas denota esclavas de amor; así es que por este acto os anularéis para vosotras y entrará á poseeros Jesucristo.

Pero diréis: hacer esto equivale á anonadarse, y me van á tener por loca. Ante los hombres, sí; mas para los ojos de Dios, no seréis sino generosas en amar.

La virtud de dicha donación está en que os entreguéis á nuestro Señor por amor suyo, con total

olvido vuestro, para reconocer y adorar su dominio supremo de amor sobre vosotras; pues á él, á sus derechos, á su amor, á su gloria, atendéis en esto, ante todo y sobre todo, y no miráis sus dones ni vuestros personales intereses.

Cierto que humildemente pedís sus dones de gracia, porque nada pudierais hacer privadas de ellos, y muy lejos de renunciar á la recompensa, sabéis que este amoroso don es ya un inmenso mérito para el cielo; pero á todos esos motivos supera el del amor que Dios merece por sí mismo y el de los derechos que su amor infinito le crea sobre toda criatura y sobre vosotras singularmente. Esta consideración os absorbe y os basta; os dais para pagar amor con amor, y la primera recompensa á que aspiráis es la de que Dios sea servido, amado y adorado, y que por entero reine en vosotras, merced á vuestro propio anonadamiento.

Yo no digo que podréis constituiros en tal estado de amor puro, que nunca salgáis de él y que debáis renunciar á los actos de las demás virtudes: no; lejos de mí este pensamiento condenable y condenado, por falso é irrealizable en este mundo; pero sí deberéis tender á practicar, cuanto más podáis, todas las virtudes, con este espíritu de donación, de amor, supuesto que, más que otra cosa, es una dirección de la intención y no un sobrepeso de obras y de nuevos deberes.

Es verdad que la vida religiosa es una donación, y que, en último resultado, es á Dios á quien se refiere la consagración que en aquélla se verifica; pero ofrece para el cielo y desde luego tales recompensas, que para atraer hacia él bastarían por sí solas. Renunciáis á los goces de la familia, pero la

religión os da centuplicados padre, madre, hermanos y hermanas; renunciáis á los bienes temporales, pero os da los espirituales; renunciáis á conduciros, y halláis un camino seguro, perfectamente trazado, y guías expertos y solícitos.

Seguramente compensan estos provechos aquellos sacrificios, y es por todo extremo legítimo entrar en religión por solas estas ventajas, á las que sigue la del cielo.

Pero si queréis, sin perder éstas, santificar vuestros votos convirtiéndolos en verdadero holocausto; si queréis elevar la intención con que los hacéis hasta la perfección del amor más puro, agregadles el don de vosotras mismas; entonces es cuando dais únicamente *por dar, sin ocuparos* de la recompensa, sencillamente porque la vida del amor consiste en darse, en vivir entregada.

Aparte de lo cual, cada voto no corta más que una rama de vuestro ser, no da sino una parte de vuestra vida; pero el amor quiere entregar el tronco, el mismo ser. Pues bien; con el don que hacéis de vosotras llegáis hasta la *raíz* de vuestro ser, renunciáis á vosotras por completo, moralmente no existís para vuestra propia mirada, y para la de los demás debéis dejar de existir, no poniéndoos jamás como fin de ellos ni de vosotras. Rompéis todo vínculo de amistad y afecto, cuyo fin fueseis vosotras, con vuestras hermanas, con todos aquellos á quienes amáis en Dios; y nuestro Señor, á quien habéis elegido para que reemplace á vuestro *yo*, llega á ser fin principal y definitivo poseedor de vuestras obras, de vuestros méritos y sufrimientos; es el único que en adelante debe vivir y mandar en vosotras; es el dueño, vuestro yo, vuestra persona.

Ya nada debéis recibir para vosotras personalmente; ni alabanza, ni afección, pues ya no sois dueñas en vuestra casa, y lo que recibieseis lo hurtaríais á nuestro Señor, supuesto que os habéis entregado á él sin limitación.

Cuando se entra en una casa, se quiere ver al dueño, y no á los criados; por lo cual, si uno equivocadamente saluda á la criada, ¿no debe ésta decir: «usted se equivoca; yo aquí nada soy, voy á llamar á mi señor?» De igual manera, ya nada seréis, nada recibiréis ni obraréis por vuestra cuenta, sino para nuestro Señor: no habrá en todo sino Él.

Así como tampoco el esclavo efectúa actos de dominio y propiedad, pues su firma no tiene valor, tampoco vosotras realizaréis nada por vuestra personal inspiración, sino que aguardaréis á que nuestro Señor os mande obrar, y entretanto seguiréis en completa dependencia y en espera de su gracia y del signo de su voluntad para cumplirla en todo; por manera que si nada os mandare, nada haréis, aunque se os presentaran las mayores probabilidades de éxito y las más hermosas apariencias de trabajar por su gloria. Esperad á que os ponga en movimiento, de igual modo que la personalidad hace funcionar á las facultades y á los miembros, y éstos á los instrumentos inanimados.

Ya no diréis: yo quiero, yo no quiero, porque el *yo* no es sino la personalidad, cuyo primer órgano es la voluntad; dejad que nuestro Señor sea el único que en vosotras quiera. Si en el lenguaje externo no podéis renunciar completamente á esa manera de hablar, procurad que el interior no le corresponda y se mantenga en absoluta sumisión á nuestro Señor.

No más motivos personales y humanos en cosa

alguna; amaréis á los servidores de Dios y á vuestras hermanas porque los ama nuestro Señor y también ellos le aman; pues sólo Él debe ser vuestro motivo determinante, vuestro punto de apoyo y vuestro objeto al pensar, juzgar, querer y obrar.

Desapareceréis, y no subsistirán para vosotras más intereses que los de nuestro Señor, único que vivirá en vosotras.

En esto reside vuestra gracia propia, la gracia de la Eucaristía. Nuestro Señor ha dicho: «*Así como el Padre que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre; así quien me come, también él vivirá por mí*»; es decir, de igual manera que como Verbo yo no vivo sino de la vida que el Padre me comunica eternamente, y, como hombre, de la vida que el Verbo me da en el tiempo por la unión hipostática, *así quien me come vivirá por mí*; es decir, yo le comunicaré mi vida de gracia y después mi vida de gloria; llegaré á ser en él todas las cosas, porque en él moraré y le cambiaré en mí; seré su principio, como el Padre es mi principio; sus acciones queridas y dirigidas por mí, hechas en él por mí, en mí serán elevadas al rango de acciones santas y divinas; pero de igual modo también que yo refiero á mi Padre todos los frutos de mérito, gloria y honor producidos por la vida que me comunica, así aquel en quien yo estaré y á quien daré mi vida, me remitirá fielmente la gloria, el honor y todos los frutos de sus trabajos: *quien come mi Carne y bebe mi Sangre en mí mora y yo en él*, para allí vivir y reinar.

También decía después de la Cena nuestro Señor: «¡Como tú, oh Padre, estás en Mí y yo en Ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros!» Esta es la magnífica unidad que, aunque comienza en el bau-

tismo y persiste por el estado de gracia, en la Eucaristía es donde encuentra su alimento y su perfección aquí abajo; tal es el fruto propio de la Eucaristía.

Que vuestra vida entera realice plenamente esta frase de San Pablo: *Y yo vivo; ó más bien, no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí.* Esta es la perfecta donación de sí mismo, el don que de la propia personalidad se hace á nuestro Señor.





JESUS Y MARÍA

DECHADOS DE LA DONACIÓN PERSONAL

Hemos dicho que era preciso consagrar á Dios nuestra personalidad dándole el *yo* que es el ser, el yo que es el centro de las relaciones y recibe el afecto y la alabanza; este yo que es nuestro fin natural. Es verdad que uno, por el hecho de los votos, se da á sí mismo á Dios; mas yo os propongo que hagáis además una consagración explícita de vosotras mismas á Jesucristo, en virtud de la cual deseéis practicar vuestros votos religiosos y todas las virtudes con un espíritu de amor de Dios amado por respecto á Él mismo, de renuncia total en cuanto á vosotras mismas, y de ofrenda, holocausto y sacrificio de vuestro propio ser á Jesucristo, el cual viva en vosotras como primer principio y único fin vuestro de naturaleza y gracia.

Pero diréis que es muy difícil llegar á amar siempre á Jesucristo por Él mismo y á nunca buscarse en nada. Cierto; difícil es llegar á la perfección del amor, ó imposible es obrar continuamente con un

amor actual; pero lo que os propongo es que os déis á Dios por un acto de amor que abrace vuestro ser y toda vuestra vida, y luego, que obréis todo lo más que podáis conforme al espíritu de ese don de amor. Es mucha la diferencia que hay entre estas dos cosas: tener el hábito de una virtud es proceder según su espíritu ó ejercitarla siempre actualmente por medio de actos positivos.

Así es como os constituyen religiosas vuestros votos de religión; por manera que, aun en los casos en que no realizáis actos formales de pobreza ó de obediencia, no por eso dejáis de obrar como religiosas, y siempre debéis, por lo menos, obrar conforme al espíritu de esos votos.—Pues bien; de igual manera, cuando entregáis vuestra personalidad de una vez para siempre á nuestro Señor, os ponéis en sus manos en un estado de abandono, de anonadamiento personal, y en adelante, por virtud de ese don, os consideráis como dependientes en absoluto de Jesucristo y os esforzáis á que nuestro Señor viva, obre, mande y reciba todo en vosotras, en vez de vosotras mismas.

La perfección de este don que uno hace de sí mismo y que sería la vida y el reinado perfecto de Jesús en nosotros, es indudable que nunca se consigue aquí abajo; pero ¿qué razón hay para no comprometerse á tender hacia ella incesantemente? Y así como para hacer voto de obediencia no se aguarda á ser perfectamente obediente, sino que, por el contrario, se hace desde el principio, porque el voto comunicará gracia y auxilio propios, por la misma razón os pido que ofrezcáis á nuestro Señor esa donación de vosotras mismas; la cual primero practicaréis muy imperfectamente, pero luego menos y después mejor;

os conseguirá una gracia particular; se aumentará por vuestra fiel correspondencia y poco á poco adquiriréis la costumbre de no consideraros como principio ni fin vuestro, sino de obrar bajo la dependencia y voluntad de nuestro Señor y únicamente para Él; de referirle el fruto de todas las cosas, puesto que todas las ha realizado en vosotras. Así llegaréis á saber habitualmente renunciaros por completo y á no vivir sino de Jesucristo, por Jesucristo, en Jesucristo y para Jesucristo.—Eso es el don que de sí mismo se hace: una consagración cuyo espíritu se extiende sobre todos los actos de la vida, y en virtud de la cual no se considera uno ya delante de Dios como una persona, sino como un miembro del cuerpo de Jesucristo, del cual éste es cabeza, alma y persona; se tiende á no juzgar ni á emprender cosa alguna por sí mismo; á no ser más que un intermediario, un instrumento de su voluntad; á no ser nada final ni céntrico para las criaturas, y por consiguiente á no procurar ni aceptar el afecto y la estimación de ellas para sí propio, sino á referirlo todo y hacer que con toda fidelidad pase y llegue á la divina Persona á quien uno se ha dado, y á cuyo poder se ha entregado por completo. El motivo de esta donación es un amor desinteresado y generoso de las bellezas de Jesucristo y de sus amabilidades, un reconocimiento de sus derechos, de aquellos especialmente que sobre nosotros le crea la Comunión, por la cual viene á tomar completa posesión de todo nuestro ser para vivir y mandar en él como dueño soberano. Ahora bien; un perfecto dechado de esta vida, en que uno se entrega enteramente á Dios por Dios mismo, lo tenéis en primer término en la Santísima Virgen María.

Llena de gracia la llama el Santo Evangelio, y el ángel le dice que el Señor está con ella; pero ¿de qué manera? Plena y soberanamente; el Espíritu Santo reina en su mente y en su corazón, donde dirige todos y cada uno de sus pensamientos y afectos; es el ser de María, la cual ya no está en sí misma, sino por completo en el Espíritu de Dios, que la cubre, la envuelve y reviste todas sus potencias con rayos de su gracia y de su amor.

María manifiesta su correspondencia á esta vida de Dios en ella con esta bendita expresión, una de las más hermosas que haya escuchado el mundo: «He aquí la esclava del Señor.» ¿Qué quiere decir? Me abandono y por completo me entrego para cuanto en mí quiera hacer mi Dios y Señor; jamás quiero pensar, querer, ni obrar sino como esclava suya, inspirada, movida y conducida en todo por su voluntad.

«¡He aquí la esclava del Señor!» ¿Y qué es esto sino la fórmula del don que de sí mismo se hace, puesto que el esclavo pierde su nombre, su autoridad y hasta su vida, que se transfieren á la potestad del que le posee? También María es perpetua esclava de amor del Espíritu Santo, y toda su vida no será sino una manifestación de su sumisión, obediencia y total olvido de sí misma. Como esto lo realiza por amor, llámase también Madre del Amor hermoso, es decir, de ese amor que ama á Dios por él mismo, á causa de sus perfecciones y hermosuras, porque es el principio y fin de todo.

Vedla durante toda su vida, víctima siempre de este puro amor, amando á su divino Hijo por respeto á él y no á sí misma, sin pedirle en ningún caso consuelo para ella, sin intentar desviarle de la

muerte, ni siquiera retrasar un momento para gozar todavía de aquel Hijo querido, sino, por el contrario, acompañándole al Calvario para sufrir allí con él dispuesta á ocupar su sitio si el Padre lo hubiese querido, y hasta inmolarle para obedecer las órdenes de su divina justicia. ¿Se busca á sí misma en algo? ¿No es esto el amor por el amor?

Pero nuestro Señor le ha hecho que durante su vida entera practique este amor; la ha dejado pobre, abandonada, sufriendo en su corazón; le ha rehusado, durante su vida pública, hasta aquella clase de consuelos que tan legítimos pudieran parecer.—Cuando en Caná le dijeron: «Tu Madre te busca ahí fuera,» nuestro Señor trata á ésta con aparente dureza, y es porque sabe que ella le ama puramente, que nada busca en cuanto madre natural suya, sino que, más que nada, es su sierva, su discípula, miembro suyo por la fe y el amor sobrenatural.

La Santísima Virgen, que tantas gracias había recibido, y que con tanta perfección ejecutaba todas sus acciones, ¡cuánto debió de glorificar á Dios reconociendo que ella nada era, ofreciéndole todo el mérito y refiriendo á él toda gloria! Nunca nuestro Señor vivió ni vivirá con tanta plenitud en una criatura, ni jamás reinará en otra alguna por modo tan soberano, pues no era María, sino Jesús, el que pensaba, juzgaba y quería, y la Virgen se contentaba con repetir en cada pensamiento y en cada uno de los latidos de su corazón, y todavía más por cada una de sus acciones: «He aquí la esclava del Señor.» *Fiat mihi secundum verbum tuum*!

Nunca una resistencia, jamás una vacilación, una divergencia ni demora alguna opuesta á la vo-

luntad de Jesucristo respecto á ella, sino identidad de sentimientos, miras y deseos; por eso era ella trono y lecho de reposo para el Señor; su tabernáculo y paraíso de delicias, y lo será para siempre en la gloria, como lo fué en el trabajo y en el mérito: *Deus in medio ejus non commovebitur.*

Ahí tenéis vuestro modelo, supuesto que sois las siervas de Jesús sacramentado; por lo tanto decid siempre y realizad por amor la frase de María: «He aquí la esclava del Señor,» y vivid amando á vuestro Dueño.

Mas no es suficiente este hermoso dechado, pues hay uno que le excede en perfección, porque cuando yo os propongo que déis por amor vuestra personalidad, os pongo en condición de que hagáis lo que Jesucristo fué el primero en hacer, dándonos un ejemplo que seguir.—Sí; Jesucristo ha servido á su Padre con el sacrificio perpetuo de su personalidad humana; y si vosotras comprendieseis del todo este pensamiento, exclamaríais: «¡Oh mi Señor Jesucristo, quiero como Vos servir á vuestro Padre!» Y en realidad, el dar uno su personalídad y prescindir en todo de sí mismo es reproducir por la gracia, en cuanto la naturaleza humana lo permite, el misterio y el espíritu de la Encarnación del Verbo.—Bien comprendido, ¡qué gran pensamiento es éste!

En nuestro Señor había dos naturalezas, la humana y la divina, pero una sola persona: la del Verbo.

A fin de comprender esto, sabed que toda naturaleza tiende esencialmente á alcanzar su natural perfección, y desde que el cuerpo se une al alma, esta unión produce la personalidad humana, que llega como perfección extrema del hombre para hacer

existir, conducir y poseer el alma y el cuerpo y ser el principio de toda la vida.

Mas por una acción de Dios que fué única y que nunca se reproducirá, en el momento en que el cuerpo y el alma de Jesús fueron creados en el seno de María por obra del Espíritu Santo, se unió á ellos la persona del Verbo, se los apropió y se adelantó con su presencia á la personalidad humana que hubiera debido resultar de la unión de un alma y de un cuerpo humanos: de los cuales esta Persona divina se apoderó para siempre; y como la naturaleza divina es desde toda la eternidad la naturaleza propia del Verbo, por eso con igual verdad la santa humanidad formó desde entonces su segunda naturaleza; de modo que una sola Persona divina tuvo en propiedad dos naturalezas, y obró por las facultades de una y otra, la divina y la humana: tal es el misterio del Verbo humanado.

¿Y por qué el Verbo no admitió la personalidad humana de la naturaleza que tomaba? — Porque un ser sólo puede tener una persona, puesto que ésta es el último complemento del ser y lo hace incomunicable á todo otro; de modo que si la humanidad de Jesús hubiera tenido su personalidad humana, no hubiera podido estar unida al Verbo en unidad de persona, como era necesario para que se verificase la Redención.

Decía un hereje que habiéndose unido la persona del Verbo á Jesucristo ya persona humana, resultaban en Jesucristo dos personas, y había en él un hombre y un Dios, y que Dios Padre era el principio de la persona divina y María de la persona humana. Pero en tal caso, ¿quién en Jesucristo nos había salvado? ¿El Dios? No, porque Dios no puede morir.

¿El hombre? Tampoco, porque un hombre no puede dar á su muerte el precio suficiente para el rescate de todos los demás hombres.

Enseña, pues, la fe católica que la naturaleza humana no tiene personalidad en Jesucristo, y que se unió directamente á la persona del Verbo, que es su propia y única persona; que María es la Madre, no de un hombre, sino de una naturaleza humana subsistente en la persona del Verbo, y por consiguiente es la Madre del Verbo encarnado.

Pero en esta privación hay para Jesucristo como hombre el origen de una vida particularísima. No se posee á sí mismo, no se dirige; no es una individualidad, una persona, sino que se ha ofrecido y dedicado por una dependencia, no sólo de voluntad, sino de naturaleza y esencia á la persona del Verbo: de lo cual se desprende que así como nuestra persona nos posee, manda y obra por medio de nuestras facultades de alma y cuerpo, así en Jesucristo la persona del Verbo posee, obra y manda como señora única por medio de todas las facultades espirituales y corporales.

Por consiguiente, la humanidad de Jesucristo se hace sierva y esclava del Verbo para siempre, porque ese estado de la unión hipostástica ha de durar eternamente.

Contemplad ese adorable misterio de dependencia de la humanidad santa respecto á la persona de Verbo en la vida de nuestro Señor.—La persona del Verbo era la que mandaba á la naturaleza humana y la dirigía en todas sus operaciones internas y externas; á ella refería nuestro Señor el honor, el afecto, y en ella, y nunca en su humanidad, hacía consistir el fin de todo: cuando algo se diri-

gía á él como hombre únicamente, nada quería aceptar, ni alabanzas, ni afecto ni servicio; ni siquiera quería hacer nada como hombre con independencia de su persona divina; y para persuadir de este estado á los hombres, llegó á ser muy severo, como se nota en sus palabras á su divina Madre, á San Pedro y á los fariseos. En resumen decía: «El Hijo del Hombre nada puede hacer de sí ni por sí mismo; no puede hablar, obrar, ni querer, sino según su Padre y por su Padre;» es decir, según el juicio y la voluntad que su Padre comunica al Verbo como Dios, y que este Verbo manifiesta á la humanidad que le pertenece como sierva suya y su órgano creado.

Por consiguiente, Jesucristo, en cuanto hombre, en su naturaleza humana, en su santa humanidad, estaba en todo y por todo sometido á la persona divina del Verbo, á la cual había sido dado en plena posesión, y para la cual únicamente trabajaba; porque no existiendo en sí mismo, sino en la persona del Verbo solamente, no podía pensar en ser su propio fin, sino que era el obrero activo, el servidor, el órgano fiel y sumiso del Verbo divino.

Pues bien: si queréis dar vuestra personalidad á nuestro Señor, imitaréis, merced á la gracia, lo que Él efectuaba, tanto por su estado esencial como por amor; os daréis íntegramente, y en cuanto el poder de su gracia os lo permita, os desposeeréis y separaréis de vuestra propia personalidad, renunciando á sus derechos, miras é intereses, y rogaréis á nuestro Señor que se ponga en lugar de ella. Y en cuanto á Él, os portaréis, mediante su gracia, con sumisión tan completa como aquella con que vuestras facultades y alma, vuestros miembros y cuer-

po obedecen á vuestra personalidad; ó mejor todavía, os esforzaréis á imitar la sumisión y dependencia, aquel estado de absoluta y amorosa servi dumbre que su santa humanidad sostenía respecto á la divina persona del Verbo.

¿No es la obra de las obras el continuar y reproducir en nosotros á Jesucristo? Unirse al espíritu de sus misterios para reproducirlos en nosotros, ¿no es el mejor medio de santidad?—Pues bien: por el don de vuestra personalidad os unís al estado que en Jesucristo es fundamento y raíz de todos los misterios, actos, palabras y méritos de su vida transitoria; pues no fué por una vez y de pasada, por un acto tan sólo de su vida, sino por toda su vida, el constituirse en esta privación de su personalidad humana, pues por este sacrificio y este don hizo su entrada en el mundo; viniendo á continuación todos sus misterios, los cuales, desarrollándose unos tras otros según le iba conduciendo el Espíritu Santo, pusieron de manifiesto este don y este sacrificio, á la vez que, por una parte, de este estado recibían su valor infinito, y por otra sus humillaciones también infinitas; como Dios, igual á su Padre, Jesucristo hacía milagros; como hombre, oraba, se anonadaba en presencia de su Padre, temía, sufría y moría; como Hombre-Dios, satisfacía á la justicia divina y nos rescataba.

¡Ved qué sublime dignidad recibió esta santa hu manidad en cambio de su personalidad humana! Uni da hipostáticamente, es decir, con unión de existencia y subsistencia al Verbo de Dios, era la huma nidad de Dios; de modo que, viendo á Jesucristo, veíase á Dios: era el rostro, la palabra, el brazo de Dios mismo.

¡Unión admirable! ¡Adorable unidad!—Así es que la santa humanidad, como fiel sierva, todo lo remitía á la persona del Verbo, su dueña y su principio, y por medio de ésta á la Santísima Trinidad.

Todos los cristianos tienen gracia para imitar en esto á Jesucristo, pues quiere vivir en ellos, y anonadando en los mismos al hombre natural, ocupar el sitio de éste, de tal manera que, según la palabra de San Pablo, sea él quien viva en nosotros y no ya nosotros mismos. ¿Por qué no abrazar este estado de una vez para siempre? ¿Por qué, mediante un acto formal de donación á Jesucristo, no constituirse en esta gracia del verdadero cristianismo, del verdadero servicio interior, como del más perfecto amor y de la mayor gloria de Dios?

Después de lo cual, toda la vida se reduciría á la renovación y perfeccionamiento de este don, con cuyo espíritu practicaríais todos los deberes y virtudes de vuestro estado, y que convertiría vuestra vida en un continuo sacrificio de holocausto, comunicándole una gracia y unidad que aumentarían vuestras fuerzas y duplicarían vuestros méritos.

¿No es sumamente justo que, no pudiendo haber en todo ser más que un primer principio y sola una personalidad en el hombre, ceda la nuestra su puesto á la de Jesucristo? ¿Seríamos en absoluto de Jesucristo, en caso de que dicho don no estuviese implícitamente contenido en las promesas de nuestro bautismo y en nuestra profesión religiosa? ¿Por qué entonces no renovarlo por medio de una voluntad formal y positiva, dándonos para siempre á su adorable persona y renunciando á la nuestra?

Para comprender exactamente la práctica de esta donación, leed el Evangelio de San Juan, y en él ve-

réis cómo nuestro Señor afirma que nada puede por sí mismo; así es que, en el pensar, consulta el pensamiento de su Padre, es decir, de la divinidad en Él—pues el Padre y el Verbo son una misma divinidad;—para obrar, pregunta á su Padre su deseo; para juzgar, comienza por atender al juicio de su Padre.

Le veréis no permitir que le exalten como hombre, si los que le alaban no refieren la alabanza á la divinidad que está en él: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios.»

Le veréis no permitir jamás que le amen naturalmente, es decir, con amor que se detenga en su humanidad; porque el, amor, el afecto se dirige á la persona, y Él como hombre anonadó su persona. Así es que, como si fuera á Satanás, rechaza á San Pedro cuando intenta apartarle de sufrir.—Hasta rechazaba el afecto de su Santa Madre cuando parecía que únicamente se dirigía en Él al hombre; por esa razón no respondió á sus lágrimas y sollozos en el templo sino con estas palabras: «¿Para qué me buscabais? ¿No sabiais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?» Y sin embargo, amaba á su tierna Madre, como que en ser amado por ella cifraba su mayor contento; mas no quería que pudiésemos engañarnos tocante al carácter de ese amor, que jamás debía detenerse en Él como hombre é hijo de María, sino ir hasta su divina persona, que en Él era el fin único de toda acción, así como el término de todo afecto.

Pues bien; proceded de igual manera, y ya que Jesucristo está en vosotras y en vosotras habita y permanece, que viva libremente en vosotras con autoridad y como primer principio vuestro; renun-

ciando á vuestro propio yo, formad con Él una persona divina y humana; sea Él vuestra persona y no seais sino su naturaleza para servirle por medio de vuestros sentidos y de vuestra alma; remitid á él todo afecto, honor y gloria. Le pertenecéis y en él vivís y subsistís; miembros sois y órganos suyos: muy justo es que sea vuestro fin, supuesto que es el principio.

La Comunión tiene por objeto supremo el producir la unidad de vida y de persona entre Jesucristo y nosotros, y no es perfecta si no llegamos á este resultado; porque al bajar á nosotros no son nuestras obras lo que únicamente pide, sino á nosotros mismos. Cuando el Señor deja el *tabernáculo* para venir á nosotros, se me figura que dice: «Quiero realizar mi encarnación en esta persona; quiero unirme á ella sacramentalmente, pero con el intento de que mi personalidad ocupe el lugar de la suya; quiero ser *su principio* y elevar su ser y sus acciones á la unidad divina; yo pensaré y querré en el alma suya; viviré en su cuerpo y amaré en su corazón; glorificaré en ella á mi Padre como le glorifiqué sobre la tierra en mi santa humanidad: para gloria de mi Padre, por su amor y por el de esta criatura, quiero proseguir mi vida paciente y meritoria; daré á los actos de este alma un valor sobrenatural y divino, y seré centro de sus afectos y principio de una vida nueva que será la reproducción de mi propia vida.»

¡Oh, sí! Entrad por esta senda: convertíos en verdaderas siervas de la persona divina de Jesucristo en vosotras, y aún más que esto, haceos sus víctimas, porque Dios es un fuego consumidor, y así como el Verbo ha inmolado y consumido su humani-

dad por medio de una vida de sufrimientos continuos en el alma y en el cuerpo, y por la muerte en la cruz, de igual modo, cuando os deis á Jesucristo, os inmolará por completo.

Por lo que toca á la práctica, consiste en lo siguiente: primero, en no buscar nada para sí;en rehusar toda estimación y afecto de las criaturas; en no quejaros cuando las veáis despreciaros y perseguiros, y en reconocer que es muy justo que así suceda. Claro está que esto es trabajoso; ¡pero es matarse para vivir!

Causa pena el aceptar la humillación é inmolar su cuerpo y su sensualidad en todo: son cosas que se resisten; pero ¿acaso creéis que nuestro Señor no sintió también el sufrimiento de su sacrificio? Oídle en el jardín de las Olivas: «¡Padre: si es de tu agrado, aleja de mí este cáliz!» Este es el clamor de su humanidad, pero al punto la somete á su divina persona y la extiende sobre la pira: «¡No obstante, no se haga mi voluntad sino la tuya!»

También vosotras sentiréis la guerra, la tentación y la humillación; pero aunque faltéis á vuestras promesas recuperándoos en algo, la gracia os asistirá de continuo para levantaros; renovaréis la donación ya hecha de vosotras, y de este modo perseveraréis en vuestra sujeción y seréis siempre las siervas y las víctimas de la gloria y de la voluntad de Dios.

Ea, pues, daos con toda generosidad y sin cálculo: «Para Vos, persona divina de Jesús en mí, honor, amor y gloria; para mí, desprecio y humillación!» ¡Sin cálculo, sí! Como de esta manera os entreguéis, nuestro Señor os recompensará espléndidamente, pues en primer lugar, por más que deis á Jesús el

honor y la gloria de vuestras obras, tienen un mérito inherente, esencial, que para vosotras queda y lo guardáis para el cielo; recibís además el aumento de gracia que produce toda obra meritoria, y luego, aunque Jesucristo sube al cielo por derecho propio, levanta consigo todo lo que le pertenece, y vosotras formáis con él una unidad. ¿Pudiera no acordarse de su propia carne? No; ya cuidará de la felicidad y gloria de ésta. ¡Conque, vosotras, haced desde ahora consistir toda vuestra gloria en entregaros á Él con un amor cada vez más puro, más fiel y más generoso.





LA EDUCACIÓN INTERIOR

DE UNA ADORATRIZ

La educación interior de una adoratriz consiste en aprender á vivir interiormente y á pensar, hablar y conversar con nuestro Señor. Primero se enseña á los niños á que piensen con exactitud, y luego á expresarse bien. Requiérese una especie de elección en el lenguaje, cierta delicadeza; no todos saben hablar y se necesita alguna educación para sostener una conversación.—Pues todavía es mucho más cierto esto en cuanto á la vida interior, en cuanto á la vida con nuestro Señor.

Cuando no se tiene una vocación muy decidida, y desconoce uno su principal inclinación y su gracia de vida, se piensa poco, y en algunos casos, nada; tiénese una piedad indefinida y meramente exterior, que sólo consiste en prácticas. Es muy frecuente hallar personas piadosas que por lo común no piensan con un pensamiento sobrenatural, religioso, divino; su vida es un círculo del cual no salen. Hanse acostumbrado á ella y siguen el movimiento de sus ejercicios piadosos; pero sus corazones carecen de vida de expansión; no tienen esa vida del alma que abra-

sa, que de continuo asciende hacia nuevos sacrificios, en alas siempre de motivos nuevos; la ciencia interior de ellas no va más allá del centro de las prácticas en que viven.

Suma desgracia fuera para adoratrices de profesión el no haber pasado de ese punto; porque un alma religiosa debe incesantemente aspirar á mayor perfección; sólo progresa cuando se enseña á conversar mejor con Dios y de continuo recibe un alimento interior suficiente para renovar y aumentar sus fuerzas sobrenaturales.

Colocad en la situación que se os antoje, cualquiera que sea, á un alma que piense y sepa reflexionar, y nada tendrá que temer.—Ahora bien; vuestra vocación os obliga á esta vida interior, á esta vida íntima en que os bastéis para conversar con nuestro Señor en vosotras.

También nosotros, desgraciadamente, podemos habituarnos á nuestro estado, concretarnos á efectuar materialmente sus santas prácticas, y á tener el triste talento de llevar una vida exterior y personal en medio de las gracias de la vida eucarística. ¡Qué desventura! ¡Cuántos tesoros de gracias perdidos!

A fin de evitar esto, habituaos á pensar bien; sean vuestros pensamientos é intenciones muy limpios y perfectamente caracterizados; renovadlos con frecuencia, *y que siempre sean para nuestro Señor*, por nuestro Señor y con nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Hay que llegar al término de pensar en todo por la Sagrada Eucaristía, á la cual reducid todos vuestros pensamientos, para que en ella tomen vida y allí vayan á parar; ya tenéis la gracia que corresponde á esto que informa el servicio interior que

habéis de prestar y que constituye una necesidad para vosotras. Porque, decidme, si esto falta, ¿cómo adoraréis en espíritu y en verdad? En tal caso seríais solamente un cuerpo, una máquina de adoración, movida por el resorte de la regla exterior; cuando lo que desea nuestro Señor es un servicio actual é incesante de todo vuestro ser, y gusta mucho más de este servicio interior que del otro, que es tan sólo una corteza.

Es preciso conseguir que toda vuestra vida reciba su unidad del pensamiento de la Eucaristía, que contiene íntegramente á nuestro Señor: su vida pasada, que preparaba la Eucaristía; su vida presente, que discurre á vuestra vista y cuyas virtudes veis; su vida futura, que no será sino la extensión gloriosa y ya sin velo del sacrificio eucarístico.—Mirad, pues, á nuestro Señor viviendo su vida de amor en el Santísimo Sacramento, donde aplica el amor de todos sus misterios y virtudes. La Eucaristía es de todas las festividades y de todos los días del año; nada cabe recordar de que ella no sea viviente recordatorio; en la Eucaristía celebramos el amor permanente de nuestro Señor, su amor actual y viviente hasta el fin del mundo: toda la religión, sus misterios y sus fiestas, sus gracias y sus virtudes, lo mismo que sus deberes, vivificados se hallan por el amor de la Eucaristía, de donde sacan su vida y su gracia.

Nada debéis amar sino en la Eucaristía y á causa de sus relaciones con ella, que en todo debe ser vuestro amor final, sin que debáis amar cosa alguna sino por causa de ella.

Se piensa como se ama; de modo que si amáis á nuestro Señor, pensaréis en Él espontáneamente,

sin esfuerzo; le encontraréis en todo y dondequiera, y no veréis sino á él; con el bien entendido de que esta ciencia vale más que todos los libros, á los cuales reemplaza, aunque para esto se requiere tenerla con toda verdad en el corazón, pues el pensamiento habitual sigue al afecto y á él se adhiere naturalísimamente.

Cosa muy triste sería el que fueseis de esas almas que sólo piensan en nuestro Señor cuando las azota ¡Oh! No le obliguéis á que os mande penas y tentaciones para precisaros á que penséis en él; que no sea el demonio quien os fuerce á recurrir á Dios, sino la necesidad y el fervor de vuestro corazón de hijas y adoratrices.

Mirad á los Apóstoles en el lago de Tiberíades; habían dejado en un extremo de la barca á nuestro Señor, y con hablar acaso de sus redes y de su pesca, habíanse olvidado de su divino Maestro. El cual entonces suscitó una tempestad, y los discípulos, aterrados, corrieron hacia él, diciendo: «¡Sálvanos, que perecemos!»

No obremos de esta manera; no aguardemos á que el interés ó el castigo nos impelan hacia nuestro Señor, sino vivamos en conversación habitual con él: como le amemos, sabremos pensar en él.

¡Formemos nuestra divina novela!—Pero no; pues aunque esta comparación expresa bien mi pensamiento, es demasiado humana; mas sí os diré que amemos apasionadamente, y de continuo pensaremos en el objeto de nuestro amor; le veremos en todas partes, y trabajaremos únicamente por agradarle: ¡es menester que nos perdamos en Jesús!

Aprended, por consiguiente, á pensar en nuestro Señor y tomadle donde está para vosotras, no en el

cielo, sino en el Santísimo Sacramento. El cual sea vuestro sol que alumbre toda vuestra vida; permaneced de continuo bajo sus rayos y nada se ponga fuera del alcance de su luz y benéfico calor, porque Él nos hace partícipes de todos sus rayos, y al contrario del sol material, que nos deja en tinieblas para irse á iluminar el otro hemisferio, la Eucaristía condensa en sí todos sus divinos rayos y sin interrupción nos los presenta: al Oriente tenéis su nacimiento, al Mediodía Nazaret, el Calvario al Norte y al Poniente el sepulcro; seguidle en todos los estados en que os coloca, id adonde os envía y en todas partes le hallaréis: *Nec est qui se abscondat a calore ejus.*

Deseo que en vuestro amor consista vuestra ciencia de adoración: cuando vais á adorar, no comencéis por los libros; pensad por vuestra cuenta y pedid á vuestro divino Maestro que os instruya. Tened la seguridad de que una adoración efectuada por vuestra propia debilidad, con todas vuestras miserias, vale más que cuanto toméis prestado de los libros, porque aquello os pertenece.

Los libros son excelentes para ayudarnos cuando el ánimo está de tal manera desviado ó impotente, que nada se puede obtener de él; pero en el estado ordinario de nuestra vida no recurráis con tanta facilidad á dicho medio, pues en realidad las más de las veces se coge un libro porque se carece de valor para soportar las sequedades y los sinsabores.

Adorad ni más ni menos que con vuestro corazón y *sabed que el amor es la verdadera ciencia de la* adoración.

Se observa que Dios muchas veces hace á la men-

te incapaz de razonar y reflexionar. ¿Por qué? Porque somos naturalmente grandes habladores y quisiéramos estar siempre hablando con él; por eso Dios, suma bondad, cierra nuestra mente y parece que nos dice: «Entra en tu corazón.»

Si entonces, en vez de razonar, de buscar en nuestro espíritu medios y explicaciones, decimos sencillamente: «Dios mío, ofrézcoos mi miseria, mi sequedad, en una palabra, todo lo que soy, un abismo de miseria,» ¡oh! conmovemos el Corazón de Dios, que ya puede decir: «He aquí un alma que me ama más que á su gusto y que á la dulzura de mis gracias.»

Por consiguiente, amad y pensad, pues en esto consiste toda la vida interior.—Si aprendéis á pensar, si tenéis el valor de pensar con perseverancia en nuestro Señor y de conversar con Él, no solamente en el reclinatorio, sino en vuestros cargos y en vuestra celda, ¡oh! á buen seguro que nunca habréis tenido gusto que á éste pueda compararse. Entonces se sueña á Dios, se le ama en todo y por todas partes; el alma levántase hacia él reposadamente, sin esfuerzo, porque en él está siempre fijo el pensamiento, y no parece sino que se cierne sin que nunca más se vea el latido de sus alas.

Admitido está como un principio el que siempre se halla una palabra para expresar el propio pensamiento, cuando éste es claro y se ha comprendido bien interiormente, y de igual modo se dice que también se conserva perfectamente lo que se comprende bien. Por eso, como améis, manifestaréis á la bondad de Dios el sentimiento de vuestra alma, y acertaréis á expresarlo debidamente; veréis cómo entonces serán siempre nuevas vuestras adoracio-

nes, porque el amor es llama siempre nueva. Hay que llegar hasta ese punto, porque eso sólo es vivir y todo lo demás no es sino morir en sí mismo. Buenos y hermosos instantes son los que entonces discurren; entonces es cuando se ama á Dios, suma bondad, como hay que amarle para vivir la vida interior mediante la verdad, la caridad y la unión con Él de los pensamientos, del corazón y de la vida.





EL ESPIRITU DE LOS VOTOS

Y DEL DON DE SÍ MISMO

I

El primer don de amor que una sierva del Santísimo Sacramento debe presentar á su divino Dueño, es la obediencia, que es la virtud constitutiva de su estado: bien lo significa el nombre.

Amaréis, por lo tanto, la obediencia, que os hace verdaderas religiosas de Jesús; nada temeréis tanto como el ser en vuestras acciones privadas de la gracia y del mérito de la obediencia; es menester que ante todo, si os preguntan qué es lo que hacéis, podáis contestar:—Estoy obedeciendo por amor.

Vuestro voto os obliga á cumplir fielmente todo lo que la obediencia os prescribirá, á saber: las constituciones en lo que tienen de preceptivo para toda la Comunidad ó para cada una en su particular empleo; el Reglamento de los ejercicios comunes; las órdenes positivas, ya generales, ya singulares, dadas por los Superiores.

Pero la mejor obediencia es la que el amor inspira y la virtud realiza alegremente.

Reside la perfección de la obediencia en la sencillez del amor: tal es la obediencia del niño. Por lo tanto, al obedecer, una sola cosa habéis de buscar: la voluntad de Dios ó su agrado, pues todo lo que Dios quiere es bueno, todo lo que ama es santo, todo lo que desea es para nuestro mayor bien: aquí tenéis toda la ciencia de los verdaderos hijos de Dios.

Por consiguiente, no obedezcáis á vuestros Superiores porque son buenos, piadosos ó sabios, porque esto fuera obedecer á la criatura; una obediencia natural sin provecho para el cielo.

Nunca obedezcáis por temor humano á la persona ó á la reprensión, pues esto sería obedecer como bruto privado de razón; obediencia humillante y digna, todo lo más, de una esclava.

Sino obedeced á Dios que os manda por medio de una criatura á quien ha investido de su autoridad y que no es más que una bocina, un mandatario divino.—No os manda Dios por sí mismo, á fin de experimentar vuestra fe y humillar vuestro amor propio; pero la orden viene de Él.

Obedeced por amor á Jesús, por su gloria, para honrar la obediencia de su vida y de su cruz, y sobre todo para glorificar su obediencia eucarística, mucho mayor todavía.

¡Cuán admirable es esta obediencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento! Es ingloriosa y su perfección está velada. Casi siempre está sin honor, porque ¿quién es el que, aun cristiano y hasta piadoso, piensa en el mundo en ella? Está humillada, porque aun á sacrílegos, apóstatas y seres abominables

obedece: así lo quiso la ley de su amor. Es perpetua: pues por su estado sacramental púsose bajo la tutela y dependencia del hombre, del cual se hizo prisionero por amor.—¡Ahí tenéis á vuestro Señor, que, para hacer que amaseis la obediencia, obedece hasta en su estado de gloria y de realeza!

Así, pues, sea vuestra obediencia pronta como la del ángel cuando Dios le llama, como la de Jesús cuando el sacerdote le consagra; y sea alegre como el don de un amor que es generoso.

Mucho se os honra con mandaros en nombre de Dios; mucho bien se os desea asimismo con esto, porque se os coloca en la virtud peculiar de Jesús Sacramentado, y también se os enriquece, porque vuestra vida se convierte en una victoria no interrumpida, como asegura el Espíritu Santo; por consiguiente, obedeced por amor, de corazón, con la mente y la voluntad.

II

Al consagraros á Dios por el voto de la castidad os comprometísteis á no tener otro Esposo que el Rey de la pureza, para más perfectamente dedicaros á su divino servicio, y por aquel mismo hecho os divorciasteis eternamente del mundo, de sus placeres y vanidades, sin querer en adelante agradar sino á Jesucristo, y sólo á él amar sumamente.

¡Hermosa virtud es esta, y muy gloriosa corona! Con todo, no améis la santa pureza únicamente porque os hermana con los ángeles y os embellece y adorna en el concepto divino, pues esto sería amarla en consideración á vosotras mismas; sino que habéis de amar esta hermosa flor porque agrada

al Sumo Rey, porque es encanto de su amor y le honra en su misma esencia, puesto que es el Dios tres veces santo y la santidad es la pureza.

Para su amor sed también tres veces puras: puras en vuestro cuerpo, porque es templo vivo de la Trinidad Santísima; puras en vuestra mente, porque es espejo en que Dios quiere que se reflejen, así su verdad como su bondad; puras en vuestro corazón, porque es el santuario en que reside vuestro Esposo.—¡Vosotras sois el cielo de Dios! ¡Así, pues, que nada manchado éntre en él ni permanezca un momento!

Por único dote vuestro celestial Esposo os pide la santa pureza; ésta es el traje nupcial, y vuestro voto es el anillo divino de vuestra alianza con Jesús.

Sed, por consiguiente, así como de vuestro servicio, santamente celosas del honor de vuestra vocación, que por completo estriba en la virginidad.

Mas notad que la santa pureza, como el lirio del desierto, crece en medio de las espinas; guardadla cuidadosamente, rodeándoos de las espinas de la modestia y de la mortificación, y, á semejanza del lirio que vuelve hacia el cielo su cáliz tan puro, nunca miréis á la tierra, sino al cielo. Es tan delicada esa reina de las flores, que tocarla es marchitarla; su blancura es sin igual y no brilla sino al sol; obscuro y sin hermosura es el tallo de esa flor que todo lo reconcentra en su esplendente corona: de igual manera, todas vuestras virtudes sean humildes siervas de aquella que atrae las miradas y el amor del gran Rey; el cual sea el único que obtenga la primera y la última mirada de vuestro corazón igual que de vuestra vida.

Hijas de la Reina de las Vírgenes, asemejaos á

vuestra Madre, la cual, por recato y pudor santo, tiembla á vista de un ángel que se presenta en forma humana. Aquella Señora amaba, más que á todo, lo que sabía que en ella era amado de Dios sobre todo lo demás.

¡Acordaos de que en vuestra santa pureza lleváis el honor de vuestra vocación, el deber de vuestro estado, la vida de vuestra madre la Congregación y el reinado de Dios sobre vosotras!

III

Una sierva del Santísimo Sacramento nada debe tener como propio, sino vivir de lo que sus hermanas, *contenta con todo y venturosa cuando por* alguna privación de lo útil y aun de lo necesario puede decir á nuestro Señor: «Soy pobre por amor vuestro.»

Al entrar en la Congregación, el primer deber y el primer acto de amor consiste en despojarse de todo lo que se tiene, no reservándose para usar sino aquello que la santa obediencia determine, con objeto de librarse de toda solicitud tocante á cosas terrenas y de convertirse en hija de la divina Providencia.

Por la pobreza debéis consideraros como muertas para el mundo, para ya no vivir sino ocultas en Dios con Jesucristo; por consiguiente, nada podéis conservar para vuestras necesidades futuras, ni encargaros del sostenimiento de obras buenas, ni de caridad, ni de limosnas: el mundo ha muerto para vosotras, y vosotras para el mundo.

Amad la santa pobreza de Jesús como á una madre bondadosa, que sin duda cuidará de vosotras y

de nada os dejará carecer, con tal que cordialmente os abandonéis á su providencia. La paz y el gozo del Espíritu Santo son los deliciosos frutos de la pobreza que da al amor sus alas, su alimento á la virtud y su mérito y gloria á toda nuestra vida. Reinando esa pobreza, tórnase grande lo pequeño, precioso lo despreciado, glorioso lo humillante, y lo repugnante delicioso.

No otro es el secreto de los pobres de Jesucristo, que, en efecto, dijo: «Bienaventurados los pobres porque vuestro es el reino de Dios.»

Al desposaros con Jesús, os desposasteis con su estado de pobreza, pues la esposa sigue la condición del esposo, y como Jesús es pobre en su vestido, en su alimento, en su vivienda, en su trabajo, habréis de vivir como él, como su santa Madre vivía y como su amable padre San José, los cuales eran felices con su pobreza, á la vez que el cielo admiraba á un Dios convertido en pobre por amor al hombre, con intento de enseñarle el precio de la pobreza.

Mas sobre todo admiraréis é imitaréis la pobreza que Él practica en el Santísimo Sacramento, pues á pesar de su estado de gloria y poderío, todavía quiere honrar y practicar la amable pobreza, para que tengamos siempre á la vista la gracia y el modelo de ella.

Es cierto que la pobreza en cuanto á las cosas temporales basta para satisfacer al rigor del voto; pero hay que tender á la pobreza espiritual como al punto más excelso de la virtud, y á un límite postrero de la santidad.

No es otra cosa la pobreza espiritual sino el alma de la verdadera humildad, el amor perfecto, el más excelente medio para la gloria de Dios; pues

cuanto más se abate en su nada el pobre de espíritu, más honra á Dios, su Creador, reconociendo que el ser, su vida, sus dones y sus gracias, todo procede de Él y le pertenece en propiedad absoluta.

Si Dios tiene á bien hacer que sintáis vuestra pobreza y su poder de Dueño absoluto, paralizando vuestra inteligencia, secando vuestro corazón, quitándoos la dulzura de su gracia y la paz de su servicio, y así desposeídas, entregándoos á las tempestades de las pasiones, á los furores de los demonios, apartándoos de todo auxilio terreno y hasta ocultándose Él mismo, ¡oh! dadle entonces gracias, y reconoced que no tenéis todavía lo que habéis merecido; descended, y en la desnuda y absoluta pobreza adorad á Dios: así le glorificaréis más que con todas las obras de superior magnificencia.

IV

A estos tres votos hay que agregar la consagración eucarística de vuestra personalidad, ó el don de vosotras mismas, que es el fin y la perfección de vuestra vocación.

El alma de este don es la donación entera y sin restricción de todo vuestro ser al servicio y á la gloria del Dios de la Eucaristía, como verdadera y afortunada sierva suya, que por ser quien es, quiere amarle, sin buscar ganancia alguna fuera de Él y de su mejor servicio, ni otra dicha que la de verle conocido, amado y servido de todos.

Amad este don eucarístico como se ama la vida; porque si sois religiosas por los votos de pobreza, castidad y obediencia, ese don eucarístico os hace practicarlos con el espíritu propio de vuestra

vocación de siervas del Santísimo Sacramento: como que es la savia y la forma de los otros votos. Este don ofrece y sacrifica el mérito y la gloria de todos sus actos á vuestro único Señor: es el fuego del holocausto que consume en Dios á la víctima completa; es la feliz cadena que os liga y sujeta interiormente al trono del divino Cordero; os vuelve cosa suya, órgano y miembro suyo; y gracias á él, Jesús llega á ser el único principio que debe haceros pensar, querer y obrar, único fin de vuestros actos, méritos y sufrimientos: ¡qué misión tan admirable! ¡Cuán cerca ós pone de Jesús en la sagrada Hostia! Pero ¿qué digo? ¡Si de Él y de vosotras forma una sola é idéntica víctima, una sola persona meritoria!

Pero habéis de pensar también que os obliga á un servicio más perfecto, á más grande amor, á más generosa abnegación: pues nobleza obliga, y hay que entregar á nuestro Señor todos los intereses del capital riquísimo que á vosotras confiara.

¿Y en qué reconoceréis que servís verdaderamente á Jesús?—En la buena voluntad que marcha siempre, en el constante deseo de obrar mejor, en el santo júbilo del alma, en su paz en la vocación, sin desear otra cosa fuera de amar y servir mejor á vuestro Dios y Señor, en el hambre y en la sed espiritual de su mayor gloria.

Vuestro servicio es el de adoración de la divina persona de nuestro Señor; es, por consiguiente, lo más perfecto que tiene en sí; es vida y servicio de inmolación á Dios; es menester inmolarse perpetuamente. Estad atentas aun al menor servicio, pues Dios está en todas partes, y por doquiera hay que servirle con la misma dependencia y con igual

abnegación. No es su apariencia lo que forma la perfección de una cosa, sino el amor con que se hace. Por lo tanto, servidle en todas partes.

Jesús en su tabernáculo es nuestro amigo; sobre el altar, nuestra víctima; pero en su trono es el Rey del cielo y de la tierra.

De modo que vuestras gracias, virtudes y buenas obras no os pertenecen, pues todo cuanto aquí hacéis es para vuestro Señor. Con que no trabajéis para vosotras: matad é inmolad vuestra personalidad de Adán y poniendo en lugar de ella á nuestro Señor, decid en seguida: «No soy yo quien vivo, sino Cristo vive en mí.»—Si para vosotras servís á nuestro Señor, desnaturalizáis su gracia, la quebrantáis; pues la gracia de Dios es de Dios y nada os pertenece; todo es suyo; el corazón, la mente, el cuerpo, el tiempo: todo lo quiere; y puesto que resolvisteis serle fieles, nada le defraudéis, y cuando todo esto hubiereis hecho, decid todavía: «¡Sierva inútil soy!»

Mas no es suficiente el vivir para Jesús y darle y consagrarle todo cuanto se tiene y todo cuanto uno es, sino que además hay que vivir de Jesús, de su vida eucarística, ya que Jesús está vivo en su estado sacramental, donde tiene una vida propia de la Eucaristía.—¿Qué vida es ésta?

Una vida de muerte.—Mirad cómo Jesús está muerto para todo lo que hay en el mundo, para sus bienes lo mismo que para sus placeres; con nadie tiene relaciones naturales, y ni habla el lenguaje de los hombres, ni quiere al menos que le vean su hermoso semblante de Salvador, sus ojos dulcísimos de Padre, ni tampoco que su cuerpo sea accesible á nuestros sentidos, por más que en sí mismo es hom-

bre completo, que vive con todos sus miembros y órganos humanos: quiere estar vivo, pero en un estado de muerte.

Estad, á semejanza de vuestro buen Señor, muertas para el mundo, y sólo una cosa queráis: no ser conocidas ni amadas sino de Dios únicamente.— Para lo cual vivid de su vida sacramental, reproducidla en vosotras, ocultando vuestras buenas obras, virtudes y cualidades naturales, lo mismo que vuestros dones sobrenaturales.

En Jesús Sacramentado ved las virtudes que debéis practicar, apropiáoslas y completadlas en vosotras.—Sí; las virtudes eucarísticas de Jesús son incompletas en el sentido de que ya no puede efectuar actos meritorios referentes á ellas,de las cuales tan sólo toma el estado; por manera que su cuerpo no puede ya dar á la virtud de mortificación la vida de sufrimiento con que se alimenta, puesto que está glorioso é impasible; la humillación tampoco puede abatirle para hacerle practicar la humildad meritoria; ya el sacrificio real no puede inmolar su vida y derramar su sangre; su corazón ama, pero no experimenta los dolores del amor como en el jardín de los Olivos; su caridad abre el seno de la misericordia á todos los desgraciados, pero hay que traerle los pecadores, pues no puede ir, como otras veces, en seguimiento de ellos; ruega por nosotros al Padre, mostrándole sus sagradas heridas; mas éstas ahora están glorificadas y luminosas y ya no vierten aquella sangre que subía hacia Dios como el clamor y perfume del amor que todo lo reparaba.

Con que entonces ¿qué es lo que falta á Jesús? Que le completéis, que le déis un corazón que pueda entristecerse, un cuerpo que padezca; para salvar y

reparar tiene necesidad de vuestros dolores, de vuestra sangre y pasión.

Mortificándose San Pablo, decía: «Estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer á Cristo.» ¡Ah! ¿Cómo así?—Porque el sufrimiento y el sacrificio me asocian y unen á los méritos infinitos de los sufrimientos del Salvador.

He aquí á lo que el don de vuestra personalidad os compromete: á ser los miembros, la naturaleza meritoria, obediente y paciente de Jesús, que la ofrecerá á su Padre en sacrificio para su gloria y por la salvación de las almas é intereses de su Iglesia.

Por consiguiente, vivid de Jesús para Jesús, no como el jornalero mercenario que quiere su recompensa después de cada día de trabajo, no como sirvienta asalariada que durante algún tiempo sirve para formarse después una posición independiente; servid á Jesús sin sueldo, sin días libres ni de descanso, sin consuelo ni gloria; servidle por Él mismo como el cirio que arde y se consume delante de la sagrada Hostia, sin ruido ni interrupción, sin que en pos de sí deje siquiera cenizas.





VIRTUD DEL DON DE SI MISMO

LA HUMILDAD DEL AMOR

CUÁL debe ser en la práctica vuestra virtud especial y característica como adoratrices?—La humildad de amor de nuestro Señor. Sólo por esta virtud agradaréis á vuestro bondadoso Dueño, y únicamente por ella seréis buenas adoratrices y dichosas en vuestra vocación. Por el don de vosotras mismas os habéis comprometido á no ser cosa alguna ni en cuanto á vosotras ni respecto á los demás, y la humildad solamente podrá manteneros en esa nada que es el todo de nuestro Señor. Aparte de que es la virtud del amor su propia virtud; pues como nuestro Señor nos ama excesivamente en la Eucaristía, por eso se ofrece en ella con exceso de anonadamiento. Es preciso que en vosotras encuentre un corazón que ame lo que ama Él, que ya sabéis lo que dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.»

Si no tenéis humildad, no permaneceréis puras mucho tiempo, porque el orgullo mancha el alma. Aunque fueseis caritativas, tanto como se puede ser teniendo orgullo, y aunque tuvieseis todas las

virtudes de pureza, mortificación y celo todo sería en vano, como no estuviesen nutridas y custodiadas por la humildad; todo esto disípalo el orgullo é impide que vuestras virtudes tengan consistencia.

En la gracia eucarística no estaréis sino por la humildad, y esta virtud, que es el dote del amor, os es necesaria para llegar á nuestro Señor; pues al paso que con cualquiera otra virtud podéis personificaros y deteneros en vosotras mismas, por la humildad desapareceréis para dejar que aparezca sólo nuestro Señor.

El cual no se nos comunica sino por la línea de la humildad; pues aunque quisiera enriquecernos con sus dones de ternura, contemplación y aun de éxtasis, sabe que no podríamos sostenerlos, por carecer de humildad.

San Pablo dice que nuestro Señor no fué elevado sino porque había sido humillado y anonadado; luego si queréis que nuestro Señor os atraiga hasta su corazón y os llene de favores, sed verdaderamente humildes.

Si en la humildad trabajáis, trabajáis en la verdadera santidad; y cuanto más humildes fuereis, mayor santidad tendréis, pues la humildad es medida exacta y que no engaña.

La humildad es la madre, la raíz y la flor de todas las virtudes; es la señora del poder de Dios y guardiana de sus tesoros y de todas sus gracias.

Sed, por consiguiente, humildes.—¿Y con qué clase de humildad? Con entera humildad de espíritu, que consiste en creeros verdadera y sinceramente la última de las criaturas, miserable más que todas, y mil y mil veces merecedora del infierno. Confesad á Dios, con convicción y muchas veces, lo siguiente:

«Señor, no soy digna de la más pequeña de vuestras gracias, ni merezco la última de vuestras miradas. Dejadme las pruebas de la penitencia, que, en comparación de lo que merezco, son todavía un favor; dejadme en lo bajo del templo, donde está mi sitio, golpeándome el pecho como el publicano.»

De modo que os deberá contentar el que se os presente una humillación, una cruz ó cualquiera otra prueba; siempre estaréis contentas con todo, puesto que sabéis que mucho más merecisteis. En las pruebas interiores, y sobre todo en los desamparos de Dios, exclamaréis: «¡Señor, esto es nada, no es suficiente para lo que yo merezco!»—Por este medio seréis todopoderosas para con el Corazón de Dios.

Si os pone Dios en el muladar de vuestros pecados y miserias y todas las criaturas llegan á perseguiros y os abandonan, decid al punto: «Reparando estoy mi pecado y nada más de lo merecido.» Más que en su trono, Job en su estercolero glorificaba á Dios, con lo cual, triunfando de sí mismo, triunfaba de Dios.

Teniendo esta humildad de espíritu siempre estaréis contentas, nunca turbadas: cultivadla atentamente.

También es necesario adquirir la humildad de corazón, que consiste en amar á Dios en la humillación y en la prueba; en medio de la cual un alma humilde goza de paz, pues aunque ciertamente sufre su corazón, quiere por amor lo que Dios quiere, ama la voluntad crucificante de éste, y, á pesar de sus dolores todos, canta el *fiat voluntas tua.* Seguramente Dios no pide que amemos las tribulaciones por sí mismas, ni la esterilidad y persecuciones, sino su

voluntad que las envía; de suerte que si le amamos, sufriremos con paciencia, en silencio, ante su sola presencia, lo cual es sublime; se puede llorar, permite las lágrimas de la' pobre naturaleza, pero pide que la paciencia santifique las lágrimas.

Entonces el corazón toma afecto á la voluntad de Dios, ámala y á todo la prefiere; vuélvese el alma cordialmente afectuosa para Dios que la prueba y es para todos dulce, al par que se dice: «Alma mía, no estés triste; conserva el rostro risueño, benévolo con los que al parecer te causan daño, porque no es su mano la que te toca, sino la de Aquel á quien quiero amar siempre, porque es digno de amor continuamente.» Por lo tanto, sed humildes de corazón, de afecto y de voluntad: y aunque no os digo que busquéis la humillación y la prueba, sí que las recibáis cuantas veces se presenten.

Sed humildes exteriormente, en la palabra y en los modales; humildemente modestas en todas partes. Sed humildes en no buscar la estimación y en que con gusto os miréis privadas de ella. La suma bondad de Dios permite que los Santos sean calumniados, mofados, perseguidos; y como el Señor lo fué, materia de honra es para vosotras el pasar por igual pena. Os digo, pues, que os alegréis de ello, puesto que si os honrasen, se arriesgaría la gloria que Dios puso en vosotras y cuya fiel devolución de vosotras espera; con que regocijaos de que os olviden, desdeñen, desprecien y aun calumnien: entonces tendréis vuestra real virtud, la humildad de nuestro Señor.

Ahora bien; para lograrla se requiere un trabajo constante, ya que nunca se llega á la perfección en esta hermosa virtud; por consiguiente, nunca des-

canséis y encaminaos hacia ella con toda vuestra energía; para lo cual Dios, infinitamente bueno, os proporcionará perpetuas ocasiones, así como también os proveerá de gracia para que las aprovechéis adecuadamente.

Humillaros debéis de continuo, porque esta virtud, lo mismo que el amor, puede siempre ejercitarse, y no reconoce obstáculo; pues mientras requieren tiempo las obras de penitencia ó de caridad, para practicar la humildad no lo hay, sino que se ejerce por la humillación exterior ó á lo menos por el sentimiento y reconocimiento de lo que sois en presencia de Dios: colocad vuestra alma en un estado de humildad y conservadla incesantemente en él mediante actos interiores de abatimiento personal.

Esa es vuestra virtud, pues sin humildad nunca seréis adoratrices, de modo que es preciso que se convierta en vosotras en virtud dominante y característica: sin humildad no hay piedad, ni oración aceptable, ni adoración en espíritu y en verdad, supuesto que su norma es la humildad. Si se os pidiese alguna gran virtud, como la fortaleza, la magnanimidad ó la penitencia, pudierais decir: «¡No soy capaz de subir tan alto;» pero en este caso no se trata sino de bajar, es virtud que reside en la flaqueza, en la pobreza é ignorancia, de modo que no podéis decir que sois incapaces de descender.

Así, pues, tendréis constantemente á la vista la humildad, como medio indispensable para vuestra vocación; con el bien entendido de que para adquirirla por completo no es suficiente el procurarla por la contemplación de vuestra miseria y por la humillación, sino que hay un medio más adecuado y consiste en amar á nuestro Señor en sus humillaciones.

Si le amáis, viviréis en Él, que, como es sabido, se sintetiza en estas palabras: «Soy humilde de corazón.» Si amáis á nuestro Señor, amaréis lo que Él ama, y Él ama la humildad y la humillación, como que su carácter es la humildad.

Es menester honrar á nuestro Señor del modo y con la virtud que nos enseña en el Santísimo Sacramento; ahora bien: ¿qué virtud es la que allí practica y enseña constantemente á todos y de un modo visible aun para los ignorantes?—La humildad, el anonadamiento; pues allí está más humillado que en su nacimiento, en su vida y en su misma muerte; su anonadamiento que todo lo encubre y sepulta aquí: su divinidad, su humanidad, su palabra y sus acciones.—Por consiguiente, si queréis honrarle, como cumple al deber esencial de vuestra vocación, honradle en su estado de humildad, imitadle en lo que es.—Más abajo que el hombre ha descendido, más abajo que el esclavo, más abajo que el último de los seres animados, puesto que tan sólo es una cosa, una apariencia de pan destinado á ser comido y destruido; por lo tanto, descended para ir á encontrarle allí donde se halla. Hay que glorificar á nuestro Señor humilde, y convertiros en trono para Él; es necesario que os pongáis bajo sus plantas. ¡Oh qué bajo está! Por mucho que hiciereis nunca estaréis más abajo que nuestro Señor; descended, bajad de continuo para honrarle y amarle con vuestra humildad y vuestro anonadamiento.

¿Por qué está tan humillado? Para manifestarnos que nos ama, para glorificar á su Padre y reparar el orgullo humano.—Pues bien: glorificad también á Dios con vuestra humildad, amad á nuestro Señor hasta anonadaros, y abatíos por tantas almas que

no quieren humillarse. Con la pena debida al orgullo de éstas va cargado nuestro Señor, y hay que venir á ayudarle y consolarle, llevando juntamente con Él su manto de humillaciones.

El Padre celestial os dice: «Os he dado á mi Hijo en ese estado de anonadamiento eucarístico para mostraros cuánto os ama y hasta qué punto hase abatido por vosotros. Devolvedle lo que por vosotros ha hecho; humillaos, asociaos á su humildad, de que Él no ha querido desprenderse ni aun en su estado de gloria.»

Por lo tanto, pedid mucho á nuestro Señor el espíritu de su humildad eucarística, cuyo dechado siempre tenéis á la vista; y así como la presencia de éste os provee de la gracia correspondiente, amadla y practicadla con fidelidad. Decir deben á Dios todos los latidos de vuestro corazón: «¡Dadme la humildad, volvedme humilde, haced que yo ame la humillación!»

Ejercitaos en ella diariamente; por la mañana, en el examen de previsión, proponeos algunos actos de ella para efectuarlos durante el día; agotad sucesivamente todos los actos y las aplicaciones todas de la humildad de corazón, de la mente y del cuerpo: ahí tenéis trabajo para mucho tiempo, y con esto no os hallaréis indecisas á causa de no saber qué resolución adoptar.

Ya os dije: «¿Queréis agradar á nuestro Señor é internaros en lo esencial de vuestra vocación?—Dadle vuestra personalidad.» —Y hoy añado: «¿Queréis perseverar en ese don que hicisteis?—Únicamente lo conseguiréis con una humildad constante, porque es necesario que la humildad sea alimento de dicho don; supuesto que si siempre sois humildes, siem-

pre seguís dándoos, ya que por la humildad salís y descendéis de vosotras mismas para dejar el sitio á nuestro Señor.» Por consiguiente, como la virtud práctica del don de sí mismo se halla en la humildad, abrazaos á ella de todo corazón.





DE LA VIDA SOBRENATURAL

Con referencia al servicio de Dios y al trabajo de vuestra perfección, se presenta una cuestión capital que sobresale entre las demás, como que es vida de ellas y consiste en saber si vivís sobrenaturalmente, si vivís de la gracia y de la misma vida de nuestro Señor. Harto comprendéis que el vivir de un modo meramente natural y dar con el medio de paralizar la gracia de Dios dentro de una vocación tan llena de amor y de gracias, fuera la mayor de las desventuras.

Fíjase esta cuestión en los términos siguientes: Vamos de la tierra al cielo, pues Dios nos ha creado para este divino fin; la tierra es solamente una preparación, durante la cual recibimos medios proporcionados á nuestro fin y que, por consiguiente, son divinos; la gracia de nuestro Señor es la que en realidad levanta la vida del hombre á un estado sobrenatural y divino, y nosotros recibimos el poder de vivir en un estado sobrenatural, de pensar, amar y obrar sobrenaturalmente y de seguir aún en la tierra la vida de Dios, la vida del cielo, según esta frase de San Pablo: «Nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo.»

Dios nos da continuamente esta gracia, pues para aumentarla y renovarla están los Sacramentos de la Iglesia; pero ¿ignoráis que rodeado de gracias, viviendo en estado santo, trabajando mucho, se puede, á pesar de todo, estar obrando naturalmente? Pues en este caso, nada se efectúa para gloria de Dios ni se gana cosa alguna para el cielo. ¡Oh! ¡Qué terrible poder es ese que poseemos de corromper la gracia de Dios y de realizar por nosotros mismos y naturalmente las mejores obras, en vez de no hacerlas sino por Él y por su gracia!

Se incurre en este defecto con tanta mayor facilidad, cuanto se vive en un medio más piadoso, por que en él las apariencias engañan. Lo que induce á error, burla, ilusiona y mantiene en la vida natural, es que se recibe más gozo y se encuentra mayor paz en las buenas obras que se ejecutan por espíritu natural, siguiendo la propia inclinación, que en aquellas que sobrenaturalmente se verifican. Este contento engaña á muchas almas, que lo juzgan aprobación de Dios: mas ¡cuánto engaño hay en esto! ¿No vemos tranquilos y felices á cristianos que están en pecado por omisión de los deberes esenciales, que no se confiesan, que no cumplen con la Iglesia? Estos con servan hábitos cristianos, rezan, van á Misa, cum plen bien los deberes de su estado, están en paz y son felices; pero ¿y el remordimiento?—No lo sienten y así se les recompensa el bien natural que hacen, pero es una recompensa que tampoco pasa de natural; esta es la paz de los judíos, la felicidad en el tiempo. Viven engañados sobre esta materia y se admiran de que se les hable de conversión. — Aun que no reza con vosotras, conviene que notéis en ese estado cuán sujeto se halla á ilusión el bienes-

tar que se experimenta en las obras que se realizan; de suerte que cuando hagáis algo y sintáis gozo natural, podréis decir las más veces: ¡Oh! Ya está aquí mi recompensa; nada tengo ya que esperar del cielo.

Trabajar naturalmente es amontonar en un saco agujereado que nada conserva.

Pero, ¿qué es entonces vivir naturalmente?—Trabajar para sí, ser el fin de sus propios actos, en vez de hacerlos para Dios, obrar por el movimiento de la inclinación que se siente y del amor propio, y buscarse uno á sí mismo, su descanso ó su adelanto natural en lo que se hace.

Sois naturales si sois sensuales en vuestra mente, procurando satisfacer la curiosidad que sentís; en vuestro corazón, si buscáis la expansión, el reposo en el afecto de la criatura ó bien si caéis en abatimiento cuando Dios os retira sus consuelos; en vuestro cuerpo, si os permitís inclinaros á la molicie y aspiráis al descanso; sois naturales si no aceptáis los estados en que Dios os coloca, las sequedades, las tentaciones, los sufrimientos, ó si, en vez de aceptarlos con paciencia, decís impacientemente: «¡Oh! Yo quisiera ser dichosa.»

¡Temed esa vida natural! ¡Pues qué! ¿Habríais dejado las riquezas y los placeres del mundo para entregaros á Dios, y daríais ahora en la lindeza de perderlo todo á causa de trabajar tan sólo para vosotras?

Nuestro mísero yo es la raíz de la vida natural, el amor propio que quiere ser su fin y gozar de lo que efectúa; no, seguid á nuestro Señor y llevad su cruz; ya sabéis que el que lleva su cruz no goza.

La fe es necesaria á la vida sobrenatural, pero

sola no es bastante, porque también puede hallarse en el pecador, y lo que hace el pecador no puede computarlo para el cielo, pues sus obras están faltas de la vida divina, que comienza por suponer el estado de gracia, la exención de todo pecado mortal.

La vida sobrenatural consiste primeramente en hallarse en estado de gracia, en ser amigo de Dios y en vivir en ese estado de fe activa que opera por la caridad. Aunque no se hiciese durante la vida más que una sola cosa, á saber, mantenerse en el estado de gracia, esto sería la perfección, porque supone una delicadeza consumada en no ofender á Dios. Entonces el estado de gracia nos haría practicar todas las virtudes, porque el Espíritu Santo, que en nosotros estaría, excitaría incesantemente nuestra voluntad y constantemente nos movería á producir actos santos, así como una tierra convenientemente preparada y sembrada da su fruto fielmente. El estado de gracia lo vivifica todo, y perfeccionándose lo perfecciona todo; por lo cual dicen algunos místicos: Siempre conservad vuestro estado de gracia, y es suficiente, porque todo cuanto hagáis bajo su influjo será puro y natural, supuesto que el estado santifica los actos; y de igual manera que en nuestro Señor la unión de la persona del Verbo con su humanidad realzaba sus más pequeñas operaciones y las constituía en obras divinas, si os halláis en estado de gracia y obráis en virtud de ese estado, todo cuanto hagáis es bueno y meritorio ante Dios.

Como quiera que sea, se requiere una intención para sobrenaturalizar nuestras acciones; y supuesto que hay muchas ¿cuál es la necesaria?

Para esto quieren unos que se obre con intención

sobrenatural y actual, de modo que antes de cada acción se debe decir por lo menos interiormente: «Dios mío, os ofrezco este pensamiento, esta acción por tal ó cual motivo sobrenatural;» en razón á que es suficiente un motivo de cualquiera virtud, aunque lo perfecto estaría en un motivo de amor.

Sin embargo, es difícil tener siempre esta intención actual, por lo cual dicen muchos que basta la intención virtual. La cual se tiene cuando la acción que se ejecuta procede de una voluntad antecedente que se ha tenido y dura todavía en su influjo y virtud. Así, el ofrecer á Dios por amor en la mañana todas las obras del día sería suficiente para convertirlas en actos de amor, con tal que no se retracte la intención primera y que el acto que se ejecute sea bueno en sí mismo y capaz de ser grato á Dios, sea *cualquiera* la virtud á *que en último resultado* pertenezca. La intención virtual puede durar más de un día en ciertos casos en que el ánimo está vivamente impresionado, como en una pena, en una cruz, y santificar todos los sufrimientos de esta cruz, sin que se piense nuevamente en ofrecer particularmente cada uno de ellos.

Algunos llegan á decir que es suficiente la intención habitual, que es aquella que no obra ya directamente sobre la acción que se ejecuta, sino que habiéndose puesto con anterioridad y no habiendo sido positivamente retractada, júzgase por esto sólo que persiste todavía. En este caso, el estado de gracia por sí solo, sin necesidad de otros motivos, bastaría para convertir en meritorios y sobrenaturales cuantos actos se ejecutan, todos los actos buenos, probos, pertenecientes á cualquiera virtud, siempre que el justo los realiza.

Claro está que es lo mejor tender á tener la intención sobrenatural actual ó virtual; pero este último sentir es muy estimulante y realza considerablemente la nobleza y la virtud del estado de gracia.

En tal caso se requiere gran vigilancia para evitar los pecados voluntarios; pues mientras que el pecado de flaqueza no destruye para siempre la intención, pues lo que hace es dejarla en suspenso para inmediatamente recuperarla, los que por mala voluntad se cometen y por afecto al pecado, paralizan el estado de gracia y guían á perderle por el pecado mortal.

Por esto, conserváos extremadamente puras, á fin de que todo cuanto hagáis lo sea de igual manera.

Ninguna exageración quiero, pero tampoco flojedad ninguna; por eso os diré: Pensad siempre que pudiereis en renovar vuestra intención sobrenatural, y haced esto especialmente cuando paséis de una acción á otra, pues aunque sé que os halláis en estado santo y sobrenatural, lo más seguro es remontarse continuamente y hacer que el estado en que uno se encuentra produzca el mayor número posible de actos, sin lo cual la intención habitual, y hasta la virtual, languidecen y se incapacitan para sobrenaturalizar nuestros actos. Y cuando esto sucede, ¡cuántos méritos perdidos! Podrán nuestras acciones ser todavía relativamente buenas; pero dejan de merecer la recompensa eterna.

Aparte de esto, obrad cuanto más pudiereis en conformidad con la perfección de vuestro estado de gracia, pues que un estado de caridad y de amor de Dios es el que mantiene en el alma al Espíritu Santo que en ella reside. ¿No será justo proceder, cuantas más veces se pueda, por la virtud propia de ese

estado, por amor? Entonces el alma quiere, no solamente no desagradar á Dios, sino placerle, serle grata mediante aquello que mejor le es dado realizar. Siempre busca lo más perfecto, porque sabe que eso es lo que más agrada á Dios; y aunque determinada cosa no sea necesaria ni prescrita, el saber que gustará á Dios es suficiente para ella, y hasta es su consigna é inspiración.

Entonces el alma teme el pecado, el más leve pecado, no tanto por su fealdad y por el bien de que la priva, como porque desagrada á Dios, hiere su amor y ofende á la delicadeza de la amistad.

No está lo heroico en no desagradar, sino en agradar continuamente, y es menester lograrlo, pues tal es el instinto del amor filial y sobrenatural, y en eso consiste la perfección de la vida cristiana, de la vida de la gracia.

Vivamos, por consiguiente, con el pensamiento de agradar á Dios, sin jamás disgustarle; para lo cual andemos siempre en su presencia, por más que esta presencia no está lejos de nosotros, pues en nosotros mismos se halla viviente y obrando, y es la presencia real de Dios, del Espíritu Santo, de Jesús, en el cual debemos fijar la mirada de nuestro corazón, sin permitir que de Él nos separen ni cosas ni personas; de este modo conoceremos en seguida qué quiere y qué no quiere, y, conocido su agrado, nos será suficiente para obrar.





LA PUREZA DEL AMOR

CON amor infinito, perpetuo, eterno os ha amado Dios; conocéis las pruebas de esto, ya las visteis, y la deducción es que debéis amarle con todo vuestro poder.

La primera condición de este amor consiste en ser puras y no ofenderle. Es necesario llegar á amar á Dios lo suficiente para evitar sin vacilación todo lo que le desagrada; de modo que si carecéis de esta delicadeza, no amáis: tal es el principio y la esencial condición. Si queréis amarle perfectamente, daos á Él, así como subiréis el último peldaño del amor, haciendo entrega de vuestra personalidad, renunciando por amor de Dios á todo cuanto sois y tenéis, sin reservaros nada, ni guardar nada para vosotras, ni teniéndoos en consideración en cosa alguna. Esto es darse á Dios por Dios; no deseéis más honor que el servirle, ni otro consuelo que amarle. Rechazad todo cuanto se os quisiera dar por vosotras mismas considerándoos como centro, y remitidlo todo á nuestro Señor; en esto habéis de ejercitaros sin cesar, y en rendir gloria á Dios por todo vuestro ser.

Mediante el don de vuestra personalidad hacéis un cambio: ponéis la persona de Jesucristo en lugar de la vuestra, y sois tan sólo órganos y miembros suyos.

Como así os habéis dado á él, habéis dejado de perteneceros; ¡oh! no os recobréis nuevamente en cuanto al honor, consuelo, estimación, afecto y amor propio; aunque para esto necesitáis considerable gracia de humildad, teniendo gran acopio de esta virtud. ¿Qué es la humildad sino una participación en el estado de nuestro Señor que va de continuo dándose y, por lo mismo, humillándose y anonadándose? Por consiguiente, todo lo humilde es vida de nuestro Señor en vosotras, y todo lo que de humillante y anonadador os acontece no es sino un pequeño reflejo de lo que ha sufrido nuestro Señor. Si las criaturas y Dios mismo intervienen en esto y se encarniza todo contra vosotras, ¡oh qué señalado favor! Entonces comienza el Padre celestial á trataros como á su divino Hijo; dadle gracias por ello, porque es una merced; va Dios á ver si le amáis, ya que la humillación es la vida del amor divino.

Por lo tanto, hay necesidad de ser muy humilde de corazón, de mente, de cuerpo y de vida; este es el único medio de demostrar verdaderamente vuestro amor á nuestro Señor; esto forma su vida peculiar: supuesto que está en vosotras, dejadle que viva su propia vida, que es de humillación y anonadamiento.

Hoy vengo á pediros todavía algo más: el ser puras y humildes es mucho, pero hace falta algo que os dé fortaleza y virilidad, y es la fortaleza y virilidad del amor de nuestro Señor Jesucristo. El amor

es la misma fortaleza; es más fuerte que la muerte.

Ahora bien; pide el amor que, fuera de nuestro Señor, no tengamos complacencia alguna: Jesucristo es la última palabra del amor, su centro, su elemento, su único principio y fin supremo; si cual merece le amamos, es preciso que fuera de Él en nada hallemos gusto. Esto, aunque parece muy fácil, es lo más trabajoso, como que es la misma perfección, porque es el amor en acción.

¿Queréis, por consiguiente, no tener agrado alguno fuera de nuestro Señor, Dueño vuestro? No tengáis ningún secreto egoísta. ¡Cómo habíais de ser capaces de cometer una infidelidad ó indelicadeza en presencia de Él! Así ocurre en el orden natural: cuando se quieren mucho dos amigos, ninguno de ellos hace una invitación sin hacerla extensiva á su amigo; un niño de buenos sentimientos jamás recibe cosa alguna sin que vaya corriendo á llevársela á su madre; no puede una esposa recibir un obsequio, ni siquiera un cumplido, si no lo divide con su esposo; lo contrario sería insultarle. En una palabra, cuando se ama, la primera idea que se tiene es la de repartir, dar participación en cuanto se tiene y en todo lo bueno y bello que se experimenta.

Ahora bien, os pregunto: si amáis á nuestro Señor, si éste es la ley de vuestro corazón y de vuestra vida, ¿podríais sin Él gustar de nada? ¿Podríais aceptar un placer, una flor de amor, de honra, ó de estimación y no ofrecérsela?—¡Imposible! ¿No es cierto que deseáis amarle con toda sinceridad? Pues bien, haceos perfectamente cargo de esto: nunca aceptéis goce alguno, cualquiera que sea su índole, sin nuestro Señor; renunciad á todo placer de que Él no participe, pues esto, que al parecer no excede de

los límites de la justicia y del decoro, también pertenece á la más elevada perfección.

Aquí tenéis la aplicación de este principio. Dice nuestro Señor al alma que le ama: Dame tu corazón, es decir, todo tu afecto, todo tu amor. La Esposa de los Cantares decía: «Mi Amado es todo para mí y yo soy toda de mi amado»; pues no se trata únicamente del alma y del cuerpo, sino de todo pensamiento y de todo afecto. Igual que los Apóstoles, es menester perseverar en todo con nuestro Señor.

Si de nada queréis gozar aparte de nuestro Señor, poquísimos y muy leves pecados cometeréis; pues podrán entre éstos figurar faltas por descuido, flaqueza ó negligencia, pero donde no hay gusto, reposo del corazón, de la mente ó de los sentidos, no existe gran malicia, pues lo que forma la malicia y gravedad del pecado es el goce que en él se encuentra, supuesto que en tal caso ha colocado uno su dicha y su fin fuera de Dios.

Así es que, en el orgullo, lo que se busca es la complacencia de la mente; en sí mismo descansa el orgulloso, y en esta opinión: ¡me honran! El voluptuoso halla su goce de corazón ó de los sentidos en las muestras recíprocas de amor, en las cuales reposa y disfruta; lo cual origina la malicia de estos pecados y de todos los demás, así como también lo que se castiga y quema en el infierno y en el purgatorio es la complacencia, el goce que se quiso obtener de aquellos pecados, con menosprecio del fin supremo, que es Dios.

Por consiguiente, si fuera de nuestro Señor nada queréis gozar, seréis muy puras; huiréis de esos gustos personales creados por las simpatías naturales; estaréis alerta contra la sensualidad del cora-

zón, que no es más que el consentimiento en el goce del corazón en las cosas naturales y sensibles, ó, en otros términos, en la criatura.

De igual modo seréis muy humildes si renunciáis á todo contento fuera de nuestro Señor, porque el fondo del orgullo no es sino el contentamiento de la mente, su complacencia en su propia estima ó en la estimación de los demás.

Velad también con objeto de no recibir ningún placer sensual, pues como la parte sensual de la naturaleza humana busca en vosotras su satisfacción siempre, hay que rechazar toda tentación que á tal punto nos conduzca; es menester estar muy prevenidas para evitar cuanto tienda á convertirse en goce malo ó imperfecto y todo lo que pueda convertirse en tentación; todo esto es preciso quitarlo de la vista y estar en guardia aun en las cosas más legítimas y necesarias para la vida, contra toda idea y todo goce animal.—Así, por ejemplo, en la comida hay el riesgo de satisfacer la sensualidad y el gusto más que la necesidad de sustentarse; hay que tomar lo necesario para obedecer á Dios, y no es posible el dejar de sentir el sabor de los manjares, pues Dios mismo ha ordenado que tengan su sabor para que ayuden á ese acto animal, pero es preciso evitar el detenerse en él y complacerse, ó á lo menos hay que reprimir ese placer por la mortificación de sobriedad, pues si no se respetan los límites de ésta y se deja que el gusto se satisfaga, existe ya el pecado de gula.— Lo mismo pasa con los ojos, el oído y todos los sentidos. ¡Son tantos los pecados de sensualidad que se cometen satisfaciéndose en las cosas sensibles!

No obstante, cuidad de que vuestro temor no sea

exagerado, pues nada detiene al alma ni la aprisiona tanto como el permanecer continuamente en el miedo: sed delicadas, pero no escrupulosas. Marchad sencilla y francamente; no os encadenéis con perpetuo miedo, con el pretexto de que puede ocurrir la tentación; basta con que seáis delicadas y vigilantes para rechazarla al punto que se presente.

Almas hay sobrado flojas y lentas que dejan á la tentación que pase hasta sus corazones, y luego se lamentan. ¡Ah! Eso os acontece porque no fuisteis solícitas ni delicadas ¿cómo es que no notasteis que se acercaba la tentación? Y si la visteis llegar, ¿por qué no la arrojasteis en seguida? ¿Porque no era muy importante?—¡Mucha fué vuestra imprudencia! ¿Dejasteis mucho tiempo la chispa sobre vuestra mano, ¿y ahora os quejáis por haberos quemado? ¡En verdad que fuisteis necias! ¿No sabíais que era preciso sacudir la mano? Por lo menos hubo una falta de negligencia, porque no estabais en el puesto que os señalaron la vigilancia y la delicadeza.

Ahí tenéis la conducta que hay que seguir respecto al hombre antiguo y su sensualidad, que nos atormentarán hasta lo último: el hombre antiguo carece de fe, y se cuida poco de nuestros buenos deseos, sólo procura gozar y, de concierto con el demonio, procura constantemente quitarnos algo, disfrutando lo que pueda.

Cuando de él nos escapamos, procura causarnos inquietudes, impulsarnos á volver sobre nosotros mismos para examinar la tentación é investigar su grado; pero tened cuidado, porque en esto hay una trampa. ¡Aunque ya os quemasteis antes un poco, volvéis á andar con la brasa! Esa es una manera con que, á pretexto de examen, se mancha la ima-

ginación, y es que siempre se siente alguna satisfacción en remirar los pecados de sensualidad, y hasta en humillarse á causa de ellos. ¡Mucho cuidado! *Vais á llenaros la cabeza con la tentación* que os perseguirá. Así, pues, lo mejor es que cortéis, despidáis *y no tornéis á ella; no* perdáis el tiempo: ¿qué necesidad tenéis de saber lo que era? ¿Os pesa de haberla rechazado tan pronto la primera vez sin gozar de ella? Pues con esto, cuando antes nada había, ahora ya hay algo.—No, no; no vayáis á internaros en las nieblas y pantanos de vuestras tentaciones con el pretexto de humillaros: ¡porque esta especie de humildad es diabólica! Subid al monte, iluminaos con el amor de nuestro Señor y ponedlo todo en manos de su misericordia.—Esa es la regla á propósito para evitar las tentaciones de sensualidad.

Sabéis ahora que el primer grado de pureza del amor consiste en no querer satisfacción alguna natural y sensual fuera de Dios, y el segundo en repartir con nuestro Señor toda satisfacción honrada y buena, lo cual es lo más perfecto.

Hay satisfacciones que cabe experimentar muy legítimamente en los dones de Dios, pero tienen su lado natural; mas si las partimos con nuestro Señor ofreciéndoselas, las purificamos y santificamos: esto pide la pureza del amor.

Recibís los cálidos rayos de un hermoso sol de primavera y admiráis aquella esplendente luz que os regocija; bueno es esto, y permitido, pero ofreced á Dios ese gusto diciéndole: «¡Qué bueno sois, Dios mio, que hacéis brillar para mí este hermosísimo sol!»

Veis en un jardín hermosas flores que os mues-

tran sus variadísimos colores, mezclados con tanto arte y primor, y que os mandan sus perfumes como una caricia de amistad; y aunque gozar de ese espectáculo y respirar esos perfumes no es un mal enteramente, pensad en vuestro Esposo y enseñadle aquellas flores, y al tiempo que le hacéis respirar sus perfumes, decidle: «¡Gracias, Dios mío, cuán bueno sois y qué sublime artista!»

Coméis una fruta y no podéis privaros de saborear su exquisita frescura; mas como es Dios quien allí la ha puesto para vosotras, bendecidle en seguida: «Por mis pecados merezco nada más que hiel y ajenjo; pero como sois tan bueno, me regaláis estas dulzuras: gracias, Dios mío.»

Esta es la manera de que no gocéis naturalmente de los bienes naturales, y de que los disfrutéis en compañía de nuestro Señor.

Por el contrario, un hombre sensual pone su gusto en ver, absorbe los perfumes, paladea los sabores, y sin pensar siquiera en levantar sus ojos hacia el que se los ha dado, constitúyese en fin de ellos, y sensualmente los goza. También vosotras incurriríais en esto si os paraseis demasiado á gustar de lo excelente de las cosas, pues un poco es cosa lícita, pero mucho es sensual; por lo cual es preciso estar constantemente más bien en Dios que en las cosas que nos da. Hay que gozar el bien de paso y dando gracias á Dios que nos permite estas satisfacciones inocentes para hacernos menos penoso el destierro de la vida.

Hay Santos de más austera mortificación que rechazan aun estas satisfacciones santificadas por su ofrecimiento á Dios; pero hay otros como San Francisco de Asís y San Francisco de Sales que gusta-

ban de los dones de Dios y de Dios en sus dones. Así también David daba gracias á Dios por todos sus beneficios en el hermoso cántico *Benedicite*. De todo cabe aprovecharse para ir á Dios y darle gracias, no viendo en todos sus dones sino una prueba siempre nueva de su bondad.

San Francisco de Asís padecía mucho de la vista, y como le rociasen con agua fresca para templar su dolor, aquel bondadoso Santo alababa en voz muy alta á Dios por haber dado al agua el poder de refrescar sus ardientes párpados.

En otra ocasión en que estaba enfermo, Dios inspiró á una buena persona el que preparase para el Santo un pescado que, según las noticias que ella tenía, le gustaba. Su primera idea fué no aceptarlo y privarse de él, como David al ofrecer á Dios las pocas gotas de agua que un soldado, con peligro de su vida, fué á buscarle; pero mudando de parecer, dijo: «No, que sería motivo de pena para nuestra buena hija.» Y dando gracias á Dios, lo comió.

De modo que el segundo grado de la pureza de amor consiste en no detenerse en las cosas, sino en hallar en ellas las alabanzas de Dios y en partirlas gustosamente con nuestro Señor.—Esto mismo habéis de practicar en las cosas espirituales. Si Dios, suma bondad, os mandase un ángel para consolaros y ayudaros y le despidierais diciendo: «Prefiero sufrir sola, no quiero más que ser crucificada», vuestra acción sería orgullo refinado, y no bien se habría marchado ese ángel, cuando ya le lloraríais, porque el demonio habría ocupado su puesto. Esto significa que si Dios por su bondad os concede el medio de recibir de alguien un buen consejo, de pedir alguna luz, lo consideréis como un auxilio de su

bondad; utilizadlo sencillamente y con alegría, y dad gracias á Dios; y luego, cuando ese mensajero de la gracia divina haya terminado su misión cerca de vosotras, dejadle marchar, sin por esto desesperaros, porque Dios os quedará. Cuando el arcángel Rafael acabó su misión junto al joven Tobías y su padre, desapareció repentinamente de la vista de ellos, que, en vez de desolarse, gemir y perder el tiempo en sentir su pérdida por las ventajas que su presencia les proporcionaba, cayeron de rodillas y durante tres horas estuvieron dando gracias á la bondad del Señor.

Os permito, pues, que toméis todo lo que Dios bondadoso os envíe, no para disfrutar de ello de una manera egoísta, erigiéndolo en fin vuestro, sino para encontrar allí algo de que hacer partícipe á nuestro Señor, y por lo cual alabéis su infinita bondad, que se complace en darnos lo que puede servirnos de auxilio ó sernos agradable.

Pero hay más todavía: un alma que ama mucho á Jesús Sacramentado y que le ha hecho entrega de su personalidad, ya no acierta á tener gozo alguno sin nuestro Señor, con el cual no sólo quiere compartir su cruz—como tan diestros somos en hacerlo para descargarnos de ella,—sino todas sus alegrías, pues no puede ser dichosa sin nuestro Señor. Hablo ahora de las alegrías del alma, de esos gozos que Dios vierte en el alma durante la oración, la Comunión y después de un sacrificio; hállase contenta y se apresura á decírselo á su Esposo, porque si no le diese parte, no sería una dicha para ella.

¡Oh! Menester es decirlo para nuestra confusión: esas alegrías nos parecen tan dulces y tan buenas que, como ciertas aves de rapiña, quisiéramos es-

conderlas en un rincón para gozar de ellas á solas. No, no: jamás disfrutéis solas; sin nuestro Señor no queráis favores divinos ni celestiales consuelos, ni como en vuestro centro os paréis en la bondad, belleza y dulzura de estas gracias, porque si en ellas reparáis como en fin vuestro, secáis el manantial de ellas: pues en vez de mirar al amor en su foco, en el Corazón de Jesús, detiénese uno en sus rayos y se pára la atención en los consuelos únicamente, sin fijarse en quién los envía, y entonces nuestro Señor cierra su mano y suspende sus gracias, en vista de que no se conducen respecto á él con suficiente delicadeza. Es necesario no querer gozar de Dios sin Dios, sino bendecir á Dios, ofrecerlo todo á nuestro Señor y verle á él con preferencia á todos los efectos que de su gracia se experimentan.

Últimamente, el tercer grado de la pureza del amor es la indiferencia en cuanto á los estados por que Dios quiera hacer que pasemos, ya de alegría, ya de desconsuelo, así como, en los casos en que uno es libre y le toca elegir, consiste aquél en una voluntad generosa que siempre toma lo más penoso, lo más mortificante, en razón á que el mismo Jesucristo procedió de esta manera.

¡Oh cómo agrada á Dios un alma cuando le dice: «Dios mío, sé que sois la misma bondad, y por lo tanto de igual modo recibiré los consuelos que las desolaciones; y supuesto que, procediendo de Vos, no es posible que la tribulación sea sino una gracia de bondad, la recibiré con hacimiento de gracias!» Esto se llama indiferencia completa, por la cual ni siquiera se repara en las cosas, pues todas vienen de Dios. Conviértese entonces la desolación en con-

suelo: «¿Esto queréis, Dios mío? ¿Esto os agrada?— ¡También á mí!—¿Esto no os gusta? ¿No lo queréis? ¡Oh, yo tampoco! ¡Así para mi cuerpo como para mi alma, tan sólo aquello que queráis: adonde queráis iré, donde me pongáis quedaré, de igual manera alegre y contento por todo!»

Por último, todavía hay algo mejor que esto, y es cuando el alma dice: «Sé, Dios mío, que lo que es pecialmente os agrada es la renuncia, el sacrificio, la inmolación en el orden natural y sobrenatural, y eso elijo. Vos no sentiréis que, teniendo ante mí el contento y el sacrificio, deje el primero y tome el segundo, lo cual hago en vista de que éste, por contener más amor, es más de vuestro agrado.» Jesús sacramentado ve complacido estas almas y las admira; pues como la ley no exige esto y es el amor quien lo realiza, Dios tiene á dicha el ver que lo hacéis.

Es menester que esto nazca de la espontaneidad de vuestro amor, puesto que Dios os deja libres, y hasta para dejar que elijáis se esconde, sin que signo alguno exterior os manifieste cuál es de dos cosas la que quiere. Entonces consulta uno á su corazón y se dice: «Nuestro Señor me ha demostrado su amor escogiendo siempre el sacrificio y el sufrimiento; voy á hacer lo mismo, quiero manifestar á Dios, suma bondad, que le amo más de lo que en rigor me pide: ¿qué tengo que temer, sino es á mí á quien busco, sino que lo que escojo es lo más humillante y mortificante?» Tal es el último término del amor.

Más para tener prudencia y discreción en todo lo que acabamos de decir, observad esta regla: cuando la infinita bondad de Dios os pone positivamente

en una gracia, no procuréis otra, permaneced en aquella tanto tiempo como su voluntad os indique, pues lo querido por Él es más perfecto para vosotras, aun cuando no fuese por sí mismo lo más perfecto; hacedlo de la mejor manera que podáis, y contentáos con seguir los atractivos de la gracia que por de pronto os concede: la perfección se halla en el estado que Dios muestra á cada cual como suyo propio.

Es cierto que lo sublime del amor consiste en adivinar en todo caso lo que más agrada á Dios, bondad infinita: consultad á su amor y seguid su inspiración siempre que no vayáis guiadas de una ley ó una gracia positivas; tal es la manera de que sin cesar caminéis en el amor, que es lo que conviene.

Pero nada de gustos, ningún contento fuera de Dios; así lo pide un buen sentido de justicia. En segundo lugar habré de enviarle por gratitud cualquier contentamiento que me permita; y, por último, con entera indiferencia entre la alegría y la prueba, y disponiendo de libertad en la elección, siempre elegiré por amor lo que Él escogió por mí, lo más trabajoso, lo más mortificante y depresivo: tales son los grados y las leyes de la pureza del amor.





DE LA PACIENCIA Y LA HUMILDAD

Dos estados llevaba en sí nuestro Señor, uno de gloria y otro de humillación; al mismo tiempo que poseía en sí mismo la gloria y la divinidad, la beatitud del alma, mantenía en su interior las radiaciones y alegrías de este estado y en su alma sensitiva dejábase cercar de humillación, temor, sufrimiento y de todas las debilidades de la humanidad, con excepción del pecado.

Algo análogo pasa en nosotros. Presentamos un lado hermosísimo, muy noble, por todo extremo divino; la gracia de Dios, sus virtudes y hasta su santidad están en nosotros, donde moran el Espíritu Santo, Jesucristo y la Santísima Trinidad; Dios está en nosotros, y nosotros en Él: hermosísimo es esto y para los ángeles debe de ser un espectáculo arrobador; tenemos nuestras grandezas, que son el fundamento de nuestra esperanza, pero apenas podemos disfrutar de ellas, porque permanecen como veladas é invisibles para nosotros: son el espectáculo que en nosotros se reserva Dios.

Mas, por el contrario, tenemos un lado visible,

del cual no nos priva: es el lado personal, es lo que en nosotros hay nuestro: esta pobre naturaleza de Adán, nuestras pasiones y enfermedades, nuestros defectos y miserias, el pecado actual, lo que San Pablo indica con estas palabras: carne de pecado, *caro peccati*, y también sencillamente *peccatum*; el pecado, es decir, todo lo que del pecado proviene y para él prepara, aun cuando esto por sí mismo no fuese pecado. Todo esto nos es muy visible, muy perceptible; por todas partes nos rodea, y es por extremo humillante.

¿Por qué Dios nos pone de este modo en la humillación de nuestra naturaleza, en vez de dejar que aparezca la grandeza de su gracia en nosotros? ¿Por qué causa quiere que sintamos en nosotros más bien al *hijo de Adán pecador* que al hijo de Dios regenerado en Jesucristo?

Respóndese con una frase que todo lo dice: «Para mantenernos en la humildad por medio de la humillación.» Sabe Dios, suma bondad, que de tal modo nos inclinamos al orgullo, á contentarnos dentro de nosotros mismos por el amor propio, y á mostrarnos para que los demás nos admiren, que á fin de salvarnos y proteger su gracia en nosotros se ve obligado á dejarnos en el lodo y en la humillación de uestras miserias, y no en la gloria y en el honor de su servicio.

De esto resulta una cosa casi increíble, que sin embargo es muy cierta, y es que cuantas más gracias concede Dios, tanto más abate; mientras más santo es uno, más humillado es; cuanto más por un lado es enaltecido, más por el otro reducido al lodo.

¿Por qué causa? Porque esto nos mantiene en la humildad y ésta es el carácter de nuestro Señor,

único que en nosotros le satisface y que, por lo tanto, gusta de hallar en nosotros.

Así pudiera decirse que un santito está poco humillado, un gran santo mucho, y el mayor santo debe ser el anatema del mundo, el objeto de todas las humillaciones y de todas las maldiciones.—*¿Quién fué nunca humillado como nuestro Señor Jesucristo, el Santo de los santos?*

Tal es la condición impuesta; como Él hay que subir al Calvario, pasando por el Sanedrín, por el pretorio de todas esas humillaciones que le redujeron á ser más despreciado que un gusano de la tierra y maldición de los hombres.—Por eso produce espanto, al leer las vidas de los grandes Santos, el ver por dónde pasaron, cómo los maltrató el mundo y de qué modo fueron juzgados y calumniados. Así era conveniente que sucediese: el camino de la santidad, su carácter y sustento es la cruz, así como la salvaguardia de aquél encuéntrase en la humillación.

Si los Santos fueron enaltecidos y exaltados, esto sólo fué por breves instantes; y en cambio, ¡con cuántos años de humillación pagaban aquellos breves momentos de gloria! Se refieren sus milagros, éxtasis, consuelos y las maravillas de su ministerio; pero ¿quién podría contar sus humillaciones, así de parte de Dios como de los hombres?

Si conociéramos nuestros méritos, lográsemos éxitos y los presenciásemos, querríamos gozar de ellos; mas ahora no es tiempo de descansar, pues con este gozo se satisface el orgullo; por eso Dios nos humilla y sólo nos pone á la vista nuestros pecados, defectos y éxitos malogrados, todo cuanto puede empequeñecernos ante nuestra consideración, y entonces confesamos nuestra flaqueza, oramos,

recurrimos á Dios, reconociendo que nada somos y que él es todo; así como San Pablo, después de haber trabajado tanto, temíase verse reprobado y exclamaba: ¡Nada he hecho! Y es que su amor tenía en nada todos sus trabajos, en comparación de lo que hubiera querido realizar por nuestro Señor.

Pues bien; aun cuando siempre hubieseis sido piadosas y constantemente hubierais servido á nuestro Señor, os diré: «Nada habéis hecho; mirad todo lo que hubiérais podido efectuar.»

Pongámonos, por consiguiente, en lo que somos, en nuestra debilidad, con objeto de sentir profundamente la necesidad que tenemos de Dios, porque mientras más siente uno su miseria, más recurre á Dios, se pide el auxilio de Jesucristo, únese á él, y comprende que si se queda solo está perdido: ¿cómo luchar contra el demonio y las pasiones, y sobre todo cómo volverse á levantar de sus caídas sin Jesucristo? Se le llama, y allí está. Ya entonces no hay desaliento; de modo que si alguna de vosotras se desanima, es á causa de ser orgullosa y de que se apoya en sí misma; como ve que no puede sostenerse, prefiere, en vez de reconocerlo cordialmente y de humillarse como es debido, abandonarlo todo anticipadamente, evitando de este modo el sonrojo de haber trabajado sin resultado próspero; y esto en verdad que es puro orgullo.

Y sin embargo, allí está nuestro Señor, que os ofrece su gracia y fortaleza con sola una condición: la de que reconozcáis que nada podéis sin ella, y por consiguiente la pidáis humildemente y con instáncia.

El sentir humildemente de nuestra debilidad produce la confianza: si os desalentáis es porque no te-

néis confianza en nuestro Señor; no declaráis que sin Él nada podéis hacer y dáis al olvido que todo lo podéis con Aquel que os conforta.

Cuando hubiereis obrado mal, decid con seguridad: «Esto se debe á que he confiado en mí.» Mas con todo no añadáis orgullo sobre orgullo con desanimaros. Somos naturalmente presuntuosos y de continuo intentamos pasarnos sin Dios, infinitamente bueno; mas no debe ser así, sino marchad con Él, pues si queréis ir solas, caeréis.

Confío en que son pocos los pecados positivos que cometéis, porque amáis con sinceridad á nuestro Señor; pero sí muchos negativos, es decir, acciones llenas de amor propio, de engaño, envidia, sensualidad, pereza; en suma, de todos los pecados capitales, aunque en grado venial ó de imperfección: todo esto porque os apoyáis sobre vosotras mismas, pues no se incurre en tales faltas sino porque no se mira á Dios lo suficiente.

Como tengáis el sentimiento habitual de vuestra flaqueza, nunca os expondréis á la tentación, porque en presencia de un sacrificio que deba hacerse, de una ocasión que deba evitarse, os volveréis hacia Dios inmediatamente diciendo: «¡Dios mío, dadme vuestra gracia: la humildad para soportar aquella humillación; la paciencia para con tal carácter, vuestra gracia y fortaleza en todo, porque siento mi flaqueza!»

¡Oh! ¡Cómo gusta Dios de oirnos esto! ¡Cómo acude en nuestro auxilio! ¡Tiene á tan grande dicha el socorrernos! No está nuestra fortaleza sino en la mirada de Dios, en la unión con él y en el socorro de nuestro Señor.

La humildad os comunica la fortaleza de Dios y

es además el medio de vuestra santidad. Nadie, aquí abajo, es santo ni puede descansar diciendo: «He llegado al grado en que Dios me quiere.» No, ni en las virtudes ni en el amor se llega al término nunca ¿Lograr la perfección de una virtud? ¡Pues si esto es asemejarse perfectamente á Jesucristo! ¿Creéis haber llegado á este punto? Si os lo dicen, búrlanse de vosotras, pues únicamente jirones de virtud tenéis. Y en cuanto al amor, ¿os creéis perfectas? No: vais subiendo al monte de la perfección, pero aún no estáis en la cima.

¿Dónde está, pues, vuestra santidad si no se halla en vuestras obras, ni en vuestras virtudes, ni en vuestro amor?—En la paciencia de adquirirla poco á poco, en trabajar incesantemente y con perseverancia, humilde y pacientemente, á fin de revestiros de las virtudes de nuestro Señor Jesucristo: todo el trabajo de la santidad estriba en la paciencia de adquirirla.

Santificarse es formar á Jesucristo: hay que sacarle de este bloque de piedra informe, tosca y dura, que sois vosotras; y no es asunto de un día el tallarle, pulirle y darle las dimensiones y el parecido del modelo. Se requiere observación, estudio, trabajo; hay que destruir, cortar, componer y reconstruir: es la obra de toda nuestra vida: necesitáis paciencia, por lo tanto ¿Y qué es la paciencia? Es la confianza en Dios y la desconfianza de sí mismo.

Hay que confiarse en todo y á pesar de todo á Dios; que quiere que estéis en la humillación y que no sobresalgáis; quedaos en este punto; adelantad, como desea que adelantéis; confiaos y abandonaos completamente á él, sin contar más con vosotras en nada absolutamente.

Muchas veces os enardecéis y, adoptando una buena resolución, decís: «Quiero amar mucho á Dios», y dais principio á vuestro camino con la seguridad de andar durante mucho tiempo sin deteneros.—Pero ¡quiá!

He aquí que os asalta espantosa tentación acerca de la fe, la caridad ó la castidad; y aunque la rechazáis, vuelve con mayor insistencia: ¿qué debéis hacer? Humillaros y tener paciencia, pues si os entregáis á la violencia, mantenéis aquella tentación y os desanimáis antes de haberla vencido; renunciad á vosotras mismas, abandonaos á Dios, reconoced que, á pesar de vuestros buenos deseos, no sois capaces de nada, y triunfaréis por la paciencia. Humillaos y decid á Dios: «Dios mío, ¿queréis que sea humillada por el demonio? Pues bien, cúmplase vuestra voluntad. Pero si no queréis librarme, asistidme, para que á lo menos no os ofenda; acepto el vivir entre los demonios, siempre que con vuestra santa gracia yo no os ofenda.»

Semejante estado es un martirio de amor de Dios; ¡mirad cómo crece Dios en la paciencia de los que le sirven! Ninguna cosa rinde á Dios tanta gloria como el desdichado que le ofrece sus miserias y que entre estas tentaciones persevera en amarle; de suerte que, mientras más se humilla, más enaltece y glorifica á Dios, que crece tanto cuanto aquel disminuye por su abatimiento.

En tales estados, amad la paciencia, pues cuando os mande Dios las tentaciones, persistirán, por más que hagáis, hasta que las retire; humillaos en la paciencia y os ahorraréis muchos disgustos y dolores de cabeza. Cuando como único remedio se utiliza el *combate*, violéntase el que lo emplea, adquiere

la costumbre de irritarse, entran el carácter y el corazón en un estado de impaciencia y de cólera, y por tal de libraros de ese fuego que os destroza, os arrancárais el alma si pudierais; ¿qué hacer entonces? ¡Ah! ¡Permanecer en su muladar como el santo Job mientras Dios infinitamente bueno así lo quiera!

¡Oh qué hermosa lección de moral nos da nuestro Señor en estas palabras: ¡Acordaos de producir frutos en la paciencia!—Hubieran los Apóstoles querido conquistar la Judea y el mundo en un día; pues tan persuadidos estaban del poder de su Maestro, que no comprendían que fuera posible el oponérseles, ni creían en los obstáculos; mirad á Pedro y al mismo San Juan. Pero nuestro Señor les dice: Produciréis frutos en la paciencia; y Él es el primero que muere sin haber convertido á la Judea ni á Jerusalén, y entre los mismos Apóstoles, algunos convirtieron á unos pocos infieles nada más; por ejemplo, Santiago que únicamente logró ganar para Jesucristo á siete paganos en España.

¡Ah! Sin duda la paciencia no es otra cosa que la humildad puesta en práctica, y no reside sino en la confianza en Dios y en la humildad personal.

Así, pues, os digo que en vuestras penas, esterilidades é impotencias, en cuanto pertenezca al hombre viejo y en las pruebas, cualesquiera que sean, tened la paciencia misma de Dios; tened compasión de vuestra alma.

¿Acaso no es Dios la misma paciencia respecto las almas y en cuanto á vosotras? ¿Tal vez se irrita y rompe con violencia?—No, sino que años y años aguarda el fruto de sus semillas; hace cada día lo poco que nuestra cooperación le permite: nuevamente comienza lo que nuestras faltas demuelen, y es

la propia gracia de la paciencia y dechado nuestro.

No calculéis vuestro adelanto por el progreso que podáis comprobar en vosotras, ni por el resultado que logréis en las virtudes, sino por la mayor, más firme, más dulce y más humilde paciencia. No os creáis obligadas á conocer con tanta exactitud vuestros adelantos y provechos.

Nunca nuestro Señor glorificó tanto á su Padre como no prosperando entre los hombres y aceptando con paciencia las imperfecciones, rudezas é impotencia de sus Apóstoles, así como por su paciencia en esperar la voluntad de su Padre y la hora por éste señalada para que obrase; por su paciencia en no sobresalir sino en el grado que durante su vida pública determinó su Padre, y por su paciencia en su Pasión, en la cual consintió en pasar por lo que como natural resultado debía dar la aniquilación de su obra para siempre.

Poned, pues, vuestra virtud en fortificaros en la paciencia, porque cuando hubiereis llegado á ser humilladas, lograréis en todo el resultado que conviniere. La virtud que os toca es la de estar echadas al pie del árbol como el estiércol: manteneos en la raíz, y muy abajo, y no sobre las ramas, que pueden quebrarse.

Quiere Dios atraeros á él desde la humildad, y si tan abajo descendió y se anonadó, no fué sino para que nunca estuviesemos tan elevados junto á él como cuando hubiesemos descendido más á lo hondo de las humillaciones en que él se mantiene y nos aguarda.

Los mayores Santos están realmente persuadidos de que no son sino grandes pecadores, y lo dicen lo mismo que lo piensan; y aunque se tiene por exage-

rada esta expresión, á la vez que se dice: «no es posible que eso crean», lo cierto es que porque tienen la verdadera humildad y la paciencia, que son los medios de conocer á fondo su miseria, están realmente convencidos de que son delante de Dios los más grandes pecadores.

También hay que tener paciencia en la oración, pues uno ruega y desearía ser atendido inmediatamente; y si pedimos una cosa, tan sólo aquella queremos; pero Dios, por el contrario, se complace en hacernos esperar ó en concedernos gracia diferente, de modo que así nos prueba de continuo. Pedimos fervor y amor, y nos sitúa en la estolidez del corazón y en aflicción grandísima; pedimos luz, y nos sume en las tinieblas; sentimiento, y nos pone en la aridez. Figúrasenos que valdríamos mucho más si ardiéramos en amor de Dios y en celo por su gloria; mas Dios, suma bondad, juzga de diverso modo y se tiene por más glorificado por nuestra paciencia y humillación. Pensad como Él, que mejor que vosotras conoce el medio que conviene á su gloria y aceptad lo que os envíe, porque así se contenta el alma en cualquier estado en que Dios la ponga, y siempre está satisfecha de la infinita bondad de Dios.

Debemos solicitar ciertamente la gracia y las virtudes que necesitamos, y decir incesantemente á Dios: «Hablad: ¿qué queréis que haga para agradaros?» Con frecuencia Dios no nos responderá y nos dejará en privación, tan sólo para hacernos crecer en paciencia y humildad, lo cual es de más precio que las obras todas más hermosas: tal es el medio de Dios, su método de conducir al santo amor, á la santidad verdadera, porque en la paciencia halla el alma el ejercicio de todas las virtudes. Amad á

Dios con la paciencia, y seréis dulces, humildes y caritativas: nadie es paciente con Dios sin serlo con las personas y los acontecimientos.

Teniendo paciencia amaréis á Dios más que á sus dones, porque no cambia y siempre es tan amable cuando atribula como cuando consuela, y es á él á quien hay que amar con preferencia á todos sus dones. Si no sois pacientes, nunca seréis almas interiores, almas santas, ni siquiera almas virtuosas.

¿Sabéis que la naturaleza es lenta y que los que se dedican á su cultivo están enseñados á esperar? Pues sabed que más lento todavía es Dios, que va despacio en todo lo que hace para domar nuestro orgullo, socavar el sostén y seguridad que en nosotros y en nuestros medios ponemos, y en hacernos depender de su gracia, de su proceder, de Él mismo.

No está la santidad en el fervor del amor, sino en la paciencia de trabajar sin fervor, y en soportar las esperas que Dios propone.

Cuando Dios quiere dar una gracia de oración ó de contemplación, empieza por sumir al alma en una tentación profunda de terror, ya en vista de sus pecados, ya en consideración al infierno que ha merecido, á fin de que se levante en paciencia, humildad y esperanza en Dios; por cierto que si estuviéramos atentos oiríamos á nuestro Señor decirnos continuamente: «¡aguardad, aguardad, y orad!» ¡Siempre la paciencia! La paciencia perfecciona todas las obras.

Mientras dura esta vida, cultivamos la simiente de la gloria de Dios, de nuestra santidad y de nuestra ventura eterna; mas todas estas plantas celestiales, en vez de germinar y brotar hacia arriba, tienen que brotar hacia abajo, pues en lo inferior se hallan la atmósfera y el sol que necesitan; de modo

que si brotasen en dirección á nosotros, las marchi tarían y matarían el aire y el sol del mundo. Por consiguiente, trabajad abajo en la paciencia, humildad y pobreza, porque estas virtudes son el trono de Dios en nosotros y nos aseguran en el cielo su trono de gloria.





CONFIANZA Y DESCANSO

EN SOLO DIOS

TÁN bueno ha sido Dios para vosotras durante este retiro y os ha concedido gracias tan preciosas, que debéis estar satisfechas de su bondad. No sólo os ha mostrado la verdad de la santidad, sino también la de su amor á vosotras; y aunque ya es mucho el conocer la verdad de Dios, su gracia y sus derechos, el saber su amor á nosotros, que nos ama y cuánto nos ama, es conocimiento de éxtasis.

A vista de esto habéis dicho: «Yo también amaré á Dios, grande, generosa y puramente; su amor será mi vida, y mi ley será su ley de mortificación y de pureza. Más aún: este amor será la ley de mi transformación en Dios, de la deificación de mi vida, porque ya no quiero vivir en mí misma, sino que Jesús vivirá en mí, de modo que yo no seré más que su naturaleza humana, un miembro de su cuerpo, y Él será mi personalidad, mi principio viviente.

¡A mucha altura aspiráis! Y justo es que así sea, pues Dios nos predestina, no sólo á ser llamados, sino á ser hijos verdaderamente suyos, hijos de Dios,

según la frase de San Juan; y si ésta es gracia á todos concedida, ¡con cuánta mayor razón á vosotras, á quienes El ha llamado á esta vocación contemplativa, que entre todas ocupa el primer puesto y que, conforme dice el mismo nuestro Señor, constituye la mejor porción!

Pero, además, sois contemplativas y adoratrices, es decir, vivís en relación más constante, íntima y cercana con nuestro Señor; bajo su mirada y su santuario pasáis la vida, que se compone enteramente de relaciones familiares con Él, y forma un servicio doméstico respecto á su divina Persona. ¡Ah! ¡Qué indignas fuérais de esta sublime vocación si le amaseis nada más que como los que viven en el siglo! Vosotras habéis de ser como el cirio que arde, pero sin decrecer, y ese ardor vuestro debe ser más puro cada día.

Amad, pues, vivid de amor y del don de vosotras mismas: si mucho recibís, mucho se os pedirá; esperad un juicio severo al acabar vuestra vida, pues nuestro Señor tendrá que pediros cuenta de tantas gracias, sin que ni una sola deba quedar infructuosa; de suerte que si no habéis correspondido á tanto amor como os tuvo, si sus gracias, con tanta profusión sembradas en vosotras, no produjeron fruto, pedirán venganza y, por ende, esperad un purgatorio terrible. Si no amáis puramente á nuestro Señor, seréis cruelmente castigadas, ya que tanto os ha amado. Por consiguiente, ved las gracias que os asisten, pero mirad al mismo tiempo la responsabilidad en que os colocan, y así diréis: «Quiero obrar bien, pero temo y no me atrevo á prometerme el perseverar, ni á reposar en mí misma, conociendo mi flaqueza.»

¡Pero que esto no os detenga! Dicha extremada es que no queráis descansar en vosotras; pero entonces, ¿en qué os apoyaréis para ser muy fieles? Tal es el asunto de esta meditación: estableced sólidamente el fundamento, la razón de vuestra esperanza, de vuestro apoyo, de vuestra fuerza, de vuestra confianza en solo Dios, y no en vosotras ni en las criaturas, aunque las creyeseis santos y ángeles humanos. Aun en vuestros superiores y en todos los que os ha dado Dios para conduciros, buscad enteramente á nuestro Señor y que, en último término, en Él se base la confianza que pongáis en aquéllos; pues si reposáis en una criatura, cualquiera que sea, descansáis sobre una caña, nada más que en una paja.

No por la estimación de la criatura, ni acaso tampoco por la de un confesor ó de algún superior, estiméis probada vuestra virtud; pues por lo menos préstase esto á ilusión, á buscarse á sí mismo, al amor propio.

La mayor tentación para obscurecer la pureza del amor es la apariencia de santidad, porque se ama á los Santos y Santas, se quiere verlos, hablarles y recibir de ellos una expresión de santidad, y porque se cuenta con su estima, piensa uno que ya nada le queda por hacer.

¿Os pone Dios en relación con alguno de sus Santos? Una gracia es: usad de él fielmente, mientras el Señor os le deje; mas no descanséis en él, sino, al contrario, aprovechaos de ese Santo para apoyaros más en solo Dios; porque vuestra confianza en éste disminuirá si en aquél confiáis demasiado, y ya no será tan delicada sino dividida entre Dios y la criatura; en lo cual pierde Dios, porque le anteponéis

una criatura. Cuantas veces fundéis vuestro reposo en una criatura, aunque fuese un ángel en la tierra, perdéis de vista al Creador: y aunque no digo que esto sea un pecado, puede cubrir de polvo el oro de la caridad.

La suma bondad de Dios se sirve, para las almas, que son las almas de sus hijos, de tutores, de ángeles, como Rafael, que allí están para sosteneros en vuestras debilidades y conduciros por el camino recto de la obediencia; aprovechaos perfectamente de sus auxilios, amadlos y reverenciadlos, pero amad *todavía más* á Dios que os los da, y sólo en Él colocad vuestro término y reposo.

Como sólo Dios juzga las almas, fuera un error el creeros santas por el hecho de que estuvieseis bien miradas de estos Santos y el decir: «Supuesto que me aman estos Santos, estoy segura y puedo estar tranquila de que me ama Dios, suma bondad» Confiar en esto es exponeros á engañaros, es deteneros en la criatura, y ya veréis cómo Dios se encela de ello, pues quiere enteramente solo tener nuestra confianza final y que nada se interponga entre su corazón y el vuestro; en tal caso paralizaríais su acción y su gloria.

¡Mas si es un Santo! ¡Es un ángel!—No lo dudo; pero todavía es una criatura, es un vaso que puede quebrarse; está sujeto á miseria, y Dios permitirá que ya no encontréis cerca de él lo que buscabais excesivamente; acaso llegue á carecer de luz para vuestra alma, disminuya su abnegación y cambie; se convertirá, por último, para vosotras en una prueba, acaso en una tentación, y en tentación muy penosa.

¿Qué conviene hacer entonces? Poned en solo Dios

vuestra confianza, sobre todos los hombres, ángeles y Santos y decid: «Lo que cerca de éstos no encuentro, el mismo Dios quiere dármelo.»

Cuando verdaderamente no se vale uno de un Santo sino para ir á Dios, y la confianza, la mirada y el corazón están bien fijos en Dios solo, nada hay entonces más derecho: camínase con libertad é independencia, pero cuando se pára uno en la criatura, se vive inquieto y turbado, pues se forma una mezcla que pone en los ojos niebla y en los pies lodo; échase todo á perder.

Experimentado habéis vosotras, como todo el mundo, que nada hace padecer tanto como una persona piadosa y discreta cuando con ella no se vive harto sobrenaturalmente.

Gloríase uno de ser amigo de un Santo, de ser dirigido por un hombre que goza de aquel concepto, y sobre esto se descansa; mas de pronto, ya porque os reprende, ya porque os abandona, lo da uno todo por perdido, atorméntase y se desespera: nada de lo cual procede de Dios.

En cuanto á vosotras, que vivís en relaciones de tan íntima presencia con nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, que no suceda así; de modo que habituaos á olvidaros de las estrellas cuando os halléis en presencia del Sol, y anteponed el Señor á los servidores.

Interésase mucho nuestro Señor en que la flor y el primer movimiento de vuestra confianza sea para Él; así es que cuando, excesivamente naturales, al sentir la menor pena, en vez de acudir á Él, recurristeis á sus servidores, pidiendo á las criaturas lo que ni tienen ni pueden dar, como no se les dé para vosotras, en vano esperaréis buscar y llamar á nues-

tro Señor en la adoración siguiente, pues os dirá: «Supuesto que no merezco vuestra confianza, id en busca de vuestro Santo, pues yo nada tengo que deciros.» El amor divino es susceptible, celoso, y con su silencio se venga de vuestro olvido indelicado; nuestro Señor tiene celos del corazón que á Él se ha dado y al cual aceptó, dándose á sí mismo en cambio: ¿por qué injuriar de este modo á vuestro Esposo con tener más confianza en sus servidores que en Él?

Seguramente lo habréis experimentado: cuando á los pies de nuestro Señor vuestra alma se halle impotente para decirle nada y con glacial frialdad, decidle sin temor: «¡Estoy pagando mi falta de delicadeza, pues acudí con harta prisa y sobrado naturalmente á los que nuestro Señor me dió para conducirme, y dejé pasar al servidor antes que al Dueño!»

Conque no pongáis vuestra confianza sino en nuestro Señor Jesucristo; acudid á Él en busca de gracia: ¿por qué esperarla de una criatura que no la da? La gracia viene únicamente de nuestro Señor, que la concede sólo á los que á Él se dirigen confiados y la reciben con pureza.

Sed, pues, delicadas en esta materia; dad todo el corazón á vuestro Dueño: ¿por qué no habéis de tener en él absoluta confianza? Cuando os llamó á esta vocación de adoratrices fué para que vivieseis con él, que os llamaba; por consiguiente, tenéis una gracia particular, una especie de gracia de estado para ir á Él fácilmente y vivir de Él; por lo tanto, sed enteramente de nuestro Señor por Él mismo, de Jesús por Jesús con María. Acudid á esos Santos, pero con intento de que os lleven hasta Él; á los Santos de Jesús, id por Jesús.

El cual ciertamente os confía á una dirección á que debéis obedecer, pero queda una vida del alma, de la oración y del amor en la cual quiere dominar nuestro mismo Señor; vuestra alma se halla al cuidado de Jesús, mejor que el cual nadie conoce el secreto de lo que más á ella le conviene.

En virtud de vuestra vocación, dais á Jesús vuestra personalidad para que os guíe y dirija en todo por sí mismo; y si os fundáis en vuestra gracia, acertaréis á ir hasta él, sin contentaros fuera de Él, porque toda vocación facilita y dulcifica el deber que impone; de modo que tened confianza en vuestra gracia y estad seguras de que nuestro Señor os la ha preparado de antemano, y de que ella os aguarda antes de la adoración, antes del deber, antes del sacrificio: este derecho os asiste fundado sobre su amor y llamamiento. Sabed, por lo tanto, que Él se halla en vosotras y dispuesto á escucharos y á guiaros; ¡pero pedídselo, dirigíos á Él, tened en Él confianza!

¡Confiad, pues, en su amor! Nuestro Señor os ama con amor constante, con amor infinito, con amor eucarístico, con amor de vocación, y nada puede rehusaros de cuanto se refiera á este amor.

Si con puro amor amàis, como cumple á vuestro deber y á vuestra gracia, y en todas vuestras necesidades os dirigís á nuestro Señor, diciéndole: «¡Dios mio y Señor mío, no os pido este amor y esta gracia sino para mejor serviros; no por mí, sino por Vos ¡oh mi único Dueño!» entonces nuestro Señor, conmovido por ver que sólo á Él y su mejor servicio queréis, nada podrá negaros.

Rogándole de este modo le agradáis, le glorificáis y complacéis al Padre celestial, que tiene dicho:

¡Este es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia; escuchadle!

Y cuanto más grandes sean vuestro amor y confianza, de mayor fuerza dispondréis para con el corazón de Dios.—Ahí está nuestro Señor, que va á llamar para entrar; mas no esperéis á que esto se efectúe, sino salid á su encueutro, y anticipaos á él por medio de vuestra confianza: ¡todo esto constituye las verdaderas relaciones del amor!

Acostumbraos á obrar de esta manera, y cuanta más confianza tengáis, más crecerá, pues todo hábito se desarrolla y hace más expedito por la repetición de sus actos; de modo que tanto más amable se os presenta el sacrificio, cuanto más sacrificios hagáis; agregáis una gracia á la que ya teníais, y unas á otras se van añadiendo hasta componer una malla que nada puede romper, un lazo de amor que ya no puede cortarse.

Entonces diréis con San Pablo: «Todo lo puedo en Aquél que me conforta,» y os animaréis á realizar por amor grandes cosas, porque San Pablo dice en otra parte: El amor de Dios me urge, me atormenta, me abrasa. No parece sino que dice que el amor es una prensa. ¡Pues bien! Sí; no desconozcáis que el amor prueba y nos exprime por completo para hacernos entrar en Jesús, como la muela que tritura y mezcla juntamente muchas especies de granos, sin que de todos ellos haga salir más que un solo licor.

Hasta en vuestros desalientos, cuando vuestro cuerpo ó vuestro espíritu está reducido á impotencia y se niega á ayudaros, confiad en Jesús y decidle: «¡No sobre mí, sino en Vos descanso ¡oh Dios mío!; si queréis ayudarme, todo lo puedo en Vos, y aunque yo nada tengo, ni puedo hacer casi nada,

voy á dar principio y Vos acabaréis!» Comenzad entonces; haced lo poco que podáis, y Dios, suma bondad, se encargará de lo restante.

Dios, bondad infinita, se complace en multiplicar las dificultades, detiene, clava en la impotencia; se quisiera y no se puede; es una agonía, y decís: «¡No, jamás podré subir hasta Dios!» Pero orando é invocando dais un paso, y Dios viene entonces, os da las alas de amor, y al punto os asombráis de veros volar en la libertad y en la gracia.

Ea, pues, tenéis á nuestro Señor —¡Llegaos á él con confianza, ejercitaos en la confianza; tened siempre en él confianza, y desconfiad de vosotras, que es lo que por hoy os deseo, y para siempre!

FIN DE LA OBRA



INDICE DEL TOMO IV

Págs.

